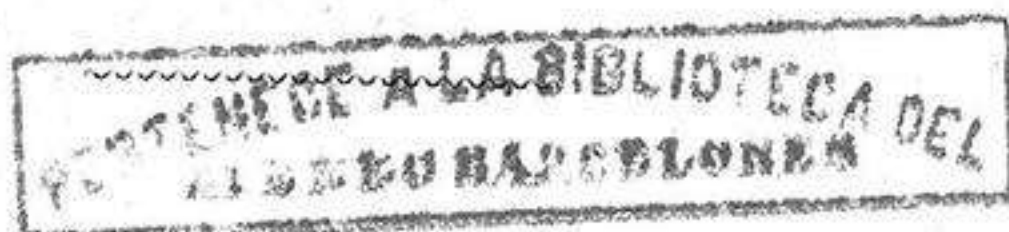




AÑO 12.

NÚM. 140.

LA
ESPAÑA MODERNA



Director: JOSE LAZARO

AGOSTO, 1900

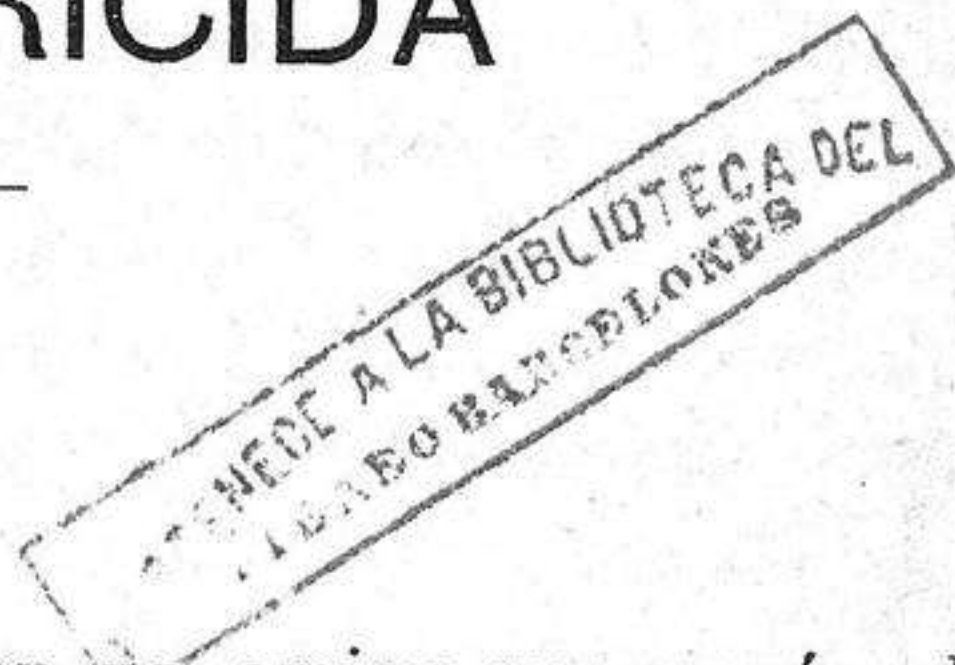
MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

EL MATRICIDA



Regresaba yo de una velada con un amigo que seguía el mismo camino. Aproximábase el día. Cantaban los gallos de los alrededores en las cabañas, y teñíase de rojo el horizonte por Oriente. Atravesábamos una llanura de la Escariz meridional; un valle hondo, rodeado de colinas de suave pendiente coronadas por una estrecha franja de árboles.

Ahondábase el suelo, semejante á la inmensa mitad de una esfera, y por encima se alumbraba el cielo como la parte superior de esta esfera, produciéndose la sensación de penetrar dentro de ese gigantesco hueco de fondo obscuro, pero de clara bóveda, con la claridad de una noche de verano en el Norte.

Ibamos á lo largo de un sendero estrecho, á través de los campos. Muy aislada, lejos de las cabañas, erguíase una casa solitaria enmedio de un parque. Larga construcción enjalbegada de cal, nos miraba con los seis ventanales altos y sombríos de su fachada al sendero, con un mirar vacío, sin brillo, inanimado como el ojo extinto de un moribundo, exhalando en fúnebre silencio ese olor á telarañas, propio de los lugares inhabitados.

Al pie de una de las alas del edificio corría un arroyo. El profundo silencio de la mañana de estío parecía haberse densificado en su murmullo apenas perceptible. Un puente pin-

tado de blanco y verde conducía al jardín lindante con la carretera. Un alto seto enmarañado de avellanos ocultaba la vista; pero una abertura cerrada por una hoja y pequeña puerta enverjada, teñida de blanco y verde como el huerto, permitía ver el jardín. Descuidado éste desde largo tiempo, con toda evidencia, crecían en él las plantas con entera libertad. En medio, una fuente sin arrojar agua. Los arriates y las sendas, en confusión, ya no eran ni yerba ni arena, y cerrando el horizonte una impenetrable cortina de follaje formada por matas del jardín y árboles del bosque. Allí yacía el jardín, mudo y muerto como la casa. Ningún ave cantaba en él.

—Nadie querría habitar aquí—dije al pasar junto á ese tétrico paisaje.

—Ciertamente que no—respondió mi amigo.

—Pero tú, que gustas de extrañas historias, debieras escuchar bien lo que este abandono cuenta. Si lograras comprenderlo pareceríate tan extraordinario cual oír á los gallos cantar por la tarde al ver ponerse el sol al Norte.

Y mientras proseguíamos nuestro camino y se levantaba el sol, y salía el humo por las chimeneas de las casuchas de los contornos, mi amigo comenzó su siniestro relato.

—Poco tiempo hace que esta casa, á orillas del arroyo, estaba todavía habitada por una madre y su hijo único. El padre, propietario de vastos dominios, murió por accidente antes de nacer la criatura que su joven esposa llevaba en el vientre. Vendiéronse las haciendas, y la viuda se retiró del mundo á esta casa, á orillas del arroyo, con una fortuna cuantiosa. Aquí vivieron ella y su hijo en absoluta reclusión, sólo compartida por algunos viejos criados de la familia. Uniformes y apacibles como copos de nieve caían sobre ellos los días, y sucedíanse los años como las gradas de una escalinata cubierta de blanda alfombra por la cual iban avanzando dulcemente hacia el término de su existencia.

Nunca se había cortado por completo el cordón umbilical entre esos dos seres. El joven nunca se había sentido, digá-

moslo así, separado completamente de su madre, y á ésta le quedaron desde su preñez las sensibilidades exageradas de una mujer encinta.

Habiendo hecho la prueba de poner al niño en un colegio en la ciudad vecina, tuvo una especie de fiebre puerperal como si se le hubiesen arrancado antes de término. Desde entonces, educado en la casa, creció en ella y se hizo hombre sin haber visto del mundo nada más que el encajonado valle natal, franjeado de bosques, ni otros seres que su madre y los antiguos servidores de la familia.

Si se veía á la madre, podíase estar seguro de que no estaba lejos el hijo. Rara vez abandonaban la gran casa blanca á orillas del arroyo, pero si salían de ella era juntos.

La madre era muy devota, y todos los domingos, al primer toque de campana, pasaba por el cementerio para dirigirse á la iglesia, acompañándola su hijo.

Su parecido chocaba mucho á cuantos les veían ir así, uno junto á otro. No sólo sus facciones parecían cortadas por un mismo patrón, sino que todas esas mil pequeñeces en los andares, ademanes y fisonomía, cuyo conjunto forma ese no sé qué de indisoluble y vago que cría la individualidad, parecían puestos en movimiento por el mismo resorte en ellos. Eran propios de ambos un cuerpo flaco, huesudo, doblado adelante, un perfil duro, una nariz larga proyectándose sobre un labio superior delgado, corto y remangado, y una barbilla aguda. Vistos de frente, se encontraban los mismos ojos, pequeños, cambiando continuamente de matiz, ora de una claridad lúcente, ora oscuros como un lago de montaña, y que á veces parecían emitir rayos á todas partes, tanto que desvaneciéndose la mirada parecía perder toda concentración. Su risa, idéntica en absoluto y nunca motivada, nadie comprendía ni sabía lo que ocultaba, si perversidad, ó gran bondad de alma ó candidez; una mezcla de todo esto y sin embargo muy otra cosa. Ninguna diferencia entre ellos, á no ser sino que el hijo era, por decirlo así, el diminutivo de su madre, reducción á

tarjeta de visita de una fotografía en tamaño de álbum. Cuando atravesaban la nave de la iglesia, yendo siempre el joven medio paso detrás de su madre, como si á pesar de sus veinte años fuese un niño que se agarra temeroso á las faldas maternas, hubiérase dicho que eran una gallina con su polluelo.

Nadie sabía cual era su vida en el interior doméstico, en su continua entrevista á solas. La gran casa blanca á orillas del arroyo rara vez abría sus puertas á visitas, y los viejos criados eran tan insociables como sus señores. Durante las noches de estío, los transeuntes podían á veces ver á la madre y al hijo paseándose en derredor de la fuente del jardín ó dentro del salón con las lámparas encendidas, antes de cerrar las persianas; pero eso era todo. Parecían quererse hasta el punto de bastarse por completo, hasta el punto de que el resto del mundo no existía para ellos, no encontraba sitio en sus corazones, llenos de una imagen única, de un sentimiento único, de un amor único.

Esta suposición era exacta. Sin embargo, aún había otra cosa más en sus relaciones, cuya angustiadora nerviosidad sólo pudiera explicarse por el más sutil análisis psicológico.

El joven era un estigmatizado, un hijo de desgracia. Corría por sus venas esa sangre que degenera en cáncer psíquico; dentro de su sér se desarrollaba ese germen corrosivo que produce una desviación en la vida sensitiva; en él estaba fecundado el huevo de donde sale rampando la cría de los crímenes morbosos; ensanchábase dentro de su alma una úlcera cuyas raíces se remontaban hasta las razas gangrenadas de sus antepasados. Estaba maldito, irrevocablemente maldito desde el vientre de su madre.

Todas las deformidades morales de una degeneración hereditaria, crecían en él desde su infancia. Chiflado de continuo, érale preciso, por ejemplo, contar hasta tres, y repetir esto tres veces seguidas. También con frecuencia se sentía impulsado á patear el suelo de cierta manera y conforme á cierto orden impuesto, primero con la punta del pie derecho,

después con la punta del pie izquierdo, luego á la inversa, y por último con ambos pies á la vez. Sus ojos, sus hombros, obedecían á impulsos análogos. Veíase continuamente incitado á tocar un objeto ú otro, siempre tres veces seguidas, y era impotente en absoluto contra esas vanas acciones sin objeto, aun comprendiendo su total inutilidad. En las tempestades, ocurriásele desafiar á Dios con injurias groseras ó violentas, murmurando en seguida aterradas plegarias, gritando: «¡perdón!» y balbuceando bajas adoraciones, temblando por miedo de que le hiriera el rayo, atraído por sus blasfemias.

Obliterábanse también sus sentimientos filiales. Amaba á su madre hasta la exaltación, pero aun esa misma ternura era enfermiza, sobreexcitada, manifestándose por caricias convulsivas, semejantes á las que una neurópata prodiga á su hijo. Además, su sangre viciada había producido una enfermedad, que inadvertida é incurable, penetraba hasta el centro mismo de su amor filial, conforme transcurrían los años. A veces, se apartaba con impaciencia y disgusto de su madre, al acariciarle ésta. Ese fue el primer síntoma del mal. Bien pronto se puso á reñirla, á burlarse de ella, buscando las partes más vulnerables de su alma donde verter el ácido corrosivo de sus palabras vulnerantes. Sentía entonces una cruel voluptuosidad; pero con mayor frecuencia sufría aún más él por esa causa que ella misma; y, sin embargo, sentíase impelido á atormentarla, sin saber por qué; era como si otro sér viviese y obrase en él, mientras su yo normal estuviese guardado en un estuche. Durante esta crisis de impersonalidad, la amargura que hervía en él se dirigía exclusivamente contra su madre. Sabedor de que ésta no tenía culpa ninguna, sin embargo, poco á poco se puso á odiarla con un odio sordo, ardiente, perverso; y este odio se reforzaba con la enervación, el remordimiento, el desprecio de sí mismo en que caía tras cada acceso.

Una noche en que la lluvia azotaba los vidrios y zumbaba el viento alrededor de la gran casa blanca, al borde del arroyo,

la madre y el hijo conversaban junto á la lámpara, sentados ella en su butaca, y él en una banqueta á sus pies. Aconteció que hubo de alzar los ojos el hijo en el momento en que la madre comía una fruta. Su laringe, prominente como la de un hombre, subía y bajaba con fuerza al tragar. El nudo de la pañoleta del cuello, descendía y tornaba á ascender. Mirólo él hasta producirle enervamiento, con tentaciones de pararlo poniendo el dedo sobre él y hundiéndolo allí para inmovilizarlo. Por un esfuerzo de voluntad, pudo conseguir desprender la mirada del punto magnético, volver á un lado la cabeza, levantarla.

Desde entonces sintióse dominado por un poder irresistible. El deseo insatisfecho le cosquilleaba la piel por debajo, ardía dentro de sus venas. Día y noche veía subir y bajar el nudo de la pañoleta; retorciáanse sus pensamientos como un gusano roto por la mitad para servir de cebo; sentía millares de hilos anudarse en derredor de sus manos, tirando de ellos hacia la garganta de su madre.

Aterrábale ese cuello largo y seco, con tendones parecidos á un manojo de cuerdas, y lo maldecía dentro de su alma, al paso que refrenaba las lágrimas al ver las arrugas del rostro de la anciana mujer querida.

Un día de Enero, al regresar de su paseo habitual hacia la hora del crepúsculo, encontróse á su madre descansando en una meridiana, dentro del gabinete de él. Con los ojos cerrados parecía dormir; pero al resplandor de las brasas le llamó muchísimo la atención su largo cuello descarnado con el paquete de tendones. No sabía si era una ilusión óptica, pero hubiera jurado que veía rebullirse la laringe. Sólo ésta parecía moverse en toda su persona y denotar la vida. Deslizóse junto á ella, inclinado adelante, con los dedos ganchudos como garras. Erguíase en él la voluntad como una espina dorsal de endurecido acero. Recogióse, tomó impulso cual un gato á la vista de un ratón; y un instante después ambas manos agarraron el descarnado cuello, extrañamente desmedido, que se puso

largo y estrecho como una culebra, mientras en un acceso de rabia oprimían los pulgares el nudo de la pañoleta. Extreme-cióse el cuerpo en convulsión y vió dos ojos llenos de espanto relucir debajo de él.

No comprendió, no sintió, no experimentó nada; ya no existían su alma ni su cuerpo, sino tan sólo dos puños aplastando una cosa blanda. ¿Cuánto tiempo estuvo en esa postura, un minuto ó una hora? Notó por fin que la masa estaba sin movimiento debajo de él, y la soltó. Parecíale que algo hervía y se elevaba dentro de él, siendo preciso ahogarlo. Tomó un aire alegre, echóse á reir, murmuró palabras (no serían sino sonidos inarticulados), experimentó de pronto una sensación de espanto y encendió la lámpara. Temblábanle las piernas, meneaba la cabeza, le latía con violencia el corazón y comenzó á silbar un estribillo para ahogar lo que sentía alzarse dentro de sí; pero de nada le sirvió. Lo que quería levantarse subía, subía hasta la superficie, y de pronto se irguió delante de él. Entonces dirigióse á escape hacia la puerta, fuera, á las tinieblas de la noche.

Se precipitó al camino; se detuvo bruscamente preguntándose por qué corría en vez de andar, y por qué había salido con la cabeza descubierta. La tierra estaba obscura, el cielo invernal sembrado de estrellas. Al SO. brillaba grande y centelleante la estrella de la tarde; y allá, por donde el sol había desaparecido, redondeábase una línea amarillo-verdosa donde se destacaba en el horizonte como una humareda negra.

De pronto, lleno de espanto, sollozando, se puso á correr por el valle, donde las iglesias relucían blancas bajo sus rojos capuchones de tejas, á correr cuesta arriba por las colinas, desde donde veía las luces de las cabañas brillando con rojo resplandor á través de la obscuridad. Gemía en alta voz, gritando y jurando en un acceso de rabia loca. Parecíale como si queriendo precipitarse en el infinito, fuera del tiempo y del espacio, hubiese abordado al suelo á pesar de todos sus esfuerzos. Un círculo de hierro enrojecido le apretaba la gar-

ganta, y rezaba oraciones mudas sin poder decir una palabra. De repente se sintió exaltado. El celeste arco amarillo-verdoso se aproximaba agrandándose, cada vez más colosal, brillando con un esplendor cada vez más intenso, alzándose ante él como un pórtico. Atravesólo y entró en vastos espacios de color amarillo-verdoso, en el horizonte negro como el humo. Entonces el pórtico se transformó en un tulipán gigantesco amarillo-verdoso con rayas negras; pero cuando quiso cogerlo y ponérselo en el ojal, notó que era una mujer con cabeza de muerto alumbrada en lo interior por un moho fosforescente. Sobre esa cabeza flameaba el velo negro de la muerte, sujeto al hueso frontal por una piedra preciosa, parecida á la estrella de la tarde.

Y después, en el hospital, coge siempre tulipanes amarillo-verdosos con rayas negras de humo y forma ramos con ellos. Eso cuando está tranquilo. Pero cuando ve una mujer blanca con cabeza de muerto, iluminada en lo interior por un moho fosforescente, entonces es preciso ponerle la camisa de fuerza.

En momentos de lucidez, cuenta los detalles de la funesta noche en la cual estranguló á su madre, pero sin saber hoy más que entonces el por qué.

OLA HANSSON.

GENOVEVA MONTAÑA

(NOVELA)

CONTINUACIÓN (*)

A LAURA MOREIRA

LISBOA.

Juncal, Agosto.

Querida Laura: No escribas á mamá respecto de mi ida á Cintra. Es sólo ponerme en la necesidad de discutir con ella, lo que para mí es siempre penoso.

Te lo digo con franqueza: prefiero incomparablemente más pasar el verano en el *Juncal*. Cintra, con la vida que me propones, no me atrae.

No, Laura mía. Esos *can-cans* que te divierten, harían mi desesperación, ó, por lo menos, mi aburrimiento. Despréndese de ellos un hálito envenenado que debe secar las propias plantas, como nos seca el alma. ¡Y llamas tú á eso cháchara inofensiva, que cuele como el follaje seco sin dejar vestigio! ¿Pasa algo de lo que se dice sin dejar vestigio?

El embotamiento moral, producido por el hábito de esa sociedad enervante, es lo que te hace ver así las cosas. Todos los fenómenos habituales del medio en que vivimos, actúan directa ó indirectamente en nuestro carácter, en nuestros racio-

(*) Véase LA ESPAÑA MODERNA, de Julio último.

cinios. Nuestra voluntad entra poco en esa evolución lenta de nosotros mismos.

¿Pues no clasificas tú el procedimiento de Teresa R. un *mero capricho de salón*, un *simple é inocente galanteo*? ¡Ahí tienes una prueba de la perniciosa influencia del medio, ejercida en tu propio espíritu! ¡Defender tú la vulgaridad de un galanteo descarado, recibido públicamente por una mujer casada!

Todavía se comprende la pasión ilegítima que vive recatadamente sobre sí, justificada por su intensidad, santificada por el pudor con que huye de toda ostentación. Pero lo que no se comprende, ni se justifica, ni se disculpa, es esa innoble *flirtation* en que las mujeres, casadas ó no casadas, reniegan voluntariamente de la dignidad que todas debían guardar inatacable.

El galanteo ostentoso envuelve siempre falta de respeto por parte del hombre, falta de pudor y decoro por parte de la mujer. La tolerancia habitual para estas flaquezas constituye á todas las mujeres en una especie de camaradería envilecedora que hasta cierto punto pueda justificar la cínica teoría del barón de P. A propósito: una opinión define muchas veces un carácter. Me huelgo de veras de no conocer á ese señor barón.

Ahora respecto de ti, mi querida Laura. No sé como no prefieres permanecer más tiempo en Lisboa. ¡Ese ir y volver del tren debe ser tan fatigoso para Antero! ¡Y todavía le llamas egoísta! Nota que con el *egoísta* sucede como con el terco: es raro que no aparezca un segundo que le haga *pendant*.

En tu casa sé que acortaría lo más posible mi *villegiatura*.

Tal vez tu suegra, teniendo presente las *conveniencias*, lleve alguna razón. Bien podía ser que mucha de esa gente que veranea ociosamente en Cintra se divierta en comentar, en desfavor tuyo, ese afán de frecuentar una sociedad donde tu marido aparece tan poco.

Yo, que casi nunca sé lo que *debe* ó *no debe* hacerse según los dictámenes de una sociedad paradójica é incoherente que conozco mal, no podría aconsejarte con seguridad.

Lo que sé es que trocaría de buen grado la convivencia de extraños por el *tête-à-tête* con mi marido que, después de un día de fatiga, se recoge á nuestra casa en busca de descanso y bienestar. Pero nosotras dos pensamos y sentimos siempre de modo muy distinto. Y en cuanto á lo que se acostumbra á considerar como la felicidad de la mujer, ¿con qué fundamento había yo de querer inculcarte por eficaz lo que supongo practicaría en tu lugar? ¡Yo, que no tengo para nada una teoría definida, que apenas sigo una especie de *instinto raciocinado*, guardando cierta simetría entre mis actos, mis tendencias y mi razón!

En esta vida retirada que llevo es más fácil escuchar la vibración natural. Dejo voluntariamente de adoptar teorías ajenas, generalmente aceptadas, porque presiento que la máquina de mi vida gira más fácilmente por sí.

Para dar consejos me veo siempre con dificultades. Ante la crítica social, realmente no sé nunca de cierto lo que es *mejor*.

¿No dices tú, y no entiende contigo tanta gente, que, pasada la adolescencia, la mala literatura ya no perjudica?

Yo pienso enteramente de otro modo. Considero nuestro carácter una obra delicadísima, casi nunca concluída. Lo comparo con las góticas catedrales cuyas delicadas filigranas no se acabaron nunca porque la concepción grandiosa del artista no encontró condiciones que le facilitasen el glorioso remate.

Todo lo que excita, conmueve é interesa, pone en emotividad eso que yo llamo el carácter. Cada conmoción deja marca indeleble. La mala literatura, en el libro ó en el teatro, es un veneno sutil que se infiltra en nuestro organismo, contagiándolo. El reflejo proyectado por luz corrosiva es un mal reflejo. Empaña corazones puros, altera la visión, oscurece lo blanco de la conciencia.

Hojeé *Madame Bovary* en Leiria, en casa de las primas Cunhas. Es un libro execrable, falsísimo.

Si algún día llegaran á instituirse premios de honor en este concurso que parece abierto para deshonra y desprestigio de la mujer entre los cultivadores de la moderna literatura decadente, Flaubert tendría derecho á una recompensa señalada.

¿Y lees tú á Flaubert sólo para decir que lo conoces? Por ese procedimiento, efectivamente, poco debe importar la materia del libro.

Yo tengo otras exigencias. Quiero que el libro no me destile en el alma una cantidad de desanimación y hastío que haga aún más penoso y molesto el trabajo de vivir...

Vuelvo á pedirte que no hables á mamá de mi ida para Cintra. Decididamente tu programa... me da pavor. ¡Aprovechar la juventud, aprovechar la vida, dices! ¿Qué será entonces desperdiciar todo eso?

La vida es una gran fuerza; necesita algún objetivo importante sobre qué ejercitarse. Todos nuestros días inútiles son suma de energías perdidas, movimientos desorientados sin un fin que los ennoblezca.

La mayor parte de las mujeres parece vivir sin darse cuenta de esto. ¡Qué extraña indiferencia la suya!

Pero, reparo ahora... ¡Qué... filosófica va esta carta! ¡Y es que dices tanta, tanta cosa... original! Me encuentro, sin saber cómo, intrincada en discusiones trascendentales.

No dejes de mandar telegrama anunciando al vizconde. Mira que mamá lo considera muy importante.

Voy á dar esta tarde un gran paseo á caballo. ¡Cómo me gustan estos paseos... sin escudero! ¡Y el *Shy*, que me lleva, él sabe por dónde!... por donde quiere... tú te ríes... pero créelo. El rebaño que pasa titilando, me suena mucho mejor que los valeses y *cotillons*, en que deseas verme metida. ¡Cuánto más hermoso no ha de parecerme aquí el alborear que ahí, con ojos trasnochados, que, terminado el baile, miran estúpida-

mente la naturaleza en la completa imposibilidad de comprenderla!

Esto no es comparable. Todo lo que me inspira ternura, es ahí indiferente. Lo que tantas veces me hace verter las lágrimas más tranquilizadoras, produciría ahí los más aburridos bostezos.

No tengo aquí alma viva á quien dé la más pequeña porción de mis impresiones. Por eso no tienen fin estas cartas. La gran abstinencia de expansión oprime horribilmente á veces.

Mil cariños para ti y Antero.

Tu

GENOVEVA.

*
* *
*

A D. MARTÍN FROES

LISBOA.

Quinta del Juncal, Villa Verde, Agosto.

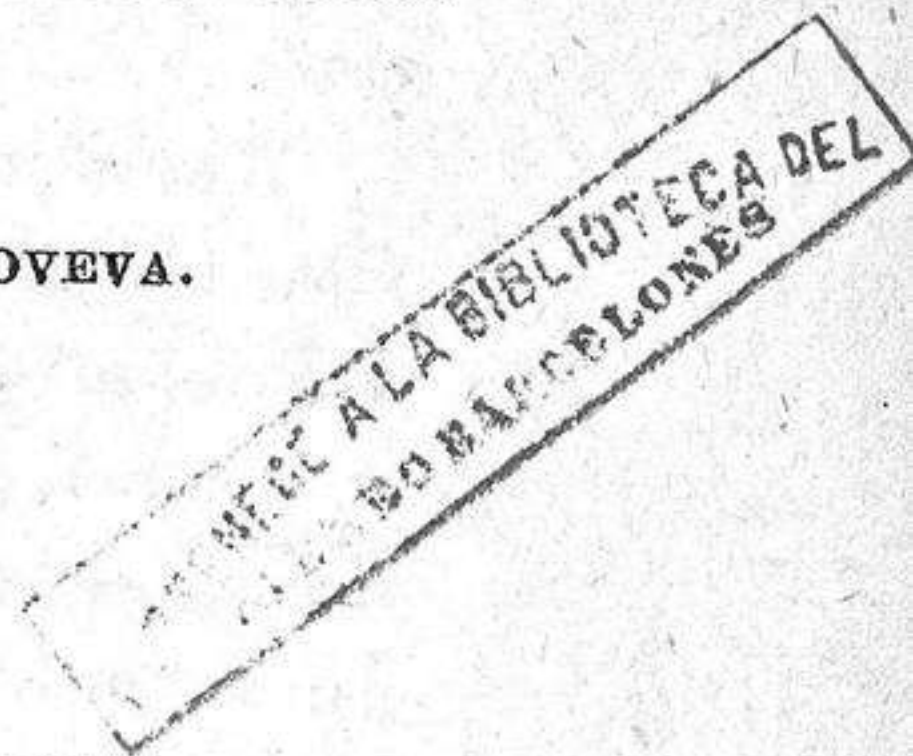
Mi Martín: Prometido, debido. Quedé en darte cuenta exacta de mi exploración matrimonial. Hombre de palabra, aquí me tienes, pluma en ristre, poco antes de partir para la mansión solariega de Sendrín.

Estoy aquí hace cuatro días. No puedo decir que me hayan parecido completamente cuatro siglos. Pero, francamente, estoy saciado de paisaje. No sé que poder embrutecedor tiene sobre mí el campo. Dos días de *rural* bastan para trastornarme completamente. Me convierto desde luego en otro hombre.

Además, en faltándome el agua de *Saint-Galmier* estoy perdido del estómago. Es lo que me ha pasado en casa de estas señoras Montañas. Y además, ¡unas horas de comida imposibles!

¡Almuerzo á la nueve, comida á las cuatro, cena á las diez! A pesar de ser excesivamente portuguesa, la cocina es buena. Lo que no es conveniente ni para el diablo es comer

E. M.—Agosto 1900.



sopa á la hora del *lunch*, y platos finos poco después de salir el sol. Ando derrengado con este demonio de régimen. Si me detuviese aquí en estas condiciones, acabaría conmigo. Por cuatro días todo se soporta. Y debo confesar que el vino, el aceite y la manteca son de primer orden. No lo hay mejor en parte ninguna del mundo. Fruta espléndida, paradisiaca. Leche ideal; como en Lisboa no se sueña que exista. Todo esto son buenas compensaciones.

¡Qué dineral no dará esta propiedad, así aprovechada como está!

Ahora, al proyecto (que ni en nombre de Dios Padre quisiste tomar en serio.....) Estoy cansado del celibato, palabra. Desde que entré en la terrible decena de los cuarenta, comenzó á sonreirme la perspectiva de un hogar confortable, donde no sea del todo fastidioso reposar de lo que se marchó y seguramente no volverá. Ahora, este ideal pacífico y ordenado, ¿dónde encontrarlo fuera del matrimonio?

¡No veo otra salida posible!

En las ojeadas que estoy echando, es un poco para asustarme la suegra, mujer del todo plebeya, hablando por la gramática de mi cocinera y vistiendo por un figurín exótico que es sólo suyo. Actividad y resolución en carne viva, supongo que también tiene su genio, á juzgar por el tono enérgico con que siempre apostrofa á la numerosa servidumbre. Para mí—debo decirlo—esta señora doña Feliciana ha sido de una dulzura que cautiva, llegando, por hábito plebeyo, hasta á llamarme *hijo*, vulgaridad que en la actual circunstancia no deja de lisonjearme el órgano auditivo. Sí, ¿por qué no es hoy mi más cara aspiración ser *hijo* de esta buena, de esta impagable doña Feliciana?

Extrañarás de seguro que todavía no te haya hablado de la pequeña, de la verdadera protagonista de mi drama.

Es que todavía no puedo decirte mucho de ella. Cuatro días no siempre bastan para estudiar á una mujer, aunque sea una provinciana, aparentemente sencilla.

Además, ésta habla ^{en}poquísimo, lo que todavía no pude averiguar si será debido á estupidez, afectado recogimiento con toques de romanticismo ó simple timidez.

Deseo la última de las hipótesis, no desprovista de cierto interés picante. Estúpida, preferiría ya ahora que no lo fuese. Romántica es lo que no la quiero de ningún modo. Me fastidiaría mucho al presente, y me daría qué hacer en lo futuro. Nada, nada. Para garantirme el sosiego de los cabellos blancos, es principalmente para lo que pretendo estudiar de antemano el carácter de mi futura, si realmente llega á tener carácter.

El ideal sería obtener un agradable animalito muy dócil, sin hechura propia, á quien yo formase á mi modo, un poco á lo Rousseau. ¿Pero será esto posible en los tiempos de *feminismo* que corren? Lo dudo.

Esta tiene veintitrés años, edad prometedora, sobre todo atendiendo á la educación estúpida de provincia. Y el demonio de la muchacha tiene su no sé qué—tal vez sea tranquilidad idiota—que no deja de imponerse al principio. ¡Imagínate que es bonita y todavía no le he hecho declaradamente la corte! He estado de observación. La campaña debe ser facilísima. Por eso, para no perder tiempo en la estupidez de un galanteo inútil, quiero antes enseñorearme bien de la situación. He comprendido que la muchacha no es nada *coquette*. En este caso entiendo que lo mejor será: al pan, pan y al vino, vino.

Tengo por fuerza que ir ahora á Sendrín. A la vuelta torno á pasar por aquí, y, á quema ropa, pido la mano de la *señorita* Montaña con toda formalidad. Sobre la impresión personal que yo haya causado en mi presunta novia, no tengo la menor idea. *Su Excelencia* tiene una *virtud*: no se revela absolutamente nada.

Cálculo, timidez ó inercia de temperamento, no pone la menor personalidad en nada de lo que dice ó hace.

Me parece, sin embargo, adivinar fácilmente que la muchacha estará muerta por cambiar esta vida en que yace aquí

encerrada, por cualquier otra cosa. Quien le hable de un viaje, estoy en que desde luego tiene ganada la partida. Hay, además, otra cosa á que las mujeres no resisten: la fascinación del título. Pensé en esto adquiriendo mi *vizcondado*.

Todas se dejan embriagar por este fluido, ¡cuanto más una provinciana de este calibre!

La hermana, una Laura muy picante, mujer de Antero Moreira, actual Secretario del Ministro de Estado, le es muy superior, si no en belleza, al menos en gracia, en espíritu, en desenvoltura, ese *quid* que á veces vuelve á las mujeres peligrosamente atractivas. Eso es una muchacha distinguida. Le habría puesto cerco si hace mucho no pensase ya en este casorio. Y para el efecto sedativo del matrimonio da siempre más garantías una de estas santidades algo monótonas, que llega á parecernos que pertenecen á un tercer sexo todavía no perfectamente definido. Entonces, cuando ocupan un altar adornado de valiosas pedrerías, como en el caso de esta mi retraída Genoveva, nuestro espíritu mal puede excusarse de la sugestión devota. ¡La humanidad es tan flaca!

Voy ya abatiéndome, D. Martín. Necesito *establecerme* airosamente. En nuestra edad, la gente ya no se apura mucho con la perspectiva de tranquila velada en familia, al lado de la consorte burguesa y sencilla que zurce soñolientamente los calcetines.

Voy de huída al Norte á negocios caseros, y vuelvo aquí á ver si encuentro más abordable á la muchacha. En este caso, muy probable, haré inmediatamente la petición. La pequeña ha de estar muerta por verse librè de esta cargantísima soledad. En tales casos todas las mujeres piensan lo mismo. Esta, apenas me ponga definitivamente á estudiarla, la descifro en veinticuatro horas. Ahora no tengo tiempo porque están de casa á llamarme con urgencia. Parto esta noche para estar allí probablemente ocho días. Escriba allí.

Siempre el mismo,

RUY CASTILLO.

Tengo intención de aparecer todavía en Cintra ó Cascaes para pagar mi tributo de *villegiatura comm'il faut*.

*
* *

A LAURA MOREIRA.

LISBOA.

Juncal, Agosto.

Laura, hermana sin corazón: Tu vizconde partió hoy á la tarde. No estoy en mí. Tengo todavía en el oído, como eco siniestro de tempestad, el retumbar de su discurso *poseur* y vacío.

¡Y encuentras atractivo un hombre así! ¡Máquina, expeliendo por una boca cínica y mala torrentes de frases pretenciosas en que no hay la menor vibración sincera!

¿Sabes una cosa? Desde que este hombre entró aquí, me atacó opresivamente un silencio invencible. No era *no querer*, era *no poder* articular palabra.

Ante aquella *pose* inalterable y satisfecha, se me desvanecía la palabra y el pensamiento bajo una tristeza, un malestar, que me ponía realmente estúpida. Debe haber tenido este señor la más formal desilusión con respecto á mí. Esta reflexión me alivia.

Mamá no me parece que tampoco ha quedado nada contenta. El Vizconde con su lenguaje siempre metafórico, siempre ambiguo y malicioso, ¡cómo ha de ser comprendido por ella, pobrecilla! Lo que no entendemos, nos desagrada infaliblemente.

Pero Laura..... ¿cómo pudiste suponer un momento?..... Me estremezco con esta idea. Por culpa tuya creo que voy á soñar muchas veces con este Vizconde en las malas noches. ¡Qué aire de conquista tan descortés tiene este hombre! ¿Lo habrá adquirido en los tales inocentes *galanteos de salón* de que me hablabas hace días?

A mis ojos rústicos no puedes calcular qué risible me pa-

rece una entidad de estas—¡la arrogancia más atrevida para suscribir un vizcondado de contrabando! ¡Aquél cuello tieso, torturante como un collarín! ¡La simétrica escuadra del bigote y del peinado, el exageradísimo *snobismo* de los gestos, que parecen movidos por una cuerda inflexible! ¡El vacío incomensurable de cabeza y de alma revelándose en la ironía vulgar de todas las palabras! ¡Qué innobles ejemplares de la humanidad! ¡Oh! ¡Shocking! ¡Y pensar que hay tantos *vizcondes de Sendim!*

Laura, cuando considero en serio que me destinaste algún día semejante hombre para marido, me dan ganas de llorar.

¿Tan cierto es, por lo visto, que la vida, en medios diferentes, nos va distanciando cada día más? ¡Qué tristeza pensarlo! ¡Me vienen ahora las lágrimas, Laura; lágrimas que no me dejan ver este papel!.... ¡Y estoy por sentir contra tí un despecho tan amargo! ¡Válgame..... no sé lo qué!

Oye, Laura. Si no quieres atormentarme mucho, no vuelvas á hablarme de ese despreciable Vizconde. Todo cuanto le atañe me es indiferente. Hasta su elevación al marquesado.

Lo peor es que pasará por aquí á su vuelta para Lisboa.....

Pienso hacer una cosa: declararme enferma para no salir del cuarto en ese día.

Recuerdos cariñosos de mamá.

Tu

GENOVEVA.

¿Y el primo Hugo? ¿Apareció ya por ahí?

*
* *

A GENOVEVA MONTAÑA.

JUNCAL.

Lisboa, Agosto.

Mi querida Genoveva: ¡Cómo están esos nervios á fuerza de concentración campesina! ¡Caramba!

Estás enferma, hermana mía, gravemente enferma.

Tu carta anterior me lo había ya indicado de sobra. Esta de ahora me pone más seriamente en cuidado.

Que no simpatices con el Vizconde, ó juzgues no simpatizar con él, pase. Pero todo eso puede y debe quedar muy lejos de la infundada y cruel apreciación que de él haces.

Y has sido muy ingrata, ¿sabes? Escribió á Antero. Le dice francamente las impresiones que llevó del *Juncal*. Con respecto á tí es fácil percibir que quedó cogido en las redes.

Disculpa lo ordinario de mis términos, hermana impecable. Tu gravedad puede ofenderse; pero lo cierto es que, en nuestra sociedad, quien no emplea hoy un bocado de jerga, no hace buena figura. Es preciso ir con los tiempos.

Sí; evidentemente el Vizconde tiene por tí un enorme cariño. Y soy yo quien no está resuelta á desistir de un plan de risueño porvenir para una hermana sólo porque..... ¡Ay! ¡no sé yo por qué! Todas hemos tenido estas vacilaciones, estas repugnancias, antes de decidirnos al gran salto mortal. ¡Desdenes! ¿Por qué no ha de ser un bocadito de vanidad provinciana, la más necia de todas las vanidades?

No puedes sufrir que tu señor pueda decir ufano: Llegué, ví y vencí. ¿Cuál de nosotras las mujeres no tiene estas niñerías? Me acuerdo del cuidado que, cuando era novia, ponía para no mostrar nunca á Antero que le esperaba con impaciencia. El disimulo es el arte supremo de la mujer de espíritu; sí, lo es. Además de esto, no hay otro medio de que seamos triunfadoras en la vida. Luego que te libertes de ese opresivo capullo que es el *Juncal* para tí, verás, mariposa gentil, como se te revela una nueva existencia, en que no son las circunstancias las que nos vencen y nos oprimen, sino nosotras quienes domamos á las cosas á medida de nuestro capricho y de nuestra voluntad.

No, no desesperaré tan deprisa de verte en breve Vizcondesa de Sendim da Beira.

Estoy alegre, lo estoy, ¿qué quieres? Tengo un grande empeño en esta segunda visita del Vizconde. Una aversión vio-

lenta como la que describes es muchas veces el prelude de una pasión. ¡Cuántos casos ha habido así! Lucha por instinto el pajarillo antes de perder la libertad.

¡Por Dios! ¡por la Virgen! ¡No des cumplimiento á ese estúpido capricho de encerrarte en el cuarto, como podría hacerlo la Rita de nuestro casero con el propósito necio de afrentar al Pepe de la tía Ana. ¡Me parece! ¡Ni pensarlo! ¡Ve antes disponiéndote á estudiar al Vizconde *Thoroughly*, cuando no sea por *arte de amor*, al menos por *amor del arte*. Estudiar el *documento humano*, como ahora se dice, no es perder el tiempo. ¡Lo que se aprende en estas exploraciones! Comprenderás entonces cómo te cegó tu prejuicio. Nos engañamos casi siempre en nuestras primeras opiniones. El Vizconde es para ser visto con tiempo y vagar. Obsérvalo así y dime después con sinceridad lo que hallaste. Tiene ese encanto que sólo puede dar el largo hábito de sociedad. Son mil niñerías deliciosas que no se imitan, que no se parodian sin caer en el ridículo. Puedo asegurarte que el Vizconde es el *enfant gaté* de nuestras bellas. ¡Cuento por docenas las que desearían estar en tu lugar!.... ¡*Petite sotté que tu es!*

Antes de que me olvide. Escribe ahora á Cintra. Marchamos mañana. Toda esta demora ha sido por causa de la tía de Antero, aquella tía Ignacia de quien has oído hablar mucho. Ha estado realmente mal. Los médicos no tienen esperanza ninguna. Antero, como se crió con esta tía, no encontraba bien que yo partiera para Cintra, que está ahora en plena *season*. Y aquí he estado aguantando este calor, y la tía Ignacia ni muere ni mejora. No es posible cosa más secante. Y probablemente voy á tener que andar todo el verano de luto. ¡Qué pesadez! Imagínate que tengo dos *toilettes* de Sequeira, que todavía no estrené, ni pagué siquiera. Y estoy por creer que no llego á ponérmelas. Además, ¡lo negro me sienta detestablemente! Esta tontería de los lutos debía haberse acabado hace mucho tiempo; ¿no es verdad? Es un absurdo impropio de nuestra época.

Por fin nos vamos mañana, antes del desenlace. Le dije á Antero que esto no podía continuar. Tía Ignacia puede muy bien durar, y esta penitencia de calor que estoy sufriendo no le alivia los padecimientos.

También nos hemos impresionado mucho con el desastre de un colega de Antero, Alvaro Díaz. Cayó de un caballo, ¡pobre muchacho! y se puso muy malo. Ahora hay esperanzas, pero se le tuvo completamente por perdido. Fue el lunes. Supímoslo comiendo. Antero fué enseguida allá. Ya sabes lo extremado que es Antero. Quedé en un estado de nervios como calcularás. Ni aun probé la comida creo. Valióme ser la noche de la *soirée* de las de Vasconcellos. Antero, claro es, no fué. Estuve también por quedarme en casa; pero, por fin, me resolví. No hacía ningún bien ni á tía Ignacia, ¡pobrecilla! ni al pobre Alvaro Díaz, con quedarme sola en nuestro gabinete rumiando impresiones tristes hasta que viniera Antero á contarme los suspiros y gemidos de su amigo. ¡Excelente preparación para una noche de pesadillas! Siempre pensé que molestarnos sin provecho de nadie, es una completa majadería. Por esto envejecen muchos antes de tiempo. Sacrificarse la gente, sólo cuando sea en beneficio de alguien.

En aquella noche me hizo un gran bien el irme á casa de las de Vasconcellos. Había mucha gente; se pasó muy bien. Doña Cándida será todo lo que quieran, pero en amabilidad es inexcusable. Le hago justicia. Con aquel genio tan alegre, tan *sans façon*, se gana las voluntades. Lo que sé decir, es que fuí allí triste, y por fin reí y bailé toda la noche. Comenzando por ocultar mi preocupación, acabé por olvidarme de ella. Siempre encontré muy egoísta imponer nuestro disgusto á las otras personas, que ninguna culpa tienen de nuestros males. Pocos comprenden este deber social de esconder lo mejor que se puede las impresiones tristes.

¡Me gustaría tanto llegar un día á conseguir tu conversión! Verte reír, gozar de la vida como las otras muchachas de nuestra edad—¡qué felicidad para mí!—Después, cuando lle-

gan los primeros cabellos blancos, ¡qué desesperación sin consuelo ni remedio! ¡Y he de verte llegar ahí sin haber hecho nada por tu rescate! ¡Qué remordimiento para mi vida!

¡Qué diferentes nos hizo la Naturaleza! Yo busco siempre la carcajada; tú improvisas ríos de lágrimas donde nadie supone que estén. Yo hablo á tuertas y á derechas, sin reparar en el alcance trascendental que mis palabras tengan ó no tengan; tú discurses gravemente como el *father Dorsey* cuando miss Dellaney nos llevaba allá. ¡Y dices unas cosas! ¡Santo Dios!

Por lo que se ve, tú, si te casases, llevarías al matrimonio el programa de un interminable *tête-à-tête*. Abrenuncio.

Sería tu marido el primero en saciarse. Entrando y saliendo constantemente es como la mujer consigue dar al *ménage* cierta vivacidad interesante.

Está aviada la mujer que da en mostrar que se ocupa mucho del marido. ¡Adiós, prestigio!

El corazón humano es así. Pierde pronto el gusto por las cosas que tiene muy seguras.

Para hacer durar eso que llamamos *amor*, es preciso no dejar de la mano el excelente preservativo de *la duda*. Los hombres, luego que no dudan, se encierran en su original egoísmo y abusan ferozmente.

Paso fuera casi todas las noches. Así, tengo la certeza de que Antero aprecia mucho alguna velada que pasamos los dos solos en casa, á la luz, mortecina, soñolienta de nuestro quinqué de aceite.

¿Sabes que Antero sigue teniendo la antigua rareza de no querer luz sino de aceite? Me parece que todos los hombres tienen más ó menos de estas rarezas. Con todo, doy gracias á Dios por haber escapado del clásico velón de tres mecheros. Podía ser aún peor, ya lo creo.

Y nada más por hoy: tengo que ir ocupándome del *déménagement*, quiero decir, de mis cosas. La casa de Cintra tiene de todo. Y para Antero yo no hago arreglos, porque él no encuentra bien lo que yo hago.

Te deseo, con toda mi alma un marido poco escrupuloso en el *arreglo de la casa*. ¡Oh! ¡el *arreglo*! Esta palabra ha sido mi *cauchemar* desde que me casé. Debía haberlo previsto, si, á tiempo, hubiese conocido á mi suegra. ¡Una mujer que lleva por cuenta todo lo que tiene en casa, y hasta conserva numeradas y ordenadas las rodillas de fregar! ¡Lo último! Antero lo encuentra ideal. ¡Oh! ¡el *arreglo*! ¡Uf!

Es verdad; ya se me pasaba. El primo Hugo, por fin, apareció. Había ido á ver á Antero á la secretaría. Pasó aquí una parte de la velada. Me parece insulso, lo que no quiere decir que no sea un cofre de virtudes. Estuvimos todos un tanto violentos. La gente no sabe nunca bastante lo que ha de decir á una persona que no es nada de su círculo. Agotado el tema de la lluvia ó del buen tiempo, de *San Carlos* (1), de campos y playas, de los achaques que afligen á los conocidos comunes, queda un *malaise*. El, además, no va casi nada á sociedad; no conoce las *entrelíneas*. Antero creo que simpatizó con él. Yo quedé muy fría, fría..... de lo que espero ser disculpada.

Ve si por fin te resuelves á venir á Cintra, anda. Cuando quieras irá Antero á buscarte. No le cuesta nada. Bien sabes que para tí está siempre pronto. Como que yo estoy por tener celos de esta predilección.

Seramente, me haces en Cintra mucha, muchísima falta. Andar siempre sola de un lado para otro es secante. Y llama la atención, lo reconozco.

Quisiera que mi señora suegra no tuviese pretexto para ciertas insinuaciones á Antero, y para directas que me impacientan. Un día le suelto una fresca. ¡Tan cierto!.... A ver si vienes. ¡Estando tú aquí, todo es tan fácil! Ven; te juro que has de divertirte.

Un abrazo á mamá.

Taya,

LAURA.

(1) Es el teatro de la Opera, de Lisboa.

A HUGO SANTA ANA

LISBOA.

París, Octubre.

Amigo Hugo: ¿Qué se habrá hecho de tí? ¡Dos larguísimos meses de silencio!

¿Te habrás casado? ¿Habrás dado ya al público las primicias de tu ingenio literario? En los periódicos portugueses, ni palabra respecto de tí. Ardo en mil curiosidades. Oh ¡hombre, repara que son dos meses!

Fuése el lugar del *Crédit*. *Requiescat in pace*.

Sé que la noticia no te causará la menor emoción. Pero consiente al menos que desfogue contigo el despecho de mis penas.—*Sunt lacrimae rerum*—no puedes refutar esto.

Nota que los latinajos no testifican el menor orgullo de sabiduría en este tu amigo; son simple y modesto homenaje de acatamiento á tus deidades. Sólo por eso saco de los rinconcitos del cerebro, limpiándolas del moho y del polvo, estas venerandas reliquias, honra preclara de mi inteligencia.

Volviendo al *Crédit*: he de ver siempre con malos ojos, con ojos rencorosos, á este hombrecillo de cabello amarillo, bigote ralo de cuatro pelos hirsutos, y pupila azul pálida, que vino aquí á coger el lugar que tanto codicié para tí. Ahora á rezar por su alma. Por tanto, treguas á la lamentación. Con tu compañía me dieron en este juego un buen codillo. ¡Paciencia! La miel no es para todas las bocas, no.

¿Pero qué diablo habrás hecho?

Este silencio me espanta. Más que todo me asombra que no hayas corrido ya á los brazos opulentos y tiernos del *oncle Bob*. ¿Estarás, vencido, adulando caballerescamente á la prima doña Feliciano del *Juncal*, en quien tal vez un como instinto de conservación te hizo enseguida *ex abrupto* presentir *un verdadero ideal de suegra* (textual)?

Pues, Hugo mío, si el *chauvinismo* heredado de tus abuelos y agravado por tu detestable educación no te consiente

abandonar el glorioso, vetusto terruño de Portugal, no veo sinceramente gran mal en que cultives ese vástago lleno de esperanzas de tu árbol genealógico. ¡Quién nos diera á todos una primita así, apetitosa por tantas razones!

Aunque la muchacha tenga en la mollera cierta fatuidad de su oro, esto, bien reparado, no pasa de ser un inconveniente secundario.

Las ventajas correlativas deben dar mucho alivio á las susceptibilidades del pundonor masculino. No vayas tú á hacer escritura con separación de bienes, quita allá. Con habilidad podrás en poco tiempo doblar el capital; y, después, suceda lo que suceda, tienes el más legítimo derecho á la mitad de las ganancias. Y todavía habrás podido aumentar lo de ella. Lo que cuesta es ser rico; riquísimo, no cuesta nada. Yo, si cogiese en la mano unos cuantos miles, compraba papel y estoy en que llegaba á millonario con poco trabajo. Y ahí..... no llegaría.

Tu situación es envidiable, amigo, si sabes sacar partido de ella. Si en lugar de esto, gastas el tiempo en buscar paralelos entre Sófocles y Eurípides, ó en comentar á Plauto, ó disecar á Virgilio, entonces, caro mío, eres un hombre irremisiblemente perdido para siempre.

Espero á cada momento la amigable participación de tu contrato matrimonial. Iré á animar con mi presencia el acto solemne. Ya tengo prevenida á la gente del *Crédit* para una ausencia de algunos días.

Y gozo de veras, te lo aseguro, con la perspectiva de dejar más cargado de trabajo á mi larguirucho colega, de cakello color de barbas de maiz y ojo descolorido.

Siempre yo muy amigo

ENRIQUE.

*
* *

A ENRIQUE VELLOSO

PARÍS.

Juncal, Octubre.

Querido Enrique: Esta vez José Miguel cumplió rigurosamente las órdenes. Así, tu carta, llegada ayer á Lisboa, está hoy en término de Leiria y en mi mano.

¡Dos meses de silencio! ¡Dos meses! Alegre ó triste, el tiempo pasa como torrente vertiginoso. Parece que nada hicimos y la vida se desliza en una agitación incesante.

En los últimos sesenta días mi vida ha sido un verdadero kaleidoscopio de sensaciones.

Te pasmarás cuando te diga que tengo, acabaditos y prontos para el tribunal de la publicidad, nada menos que dos productos literarios. Pero ¡qué trabajo, muchacho! ¡Cuántas horas de febril excitación cada día!

En los comienzos de una carrera se trabaja así. Llega á ser brutal. Lancéme de una vez á la novela y al drama, géneros diversos en la esencia y en la forma.

¿Y sabes, querido Enrique, que no estoy descontento de mi obra? Me parece que conseguí ligar la moderna intención psicológica al respeto antiguo de la forma, hoy tan decadente.

Comencé por la novela. La he titulado: *Nebulosas del carácter*. ¿Qué tal? El título hace mucho á veces para la aceptación pública.

Es tan frecuente que se entretenga la crítica con los nombres de las obras de arte.

Ya se vé, hice psicología. Sin esto no hay salvación posible en el agitado mar de la literatura fin de siglo. Pero no procuré seguir una escuela. Tampoco pretendí hacer enteramente una novela de costumbres á lo Flaubert, ni de caracteres á lo Stendal y á lo Beyle. Según Bourget, el ideal irrealizado ó irrealizable sería la estrecha alianza de los dos géneros, proceso tal vez inconscientemente practicado por el gran maestro Balzac.

Yo, sin pretensión de creador de ninguna obra maestra, procuré en mi novela estudiar cuidadosamente las costumbres de la actualidad, representándolas en varios ejemplares de medianía común, para en ellos, con lo mejor de mi ingenio disecar dos caracteres.

Lo que haya conseguido, la crítica lo dirá á su tiempo.

Tal vez en todo mi trabajo se sienta demasiado el dogmatismo moral. Algunos me lo censurarán, ya lo sé. Las escuelas ultra-modernas ordenan la abstención completa de la personalidad del autor, el cual debe conservarse tan fuera de su obra cuanto se lo permita la concentración artística.

Soy un tanto conservador, como sabes. No simpatizo con el procedimiento.

Prefiero siempre los libros en que, á la par de obra puramente imaginativa y literaria, se sienta alguna cosa del alma sincera del autor. La exposición de una concepción artística que no me dice nada de la personalidad real del escritor, me produce una sensación incompleta, hasta molesta.

Reclamo en el libro, más ó menos expresa, la psicología del hombre que lo concibió. Y quiero más todavía, en un camino intermedio entre las dos escuelas extremas:—la del arte por el arte, que siempre juzgué incompleta, y la de la modernísima literatura socialista, que pretende, mediante el arte, reformar toda la existencia humana—quiero que en el arte de la palabra escrita, la más bella y la más noble de todas las artes, resplandezca y brille siempre la intención moral que consagre el triunfo de la virtud sobre la podredumbre social.

Al teatro compete todavía más mi teoría.

El teatro debe ser escuela.

Allí deben correr las multitudes á beber la pureza de los sentimientos como la del lenguaje. Es preciso que el teatro enseñe y moralice; que el alma ingenua del pueblo encuentre en él sano alimento.

Es grave cosa hoy tachar de moral ó inmoral á un escritor: no lo desconozco.

La glorificación del vicio manifiestamente y de propósito, hasta me atrevo á creer que nunca se hizo. Lo que acostumbraron y acostumbran siempre los escritores libres es á patentizar ante los ojos áridos del público los nefandos vicios y las extrañas pequeñeces del alma humana, sacando mejor ó peor partido de las situaciones dolorosas ó grótescas que de tales circunstancias pueden resultar. Que esto pueda ó deba hacerse con la mayor amplitud y libertad, sin algún remordimiento de conciencia, es lo que yo, de buena fe, ignoro.

Para sacar conclusiones, si el autor hace triunfar al vicio, peca contra la vulgaridad de las cosas, porque digan lo que quieran autorizados pesimistas, la verdad es que el vicio es comúnmente la descomposición material y moral de las criaturas y su consecuente ruina.

Glorificando la virtud ó dejando solamente suspensa y sin resolución su tesis, creo que el autor pensará haber servido mal á la causa pública, mostrando á los abiertos ojos de las galerías las mayores depravaciones del sentimiento y las más deprimentes doctrinas, como siendo la materia—base, en lo que cabe llamarla—la medida de carácter social. Tengo esta gran queja contra el maestro del teatro, Dumas, hijo. En su obra teatral encuentran sus admiradores un grande y prometedor fondo de moralidad. Teóricamente no estoy en desacuerdo.

Para que tales productos, sin embargo, se convirtiesen en obras de civilización, sería preciso que en la masa compacta de los espectadores pudiéramos admitir la existencia de condiciones que de hecho, salvando algún que otro caso aislado, no se dan.

Por todo esto yo prefiero todavía en el teatro, ó la vieja tragedia antigua, con su aristocrática nobleza que recuerda la tremenda máscara y el alto coturno de las venerandas eras clásicas, ó la comedia de costumbres, fina, sencilla y sin pretensiones, bien urdida y bien equilibrada, sin gritos que hielan las carnes ni gracias que hagan ruborizarse á los hombres

barbados, satírica y mordaz sin perversidades, sin *clave*, ligera sin indecencia, moral y doctrinaria sin fatuidad, anulando por el ridículo ó por las irradiaciones de la conmoción pura alguno de los grandes errores sociales que tanto padecemos todos los supervivientes de las viejas creencias fortificadoras.

En esta orientación fue en la que escribí mi comedia en tres actos *Siglo de las Luces*. Es un trabajo francamente sentido, en que me parece haber algún espíritu, en que hay seguramente buena lengua portuguesa. Aspiro á producir en los espectadores cierto agrado pacificador, contrario de las modernas excitaciones que, cuando no dan de sí deliquios y llantos ansiosos en la propia sala del espectáculo, producen á las señoras nerviosas noches de sueños atormentadores.

Por esto nada he sacado de la extraña lección de los laureados dramaturgos del Norte.

Dejé á distancia el ansiado socialismo de tu Enrique Ibsen, las dolorosas paradojas del misogisno Strindberg, que, de los desastres de su vida particular, ha llevado á la literatura falsas generalidades curtidas en un odio feroz contra la mujer. Com más razón procuré olvidar las excentricidades de los Hauptmann y de los Björmson y congéneres.

Imaginé una trama que me parece por diversas razones interesante, sin entrar en ninguno de los mil desequilibrios nerviosos, que llevaran á los descarriados del siglo á la locura, al hospital y al suicidio, en tránsito para una gloria más hipotética que ninguna otra.

Llevé la pieza al *Normal* y espero la sentencia.

No sé todavía si me la aceptarán. La solución se enlaza con muchas cosas que sería largo describirte aquí. No falta quien afirme que el teatro portugués está por los suelos.

Manes de Gil Vicente y de Garret, huid lejos—dicen los más tenebrosos.

No he podido todavía auscultar bien las flaquezas y lesiones de este enfermo. Hay sobre este asunto gran algarabía y descontentamiento. Y nadie se entiende. Los empresarios

E. M.—Agosto 1900.

3

dicen que no hay público, ni actores, ni obras. El público dice que no hay obras, ni escuela de actores, ni empresas concienzudas y progresivas. Los actores se quejan de que empresarios de mala fe no les den papeles de realce, y de que el público es ignorante. Los autores se retraen, concluyendo para sí que *no vale la pena de hacer teatro*, ó escribiendo farsas y payasadas populares rayando en lo obsceno, como águilas que traficasen su altanera existencia por la de oscuros reptiles.

• Por todo esto se grita que nunca la existencia del teatro portugués fue más peligrosa, anémica y estéril.

Lo que yo veo es que el teatro atraviesa una crisis grave aquí y en todas partes.

Relativamente, la situación del teatro francés no es mucho mejor. Ahí la *calidad* también es muy floja. Lo que aumenta la vista es la *cantidad*.

Ya se me pronosticó mal acogimiento á mis productos teatrales. Me censuró hace días Alves Lopez no haber seguido claramente una escuela. No soy de los viejos ni de los nuevos, adviértenme en son de crítica. ¡Dejad graznar los Zoilos! Modelos, todos los que encierra la naturaleza son buenos; procedimientos, todos son legítimos, siempre que sea leal y sincero el artista.

A mi entender, escritor-artista sólo es aquel que levante su vuelo fuera de linderos reglamentarios, de pautados de escuela. Vibraciones completas del alma sólo pueden darse en las ilimitadas regiones del éter. El momento de la inspiración es casi un momento sagrado. De impulso sobrenatural es lo que entonces sentimos vibrar en nosotros. Reglamentar *ésto* por la dura y desastrada geometría humana es caso de sacrilegio....

Pero, ahora reparo.... Esto no es carta; es un tratado.

Y con la divagación filosófico-literaria ni pensé en responder á las mayores curiosidades de tu carta. Será un día de estos con más despacio. No es cosa de hacerlo en media docena de líneas.

Si mi situación literario-económica comienza á erizarse de dudas é inquietudes, no es más desahogada mi situación moral. En todos los campos me persigue terriblemente el demonio de la duda.

En breve tendré contigo una expansión fraternal, completa.

Tuyo,

HUGO.

Escribí unos artículos de crítica para el *Relámpago*. No salieron malos. De uno hasta me dijeron que fue bastante notado.

Dejé de escribir para ahí porque no me pagaban; y escribiendo, se me pone más raída la manga de la chaqueta, á quien no sé como dar sucesora. Mi guardarropa llegó á los mayores apuros.

* * *

Á ENRIQUE VELLOSO

PARÍS.

Lisboa, Octubre.

Querido Enrique: Cumplo, apenas llegado á Lisboa, la promesa que te hice al principio de semana. Esta puntualidad, cuando tengo un millón de cosas en la cabeza, es muy de agradecer.

¡Y qué cosas son! Tengo sospechas de que en el *Normal* no me aceptan la pieza. Un trastorno de mil diablos.

Respecto de las *Nebulosas* también hablé ya á varios editores, pero nada hay resuelto. El defecto capital de todos los contratos propuestos por esos señores es no llegar yo á ver el dinero sino pasados algunos meses, y esto todavía en hipótesis. ¡Cosa cruel, frente á las insistentes exigencias que me asae-tean el *ménage*! ¡Nada más estúpido que esta *lata* del dinero, esta importunidad constante!

¡Así no luce el trabajo! ¡Ni siquiera se tienen ideas! ¡Si nos

oprime la cuenta del sastre y del tendero, cómo ha de florecer la inspiración artística! Es una tortura diabólica esta lucha.

Pero dejémoslo..... Lo que te prometí fue describirte el estado de mi corazón. Entremos por este camino que, debo decírtelo, no está menos nublado que el otro. Aquí las oscilaciones del terreno perturban más todavía.

Estuve ahora diez días en Villa Verde en casa de las primas Montañas. Fui á presenciar la vendimia.

No te figurarás lo que esta semana de buen aire de campo me hizo. Volví de allí execrando más que nunca esta prosa huera de las calles de Lisboa, sucias y fétidas, la charla insulsa de nuestros cafés, las caras afectadas de nuestras patriotas, pavoneándose en la Baja (1), en un mísero tendero de insignificancia suprema.

Que me venga este malestar actual más de índole bucólica, campesina, que de sugestión operada por arte mágico de la prima Genoveva, es la primera causa subjetiva que no sé afirmarte con seguridad.

Lo que puedo decirte es que si aquella *provinciana* no me hubiese impresionado, yo sería un bruto. Además, aquel escenario, sugestivo con las más suaves impresiones, debilita nuestra existencia.

El aroma acre de la naturaleza rústica, templado de cuando en cuando por las dulzuras de la rosa, de la vainilla y de los naranjos en flor, ejerce allí sobre nosotros la influencia más embriagadora. Y, en medio de todo esto, *jella!* tan enigmática, con su gran aire sibilino, de un perfil nobilísimo, tan serena y fría á veces como si, fuera del muro de su quinta, nada del mundo le interesase; tan enérgica otras, tan electrizada y tan intransigente en la defensa de una paradoja, como han debido mostrarse en las prácticas de su magia las pitonisas de las viejas edades sombrías.

(1) Llámase así á la parte de Lisboa más próxima al Tajo, y en la cual están algunos de los paseos más concurridos de esta ciudad.

¡Qué mito tan impenetrable es una mujer! Esta me desorienta. Y con esto es mayor el poder que va adquiriendo sobre mí. No la cortejo, no la dejo ni remotamente adivinar qué interesante sería para mí estudiarle el temperamento singular, descubrir completamente su perturbador misterio.

¿Por qué me habré conducido con este disimulo? Tal vez sólo porque ella es rica y yo pobre, terrible obstáculo para la fusión de dos vidas.

Ser repelido por la mujer amada, en condiciones socialmente iguales á las nuestras ó quizás inferiores, puede ser un golpe profundo en el corazón, pero nunca será una grave herida en el orgullo. Envidio tal situación.

Y ahí tienes esbozado el mayor abismo entre mi prima Genoveva del *Juncal* y yo.

Ver completarlo, abriéndolo del todo, la sonrisa irónica, burlona y despreciativa, en una negativa en que yo fuera tratado como mendigo famélico, extendiendo áridamente la mano á la limosna rastreramente codiciada, es una ignominia que de todos modos procuraré ahorrar á mis bríos.

He aquí un caso en que las estúpidas convenciones sociales son de una crueldad brutal.

¿Por qué no han de declarársenos las mujeres, sin que esto les esté mal? Con la sutil sensibilidad de su privilegiada naturaleza deben adivinar pronto los sentimientos que inspiran.

En estas circunstancias, dada correspondencia de afectos, ¿en qué sufriría el pudor femenino de una rica heredera que, comprendiendo la delicada posición de su escogido, le dijese extendiéndole la mano: «Es tuya»?

Con sus absurdos dictámenes la sociedad condena esto. ¿Y pretende esa misma sociedad que la mujer presida los ritos domésticos como impecable sacerdotisa del amor? ¡Mira qué incongruencia hay en esto!

Yo, si no fuera todavía por otra cosa, tal vez ya, á pesar de todo lo que te he expuesto, me hubiese abalanzado á los azares de la lotería.

Me gusta esta mujer, independientemente de su dinero. ¿Por qué no había de creerme? Hay momentos en que tal cosa me parece clara, natural, necesaria.

Mi afecto hacia esta muchacha está en la naturaleza, está en la lógica de las cosas.

Pero luego, consideraciones de otro orden vienen á barajarme las ideas, á oscurecerme el entendimiento, á lanzarme en un inextricable laberinto de dudas.

Por lo que le he oído, nunca desistirá de la vida campesina y libre en que se crió.

Detesta la sociedad como una monja.

Adora la naturaleza y el campo. Se levanta de madrugada para dar paseos á caballo al amanecer, y por las tardes anda algunos kilómetros para ir á observar desde una altura los espléndidos cambiantes de una hermosa puesta de sol.

¿Te parece que quien á los veintidós años tiene estos hábitos y estos gustos se conformará nunca con el prosaico automatismo de nuestra Avenida, ó con el insípido y artificial isocronismo de nuestros movimientos modernos? Esta mujer, que adora la música y sólo tiene de ella los gorjeos alados en las ramas de la quinta, que vive, por decirlo así, en una contemplación extática de la Naturaleza lozana, no cambiaría nunca de buen grado este murmurador y tranquilo ambiente por el grosero convulsivo respirar de una ciudad. Nunca.

¿Y yo? ¿Puedo acaso tener alguna seguridad de sentirme eternamente feliz en ese hermoso y verde destierro?

Hoy, llegar al *Juncal* es sentir luego como que revivo; descubrir una polvareda de luz dorada en que envolver al mundo. Me interesan magnéticamente los caprichosos castillos de copos blancos que encuentro en el cielo opalino; los efectos de claro-oscuro esparcidos en el paisaje; la bíblica existencia de los animales y de las plantas; la gallina escoltando su mimosa familia mal emplumada todavía; la parra con sus colmados pámpanos y sus ópimos racimos; el murmu-

rio de la azeña, estético documento de la antigua y hermosa sencillez del trabajo.

Todo, todo esto me arrebató allí, me seduce, me embriaga y me torna mejor. Se me van entonces los días en un adormecimiento delicioso, en que llego á perder hasta la misma noción del tiempo. Me parece la vida un perenne gozo sin maldad; el mundo un paraíso ideal donde la mano de un Dios munificente lanzó otra vez al hombre en la primitiva ignorancia del vicio y de las ruines pasiones. ¡Es delicioso!

Siento que vivo mil veces más cuando estoy aquí.

Si, arrancándome de pronto á semejante éxtasis, me vuelvo á Lisboa, soy como el condenado inocente cruelmente lanzado al cumplimiento de una pena que no mereció.

Daríá todo por estar mi vida entera en el *Juncal*, si sintiese siempre allí lo que ahora siento. Pero, ¿y el reverso, el maldito reverso de esta luminosa medalla que Lucifer me deja entrever, mofándose con una sonrisa de escarnio?

¿Quién me garantiza que esta embriaguez de mi espíritu podrá mantenerse á través de los tiempos? ¿Quién me asegura que la estancia, hoy fascinadora, no se tornaría en breve la más detestada de las prisiones, el más irritante é irremediable de los tormentos, cuando todas las circunstancias ambientes, y hasta la vulgaridad de la suegra ignarísima, me irritasen atrozmente los nervios, excitados con el recuerdo de otras atmósferas menos puras pero mucho más intelectuales, donde incesantemente se estudia, se cambian ideas, se progresa, donde se discuten escuelas, pasadas ó por venir, donde se sostienen las grandes luchas de la inteligencia, de cuyo embate irrumpe, triunfante emblema, la rutilante aureola de mucha gloria literaria?

Esto — te lo digo cual lo siento — me quita toda espontaneidad en el amor que á espacios me fascina con el arrobador encanto de un idilio raro, pero que recelo ver algún día convertido en el más cruel y opresivo de los grilletes.

Llegado el momento fatal, ¿había de abandonar á mi mu-

jer é ir con su dinero á comenzar lejos otra vida que cada vez nos distanciaria más, prófugo yo siempre del pacífico hogar que ella generosamente me ofreció?

Además, ya tengo veinticuatro años. Para adquirir nombre en las letras, sobre todo con un nombre indiferente como el nuestro, es preciso comenzar pronto: estudiar, combatir, atreverse, no reparar en obstáculos.

Si me entierro en el *Juncal*, aunque lo haga sólo por temporadas, rompo, tal vez sin vuelta posible, el hilo de entusiasmo que ahora me sujeta á esta soberbia quimera llamada *Gloria literaria*.

Estoy, como ves, en un momento terrible y peligroso de mi vida. Atraído por sugerencias opuestas, me agito sin que ninguna de ellas venga y anule la contraria.

Llegado ha poco del *Juncal* parece como que me cercan todavía los puros efluvios de aquel ambiente, su dulzura, tanto más embriagadora cuanto más lejana. De aquí, á ratos, vencido por ignoto poder, veo encenderse en la imaginación la antorcha que á veces he creído sorprender en la mirada de Genoveva, inefable promesa de ternura.

A las peligrosas fascinaciones de este ensueño, sucede alternativamente la atracción del abismo literario, de la libre bohemia que ha sido el vivir fecundante de tanto escritor de raza. Entonces me viene un fuerte escalofrío, al pensar en el *Juncal*; pesa sobre mí una gran tristeza opresora y obscura como de altanero pajarraco á quien hubiesen cortado las alas, dándole regalado alimento para la vida inerte, pero dejándole sin plumas.

La conjetura es, como verás, melindrosa. Me hace falta un consejo lúcido y amigo. Valme tú. Hay un agudísimo dejo amargo en mi situación presente. Juzga tú en frío y dame alguna luz.

Prometí á la vieja D.^a Feliciano volver al *Juncal* á principios de Diciembre. Me inclino á faltar.

Si efectivamente gustase á la muchacha, haría mal en

aparecer por allá, sin estar todavía decidido á soportar los inconvenientes que tiene mi pobreza chocando con la riqueza de ella, y con la aterradora perspectiva del holocausto de mi libertad de bohemio.

Volver allá sin haber consultado apenas con la razón, tiene su peligro. Aquella atmósfera es traidora; produce sensaciones que enervan y tentaciones que enloquecen. Pierdo la agudeza psicológica, convirtiéndome en un pobre mozalbete simplón con repugnancia para la vida retirada de los grandes centros de lucha. El purísimo arroyo aldeano corre con dulce tonada, soporífera, arrulladora. Entonces es cuando pierde este grandioso Tajo su caracter imponente y se queda siendo á los ojos de mi imaginación el gran canal por donde van al mar las repugnantes inmundicias de una ciudad de podredumbre.....

¿Crees posible que de semejantes incompatibilidades venga á salir victorioso..... y feliz?

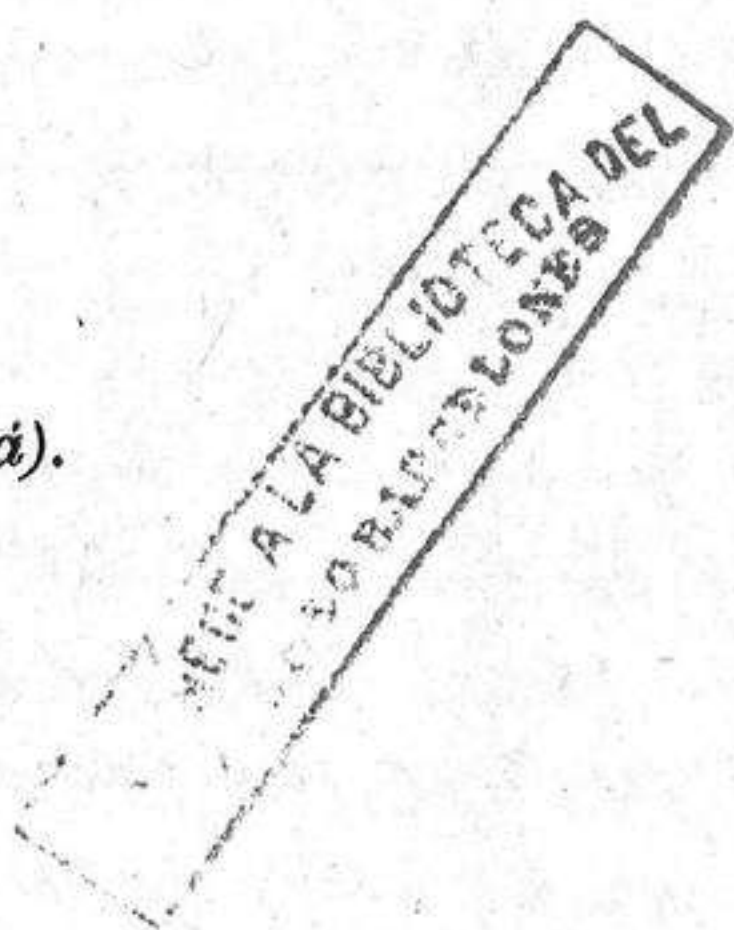
Yo ya no lo creo. Pesa sobre mí una desanimación abrumadora.

Tuyo,

HUGO.

CAÏEL.

(Continuará).



POETAS AMERICANOS

SONETO

Santidad y bondades aparenta,
Aunque estés en el cieno de la vida,
Y miente á cada instante sin medida
Y en tu pecho los vicios alimenta.

De tus faltas innúmeras la cuenta
Ante los pies del confesor olvida,
Y comulga devoto, y enseguida
Zahiere á la impiedad que el orbe ostenta.

Haz de modo que algunos en el templo
De que eres rezador dén testimonios
Para que tu virtud saquen de ejemplo.

De esta suerte, al morir, desesperado
Entregarás el alma á los demonios
Y en la tierra serás canonizado.

MANUEL A. HURTADO.

(Chileno)

HOMENAJE

(A la Sra. Teresa Alvarez Calderón de Candamo.)

En medio del desierto de la vida
sólo un oasis veo
que al caminante brinda su frescura:
el hogar, la mansión del sentimiento.
Las olas que se alzan iracundas
con destructor estrépito,
se detienen ante él, como en la playa
henchida de quietud y de silencio.
A través de las nubes irisadas
de colores de ensueño,
baja sobre él un rayo desprendido
de la fulgente claridad del cielo.
Una bandada de palomos blancos
—los corazones buenos—
vuelan á él entre el susurro amigo
que al batir de sus alas hace el viento.
¡Feliz, señora, quien rodeada vive
de angelical trofeo
formado todo por sus hijos, dulces,
como son la esperanza y el recuerdo!
¡Feliz quien junto á ella ve al esposo
que á su nativo suelo
abrirá un día, que sabrá la historia,
regiones vastas y horizontes nuevos!

JOSÉ AUGUSTO DE IZCUE.

(Peruano.)

CHINA Y EUROPA

Es la cuestión palpitante, el asunto del día, la intervención europea en China, en ese Imperio desconocido en absoluto hasta ayer, y del que hoy tenemos ligerísimas noticias.

Supónese generalmente que se trata de un país desquiciado y muerto, donde bastará tan solo la presencia de un ejército europeo de cincuenta á sesenta mil hombres, de doscientos mil en caso extraordinario, para reducirle á la categoría de una simple colonia de las naciones coaligadas; pero se prescinde al hacer tal cálculo de lo que ese país representa en el mundo, donde nada nace ni perdura sin que exista una razón inflexible que lo ocasione. Que así como los seres no vienen á la vida sin el ayuntamiento de sus progenitores, los pueblos tampoco surgen á la existencia sino mediante la combinación de razones históricas, étnicas y geográficas, tan lógicas é invariables como las leyes de la Naturaleza misma. Y que así como no se borra de la existencia una familia cuyas ramificaciones, desde la más poderosa á la más humilde, se enlazan hasta el infinito con el resto de los vivientes, mucho menos es posible borrar del mundo una civilización ni una raza.

El Imperio chino es el más poderoso y poblado del Oriente, y el más antiguo del mundo. Las naciones más importantes de Europa, no ya las existentes, sino aun las desaparecidas, no son más que *niños de un día* comparadas con él: su

extensión superficial es inmensamente mayor que la de aquella, pues en tanto que Europa mide *nueve millones quinientos sesenta y dos mil* kilómetros cuadrados, China tiene *trece millones novecientos cincuenta mil* kilómetros; y en cuanto á habitantes, si la primera presenta *doscientos sesenta y siete millones* divididos por diferencias de raza, de religión, de nacionalidad y de costumbres, ella ofrece en un solo haz un contingente de *cuatrocientos millones* de hombres, ligados por un común idioma, una misma religión é idénticas leyes. Adormecidos en su bienandanza, en su oriental perezoso aislamiento, jamás han influído en la vida universal, como ha ocurrido con pueblos que le son muy inferiores, tales como el tártaro, primero cuando Jengis Kan y con Tamerlan más tarde; pero no obstante, es peligroso despertar á ese hormiguero humano que sólo por la influencia del número es capaz de cubrir literalmente el suelo de toda Europa. ¡Que lleguen á asimilarse la cultura de ésta en materia de guerra, como ha ocurrido con el Japón! Hoy, es indudable que las luchas humanas obedecen á un verdadero cálculo, pero también es exacto que ante los legionarios romanos parecía, en su época de grandeza, imposible que pudieran oponerse los atrasadísimos pueblos del Norte del Asia, y sin embargo, de allí surgieron los bárbaros que inundaron y transformaron el mundo.

Las ventajas y los inconvenientes de la civilización china proceden de su gran filósofo *Kong Fu-Tseu*, que impregnó, por decirlo así, al país el carácter especialísimo que le distingue y que no puede ser juzgado con el criterio de Occidente, dadas las diferencias radicales que separan al Asia de la Europa. Infinidad de adelantos que en ésta se han adquirido después de siglos de estudio y de experiencia, eran conocidos en China desde la más remota antigüedad. La circulación de la sangre, la inoculación variolosa, los pozos artesianos, la pólvora y la artillería, eran cosas allí olvidadas de puro sabidas, cuando en Europa constituían una verdadera actualidad: y en tanto que los siervos de la gleba regaban con su sudor la tierra é

imperaba el régimen feudal, China florecía en las artes y en la literatura, y gozaba de verdaderas libertades, constituyendo esa poderosa nacionalidad, que aún asombra por la inmensidad de su territorio y la multiplicidad de sus habitantes.

La religión del Estado es la de Confucio, amalgamada con la de Budha, y existe la tolerancia de cultos. Confucio, nombre europeo con que se designa al filósofo *Kong-Fu-Tseu*, que antes hemos nombrado, descendía de una raza de legisladores y de reyes, y nació cuatrocientos setenta y nueve años antes de la Era de Cristo: dedicado desde su juventud al estudio de las ciencias morales y políticas, concibió no sólo el proyecto de reformar las costumbres, sino, además, de ligar, por medio de una religión común, los diversos Estados que hoy constituyen el inmenso Celeste imperio. Fue no solamente un reformador en materia religiosa, sino además y muy principalmente un consumado político, proviniendo de él la unidad de su patria. Natural del reino de Loo, una de las antiguas pequeñas monarquías, fue nombrado primer ministro, viendo al poco tiempo, merced á su propaganda, variar por completo el estado moral del país, y llegando á tal su influencia, como que se ha perpetuado en los tiempos su sucesión, siendo sus descendientes los únicos poseedores en China de la calidad de *nobles hereditarios*. Cargado de años y de gloria murió á los setenta y tres de su nacimiento, produciendo, como todos los genios, una obra inmortal: la perpetuidad de su raza en el mundo. Y sus obras, estimadas desde su época como los libros sagrados de la China, son verdaderos monumentos de filosofía práctica, siendo las siguientes: *Khu-king* ó Libro por excelencia; *Shun Cien* ó historia del reino de Loo; *Hiao King*, diálogo sobre la piedad filial; *Tá-Hio*, la gran ciencia; *Choug-Kong*, el medio invariable.

II

Pero, á pesar de su grandeza, *Kong-Fu-Tseu* sumió á China en el quietismo estacionario, que constituye una verdadera calamidad nacional. Legislador más que profeta, no supo, como los grandes reformadores, tales como Moisés, Mahoma ó Lutero, elevar el pensamiento del hombre hasta Dios: habló del Sér Supremo tan vagamente, se ocupó tan poco de la vida *ultraterrestre*, que de sus palabras pudieron deducir sus discípulos el *panteísmo* y hasta el *ateísmo*, conduciéndolos directamente á esa indiferencia característica que aceptó la religión oficial, sin culto, sin imágenes ni sacerdocio.

Miró la religión bajo el prisma de la razón pura y amarga, y no del corazón: de ahí que en sus teorías no haya ni el más insignificante átomo de entusiasmo. El gran motor de las acciones humanas es el sentimiento, y éste fue para él letra muerta. Dios es la suprema inteligencia, pero no el supremo amo. Lo que ha hecho inmortal la religión del Crucificado, la benevolencia universal, la unión del hombre con el hombre, pasó desapercibido para su filosofía. La eterna equidad, la sublime justicia, la síntesis de la razón, ese es su concepto del Hacedor. Concibió la unidad y solidaridad humanas, y tuvo cierto conocimiento de la fraternidad universal; pero los principios de su moral y de su teogonía derivan exclusivamente del cerebro. De ahí que su religión se haya limitado á la raza para quien fue creada, y no haya extendido su irradiación sublime, como la de Cristo, á todos los ámbitos del universo mundo: de ahí que no haya engendrado un héroe, ni dado vida á un mártir.

Toda su moral se basa en la obediencia, y tiene como único objetivo la vida terrestre: incapaz de dejarse sugestionar por ninguna ficción ni de procurar inculcarla, no recurrió jamás á los misterios ni á los milagros. El fundamento de su filo-

sofía fue la *sumisión filial*: respeto al padre, que nos ha dado la existencia; obediencia al Emperador, que es imagen de Dios. Ni engañador ni engañado, redujo su doctrina al ejercicio de cinco virtudes capitales: la humanidad, es decir, el amor hacia los semejantes; la justicia, que da á cada cual lo suyo; el respeto á las leyes emanadas del poder supremo, que había de dar como resultado la inmensa unidad nacional con que soñara; la rectitud de corazón, que induce á buscar lo verdadero, y la sinceridad, que facilita las relaciones humanas y aproxima unos á otros á los hombres. Estas fueron las bases de todo su edificio político-religioso.

Con un sistema semejante, ha podido crearse un pueblo grande, inmenso, pero no un *gran pueblo*. Reducido á la vida práctica, á lo que se ve y se toca, á pesar de la influencia moral de las teorías de Confucio, ha tenido que recurrir á las de Budha para dar pasto á su imaginación, para llenar la necesidad invencible en el hombre de profundizar en la vida de *ultratumba*; pero ha hallado siempre la barrera infranqueable de las creencias del maestro. Le ha pasado en religión, lo que le ha ocurrido en bellas artes: á pesar de conocer los colores y el dibujo, su habilidad se ha reducido á seguir servilmente á la Naturaleza, reproduciendo los objetos con minuciosidad escrupulosa, pero sin saberles imprimir el hálito sublime de la vida y del movimiento, ó lo que es igual, que se trata de un pueblo desprovisto en absoluto de sentimiento artístico. De la misma suerte, desconoce en esencia el sublime concepto de Dios, que aparece á su inteligencia como un simple esbozo, como idea apenas entrevista.

Todas las religiones positivas donde el concepto de la divinidad ha llenado su espíritu, han producido grandes hombres, nobles prototipos de la humanidad. Desde los héroes caldeos y judáicos, hasta los mahometanos y los del Cristianismo, el soplo que los ha movido ha venido de arriba, de lo alto. En las mismas teogonías paganas, tan pobres y defectuosas en las concepciones de lo que á Dios respecta, como que ni

aun llegaron á alcanzar su concepto único, se produjo el fenómeno, puesto que dichas religiones se ocupaban principalmente de la vida del espíritu; pero en la China, donde la religión es más bien que el alimento del alma el Código fundamental del Estado, su rastrero soplo ha producido el aislamiento perpetuo, y la paralización del adelanto progresivo. Puede decirse que las teorías de Confucio han servido de jalones á la inmensa muralla, que ha separado á esa nación, durante siglos, del resto de los vivientes.

III

Pero esto no obsta á las dificultades que ha de hallar Europa para consumir la empresa que ha intentado; no es fácil borrar de la tierra un pueblo que tiene infinitos siglos de existencia sobre el más antiguo del mundo, que cuenta con tan inmenso contingente de hombres, y posee una cultura, si bien inferior y completamente distinta de la europea, no por eso menos importante. Las conquistas de Alejandro en la India fueron la supremacía de una civilización pujante sobre otra que agonizaba ya; pero aquí no ocurre lo mismo. No es el desbordamiento de una raza prepotente el impulsor de Europa en esta ocasión: es la necesidad de explotación que el mundo siente, el anhelo de riquezas que á todos nos aqueja para satisfacer apetitos desordenados, y el deseo de emplear la fuerza acumulada por los países occidentales durante todo el siglo próximo á fenecer, mediante el miedo que unos á otros se han venido inspirando. Y en la solución del problema han de influir tanto por una parte la resistencia que los chinos puedan presentar, como, y muy principalmente, por la otra, las contiendas que indispensablemente han de surgir entre los conquistadores, cuando del reparto del botín se trate.

Esas luchas en comandita nunca han producido resultado. Ningún sentimiento más puro que el que guió á los Cruzados

E. M.—Agosto 1900.

á la conquista del Santo Sepulcro, dado el nivel moral de la Edad Media, y sin embargo, la empresa se deshizo como ligera pompa de jabón que lleva el viento. Después de una Monarquía efímera abarcando un lapso de tiempo de doscientos setenta años, el Santo Sepulcro volvió á caer en poder de los mahometanos, quienes aún lo conservan; y eso á pesar de que los móviles de la empresa, como hemos dicho, no pudieron ser más altos, como no pueden ser más egoistas los actuales, en la conquista del Celeste Imperio; y es que las rivalidades de los conquistadores, desunidos por diferencias de raza é intereses, tienen que dar su funesto resultado. Y sobre todo, porque las empresas que no tienen una cierta y fundamental razón de ser en la Historia; porque el hecho de la conquista por la conquista misma no prospera, siendo indispensable para que se consolide, el que venga á satisfacer una verdadera necesidad biológica en la existencia de la humanidad, como sucedió con la irrupción de los bárbaros en Europa, que trajeron en sus venas sangre fresca y roja que mezclar á la empobrecida del imperio romano, ó la conquista de América por los españoles, que redimió de la ignorancia y de la barbarie á todo un mundo.

FRANCISCO PENICHE DE LUGO.

LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA

EL ROMANTICISMO

SEGUNDO PERÍODO.—LA HISTORIA.—LOS ROMÁNTICOS PUROS.—
APOLOGISTAS É IMPUGNADORES DE LA REVOLUCIÓN: THIEBRY,
MICHELET.

Antes de llegar á la novela, se presenta lógicamente una forma, poderosamente influída por el romanticismo, que tiene con la novela estrechas afinidades, en cuanto género épico, y que si bien se funda en los altos progresos de ciertas ramas de la ciencia, y en el conjunto de los adelantos humanos y de la dirección civilizadora, pertenece por otro concepto á los dominios del Arte. A la Historia me refiero.

Al hablar de los historiadores, no me coloco á tanta distancia como parece, de los novelistas. Lejos de mí la idea de repetir la célebre humorada de Alejandro Dumas padre, cuando decía de Lamartine, refiriéndose á *Los Girondinos*: «Lamartine ha elevado la Historia á la altura de la novela.» Lo que pretendo significar es que Historia y novela son dos formas épicas, si bien en la novela puede ser elemento integrante el lirismo, y en la Historia la pasión y el sentimiento del historiógrafo lirismo igualmente. Por otra parte, una de las grandes direcciones de la Historia, en nuestro siglo y en Francia, procede directamente de la novela; la otra dirección

principal se deriva de los sacudimientos, alteraciones, guerras y conquistas de las épocas revolucionaria é imperial, que despertaron á los pueblos, infundiéndoles la conciencia de la nacionalidad, y suscitaron partidarios de la sociedad nueva, que la defendieron en obras históricas.

Aunque la Historia se nutre del jugo de la Ciencia, por su forma pertenece al Arte. Los insignes historiadores de la antigüedad, propuestos como modelos á las generaciones, no fueron ciertamente, si exceptuamos á Polibio y á Tácito, pensadores muy profundos y todavía menos eruditos abrumados bajo el peso de la investigación; pero fueron, artistas: estilistas consumados, como Herodoto; lapidarios de la frase, como Tácito; retratistas de mano maestra, como Plutarco. Entre las crónicas de la Edad Media, las que han conseguido sacudir el polvo de los archivos y reaparecer llenas de vida y frescura, son las que, obra de un poeta como Froissart, tienen el atractivo y el encanto de un entretenido libro de caballerías y aventuras. No bastan, sin embargo, á la Historia las galas de la ficción: necesita descansar en el sólido cimiento de la verdad documentalmente probada. Así lo enseña Taine: «La Historia — dice — es, sin duda, un arte; pero es también una ciencia: pide al escritor la inspiración, pero también la reflexión; tiene por artífice á la creadora fantasía, y por instrumento la prudente crítica y la generalización circunspecta; sus cuadros deben ser tan vivos como los de la poesía; su estilo tan ajustado, sus divisiones tan marcadas, sus leyes tan demostradas, sus inducciones tan rigurosas, como las de la Historia Natural.» Y Menéndez y Pelayo, al considerar *la Historia como obra artística*, entiende que debe producir, aunque *por sus propios medios*, efectos semejantes á los que producen el drama y la novela.

Cuando se considera que el historiador necesita reunir las condiciones del sabio y del artista, y reunir las en grado eminente; cuando se piensa que no le basta la inspiración del vate, la animación y colorido del novelista y la sentenciosa

profundidad del filósofo, sino que, con largas vigiliass é im-proba labor, tiene que captar tantas ciencias auxiliares, rami-ficaciones de la Historia en su acepción rigurosa—la sociolo-gía, el derecho, la cronología, la arqueología, la etnología, la lingüística, la numismática, la epigrafía,—y que todos estos conocimientos y otros innumerables, ocultos y disimulados, por decirlo así, han de infundir tono y vigor al cuerpo de la obra histórica, corriendo secretamente por sus venas;—cuando se considera, repito, lo que el historiador ha de ser para reali-zar esa ideal conjunción del arte y de la ciencia, comprendemos que es alta gloria de nuestro siglo haber presenciado el renacimiento y florecimiento de los estudios históricos, y ser llamado por antonomasia *el siglo de la Historia*.

En esta gloria le cabe á Francia parte muy considerable. No en vano fue el territorio francés escenario donde se des-arrolló el más tremendo y conmovedor drama histórico, y don-de se forjó la más inaudita epopeya, sólo comparable á las de las edades heroicas del mundo. Lo que en ellas produjo un Ho-mero, ó al menos una personificación que la leyenda llamó Homero, en la nuestra hizo surgir una legión de homéridas, armados de punta en blanco con las armas de la erudición y del análisis.

Desde los últimos años de la Revolución, advirtiósese en Francia la tendencia de la juventud hacia los estudios históri-cos; hacia lo que podemos llamar contemplación del pasado. Empezaron á aparecer historiógrafos que se apartaban igual-mente de la superficialidad de Voltaire y de la aridez y seque-dad de los Benedictinos de San Mauro y los miembros de la Academia de Inscripciones. Entre estos heraldos de la historia nueva se cuenta el ginebrino Sismonde de Sismondi, conocido en España por su estudio sobre las literaturas meridionales, economista y celoso propagandista de las doctrinas de Adán Smith, amigo leal de Mad. de Staël, espíritu optimista, pren-dado de las ideas progresivas, y bueno con esa bondad seria y sencilla de los suizos, cuyas almas parece sanear el aire puro

de las montañas y el claro cristal de los lagos. Por desgracia, una cosa es la bondad del alma y otra la del estilo, y el de Sismondi pecaba de incorrecto y lo afeaban modismos ginebrinos y construcciones que el francés castizo rechaza. Nótase también en Sismondi, sobre todo en su *Historia de las Repúblicas italianas*, una levadura de hostilidad sistemática contra el catolicismo y el Papado, que suele atribuirse á resabios de la vieja sangre gibelina que llevaba en las venas—la familia de Sismondi era oriunda de Italia y refugiada en Suiza.—El mérito de Sismondi consiste en ser el primero que se remontó hasta las fuentes y pensó en utilizar, para explicar los cambios y vicisitudes de los Estados, el conjunto de hechos del orden económico, legal y moral, que hoy se entiende por *sociología*. Al presente, los historiadores no prescinden de apreciar estos hechos, y Taine, en sus *Orígenes de la Francia contemporánea*, y Macaulay en su *Revolución inglesa*, y sobre todo el afamado Thorold Rogers, tal vez examinan con mayor cuidado las consecuencias históricas de un impuesto, que las de una batalla campal.

La otra dirección histórica moderna, que podemos llamar de inspiración poética, aparece con la *Historia de las Cruzadas*, de José Michaud. Este autor tuvo una fisonomía muy curiosa, y sus fluctuaciones políticas y sus amistades y odios literarios merecerían párrafo aparte. Como el espacio de que dispongo no lo permite, me contentaré con entresacar del primoroso estudio que le dedica Sainte Beuve, tres episodios de su vida. El primero es triste, y prueba hasta qué extremos puede arrastrar la excitación de las guerras de pluma. Empeñado en una polémica con José Chenier, Michaud no vaciló en sellarle la frente con la marca de Caín, acusándole de haber dejado guillotinar, pudiendo impedirlo, y movido de oculta envidia, á su hermano el gran poeta Andrés Chenier. La imputación de fratricidio cayó sobre la cabeza de José como una losa de plomo; le amargó la existencia, y le infamó ante la Historia. No menor malignidad desplegó Michaud en sus ata-

ques á Madama de Staël, á quien trató con injusticia feroz. La casualidad le hizo encontrársela en casa de una amiga de ambos, y el ingenio le enseñó á salir bien de tan embarazosa situación con estas frases: «Señora, aunque no soy un héroe de la Iliada, me ha pasado lo que á Diómedes: luchando entre las tinieblas, en la confusión de la batalla he herido á una diosa.»

El tercer rasgo interesante de la biografía de Michaud, es el origen de su idea de historiar las Cruzadas. Michaud era hombre sociable, discreto y culto, y por estas condiciones tenía que agradarle el trato de las damas. Al par que adversario de la Staël, fue amigo de otras escritoras de talento menos viril, á quienes podía aconsejar y proteger en cierto modo; entre éstas se contó la famosa iluminada y novelista rusa, Madama de Krüdener, y la no menos célebre novelista, Madama Cottin, popularísima entonces, hoy relegada al más profundo olvido. ¿No evoca el nombre de Madama Cottin ningún recuerdo en los que me leen? ¿Y ese recuerdo, no va unido á las impresiones de la cándida niñez? ¿Existe alguien que no haya visto en su propia casa ó en las humildes posadas y ventorros de los trasconejados pueblecillos, litografías que representan á un árabe guapo, caballero en fogoso corcel, y llevando al arzón á una mujer desfallecida y lánguida, envuelta en flotantes cendales blancos? El grupo romántico-sentimental de Malek-Adel y Matilde, en estampas, relojes de sobremesa y candelabros, hizo competencia á la tierna pareja criolla de Pablo y Virginia. Pues bien; la autora de *Matilde ó las Cruzadas*, no fue otra sino Madama Cottin. De esta mujer exaltada, que acabó suicidándose, de un pistoletazo en mitad del corazón, andaba prendado Michaud cuando se prestó á escribir el *Discurso preliminar* de *Matilde*; trabajo que hizo germinar en su mente el plan de otro más extenso, que llegó á ser la empresa más alta de su vida, y la que hoy nos obliga á recordar su nombre, el cual estaría no menos arrinconado que el de Madama Cottin, si sólo hubiese lucido

en polémicas periodísticas, en acerbas sátiras ó en narraciones de viajes más ó menos doctas. La *Historia de las Cruzadas* es, en su género, obra clásica, porque no se ha escrito todavía sobre el mismo asunto ninguna que con más gusto se pueda leer, ni con más provecho consultar; en el día sigue reimprimiéndose, y hay recientes ediciones ilustradas por Doré. Encariñado con su tarea, y sintiendo el influjo del renacimiento religioso, que de la poesía pasaba á la Historia, Michaud, aunque endeble de salud y ya en edad madura, no vaciló en realizar el viaje á Oriente, recorriendo los lugares donde se habían librado combates, asaltos, rotas y martirios de cristianos, rebuscando documentos, depurando noticias, y enriqueciendo la obra en nuevas ediciones, con copia de investigación. «Esta historia—dice un notable crítico, refiriéndose á la de Michaud—es sana y honrada, aunque nada ofrezca de superior su desempeño. Procede el autor de buena fe, buscando lo que considera más probable: es puntual, y bien informado; pero no sobrecoge, no arrebatata; aspira á repartir la razón entre los que admiran la inspiración religiosa y mística de los cruzados, y los que reprueban sus depredaciones y su bandolerismo; en suma, es Michaud historiador recortado, frío y elegante, sin ese íntimo ardor que se comunica á los lectores.» ¡Lástima grande que el sugestivo asunto de las Cruzadas, que chorrea poesía, no hubiese caído en manos de un escritor, dotado al par que de conciencia y honor histórico, de instinto artístico; verbigracia, un Agustín Thierry!

He dicho que una de las dos grandes corrientes históricas que aparecieron bajo la restauración procedió de los acontecimientos, del cataclismo social de Francia y de las guerras europeas. Aunque la máxima tensión revolucionaria hubiese sido pasajera, como es todo lo violento, la labor transformadora del siglo XVIII era sobrado honda para que sus huellas se borrasen tan fácilmente. La restauración monárquica descansaba en terreno poco firme, que se disponían á minar en todos sentidos cientos de zapadores intelectuales, preparando

otra restauración liberal, con un espíritu posibilista que no habían conocido los energúmenos del 93. Quien primero escarbó la mal apagada ceniza, fue Madama de Staël, desde la tumba, porque las *Consideraciones sobre los principales sucesos de la Revolución francesa* son obra póstuma. El efecto era seguro. La autora narraba sucesos que había presenciado, que la afectaban directamente; y su voz, ahuecada por las graves resonancias de la bóveda sepulcral, adquiría nuevo prestigio sobre el que ya debía á la larga persecución sufrida bajo el Imperio, á la autoridad de testigo ocular, y á una noble actitud tan adversa al despotismo como á los bárbaros excesos de la demagogia. Así y todo, las *Consideraciones* de Madama de Staël no están dentro de la Historia propiamente dicha, ni aun en la intención de su autora, que al poner mano en ellas sólo aspiraba á vindicar la memoria de su padre, el ministro Necker. Fue aquel libro tal vez el primero en que se presentó, á título de ideal para los pueblos latinos, la Constitución inglesa, pensamiento que, como otros muchos de la Staël, hallábase dotado de singular vitalidad y fuerza difusiva, como que aún asoma periódicamente en las discusiones políticas y las teorías de los anglófilos españoles. A pesar de haber sido escritas las *Consideraciones* cuando ya la robusta organización de Madama de Staël estaba quebrantada por los padecimientos, contienen trozos primorosos y ofrecen aquel grato sabor de madurez y seriedad que tan dulces frutos otoñales prometía en la excelsa escritora. Incompleto y todo, el libro fue una vindicación del nuevo régimen y un golpe fatal para la escuela reaccionaria; puso nervioso al conde de Maistre, que escribía á Bonald: «Los libros de la Staël me impacientan siempre, pero sobre todos este último. Esa mujer tiene el talento del mal; concentra, sublima y dora los errores de la Revolución.» No menos amostazado, Bonald emprendió la tarea de refutar las *Consideraciones*, tratándolas de *novela casera*, fundada en los afectos domésticos, y exclamando con afectación de desdén: «*Consideraciones* se titula el libro, lo mismo

que si Madama de Staël pudiese considerar cosa alguna.»

Había tratado la Staël su asunto como el testigo apasionado en quien vibra el recuerdo y la apología nace de la sensibilidad; los que van á continuar su obra son hijos de otra generación, y viendo desde cierta distancia la época que estudian, podrán tener, ya que no la imparcialidad, por lo menos la sangre fría y el reposo del verdadero historiador. A la cabeza de los secuaces de Mad. Staël hay que colocar el nombre conocido, casi familiar, de Thiers el pacificador; uno de esos nombres que, sin ser en rigor geniales, son, en momentos dados, universales. Los dos lustros que transcurren entre las *Consideraciones*, de la Staël, y la *Historia de la Revolución*, de Thiers, bastan para que en vez de la parte interesada hable el juez, no tan recto como pretende ser, pero al fin sereno.

Thiers llegó de Marsella á París, ávido de salir de los limbos de la obscuridad y la pobreza. Este episodio del mozo provinciano que busca en la gran capital el foco de luz y el pedestal de la fama, es muy frecuente en los anales de las letras, sólo que generalmente el primerizo suele traerse bajo el brazo un cuaderno de renglones desiguales, y Thiers se traía un amazacotado legajo de estudios históricos y políticos. A los veinticinco años de edad, fecha en que Thiers comenzó á publicar su *Historia de la Revolución*, era un abogaducho verboso, de exigua estatura y pronunciado acento meridional, provisto ya de sus eternas gafas, feillo, y rebosando inteligencia, que de todo hablaba, de todo entendía y se enjaretaba en todas partes, mostrando la petulancia del niño y del marsellés, antes que la timidez y reserva del sabio. Jamás, en efecto, pecó Thiers de modesto ni de encogido, y se le aplicó con notoria exactitud lo que observó Catón de los galos del Mediodía, locuaces y entendidos en asuntos de la milicia. El hombre que había de alejar de su patria el azote de la guerra, mostró desde el primer momento especial predilección hacia el militarismo, al cual otorgó en su *Historia* lugar preferente: dedi-

cóse, con el ímpetu y vivacidad de su temperamento, á estudiar la estrategia y la táctica; coleccionó mapas y planos, se hizo alumno de Foy y del historiador militar Barón de Jomini. Visitó fortificaciones y maestranzas, y dió nueva vida al de sueño de Napoleón, un perpetuo estado de lucha y conquista. Para narrar los sucesos del período revolucionario, frecuentó el trato de los muchos que sobrevivían y recordando la época del Terror, de la cual maldecían ó hablaban con espanto; y, sin arredrarse, pisando cenizas y sintiendo estremecerse el suelo, exploró por vez primera la horrenda Montaña de la Convención, cercada de nubes y rayos como un Sinaí, y se consagró á explicar y cohonestar todo lo que de ella había descendido, demostrando por el procedimiento fatalista, entonces nuevo y hoy carcomido á fuerza de uso, que estaba escrito, y estando escrito tenía que realizarse. Antes de que los historiase Thiers, los terroristas daban grima; eran á manera de monstruos ó reptiles; Thiers, sin canonizarles, les restableció dentro de la humanidad, rehabilitándoles como á instrumentos de una catástrofe necesaria, que podían decir de sí mismos lo que Atila, el azote de Dios: «Yo camino, y siento que alguien me empuja.»

La *Historia de la Revolución*, emprendida y realizada á los veinticinco años, es un caso de precocidad más sorprendente que el de Víctor Hugo publicando á los diecinueve las *Odas* y *Han de Islandia*. La inspiración es amiga de la juventud; el trabajo reflexivo pertenece á la madurez. Pero Thiers, á pesar de su petulancia juvenil, nació maduro, como nació clásico. Nadie más adverso que Thiers al romanticismo; la ardiente ráfaga de mistral literario no logró calentarle los cascos; de los poetas melencólicos decía que eran la nota ridícula de la literatura, y el espíritu católico y monárquico á la sazón dominante en el romanticismo, le inspiraba cuchufletas desdeñosas al que se había propuesto demostrar que la Revolución fue una sangría bien recetada, que la República era posible en Francia, que no siempre representaría el terror y la doble

guerra civil y de la frontera, sino que, andando el tiempo, llegaría á constituir una solución práctica y estable. Fuerza es reconocer que en esta parte los acontecimientos le han dado la razón á Thiers.

No sólo disentía Thiers de los románticos en el ideal político, sino en el estético, cuando proclamaba, en un artículo inserto en el periódico *El Globo*, que no hay más poesía verdadera que la realidad. Naturaleza de vuelo bajo y esencialmente prosaica la de Thiers, por fuerza tenía que desconocer el valor y la fecundidad del romanticismo, y esta limitación de sus facultades le impidió contarse en el número de los historiadores artistas, que son de raza poética y zahoríes y traslucen el venero de oro bajo la costra de la dura tierra. A estos pertenece la victoria definitiva, pero en el porvenir; pues la ventaja inmediata es de los que, como Thiers, reúnen la habilidad polémica al sentido de lo concreto y positivo, de lo que en determinado momento interesa á sus compatriotas y á mucha gente de toda nación. Volveremos á encontrar á Thiers escribiendo la *Historia del Consulado y del Imperio*, jefe del Estado, enfrenando la anarquía; y siempre se nos presentará inalterable, fatalista de la actividad, vindicador de la Revolución pasada, custodio del orden presente y teórico de la República posible.

Aunque sólo sea de paso, hay que dedicar algunas líneas á Francisco Mignet, amigo, compañero y émulo de Thiers, que por extraña similitud de destinos vino á París en su compañía, habitó la misma angustiada y fementida casa de huéspedes, y mantuvo con él relación y afecto inalterables, á pesar de que también escribió otra *Historia de la Revolución*, y, por consecuencia, se expuso á las asechanzas de odiosas comparaciones y rivalidades forzosas. Es Mignet, además, un historiógrafo que tiene derecho al reconocimiento de los españoles, que le deben los interesantes episodios titulados *Antonio Pérez y Felipe II*, *Carlos V, su abdicación, estancia y muerte en el monasterio de Yuste* y *Rivalidad de Carlos V y*

Francisco I. Para estos trabajos de asunto español utilizó Mignet documentos, algunos enteramente inéditos, del tesoro de nuestro Archivo de Simancas. Mignet fue uno de los indagadores que más contribuyeron á desvanecer la extraña leyenda de los funerales de Carlos V, celebrados en vida y ante sus ojos. Pero en la época que abarca la presente lección, todavía Mignet no explotaba, á competencia con los Gachard y los Merimée, la rica veta histórica española: cooperaba á la obra de rehabilitación del período revolucionario, depositando su sillar en el edificio cimentado por la Staël y levantado por Thiers. Este analizó aquella época formidable, y Mignet la sintetizó, juzgándola entrambos á la luz de la necesidad, como si los siglos fuesen un producto natural y las virtudes y los crímenes naciesen en el alma á guisa de yerbas en el prado.

Nótese que la Revolución tuvo propicio al numen de la Historia. Los historiadores políticos que aparecen con la Restauración, son apologistas y vindicadores de la Asamblea legislativa, de la Convención y del Terror. La razón de esta singularidad no se adivina; la Historia podía ser arma temible y destructora en manos del partido monárquico y católico; mas éste no produjo historiadores. La anomalía es tanto más sorprendente, cuanto que la Restauración sumaba la flor y nata de los ingenios; los escritores de mayor nombradía eran ó habían sido del bando de las blancas lises. La escuela poseyó un brillante apologista del cristianismo en Chateaubriand, un profeta en De Maistre, y en Bonald un teórico y un dialéctico; mas no apareció el hombre de poderosas facultades que supiese disecar y pulverizar la Revolución por procedimientos esencialmente históricos: el destino tenía decretado que al fin se hundiese el antiguo régimen, y cooperase á su pérdida el tribunal supremo de la Historia. La única voz que se alzó para hacer simpática la causa de la Monarquía fue la de una mujer, que no era juntamente, como Mad. de Staël, un literato ilustre; pero herida, lo mismo que Mad. de Staël, en sus afectos y en su corazón, testigo y actor igualmente de memorables sucesos,

su obra tenía orígenes líricos: era un grito de pasión y casi una plegaria. El libro á que me refiero es el titulado *Memorias de la Marquesa de Larochejaquelein*, que Barante se jactó de haber redactado, pero que únicamente corrigió y ordenó. Y acaso fue lástima, porque serían más atractivas tal cual salieron de la ingenua pluma de la dama que rechazaba el nombre de escritora, y sólo deseaba recordar el momento en que la tempestad histórica cruzó rugiendo sobre su cabeza, y la hizo postrarse, á la manera del árabe cuando sopla en el desierto la bocanada del terral.

Victoria Donnisan, nieta de la Duquesa de Civray, emparentada con lo mejor de Francia, pasó su niñez en Versalles y contempló el ocaso del esplendor monárquico, las últimas fiestas y las últimas pompas. Cierta día pudo ver cómo se llevaban preso á la Bastilla al Cardenal de Rohan, el del *Collar de la Reina*, y á fuer de chiquilla lloró desconsolada por el que acostumbraba regalarla confites, sin adivinar que la prisión de aquel Príncipe de la Iglesia y de la sangre era el primer chispazo del incendio que tantas lágrimas había de costarle en lo porvenir. Desde entonces, y convertida ya la niña en mujer, su vida se enlazó con la trágica vida de los Reyes; compartió las ilusiones de la fiesta de la Federación, presencié el delirante banquete de los Guardias de Corps y la degollina de los leales cuando las hordas invadieron el real sitio, así como la matanza del 10 de Agosto, cuya sangre la salpicó. Enamorada de su primo el Marqués de Lescure, su boda con él fue la primera que, según mandato expreso del Papa, se celebró secretamente por un cura no juramentado. Las emociones de su luna de miel más tuvieron de políticas que de amorosas: los jóvenes esposos sólo pensaban en la defensa del trono derrocado. Disfrazados, partieron hacia Poitou; su hado les impulsaba á aquel Bocage, la tierra de la insurrección, tan bien descrita en las *Memorias*, con sus impenetrables selvas, sus caminos hondos, pantanosos y estrechos, su aspecto agreste y feroz, su falta de carreteras y de ríos navegables, su gen-

te tenaz, creyente y ruda: tierra predestinada por la Naturaleza para la guerra de guerrillas, esa guerra singular en que el país pacta alianza con el hombre y combate por él. Asistimos en las *Memorias* á la fermentación que la prepara, y casi sentimos impulsos de exclamar, ante la descripción de agitaciones y tristezas en España tan conocidas, lo que en el drama de Zorrilla Gabriel de Espinosa:

«No sé por qué la memoria
De ese lance me entenece
Y me irrita: no parece
Sino que cuentan mi historia.»

Era la Marquesa mujer tímida y apocada, y cuando su marido y Enrique de Larochejaquelein, por sobrenombre el Intrépido, le dan la primera lección de equitación para habituarla á la vida de facciosa ó *brigande*, échase á llorar de puro miedo. ¡Quién dijera entonces que poco después la medrosa ha de verse empeñada en una vida de fatigas, aventuras y horribles peligros, siempre á caballo, siguiendo al ejército que se llamó «católico y real» por montes y breñas, encinta, sin punto de reposo, padeciendo hambre y desnudez, no oyendo más que el estampido de la fusilería y los gritos que excitan al combate el inextinguible arrojido de los vendeanos! Tan extraño le parecía esto, como debía de parecerle, al evocar sus años juveniles en la brillante y fastuosa corte de Versalles, verse disfrazada con los harapos de una aldeana, guardando ovejas, cubierta de miseria, tan derrotada, que le daban limosna; y presenciar como sus hijos, apenas vestidos de un pingajo, sucumbían por fin á las privaciones y al hambre. Y todavía estos males, con ser tantos, eran menores que el ver caer uno tras otros, segados por la muerte, los héroes de la causa á tanta costa defendida; su marido, el Marqués de Lescures, á quien apodaron los guerrilleros *el Santo del Poitou*, y el *Intrépido*, aquel Enrique de Larochejaquelein, Aquiles de la *Ilíada* realista. En las *Memorias* de la noble señora, quizás el mayor atractivo consiste en el contraste de un temperamento

muy femenino, tierno y débil, y una situación en que la sublimidad y el horror son constantes. Aunque la Marquesa protesta de que ella no es una amazona, de que no combate ni combatió nunca, de que su oficio se reduce á seguir á su esposo, cuidar á los heridos é interceder por los que van á ser fusilados, de continuo acuden á su pluma frases que indican la estrecha é involuntaria solidaridad con el ejército. «Lo que más sentimos fue que nos cogieron un cañón», escribe con espontaneidad, después de referir una jornada llena de sobresaltos y riesgos increíbles. Si era mérito del historiador de antaño haber actuado en los sucesos que narraba, sobra este mérito en las *Memorias* de la Marquesa de la Rochejaquelein. De su historia puede decirse que es historia más que *vivida, padecida*.

Se comprende la impresión que estas *Memorias* produjeron. Relataban una epopeya digna de eternizarse en tablas de bronce, y la pintoresca descripción de aquella lucha desesperada *pro aris et focis* era el argumento sentimental y lírico de una mujer contra otra mujer; la respuesta á Mad. de Staël, dada por una criatura sencilla, una cristiana humilde envuelta en los crespones del luto de sus amados muertos, arrodillada al pie de un altar, la encarnación más bella y pura del ideal católico monárquico.

Con la Staël, Thiers, Mignet y la Marquesa de Larochejaquelein, y dos ó tres obras más á que no podemos consagrar espacio,—por ejemplo, las *Memorias* de Madama Roland, las de Clery y el *Memorial* de Santa Elena,—se cierra la lista de los testigos de cargo y descargo en el empeñado litigio entre la Revolución y la Restauración. El matiz neutral, el propósito de conciliar el antiguo y el nuevo régimen, la libertad y el orden, lo representó el doctrinarismo de Guizot, el hombre de Estado del justo medio, de Luis Felipe y de la monarquía burguesa. Aun cuando la labor histórica de Guizot, de que son fruto muchos y muy doctos libros, merezca estimación y respeto, y hasta caluroso encomio por varios conceptos, y haya

ejercido influencia real y poderosa, siempre me ha parecido que tenía más de enseñanza de catedrático que de cuerpo de historia para servir de texto á las generaciones futuras. Las obras capitales de Guizot, *Historia de la civilización en Francia*, *Historia del Gobierno representativo*, *Ensayo sobre la historia de Francia*, *Historia de la revolución de Inglaterra* y *Curso de Historia moderna*, encierran copiosa doctrina, y traen la novedad de un método no sin razón equiparado al de las ciencias médicas y naturales, que empieza por considerar la Historia como un todo orgánico, y acaba por estudiar en sus funciones propias cada órgano, con la perseverancia sistemática que fue en Guizot un don de nacimiento.

La figura de Guizot historiador, se destaca con toda su masa imponente sobre el fondo de la cátedra de la Sorbona, donde enseñaba, en aquellos días de esplendor y florecimiento general, un triunvirato compuesto nada menos que de Villemain, Cousin y Guizot. Era la enseñanza de Guizot austera como su genio, impregnada de ese rigorismo estrecho y exclusivista propio de los hugonotes, que por tantos estilos se diferenciaron del espíritu nacional francés. El calvinismo prestaba sus tonos grises y su rigidez al plúmbeo estilo de Guizot, de quien decía Sainte Beuve que no tenía ni un instante de fatiga, ni un rasgo de frescura. Ese estilo siempre elevado, dogmático, que jamás sonríe, con pretensiones á la infalibilidad y á conocerlo todo desde el principio del mundo, trae aparejado el fastidio, y se comprende que un espíritu tan vivaz y alado como Heine, gratificase á Guizot con el calificativo de *elefante doctrinario*.

Guizot, que era un notable crítico literario, por lo cual tendremos que volver á hablar de él, no era un artista; su pluma tendía á enseñar é influir, y á pesar en la balanza de los destinos de su patria, como la espada del conquistador en los de Roma. Al través de la acción literaria, buscaba la acción política y social. La cátedra, el libro, fueron en sus manos instrumentos de precisión y construcción. Fundó una escuela,

el doctrinarismo, y un sistema de filosofía de la historia, que Sainte Beuve juzgó y atacó duramente. «Dudo mucho—escribe Sainte Beuve—que sea dado al hombre abarcar con tanta amplitud y certeza las causas y orígenes de su propia historia en lo pasado, siendo harto difícil entenderlas aun en lo presente, y no equivocarse á cada minuto. No puedo ver en este sistema de Guizot sino un método fácil y socorrido de liquidar las cuentas del pasado, de suplir lo que se ignora. Suprimanse todas las fuerzas que no produjeron efecto, aunque pudieron producirlo; declárense imposibles y caducas todas las causas vencidas; mándese á los hechos, sobre todo á los muy antiguos, alinearse en buen orden, y ya hemos salido del aprieto. Lo malo es cuando nos acercamos á lo contemporáneo: aquí las generalizaciones fallan y nos estorba lo presente, movible, cambiante, complejo y diverso. De mí sé decir—continúa Sainte Beuve, dando rienda suelta á la irritación del crítico, dotado de millares de ojos omnilaterales, como las moscas, ante las bambalinas históricas de Guizot—que después de leer alguna de esas lecciones tan decisivas é impávidas sobre la *Historia de la civilización*, me doy prisa á abrir un tomo de las *Memorias* de Retz, para restituirme á la realidad palpitante de la intriga y de la mascarada humana.» He extractado este juicio, porque es lo que yo diría, si supiese decirlo tan bien, sobre la escuela histórica que Guizot dejó fundada. Y aun la juzgaría con mayor acritud, si en vez de considerarla en sí misma, la viese al través de las numerosas imitaciones y *clichés* que ha producido, verbigracia las páginas soporíferas del *Espíritu del siglo*, de nuestro buen Martínez de la Rosa. Porque el doctrinarismo cundió en España, y tuvo ilustres prosélitos en el partido moderado.

Salgamos de esa galería de frescos descoloridos y secatones, y entremos como en una sala que encierra dos ó tres lienzos de los más jugosos y entonados, en la obra de Agustín Thierry, el maestro y el mago de la Historia. Entre los ilustres historiadores de aquel período tempestuoso y feroz, Agustín

Thierry es el único casi enteramente desinteresado: los demás traen ante todo un alegato político, una idea social; Thierry, en primer término, la vocación del artista. Por eso quizás es su obra la más vividera, la que resiste y desafía el paso de los años: lleva en sí la inmarcesible juventud del arte puro.

La biografía de Agustín Thierry cabe en dos renglones: una vida de estudio incesante; por amargo fruto de su labor, la ceguera en lo mejor de la edad: á los treinta años, por consuelo de la pérdida del más precioso sentido, de la eterna noche, el cariño de una mujer inteligente, que fue colaboradora asidua del infatigable obrero. Sólo hay en la vida de Agustín Thierry un momento romancesco interiormente: él nos lo ha referido en el prefacio de las *Reflexiones sobre la Historia de Francia*. Era Thierry un muchachillo que seguía sus estudios en el colegio de Blois, su ciudad natal, cuando acertó á caer en manos de los colegiales, ahítos de historia clásica, un ejemplar de *Los Mártires*, de Chateaubriand. Disputáronse el libro los muchachos, y Thierry lo consiguió un día de asueto; fingióse malo de un pie, y se encerró en casa con el poema, devorándolo. Cuando llegó al cántico de guerra de los francos, sintió algo como una descarga eléctrica—son sus propias palabras.—Saltó de su asiento, y recorriendo la sala agitado, hiriendo el suelo, repitió en alta voz la estrofa: «¡Faramundo, Faramundo! Hemos combatido con la espada; hemos lanzado la frámea de doble filo; el sudor chorreaba de la frente de los combatientes, y corría por sus brazos. Las águilas y los buitres chillaban de júbilo; el cuervo se bañaba en sangre, todo el Océano era una sola herida. Las vírgenes han llorado largo tiempo.» «Aquel momento de entusiasmo—añade Thierry—decidió mi vocación futura. Entonces no lo comprendí, pero ahora pago mi deuda al genio de Chateaubriand: por él, llegada la hora de elegir camino, me entregué á la Historia, y si hoy releo la página de *Los Mártires*, renacen mis emociones de aquel día.»

Bien se ve en este pasaje la procedencia de la Historia

como la creó Thierry; es la evolución de un género, es poesía transformada, poesía épica de la más legítima y hermosa. Lo que vió Thierry, en medio de la emoción causada por la lectura de aquella estrofa en prosa de Chateaubriand, fueron las edades sombrías que su pluma debía sacar á luz: los normandos conquistadores en sus barcazas, y los sajones tenaces en resistir; los oscuros períodos de la dominación merovingia; la mezcla y antagonismo de razas; los francos, los galos y los galo-romanos; la llorosa figura de la reina Galsuinda, la noble entereza del mártir Pretextato — la época bárbara, hasta entonces considerada un caos árido y confuso, y que al estudiarla Thierry con documentos y datos sacados de antiguos poemas, de cartularios y estatutos, de la poesía á la vez primitiva y decadente de San Fortunato, por los medios propios de la Historia, en suma, adquiere todo el encanto y atractivo de la novela y del drama, y esa fuerza misteriosa que sólo procede de la realidad. En las obras peregrinas de Thierry, *Conquista de Inglaterra por los normandos* y *Narraciones de las épocas merovingias*, se concentra lo mejor del romanticismo — la resurrección del pasado y la belleza propia de la Historia desde que cesa de ser pagana y se impregna de la hermosa melancolía del cristianismo — y lo mejor también de la época de transición en que el positivismo domina — el análisis, la sujeción al hecho, el sentido de la fuerza de las razas, que es el gran baluarte y el gran ariete de Hipólito Taine. — Es preciso reconocer en Thierry uno de esos eslabones que enlazan dos épocas y reúnen lo fundamental de ambas. Hijo de la inspiración poética de Chateaubriand, es padre del método científico de Taine.

He dicho al principio que esta escuela histórica procede de la novela. Walter Scot, en efecto, comparte con el falso Osián y Chateaubriand la preza de haber influido sobre la imaginación de Thierry, y también sobre la de Barante, supuesto redactor de las *Memorias* de la marquesa de Larochejaquelein, y verdadero fundador de la historia descriptiva en su libro so-

bre *Los Duques de Borgoña*. Desde 1814 á 1824, Walter Scot es el fanal de los que exhuman la Edad Media; todos envidian su admirable don de hacer revivir las edades pasadas, su instinto de arqueólogo y de pintor. La rigurosa exactitud documental no había por qué exigírsela á Walter Scot: no era el historiador, pero de él nacían los historiadores. Thierry pertenecía á esa raza innovadora, que sabe orientarse en las tinieblas, y las censuras del juicioso y sensato historiógrafo Daunou contra Thierry recaen precisamente sobre la filiación novelesca de sus estudios históricos, peligroso abolengo que le inducía á la temeridad de una renovación completa, con el mismo ardor que Lamennais quería renovar la religión y la retórica Víctor Hugo. El prurito de innovar llevó á Thierry, como suele suceder, á lo más viejo, al arcaísmo; una de las polémicas que sostuvo, fue con Carlos Nodier, por obstinarse Thierry en escribir, en lugar de Clodoveo *Hlodewig*, en vez de Meroveo *Merovig*, y en vez de Galsuinda *Galeswinta*: discusión pueril, que es, sin embargo, característica de aquellos años de idolatría medioeval.

La serie de los historiadores de la primera época que tan rápidamente voy reseñando, se cierra con un autor renombrado y muy traducido en nuestra patria, Julio Michelet. Aquí se le conoce más por ciertos libros escabrosos, como el titulado *El Amor*, del cual dijo Caro que era la fisiología comentada por el libertinaje, que por su obra capital, la *Historia de Francia*, diez y siete volúmenes de muy nutrida lectura. Si es permitido asociar una impresión personal al texto de estas lecciones, diré que la *Historia de Francia*, de Michelet, me puso hace años en gran confusión.

Es el caso que advertía yo tal diferencia entre los seis ó siete primeros volúmenes, que leí con encanto, y los siguientes hasta el último, y me parecía notar en estos, sobre todo en algunos, tan claras señales de perturbación mental, que movida de curiosidad escribí á un amigo francés muy erudito pidiéndole detalles acerca de la locura de Michelet, y si se había cu-

rado ó aliviado al menos antes de morir. Grande fue mi sorpresa al recibir por respuesta que Michelet nunca había pasado por loco, siendo así que cada vez me parecían más semejantes sus cuadros á los que trazó el Greco ya en el postrer período de su alucinación visual.

He releído ahora para el caso la obra de Michelet á que me refiero, y que es la más considerable de todas las suyas, y no se me quita el recelo: Michelet no estaría loco en total, pero de cierto padecía una obsesión ó idea fija, caracterizada en forma de manía: su tema, asaz poco original, porque se reduce á seguir las huellas de Bayle, es ver donde quiera proyectarse á los jesuítas como fatídica sombra. A trechos, la *Historia de Francia* semeja un capítulo de *El judío errante*.

Desde que aparece en la escena del mundo San Ignacio, Michelet—sigo convencida de ello—pierde el seso, como Don Quijote desde que le tocan al punto de sus renegadas caballerías; y me explico perfectamente que bastantes críticos hagan cuenta de que esos desdichados diez tomos no existen; no se escribieron nunca. Grande es mi asombro cuando en el panegírico, mejor diré, en el ditirambo que dedica el otras veces sagaz Pablo Albert á la memoria de Michelet, no encuentro ni una frase restrictiva ó condenatoria del estilo y el criterio de un autor que, sucesivamente, en los diez últimos tomos de su *Historia*, parece un convulsionario, un erotómano, un profeta apocalíptico y un sugestivo novelista.

De esta verdad puede cerciorarse quien tenga la paciencia de leer los tomos á que me refiero. En ellos verá que con una sola clave, el fantasma jesuítico, y por contera el espectro de la influencia española, explica Michelet todo acaecimiento y particularmente los nefastos. No hay daño ni escándalo en que no asome la negra mano oculta, y en que no dance la Compañía, secundada en sus horribas intrigas por frailes y monjas de todos colores y hábitos, inducidos, ¡quién lo duda! por la ambiciosa y maquiavélica España. Dan ganas de suspirar echando de menos esos tiempos en que éramos tan listos y

peligrosos, y en que mangoneábamos bajo cuerda, empleando los más estrafalarios arbitrios, la política de Europa. ¡Cuánto hemos cambiado desde entonces!

Abrid al azar un tomo y veréis lo que, según Michelet, hacían los jesuítas, que no se le ocurriría ni al mismo diablo. Se les encuentra hasta en los dobleces de la ropa, y no se da enredo ni trapisonda en que no intervengan. Ellos disponen la boda de Enrique IV con María de Médicis; ellos proyectan armar contra Inglaterra una nueva *Invencible*; ellos saben á ciencia cierta el secreto del extraño y trágico fin de la favorita Gabriela de Estreés. Por ellos Enrique IV, indispuerto, sanciona con su firma, entre dos cólicos—la palabra que emplea el historiador es más baja aún—la vuelta de los jesuítas á Francia. Ellos arman el brazo regicida de Birón, y ellos sellan los labios del reo con el silencio más profundo, hasta al pie del suplicio: silencio que recompensan con aspersiones de agua bendita al cadáver. Ellos suscitan después á Ravillac, y ellos cierran la boca de la Escomán cuando se preparaba á dar el aviso que salvaría la vida de Enrique IV. No extiendo más la lista, pues sería el cuento de no acabar nunca: baste decir que el mismo Michelet, con toda su obcecación, nota que abusa del registro jesuítico, y dice ingenuamente: «No se lo atribuyamos todo, sin embargo, á los jesuítas.» Ciertamente que poco después lo arregla, añadiendo: «Hay que dejar algo para los curas.»

El espíritu de secta y la intemperancia llevada á este grado, quitan el carácter de seriedad é investigación científica á la segunda mitad de una obra, que en la primera contiene cuadros tan bellos como el del proceso de los Templarios, el estudio sobre San Luis y sobre los disturbios de la Jaqueria. Aunque Michelet es poderoso estilista y colorista brillante, la forma se resiente del desorden y desconcierto de la inteligencia, las pinceladas son brochazos, y los rasgos de realismo brutal alternan con el *patos filosófico* y la solemnidad bíblica; la fantasía, pervertida y suelta, corre á manera de caballo

sin freno, y la historia se convierte en catálogo de un museo secreto, donde pueda recrearse y saciarse toda curiosidad malsana, contemplando raras anomalías, degeneraciones y monstruosidades: casos de magia, sortilegio, hechicería, escenas de aquelarre, contorsiones de poseídos y endemoniados, y supercherías de sacrílegas embaucadoras. Los retratos de los principales personajes corren parejas con el fondo sobre que se destacan: San Ignacio es el autor del *Manual del perfecto novelista* (esto se refiere á los admirables *Ejercicios*); y Laynez, el consocio del santo, el campeón del Concilio Tridentino, es un pillastre genial. Y si el Cid de Corneille fue aplaudido, es por virtud de la tenebrosa conjura tramada por los españoles para extinguir el espíritu nacional de Francia ¡hasta en las letras!

Así rodó Michelet los peldaños de la escala que él mismo labró para ascender al cielo de la gloria. Triste es el espectáculo de una imaginación atrofiada como la de Thiers, pero mil veces más triste el de una fantasía hipertrófica que ahoga á la razón y parodia, no el delirio sublime de la musa, sino la pesadilla del enfermo atacado de fiebre mortal.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA REFORMA EN LA PRIMERA ENSEÑANZA

I

Decía al terminar mi artículo sobre la *Política pedagógica* (1), que una vez resueltos á tenerla, y en condiciones para desarrollarla, la gran dificultad estaría en saber por dónde comenzar. Me figuro á cualquier Ministro de Instrucción Pública, de buena fe, y con el deseo natural de acertar y de hacer algo, ante el problema complejísimo de nuestra enseñanza, y seguro estoy de que el primer obstáculo con que tropezaría al decidirse á poner mano en la educación nacional, sería ese: el de no saber por dónde tomar el asunto. Le entrarían ganas de reformarlo todo, de arriba abajo: si el hombre fuese de los que todavía tienen la superstición de la ley, es decir, de los que creen con fe sencilla y ciega, en la eficacia de las disposiciones legislativas y de los mandatos publicados en la *Gaceta*, sentiría vehementes deseos de acometer una ley de instrucción pública, algo así como un código fundamental de la enseñanza, en el cual se formularsen las bases completas de nuestra regeneración pedagógica, desde la enseñanza obliga-

(1) V. LA ESPAÑA MODERNA, tomo del mes de Julio.

toria y gratuita—la primaria, por supuesto—hasta la autonomía jurídica y científica de las Universidades, pasando por la organización *definitiva* de los Institutos de segunda enseñanza. Y después de haber hecho la ley—si es que el hombre hacía viejos, muy viejos, los huesos en el Ministerio—se quedaría tan fresco y tan satisfecho, emulando por tal modo la sencillez primitiva de aquellos ilustres varones que en 1812, en Cádiz, declaraban el deber que los españoles tenían de ser justos y benéficos.

Desde 1857 consta en la ley el carácter obligatorio de la primera enseñanza, y concluye el siglo XIX de la manera que todos sabemos: ofreciendo España más de seis millones de personas que no saben leer ni escribir, y millones de niños que no van á la escuela porque, como ya hemos dicho, no la tienen; es decir, niños que aunque sus padres se decidieran á cumplir aquel precepto legal no podrían, porque no habría dónde ni cómo.

Realmente sería ilusorio intentar una reforma tan gigantesca de la enseñanza, que tuviera la virtud curativa y reconstituyente de cambiar, como por arte de encanto, la situación actual de las cosas y de las personas, sobre todo de las personas. En primer lugar, el mero hecho de proponerse el problema de la enseñanza, todo entero y de una sola vez, supone una manera viciosa de considerarlo. Está bien que hablemos de él y que le demos esa unidad y concreción definida, entre otras cosas, por comodidad y para indicar que en la labor de gobernar al país hay *un* problema pedagógico: pero, haciendo siempre la reserva de que el tal problema no es un sencillo problema de mecánica, de cambio en los términos, y que se descompone en una serie tal de cuestiones tan diferentes y todas tan complejas, que sólo tomándolas con independencia, dentro, claro es, de una orientación general, se podrían ir resolviendo eficazmente. Por otra parte, el intento de reducir á bases generales la solución legislativa del problema pedagógico nacional, obligaría al Ministro que tal hiciese á tocar as-

pectos del mismo, en la relación estrictamente política de la educación, ante las tradicionales pretensiones de la Iglesia—intransigente y amenazadora en este país como en ningún otro quizá—que sería imposible de evitar, por prudente y circunspecto que el Ministro fuese, una lucha violentísima, la cual esterilizaría en flor las intenciones más sanas, más cultas y más regeneradoras.

En mi opinión, la política pedagógica debe adoptar un procedimiento oportunista, debe desarrollarse en reformas parciales, que naturalmente obedezcan á un criterio, al criterio que la situación conocida de nuestro atraso impone, pero que se refieran cada una al asunto ó materia á que se desee aplicar el remedio de un modo directo é inmediato.

Por eso lo que primeramente requiere cualquier intento serio de política pedagógica, es tener *un programa*; es decir, una indicación de aquellas cosas de mayor urgencia que reclaman reformas que no admiten espera, sin grave riesgo de ir cayendo cada día más abajo, en el abismo sin fondo de la incultura nacional. Pero repito que ahí está la gran dificultad.

En efecto: ¿por dónde comenzar? ¿Cuál podría estimarse el artículo primero del programa recomendable en las condiciones actuales? Si aquí todo es cuestión, desde el maestro hasta el catedrático, desde la escuela—que no hay, ó cuando la hay es de ordinario mala—hasta el doctorado, que tiene de tal el nombre pomposo y pedantesco; desde el procedimiento rutinario, anticuado y mandado recoger en todas partes, del maestro de escuela, hasta la explicación ampulosa y retórica del profesor de enseñanza superior; desde el edificio escolar, á veces bodega inmunda, hasta el aula universitaria, no siempre aireada y alegre..... Si todo ello y mucho más pide arreglo pronto, urgente, ¿qué programa es posible redactar que no sea amplísimo, completo, que no abarque el problema pedagógico en toda su complejidad, á la manera que lo abarcaría el que se propusiera la censurada reforma legislativa de la instrucción pública?

Es preciso, ante todo, hacer una distinción. Eso de hacer un programa pedagógico, ó de *política* pedagógica, es muy elástico: el político ó el partido, ó la *liga*, que se propusiera iniciar entre nosotros un movimiento educativo, de regeneración nacional, por la escuela, debería tenerlo completo; es decir, debería haberse dado cuenta circunstanciada de las condiciones actuales de la enseñanza en el país, y de las necesidades de éste en ese orden, y en su vista, formular como ideal las soluciones posibles ó que tocaría llevar á la práctica al Estado. Pero una cosa es esto, y otra muy distinta aplicar lo que del programa pedagógico sea dable, habida cuenta la oportunidad y el distinto grado de urgencia de las reformas. Puede ocurrir muy bien que convenga, á veces, prescindir de determinadas reformas, de mucha trascendencia, pero inoportunas ó peligrosas, realizando en cambio otras de apariencias modestísimas, pero de eficacia más segura, y sobre todo, practicable desde luego.

Por mi parte, acomodándome á las indicaciones que dejo hechas al explicar lo que entiendo por *política pedagógica*, no voy á esbozar todo el programa grande y completo que la reforma de la educación nacional supondría, ni siquiera voy á reseñar todos los capítulos del *programa*, reducidos al *minimum*, de aquella política: exigiría esto mucho más espacio del que racionalmente puedo dedicar en LA ESPAÑA MODERNA al asunto. Considero, que la política pedagógica debe poner mano en todos los grados de la educación: en la escuela, en la enseñanza de los adultos, en la enseñanza técnica, en la enseñanza femenina, en la segunda enseñanza y en las Universidades, pero sin perjuicio de hablar de todo eso en otra ocasión,—quizá en un libro—únicamente voy á tratar en este artículo del *minimum* de las reformas necesarias en la primera enseñanza; dedicando otro á estudiar el problema universitario.

II

Con respecto á la primera enseñanza existe una reforma de gran significación y alcance políticos, que la opinión reclama con verdadero empeño, y que condensa de una manera muy definida y concreta, admirablemente adecuada para constituir hasta el artículo de un programa de gobierno, la aspiración general del país, capaz de tener ideas más ó menos reflexivas en estas cosas: esa reforma se ha formulado por el Ateneo de Valencia, en memorable reunión, la han aceptado muchísimos políticos, y se han manifestado favorables á ella la mayoría quizá de los elementos *intelectuales* de la nación: me refiero, como se comprenderá ya, á la necesidad de hacer la enseñanza primaria de una manera real y efectiva, *gratuita y obligatoria*, y además *integral*. En mi sentir, esta afirmación escueta: *la enseñanza debe ser gratuita, obligatoria é integral*, constituye una gran parte del programa de la reforma urgente de la enseñanza primaria; es decir, una gran parte de ese programa se resume en las reformas indispensables para procurar que, en efecto, la primera enseñanza sea como ahí se pide. Y no digo que sea eso todo el programa de la política pedagógica en esta esfera, porque hay todavía otro gran trozo de mal camino que recorrer para conseguir algo positivo en la enseñanza primaria, y el cual consiste en las reformas indispensables que han de acometerse para *crear*, así, como suena, crear los *maestros* capaces y en número suficiente, para enseñar *integralmente* la enseñanza gratuita y obligatoria á los millones de niños que hoy no tienen donde recibir tan fecundo beneficio. De todos modos, he ahí dos indicaciones bien determinadas para la política pedagógica de la primera enseñanza: 1.^a, hacer de ella una *enseñanza gratuita, obligatoria é integral*; 2.^a, hacer los *maestros* necesarios.

Pero ¿saben las gentes lo que se pide cuando con tan inu-

sitado apremio y tan rara unanimidad reclaman, así como podría reclamarse un cambio de Gobierno, el establecimiento de la enseñanza integral, gratuita y obligatoria? Porque, ya queda dicho: si no se trata más que de decretarlo en una disposición solemne del poder legislativo, ó del ejecutivo, la cosa no merecía la pena, como indicaba con gran oportunidad el insigne maestro de maestros Sr. Sardá: el carácter obligatorio de la primera enseñanza está declarado hace mucho tiempo. Sin duda se trata de algo más, y de algo que no debe de ser tan claro como á primera vista parece, y que requiere alguna explicación, pues la cosa resulta que puede entenderse de más maneras que de una, aun en lo tocante á la gratuidad de la enseñanza, que todos creíamos consistía en procurar á los *niños pobres* la escuela *gratis*. En efecto, en pleno Congreso de Diputados, discutiéndose el problema de la enseñanza, un señor representante del país, en un discurso muy ponderado dentro y fuera del Parlamento, decía lo siguiente:

«Ahora parece que se va á remediar todo esto, y que lo vamos á remediar con la fórmula del Ateneo de Valencia: la educación integral gratuita y obligatoria. Lo de obligatoria, lo comprendo, por más que ya es principio antiguo en nuestras leyes y no ha podido llevarse jamás á efecto; lo de integral supongo que quiere decir íntegra y completa; pero lo de gratuita me ha sumido en un asombro, del que declaro que desearía salir si hay alguien que me saque. ¿Qué significa la educación elemental gratuita? ¿Es que los maestros van á enseñar de balde? ¿Es que no va á haber que pagar las escuelas? ¿Es que no pesará sobre el Estado la carga del material? Pues, si no es eso, ¿no habéis caído todavía en la cuenta, los mantenedores de esa solución, de que el redimir de su obligación de pagar la enseñanza á los ricos, equivaldría mañana á distribuir el peso entre ricos y pobres, haciendo á estos últimos un obsequio que seguramente no agradecerá ninguno de ellos? Es de sentido común; cuando directamente no pague el rico la enseñanza, indirectamente la tendrán que pagar el

pobre y el rico, porque yo no sé cómo se van á establecer diferencias: las contribuciones y los tributos pesarán, en la debida proporción, claro está, sobre los unos y sobre los otros» (1).

Ciertamente el señor diputado que decía estas cosas, no se había hecho cargo de que la enseñanza elemental se pide gratuita para los niños pobres, siendo, claro está, obra del impuesto el sostenimiento de los maestros, del material y de las escuelas. Hoy el pobre puede decir: yo no mando mi hijo á la escuela porque no la hay á mano: pero aun habiendo las escuelas necesarias en relación con el número de niños en edad de ir á la escuela, no podría *obligarse* al pobre á enviar á su hijo á la misma, exigiéndole una retribución para el maestro, pues estaría en su derecho al negarse si no tiene recursos con que atender al pago de tal retribución. La escuela debe ser gratuita para el que no puede pagarla, y, además, el Estado debe tener todas cuantas sean precisas, para que el que la quiera pagar y el que no pueda pagarla, cuenten con el maestro y el local indispensables.

No debe causarnos tanta sorpresa que no se comprenda tan fácilmente lo del carácter *integral* de la enseñanza: asusta eso á muchas gentes y nada tiene de extraño la exclamación que arrancaba al mismo diputado á que aludimos la petición del Ateneo de Valencia en este punto:

«¡La enseñanza obligatoria—decía—y además de obligatoria íntegra y completa para nuestras clases rurales! ¿Es que no contentos con tener bachilleres de 14 años y licenciados y doctores de 19 ó 20, queremos ya tener también bachillerillos para aguijar las yuntas, para cuidar del ganado ó para ir á tirar del copo? ¿Es que al interés social puede convenir, lo digo sin ver en esto ninguna cuestión política, es que al interés social puede convenir que se produzca semejante desnivel

(1) Discurso del Sr. Suárez de Figueroa. Sesión del 12 de Enero de 1900. *Extracto Oficial*.

entre los fines que la mayor parte de las poblaciones rurales tienen que cumplir y los medios de cultura que el Estado habría de poner en sus manos, siendo tales medios tan superiores á esos fines, tan desproporcionados con ellos?»

Y en verdad, si la enseñanza integral implicase lo que parecía imaginarse el citado orador parlamentario, tendría razón de sobra. Pero las gentes que han estudiado el asunto, no creen que la enseñanza integral sea una enseñanza *completa* ó mejor total, ó mejor una enseñanza de todas las cosas divinas y humanas, tal como v. gr., se comprenden en un Manual enciclopédico ó resumen de la sabiduría universal. Pedagogos de profesión, los que han formulado la educación integral como un sistema adaptable á las distintas necesidades de la enseñanza, explican lo que aquélla supone de un modo que, puesto en práctica, no sólo no produciría los temidos bachillerillos rurales, sino que acabaría hasta con los urbanos. Léase y además estúdiense el *Manifiesto á los partidarios de la educación integral* (1) y se verá allí que es ésta la educación «que tiende al desenvolvimiento paralelo y armónico de todo el sér», que tiene sus manifestaciones como educación física, intelectual y moral, que en la educación física es preciso atender «al régimen general higiénico, que tiene por fin el desenvolvimiento normal y ese hermoso equilibrio orgánico y funcional que llamamos *salud*, y la educación especial de los órganos de relación considerados como instrumentos de percepción y de acción, como herramienta, si vale la palabra»; que la educación intelectual responde á análogo principio: «desenvolvimiento simultáneo, equilibrio de todas las facultades sin exclusión; facultades de asimilación y de producción, de orden científico y de orden artístico; espíritu de observación, juicio, memoria, imaginación, sentimiento de lo bello»; que la instrucción integral, recíprocamente fin y medio de

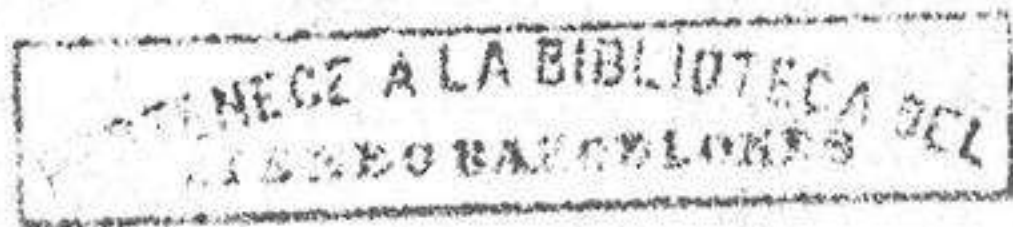
(1) V. *Boletín de la Institución libre de enseñanza* (1894); t. XVIII, páginas 6 y 45.

educación, se define como «un conjunto completo, encadenado, sintético, paralelamente progresivo, en todo orden de conocimientos, y esto á partir de la más temprana edad... pues en todas las grandes ramas del saber humano, que después van ramificándose al infinito, hay en el origen, en la base, verdades sencillas, primordiales, fundamentales, fácilmente observables é inteligibles hasta para los niños pequeños...»; que la educación moral, de importancia suprema, es sobre todo obra de influencia, es «la consecuencia de un orden normal en un medio normal», etc., etc.

Y esto es lo que se desea, sin duda, con más ó menos reflexión y conocimiento, cuando se pide una educación integral como sistema propio para una enseñanza que ha de ser universal y para todo un pueblo.

Pero dejando á un lado estas explicaciones, ¿podemos pensar en España en acometer con esperanzas lisongeras la tarea de hacer de la enseñanza elemental una función *gratuita* del Estado y una obligación exigible á los padres de familia? Prescindiendo de hacer consideraciones más ó menos oportunas sobre el éxito de una política pedagógica en este punto, es indudable que si se quiere acometer la empresa en condiciones tales que, por lo menos se salve el *honor* y la *buena intención*, es necesario empezar por darse cuenta del aspecto *económico* de la enseñanza primaria; porque no hay que darle vueltas: lo de la enseñanza gratuita y obligatoria es, ante todo, un problema de... dinero.

III



Seguramente si en España tuviésemos número suficiente de escuelas para recoger en ellas todos los millones de niños en edad escolar, aún habría que hacer mucho para vencer la apatía y pereza de los numerosísimos padres de familia, que no ven cosa de mayor importancia en la educación y en la cultura. Y

E. M.—Agosto 1900.

¿cómo predicar á esos padres descuidados para convencerlos del perjuicio gravísimo que causan á sus hijos, no cuidándose de enviarlos á la escuela, si no tenemos escuelas de primeras letras suficientes, ni escuelas suplementarias de adultos, en donde subsanar la falta de una enseñanza no realizada en la infancia? (1). Y ¿á qué pensar, por otra parte, en crear el número de escuelas suficientes, si no se tienen maestros verdaderos á quien encomendarlas? ¿Y no es verdaderamente ilusorio ocuparse en formar maestros de escuela dignos de tal nombre, mientras no les paguemos, y aun pagándoles, mientras les brindemos el porvenir que suponen las pagas mezquinas y ridículas que en tantas escuelas se asignan á los maestros actuales?

Todas estas cosas están, como se ve, enlazadas entre sí de una manera tal, que es perfectamente inútil ocuparse con nada que se relacione con el problema de la primera enseñanza, hasta que el llamado á realizar su programa mínimo, no se decida á tomar, como suele decirse, por la calle del medio, reclamando amplia libertad de acción y grandes medios económicos para empezar por el principio. ¿No se dice á cada momento que el Ministro de Marina proyecta recabar tantos y cuantos millones para acometer una segunda aventura en la restauración de nuestro poderío naval? ¿No hablan los periódicos constantemente de que el Ministro de la Guerra espera ocasión oportuna para gastar—si se los dan, que sí se los darán—unos cuantos millones de pesetas en armamentos nuevos, y en artillado y defensa de las costas? Pues, ¿por qué no se lanza el Ministro de Instrucción pública y pide también dinero, mucho dinero, para crear nuestro poder... pedagógico, y artillar y defender á nuestros futuros ciudadanos, habilitándoles de mejor manera que los actuales, para las luchas intelectuales y

(1) Sobre la significación pedagógica y social de la educación de los adultos, véase el hermoso libro de Buisson *La educación de los adultos en Inglaterra*, publicado por mí en LA ESPAÑA MODERNA.

económicas, mil veces más efectivas y permanentes y de resultados más positivos, que las luchas guerreras, á las cuales, después de todo, hemos ido en estos últimos tiempos por ser un pueblo de ignorantes dirigido por una minoría de retóricos y vividores?

Porque si hay algo claro, indiscutible, que no puede menos de reconocerse, es, que las cosas de nuestra enseñanza primaria están muy mal, pero muy mal, precisamente por falta de recursos económicos en primer término.

Tenemos un presupuesto de primera enseñanza que resulta ridículo comparado con el de la villa de París y mil veces miserable comparado con el de cualquiera de las naciones europeas. El Parlamento inglés votaba en 1897 para la primera enseñanza del Reino Unido, 9.738.423 libras esterlinas. La suma destinada en Francia por el Estado y los municipios para ese servicio, se eleva á unos 198 millones de francos; por último, Italia gasta en escuelas cerca de 70 millones de liras. Ahora bien; España, esta España del rumbo y del lujo en tantas cosas inútiles y perjudiciales, dedica á instrucción primaria, sumando los esfuerzos todos, del Estado, de la provincia y de los municipios, unos ¡26 ó 27 millones de pesetas! (1).

Y así anda ello: desmenuzando unos presupuestos y otros, al momento se advierte la primera y más triste y sugestiva de las consecuencias. Tenemos una enseñanza primaria infinitamente más escasa que la de cualquier otro país culto, y pagamos á los maestros menos, pero mucho menos, que lo que se les paga en todos los países civilizados. No son, en verdad, excesivos los sueldos de que en general disfrutaban los maestros de escuela, y así ha podido decir Lavasseur, que «la condición de los maestros es en todas partes modesta» (2). Pero «todo es relativo». En todas partes es modesta esa condición; mas no en todas es miserable como ocurre en España con la mayoría de semejantes funcionarios.

(1) Cossío: *La enseñanza primaria en España*.

(2) *L'Enseignement primaire dans les pays civilisés* (1897), pág. 537.

Para convencerse de lo que digo, bastará copiar algunas cifras.

En Inglaterra y en Escocia los sueldos anuales de los maestros se regulan de este modo:

	<i>Pesetas.</i>
Cobran los maestros titulares directores.....	de 2.500 á 3.750
Cobran los adjuntos.....	de 1.875 á 2.500
Las maestras directoras.....	de 1.250 á 1.875
Las adjuntas.....	de 1.250 á 1.875

Había en 1892, 6.911 maestros, con un sueldo que varía de 2.500 á 5.000 pesetas; 1.269, con 5.000 á 7.500; 364 con más de 7.500; y 504 maestras con un sueldo superior á 5.000 pesetas. El sueldo mínimo de los maestros en Inglaterra es de 1.250 pesetas anuales, y en Irlanda de 1.050.

En Francia los maestros titulares cobran de 1.000 á 2.000 francos; y las maestras de 1.000 á 1.600, aparte de otras indemnizaciones.

En Italia se han fijado los sueldos en 1876 de esta manera:

	<i>Liras.</i>
Escuelas urbanas superiores.....	1.320, 1.100 y 1.000
Idem id. inferiores.....	1.000, 950 y 900
Idem rurales superiores.....	900, 850 y 800
Idem id. inferiores.....	800, 750 y 700

El sueldo mínimo del maestro de escuela en Italia, es pues, de 700 liras anuales.

El sueldo mínimo en los Países Bajos es de 1.500 pesetas anuales para los maestros titulares y de 800 para los auxiliares; en Bélgica de 1.000; en Prusia de 1.012, en Suecia de 797, etc.

Y en España ¿cuánto cobran los maestros? Si fueran verdad las leyes no andaríamos tan mal como andamos. La ley de 1857 fijaba el sueldo mínimo del maestro en 650 pesetas al año para los pueblos de 500 á 1.000 almas; el Decreto de 1886 fijaba el sueldo mínimo en 625, y el de 1888 en ¡250 pesetas!

Pero la realidad es otra. Nuestro sueldo mínimo no tiene rival en ningún Estado culto.

He aquí, según la estadística de 1885, cómo andan los sueldos de los maestros de escuela:

<u>Maestros</u>	<u>Maestras</u>	
787	21	cobran menos de 125 ptas.
1.784	84	— de 125 á 250 »
5.031	584	— de 250 á 500 »
3.067	2.452	— de 500 á 625 »
2.745	2.465	— de 625 á 825 »
1.414	1.116	— de 825 á 1.100 »
465	272	— de 1.100 á 1.375 »
241	149	— de 1.375 á 1.650 »
205	111	— de 1.690 á 2.000 »
103	77	— más de 2.000 » (1)

¿Exagerábamos al considerar que la condición del maestro español tiene que ser en la mayoría de los casos — todos los maestros que cobran sueldos de 500 ó 625 pesetas; esto es, 10.669 maestros de 15.842 y 3.141 maestras de 7.334—miserable? ¿Cabe en cabeza de gobernante que haya sueldos de *cincuenta céntimos* de peseta y aun menos, al día?

Y si al menos pagásemos con la debida puntualidad esos sueldos. Pero no hay tal. Los maestros de escuela, cobran con la irregularidad que todos sabemos, en muchas partes; ahí está la deuda del magisterio, á que en mi primer artículo me refería, como prueba irrefutable de lo que queda dicho.

IV

Hay, pues, que acometer la reforma económica de la primera enseñanza con bríos y sin perder tiempo: la experiencia pasada obliga á condenar todo género de paliativos en este punto, y á plantear el problema en toda su verdad y á resol-

(1) V. Cossio: *La Enseñanza primaria en España*.

verlo totalmente. Ahora bien, la reforma y consiguiente transformación económica de la enseñanza primaria, exige varias operaciones lógicamente enlazadas; son éstas:

1.^a El pago ó liquidación de lo que se debe á los maestros.

2.^a El pago regular y normalizado *por el Estado*, de las atenciones de la primera enseñanza (1).

Todo esto de una manera inmediata, y después,

3.^a Aumento de los sueldos de los maestros, que hoy lo tienen tan escaso, hasta conseguir que el *salario* mínimo del maestro no sea inferior al de un jornalero — *dos pesetas diarias*, v. g.,—y

4.^a Aumento paulatino y bien calculado del número de escuelas, hasta conseguir establecer tantas como exige la proporción del número de niños de edad escolar (2).

La liquidación de las deudas del magisterio, es una de esas medidas de tan estricta justicia y de tan absoluta oportunidad, que apenas es necesario razonarla. ¿Cómo pensar, en efecto, en aumentar el sueldo de los maestros y el número de las escuelas, mejorar el material, transformar las actuales escuelas de tipo aislado en grupos escolares espléndidamente dotados, etc., etc., sin antes liquidar con el maestro lo que se le debe? Nadie creería en la sinceridad de tales reformas. Y que tiene que ser el Estado quien haga la operación financiera necesaria, nos parece indiscutible; los municipios no pueden; la deuda del magisterio existe precisamente por eso. Ya lo hacía ver con gran claridad el *Anuario* de primera enseñanza de 1886: en efecto, según los datos de éste, comparado el gasto total de la primera enseñanza que pesa sobre los municipios, con la población, resulta una carga de 1,57 pesetas por habitante; pero

(1) Cuando escribo estas líneas, los periódicos anuncian que el actual Ministro de Instrucción pública prepara una reforma sobre este punto.

(2) Naturalmente, esas cuatro medidas no son todas las necesarias para transformar la actual organización escolar; pero debe recordarse que expongo sólo el *programa de lo menos*, que un político pedagógico, que merezca los honores de tal, debería hacer.

es esto un promedio general: en alguna provincia, como Lugo, la proporción es de 0,75 pesetas por habitante, y en otras, como Segovia, de 2,69. En algunos municipios de corto vecindario, cada habitante paga 6, 8 y hasta 10 pesetas para sostener las escuelas; y los hay, en los cuales el presupuesto de la primera enseñanza consume el 10, el 20 y hasta el 30 por 100 de sus recursos. Comparados los créditos consignados para la primera enseñanza con el importe líquido de los recargos adscritos á tal atención, resulta que de las 49 provincias de España, 22 cierran con déficit el ejercicio anual, déficit que importa unos 2.200.000 y pico de pesetas (1).

Siendo esto así, ¿cómo pensar en que los municipios paguen sus deudas? Es sencillamente pedir una cosa imposible. El Estado, haciéndose cargo de la situación, debe liquidar esas deudas; y cuenta que el Gobierno que se decidiese á realizar una medida tan necesaria y justa, se limitaría á seguir el camino señalado ya por una disposición ministerial, que conviene citar aquí: me refiero al Real decreto de 21 de Enero de 1871 (con la Real orden de 2 de Febrero del mismo año), por el que se estatuyó que el Tesoro abonase los créditos del magisterio, considerándose tal abono como anticipos reentegrables á los Ayuntamientos respectivos.

Y no sólo esto; no basta, como dejo dicho, que el Estado se haga cargo de la deuda del magisterio para normalizar de una vez y para siempre el sostenimiento decoroso de la primera enseñanza; es preciso que dicho sostenimiento pase á manos del Estado, y constituya una atención nacional. Obedeciendo á un criterio, en mi concepto equivocado, se reputa de ordinario la primera enseñanza como un servicio local, municipal más bien; olvídase, á mi ver, que el interés de una buena educación primaria, base general de una sólida cultura, no es ni local, ni nacional, sino social, humano, por cuanto afecta

(1) Véase el cuadro estadístico presentado por el Sr. Vincenti en el Congreso de los Diputados, sesión del 14 de Enero de 1900.

á la sociedad entera y al hombre como tal hombre: en su virtud, el sostenimiento económico y la dirección política de la enseñanza primaria, no pueden estimarse como servicios municipales ó del Estado, de una manera exclusiva y absoluta: como todos los intereses sociales, el de la enseñanza primaria debe correr á cargo de quien se dé más clara cuenta de su importancia, y tenga más sólidos medios para atenderla.

La incapacidad general de nuestros municipios para pagar, cada uno de por sí, la primera enseñanza, es una cosa bien notoria; cuantas medidas se han tomado hasta ahora, y no han sido pocas (1), han resultado completamente inútiles. Después de todo, no somos en esto de distinta condición que los demás pueblos; pues si ocurre que en la mayoría de los países la primera enseñanza está á cargo de los municipios, en todas partes concurre el Estado con sus medios económicos á sostenerla colmando el déficit que siempre arrojan los presupuestos locales; en Italia, por ejemplo, si los municipios contribuyen con 56 millones de liras para sostener las escuelas, contribuyen las provincias con más de un millón anual, y el Estado con más de siete millones; en Inglaterra, las fuentes locales para sostener la primera enseñanza suponen unos 3.250.000 libras, y las subvenciones del Estado se elevan á más de seis millones; en Francia se ha ido más allá: contribuyen á los gastos de la primera enseñanza los municipios — 60.343,088 francos—y el Estado—más de 130 millones de francos;—pero, en virtud de la ley de 1889, el Estado se ha tomado el cargo de pagar directamente los sueldos de los maestros, profesorado normal, inspección y personal administrativo, dejando sólo ciertas atenciones del material y otras, al cuidado de los municipios y departamentos.

La reforma que defiende tendría, además, como consecuencia, la de hacer ver claro, clarísimo, el carácter verdadera-

(1) Cerca de treinta son las reales órdenes, leyes y demás disposiciones dictadas para regularizar el pago de los maestros.

mente nacional del esfuerzo necesario para vencer los obstáculos que, al pleno desarrollo de todas las capacidades del pueblo, oponen nuestra ignorancia é incuria. Y esto suscitaría en todos el deber de considerar las cargas de la enseñanza como cargas generales, á las cuales es preciso contribuir en la proporción que demande todo su peso, y en relación con lo que cada individuo y cada municipio puedan, dados sus medios. Es imposible tolerar que los municipios ricos se nieguen á contribuir al sostenimiento de las escuelas de los municipios pobres; pues de aceptar ese criterio para todas las funciones sociales y políticas, debería empezarse por declarar imposible la nacionalidad y un sueño las ideas de solidaridad humana.

Y conviene reflexionar en esto seriamente, porque sabido es, que el obstáculo con que alguna vez se ha tropezado para normalizar, con la intervención del Estado, los pagos de la enseñanza primaria, ha sido la oposición de algunos grandes municipios. Basta tener en cuenta que, si dedicásemos á las atenciones escolares todas las cantidades que los municipios de toda España recaudan por los recargos de contribuciones, reservados con destino á las mismas, en lugar del déficit anual de los dos millones y pico de pesetas á que antes nos referimos, habría su superábit de más de cuatro millones, pues en veintitrés provincias de las cuarenta y nueve resulta un sobrante anual en favor de los ingresos muy respetable (1).

Pero todo esto sería aún muy poco; no supondría ni la mitad del camino que hay que recorrer para realizar el *programa mínimo* en este punto. Faltan aún las otras dos medidas ó reformas indispensables más arriba indicadas. Afortunadamente, en un libro de carácter oficial constan de un lado las deficiencias de nuestra organización escolar, y de otro los esfuerzos necesarios para colmarlas de una manera regular (2). Según indica el Sr. Cossio, resulta de la estadística

(1) V. el cuadro citado del Sr. Vincenti.

(2) V. el *Anuario de primera enseñanza correspondiente á 1886*.

publicada en la *Gaceta* (26 de Marzo de 1895), que hay inscritos en las escuelas públicas 1.104.779 niños, y en las privadas 251.357. Total, 1.356.136 niños. Y como, según el censo de 1887—no conozco los resultados del de 1897—había 3.794.952 niños de tres á doce años (1), la consecuencia es bien clara: 2.438.816 niños no reciben instrucción de ningún género. Haciendo, el *Anuario de primera enseñanza de 1886*, cálculos en relación á cifras algo distintos del censo de 1877, suponía que era necesario fundar escuelas de párvulos para 350.000 niños de tres á seis años, y escuelas elementales para 530.000 niños de seis á nueve y de nueve á doce, y fijando un promedio de 60 alumnos para cada escuela, suponía que serían necesarias 8.830 escuelas más sobre las que hoy existen—véanse las págs. 93-95 del *Anuario*—para recoger á los niños que hoy no tienen escuelas. Ahora bien, la creación de estas escuelas—que serían quizá las suficientes—exigiría, regulando los sueldos debidamente, un aumento sobre el actual presupuesto de la primera enseñanza de unos 22 á 23 millones de pesetas. Y no hay que hacerse ilusiones: ó se decide el país á gastar un total de *cincuenta ó sesenta millones* de pesetas al año, en pagar religiosamente lo que actualmente se consigna para escuelas y maestros, elevar razonablemente los sueldos de éstos, aumentar el número de escuelas hasta el límite indicado, mejorar los locales, reformar su material, crear una inspección pedagógica, etc., etc., ó habrá que resignarse á conservar el excesivo número de *analfabetos* que tenemos, y á ser un país europeo á medias (2).

(1) Cossio, *Ob. cit.*

(2) La índole de estos artículos me impide extenderme en otros detalles.

V

Y paso á hacer brevísimas indicaciones, pues no me permite otra cosa la índole de este trabajo, acerca de la otra parte de este programa mínimo de reformas en la enseñanza primaria. Hay que hacer maestros—decía—y añadiré ahora: buenos maestros, porque lo que es maestros se hacen demasiados en España.

¿Pero y cómo se consigue eso? Con ser tan difícil la transformación económica del régimen de la enseñanza primaria, es aún mucho, pero muchísimo más difícil, indicar de qué manera se podrá dotar á España de un magisterio á la altura de las circunstancias, bien orientado, bien dispuesto, preparado convenientemente en el arte nada fácil de la educación del niño. Al fin y al cabo una ley puede, en un día dado, elevar las consignaciones de la instrucción primaria á los millones de pesetas que se estimen necesarios para dotar de una manera suficiente, dadas nuestras facultades contributivas, los miles de escuelas que el Estado hubiera decidido sostener. Pero todas las leyes y todos los Parlamentos no son capaces de *hacer un buen maestro*.

En este punto, la reforma tendría que ser muy meditada, de carácter verdaderamente orgánico y de aspiraciones inmediatas muy modestas; porque el iniciador todo lo más que acaso podría hacer, sería marcar una orientación, señalar un camino y confiar en que se habría de seguir éste con persistencia inquebrantable durante muchos años, como se ha procedido en Francia por la tercer República, v. gr.

Dos series de medidas creo yo que sería preciso tomar, debidamente encadenadas, en consonancia con una doble tarea que la reforma del personal de maestros supone: unas enderezadas á mejorar el personal *existente*, y otras á crear el personal *nuevo*.

El personal existente es un factor del cual no cabe prescindir en absoluto: sobre ser injusto, sería ilusorio proponerse lanzar á la calle á los actuales maestros, muchos de los cuales son tan excelentes, como el medio en que se han formado lo permite. Lo que hay que hacer es procurar mejorar ese personal. ¿Cómo? Nos bastaría en esto, como en tantas otras cosas, seguir las indicaciones que pueden recogerse en los ejemplos de otros pueblos, que han atravesado una crisis análoga á la nuestra.

Sería preciso, para mejorar el personal de maestros que hoy tenemos, 1.º organizar un cuerpo nacional de inspectores de primera enseñanza, pero inspectores que no se limitasen á visitar de prisa y corriendo la escuela, examinando las cuentas del material, etc., etc., sino que además examinasen al maestro, guiándole, advirtiéndole las deficiencias de sus métodos, aconsejándole sobre la manera de educar; en suma, inspectores más pedagógicos que administrativos, los cuales podrían poco á poco seleccionar el personal, prescindiendo del que se reputase incorregible; este cuerpo de inspectores—que á la larga se debería formar en la Escuela Normal Central, se constituiría por de pronto con cierta libertad, llamando á él á las personas que en el país hayan dado muestras verdaderas de competencia y entusiasmo en materias de educación. 2.º Organizar, durante las vacaciones, cursos normales cortos, por de pronto en Madrid en la Escuela Normal y en el Museo Pedagógico, de metodología de la enseñanza; cursos encaminados á enseñar lo más imprescindible de la práctica pedagógica, y destinados al personal escogido de las normales de provincias; luego se organizarían por este personal, auxiliado por las personas que se reputasen aptas para el caso, otros cursos breves en las distintas normales, destinados á los maestros actuales, los cuales tendrían la obligación de asistir á ellos, clasificados de una manera conveniente. 3.º Enviar el mayor número posible de profesores normales al extranjero, después de haber sido convenientemente preparados en el Museo Peda-

gógico y en la Normal Central, á fin de que vieran cómo se enseña en los países que han logrado crear lo que aquí no tenemos, una educación nacional. 4.º Reorganizar en todas las localidades en que la reorganización fuese posible, las actuales escuelas, aisladas, y en las cuales es preciso emplear el sistema mutuo, mandado recoger y recogido en todas partes, agrupándolas y formando grupos escolares, con secciones de niños clasificados por edades á fin de poder dar una enseñanza homogénea, cosa hoy imposible, etc., etc.

Para crear el personal futuro, no encuentro nada mejor que orientar la reforma pedagógica, en el sentido propuesto por mi amigo el Sr. Marqués de Palomares en la Asamblea de productores celebrada en Zaragoza, sentido que, al fin y al cabo, refleja el espíritu dominante en muchas otras personas que desde hace tiempo vienen estudiando el problema de nuestra educación primaria: bastaría recordar para ponerse, como suele decirse, en autos, las discusiones de los dos Congresos pedagógicos celebrados en Madrid con ocasión de las fiestas de los centenarios de Calderón y del descubrimiento de América, y leer no pocos trabajos insertos en el *Boletín de la Institución libre de enseñanza*, y no pocos de *La Escuela Moderna*.

El personal futuro debe formarse, previa una reforma radical de las escuelas normales, reduciendo su número y creando el cuerpo, de número limitado, de normalistas. «Para la formación del personal,—dice el Sr. Marqués de Palomares, en estos ó parecidos términos,—se necesita crear, ante todo, el curso central para directores y profesores de las escuelas normales y para inspectores. Este curso debería organizarse con todas aquellas personas de superior cultura, que en el país han dado pruebas de entender los problemas pedagógicos y de saber lo que ocurre acerca de ellos en otros países». Y no se nos hable aquí de *intrusismo*, porque si queremos levantar el nivel del futuro personal de maestros españoles, hay que aprovechar los elementos todos, donde quiera que los halla. «Respecto de los alumnos,—continuaba nuestro amigo,—concurso

abierto á todo el mundo, sin necesidad de títulos; pero muy riguroso y muy práctico. Número muy reducido de admisión en las escuelas, treinta quizás. Serían pensionados con pensiones modestas. Los estudios en el curso serían puramente profesionales, pedagógicos y de carácter práctico, durante dos años ó menos, é inmediatamente pasarían otros dos años, pensionados también modestamente, y bajo la inspección del profesorado del curso, al extranjero. A su vuelta se les confiarían las direcciones y clases de las normales provinciales, y las inspecciones, no debiendo verificarse la reforma sino en la medida en que el nuevo personal lo consienta. El curso normal central seguiría funcionando con promociones cada dos años, y tendría un carácter superior, universitario.....»

Y ese es el camino: no hay otro, si se quiere realizar de veras la reforma pedagógica. Como se advertirá, no pedimos cambios de planes ni de programas, con aumentos ó supresiones de asignaturas, etc., etc.: todas esas cosas *gacetales* al minuto, con un poco de buen humor y con ganas de perder el tiempo inútilmente, nos parecen mandadas recoger. Con los planes mejor concebidos y un personal malo, nada conseguiríamos: en cambio, con un personal regularmente preparado, cualquier plan de enseñanza podría dar resultados aceptables.

ADOLFO POSADA.

LAS COLECCIONES DE CUADROS

DEL PRÍNCIPE DE LA PAZ

A mi querido amigo D. José Lázaro,

Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Acerca de la colección de cuadros que llegó á formar el Príncipe de la Paz, y que se supone fueron embargados con sus demás bienes, después de su caída enmedio del motín de Aranjuez en Marzo de 1808, han corrido muchas noticias equivocadas, por falta de constancia y consistencia para averiguar con exactitud los datos de lo que á ella se refiere. Se ha acriminado la base de su formación, sin descender á detalles; se desconoce por muchos el número de obras artísticas que la componían y sus procedencias; se ignora el destino que se dió á tan considerable arsenal, y se han involucrado unos documentos con otros cuando se ha pretendido llegar á las fuentes donde debieran encontrarse los documentos testimoniales de todas estas cosas juntas.

Hay que proceder con calma y recto juicio para conocer la verdad. El Príncipe de la Paz, cuando cayó juntamente con el monarca á quien servía, no había logrado aún concentrar todo el tesoro de sus preciosidades artísticas en uno solo de los cinco edificios que le servían de habitual residencia en Madrid, Aranjuez y El Escorial. Desde que el Ayuntamiento de Madrid le regaló el palacio de Buenavista, donde él inmediatamente

emprendió colosales obras para habilitarle completamente á su gusto para su habitación definitiva, hay que creer que él lo conducía todo de manera que se pudiera instalar cómodamente en él aquella asombrosa galería de 972 cuadros antiguos y modernos, de los que más de la tercera parte se componía de obras maestras de los grandes pintores de todo el continente desde el siglo XV hasta su tiempo, y acerca de la que el pintor francés M. Frederic Quilliet le decía: «V. A. S. peut de ces deux galleries en faire une qu'aucune Prince Souverain de l'Europe ne puisse se flâter d'avoir la même.»

M. Quilliet habla de dos galerías, no porque el Príncipe de la Paz tuviese distribuidos sus cuadros en dos porciones, sino porque al presentarle el 1.º de Enero de 1808, tres meses antes de la desgracia de Carlos IV y su Ministro, el *Inventario* que le había hecho formar de aquéllos, Quilliet, según su apreciación personal, aunque técnica, los dividió en tres galerías, según el mérito que atribuía á cada una de estas obras artísticas: la primera, únicamente de obras que pueden llamarse maestras; la segunda, de las que, siendo también sobresalientes, admitían una graduación algo inferior; y la tercera, de las que podían calificarse en un rango secundario. Los cuadros del Príncipe de la Paz, sin embargo, no constituían hasta entonces verdadera colección, en el sentido técnico de la palabra, y sólo servían para el decorado de los espléndidos salones de sus moradas particulares, hallándose diseminados, cuando Quilliet los estudió para inventariarlos y calificarlos, entre la Casa del Almirantazgo, que era la suya, y la de su mujer, ó de Chinchón, en la calle del Barquillo de Madrid, y en las dos que poseía en los Sitios Reales de Aranjuez y El Escorial, en los que tan largas estancias hacían los Reyes Carlos IV y María Luisa.

Unida á la idea de cada uno de estos edificios va inseparablemente la del principio de la formación de las colecciones artísticas de armas, de libros y de otros objetos científicos que el Príncipe de la Paz había llegado á poseer. La Casa del Al-

mirantazgo, donde actualmente se halla instalado el Ministerio de Marina, se componía en 1792 de dos edificios, que, durante su ministerio en el reinado de Carlos III y el principio del de Carlos IV, fueron ocupados, el uno por el Conde de Floridablanca, y el otro por su hermano D. Francisco Moñino. Carlos III los había habilitado para residencia particular y oficial de su primer Secretario de Estado, dotándolo de muebles, pinturas y otros valiosos objetos, habiendo cargado los enormes gastos que se hicieron para una decorosa instalación sobre los fondos de su Real Renta de Correos. A la caída de Floridablanca y elevación del Conde de Aranda, éste, lejos de pasar á vivir en la residencia de su antecesor, mandó en 1.º de Abril de Real orden á los Directores generales de Correos D. Juan López de la Torre Ayllón y D. Francisco Escaren, de que pasasen á reconocer las dos casas y á levantar un inventario de todo cuanto en ellas se encontrase. Este *Inventario* era elevado al Conde de Aranda el 14 del mismo mes, y, en efecto, desde las antecámaras de los lacayos y de los pajes, hasta las salas de recibir, gabinetes y despacho, en cuyo decorado casi lo de menos valor eran los grandes muros, tapizados de riquísimas sederías de varios colores y bordados, apenas había habitación alguna que no se adornase ya con *Vistas antiguas* de los Reales Sitios de Aranjuez, el Pardo, el Palacio de Madrid y el del Buen Retiro, El Escorial y la Casa de Campo, ya con cuadros preciosos de Rubens, de Lucas Jordán y de otros maestros antiguos y modernos, entre los que descollaban todos los de insignes pintores italianos, flamencos y franceses, que fueron tomados en la presa del navío inglés *Tetis*. En la antecoba se hallaban colocados los cuadros de Battoni; en un gabinete del piso bajo, el cuadro de la Virgen y San Juan Bautista, en que está retratado Alfonso de Villegas; en el despacho, los bocetos de los frescos que Lucas Jordán pintó en el *Casón del Retiro*; en el cuarto de compañía, el retrato de Carlos III y varios cuadros de propiedad de la Academia de Bellas Artes; y en las oficinas del entresuelo, ochenta y nueve cuadros

E. M.—Agosto 1900.

al óleo de *vistas de puertos* de España y sus colonias, y treinta y seis cuadros de dibujos, originales de varios profesores antiguos, también procedentes de la presa del navío inglés. En el antedespacho había una copiosa y rica librería con estantes de cedro, y por todos los departamentos de las dos casas abundaban las alhajas de alto valor y las curiosidades de todo género.

El 22 de Abril se dió orden de que cuanto antes se sacasen de las dos casas los muebles de propiedad particular del Conde de Floridablanca y de su hermano y familia, y verificada la mudanza el 27, el 30 comunicó el Conde de Aranda á los Directores de Correos, que, «conviniendo á S. M. la casa junto á San Marcos, en esta corte y calle del mismo nombre, que era propiedad y habitaba el Duque de la Alcudia, por su extensión comunicable, situación donde se halla y demás buenas proporciones que conducen á sus reales intenciones, y considerando lo gravosas que hasta ahora han sido á la Real Renta de Correos, sin ningún producto, *las tres casas* que junto al Colegio de Doña María de Aragón habitaron el Conde de Floridablanca, su hermano y familia..., era su real voluntad que al Duque de la Alcudia se le posesionase de las citadas tres casas, donde debe pasarse luego, por cambio equivalente á la suya, de que S. M. quiere disponer.» En su virtud, y con nuevas órdenes del Conde de Aranda, el día 5, los Directores generales de Correos formalizaron con el apoderado del Duque de la Alcudia la escritura de permuta por ante el Escribano de Cámara de S. M., D. José Payo Sanz, sin que en dicho documento, que recibió la aprobación inmediata del Rey, y por su real mandato, se hiciera expresión ninguna de los valores respectivos de unas y otras fincas, y comprendiendo en el cambio por parte de S. M., y en favor del Duque de la Alcudia, los cuadros, alhajas y demás objetos que en las casas del Almirantazgo existían, propios de S. M. Finalmente, el día 16, Ayllón y Escaren hicieron la entrega formal de las casas del Rey, con todo lo que en ellas se contenía, al apoderado del Duque de la Alcudia, y recibieron las llaves de la de la calle

de San Marcos: «de modo que el asunto quedó enteramente concluído», como en reverente oficio lo comunicaron el 19 al Conde de Aranda.

Desde este momento arranca, por lo tanto, el comienzo de la formación de la galería de pinturas del Príncipe de la Paz; la cual, aun sin los donativos posteriores de cuadros de todos los Palacios y Sitios Reales con que la pródiga liberalidad de Carlos IV cuidó de aumentarla de continuo, tuvo nuevos elementos de acumulación: primero, en los que recibió con el patrimonio de su mujer, la hija del Infante D. Luis, cuya colección constaba de los que le habían cabido por sus herencias directas, los que en número considerable compró como unidos á los Estados de Chinchón, cuya antigua casa nobiliaria había poseído un verdadero tesoro, así en armas como en tapices, pinturas y otros objetos semejantes; y finalmente, cuando llegó á la cumbre del poder y sus aficiones por los cuadros fueron conocidas, no sólo se los enviaron desde Italia el Embajador D. Nicolás Azara y el Almirante D. Federico Graviña, no sólo los adquirió en venta protegiendo con su acostumbrada esplendidez á los artistas de su tiempo, ya naturales, ya extranjeros, sino que en la época de su intimidad con los Bonaparte, los recibió en regalos directos del mismo Emperador, siendo del número de estos obsequios los retratos del Cónsul y los cuadros de sus batallas como General en Egipto, de que más adelante se hará más detallada referencia, pues están comprendidos en el *Inventario* de M. Quilliet.

Este *Inventario* es un documento tanto más precioso, cuanto que, escrito y entregado al Príncipe de la Paz, como se ha dicho, tres meses antes de su caída, precisa de una manera que excluye toda duda y corrige toda equivocación el número, la calidad y el pincel á que fue debida cada una de las obras que constituían su colección. A los tres meses de suscrita por M. Quilliet este documento, vino el motín de Aranjuez, los saqueos de sus casas de Aranjuez y de Madrid, la quema de sus muebles y objetos artísticos, el robo de otros, el

embargo judicial de lo que se salvó de las ocultaciones, de la rapiña y del fuego, los nuevos *inventarios* formados por orden superior, las almonedas de todo lo que se cautivó en el secuestro, las órdenes de D. Pedro Cevallos para que de aquellas ventas se exceptuasen las pinturas y objetos científicos, bibliográficos y de artes hasta que de ello se eligiera lo mejor, con destino á la Academia de San Fernando, al Gabinete Numismático y al de Historia Natural. Sin dejar momento de respiro, sigue á estos actos la intervención personal del Gran Duque de Berg, así en el proceso como en los embargos; su alojamiento en las casas del Almirantazgo, y cuando después del *Dos de Mayo* y obedeciendo las órdenes del Emperador se apoderó del poder que desempeñaba la Junta de Gobierno que Fernando VII en su ausencia dejó establecida, y él mismo pasó á residir en el Palacio Real, entregó la casa de Godoy, en que había tenido su alojamiento, al saqueo de sus soldados, con que en ella no quedó ni un mueble, ni un cuadro, ni un jirón de las ricas telas que vestían los muros de sus habitaciones, sin duda para disimular así otros despojos ya practicados por manos menos irresponsables. ¿Qué quedó en medio de estos sucesos tan acelerados y violentos de la colección de pinturas que M. Quilliet había inventariado pocos meses antes? Si se da entero crédito á la carta que el Príncipe de la Paz dirigió desde París el 18 de Noviembre de 1833 al Ministro de Estado D. Francisco Zea Bermúdez, demandando arbitrios con que «no se le pusiera en situación de mendigar en el extranjero», hay un párrafo en que se lee: «Tengo en mi poder los inventarios de cuanto (del secuestro de sus bienes) se pasó á Tesorería después del desgraciado motín de Aranjuez. Nada me robó el pueblo: alhajas, cuadros, papeles, dinero, caudales, ropas, muebles y hasta la canela y la azúcar existente en mi repostería, la cal para mi palacio de Buenavista, piedras, ladrillos, todo, todo *se vendió*, y todo cuanto produjo se pasó á la Tesorería Real.» Corroboración de estas afirmaciones son las declaraciones que en el proceso contra el Prínci-

pe constan del ebanista de S. M. Juan Hartzenbusch, hermano del padre del eminente literato que todos hemos conocido, y que, encargado de las obras de carpintería fina del palacio de Buenavista, certificó con entera exactitud del número, medida y peso de los tablones de caoba que había en sus almacenes para aquel objeto, y que se vendieron en la forma que veinticinco años después relataba el Príncipe despojado. Pero aunque en los *Indices de las piezas de que consta el expediente relativo á la formación de causa y secuestro de bienes de Don Manuel Godoy*, que obra en la Secretaría del despacho de Hacienda, se hace referencia á los *Inventarios* en que debieron describirse los cuadros embargados y las órdenes que se dieron á los pintores de cámara D. Francisco Goya y D. Mariano Maella con D. Manuel Nápoli, para segregar de los destinados á la venta en almoneda *todas las pinturas originales y selectas* con destino á la Real Academia, ninguna de estas piezas se halla en nuestros archivos, como tampoco la que lleva por título *Justificación recibida en razón del robo ejecutado por las tropas francesas en la casa contigua á la de Doña María de Aragón*.

La pérdida de estos documentos impide hacer el cotejo necesario entre ellos, y el *Inventario* de M. Quilliet, anterior á estos desastres; pero como en nuestros archivos de Estado se ha hecho una confusión vituperable entre los vestigios que se conservan de la famosa causa contra el Príncipe Fernando VII, llamada del Escorial, y el expediente de causa y proceso contra D. Manuel Godoy, ha habido algunos escritores que han atribuído á *Inventario de las colecciones pictóricas* que al Príncipe de la Paz se le embargaron, otro *Inventario* que está unido á ese mal denominado *Proceso* que se encuentra en el Archivo Histórico Nacional, y que, como por los documentos protocolizados que le acompañan se ve, no es sino de los cuadros que sacados de los Palacios Real y del Buen Retiro, del del Pardo, del del Escorial y de todos los demás sitios Reales, los franceses depositaron en el palacio de Buenavista, durante el

tiempo de su dominación, á fin de ser conducidos á París para formar parte del *Gran Museo Napoleón* que el Emperador había proyectado. La circunstancia de que el depósito de estos cuadros extraídos de todas las estancias de nuestros monarcas se hubiera verificado en el Palacio de Buenavista, es la que ha causado el error que ya es tiempo se rectifique. Los cuadros de este *Inventario* nunca pertenecieron á la galería del Príncipe de la Paz.

No por eso debe considerarse menos opulenta y selecta que la de nuestros propios Reyes, que actualmente forman parte de los Museos de la Nación, la colección *godoyana*, como M. Quilliet la describe, y como éste, aunque persona muy entendida y de la mayor competencia, sólo obedeció á su propio criterio artístico para hacer la división de los cuadros del Príncipe de la Paz en sus tres referidas galerías, según el mérito que les reconocía censor de tanta autoridad, al reseñarla á continuación habremos de valernos del orden alfabético de apellidos de sus autores, sin diferencia de tiempos ni de escuelas, conservando sólo al lado del nombre de cada cuadro, entre paréntesis, las indicaciones I, II y III, que corresponden á la clasificación empírica que M. Quilliet empleó.

Realmente, desconsuela que este profesor, para describir cada cuadro se sujetase al nombre arbitrario que él mismo le puso, según el asunto ó tema de la composición artística. Sin este desesperante laconismo, tal vez podría hallarse la correspondencia que pueda existir entre los que Quilliet enumera y los que, habiéndose salvado tal vez de tantas vicisitudes, han logrado adquirir un puesto en nuestros Museos. Pero en escásimo número, y no siempre de una manera determinante y definitiva, puede sospecharse que es uno mismo el cuadro inventariado por Quilliet y conservado actualmente en nuestros depósitos públicos. Tampoco se hará uso de las calificaciones que Quilliet suele poner, principalmente al lado de cada cuadro de los de la primera y segunda galería. Con rarísimas excepciones, sus calificativos responden al prestigio universal-

mente reconocido en el mundo del arte, á los maestros que desde el siglo XV han ejecutado tantas obras maravillosas procedentes de Italia, España, Flandes, Holanda, Alemania, Francia y aun Inglaterra.

Aunque el fondo esencial de la colección del Príncipe de la Paz estaba constituido por lienzos y pinturas al óleo, en el *Inventario* de M. Quilliet se registran, bien que en escaso número, algunas miniaturas, mosaicos, dibujos al lápiz, al guach, etc., tapices y aun bordados. El arte, al declinar el siglo XVIII, así en España como en Francia, tenía en aquella galería numerosa y brillante representación, y como hombre galante el Príncipe de la Paz, conservaba en ella, en lugar predilecto que la censura de M. Quilliet no ha osado degradar, pinturas de la Marquesa de Santa Cruz, doña María Ana de Waldstein, aguas fuertes de S. M. la Reina María Luisa, un retrato suyo hecho al lápiz por la famosa Teresa Cabarrús, esposa del Convencional M. Tallien, y un dibujo mitológico de aquella Josefina Tudó, que él hizo Condesa de Castillofiel, que le acompañó en todas las adversidades de su vida, y con quien, al cabo, viudo de la nieta de Carlos III, compartió su título y sus honores rehabilitados.

Hagamos, ante todo, la enumeración de estas galerías por el orden alfabético de nombres que hemos indicado:

1. ACHART (1636).—*Paisaje de selva*, que M. Quilliet anota de *magnifique* (I).
2. ADAM (J. Louis) (1789).—*Alegoría del General Bonaparte*, en esmalte (II).
3. ALBANI (estilo de Francesco) (1578-1669).—*Apolo y Marte* (III).—4. *Las musas al pie del Helicón* (III).—5. *Ofrenda á Flora* (III).
6. ALSLOOT (Denis Van) (1550-1625).—*Invierno* (III).
7. AMICONI (Giacomo) (1675-1752).—*Baños de Diana* (I). *Très beau*.
8. ANTOLÍNEZ Y SARAVIA (D. Francisco) (1672-1700).—*Ben-
dición de Esau* (I).—9. *Paisaje* (I).

10. APARICIO (D. José) (1773-1838).—*Gladiadores* (III).
11. ARELLANO (Juan de) (1614-1676).—*Florero* (II).—12. *Otro florero* (II).—13. *Corbeille de flores* (II).—14. *Otra corbeille de flores* (II).
15. ARIAS FERNÁNDEZ (Antonio) (16...-1684).—*San Juan en el desierto*, pintado en 1640 (III).
16. AVÓN (P. I.) (1550).—*La Virgen y Jesús bajo unos árboles* (III).
17. BARFA (Jacob de) (1505).—*Marte y Venus* (II).
18. BARROCCIO (Federico Fiori de) (1528-1612).—*La Sacra Familia*, de medio cuerpo (I). *Superbe*.
19. BASSANO (Jacobo di Ponte di) (1510-1592).—*Matrimonio de un Dux de Venecia en el mar* (I).—20. (Estilo de Bassano).—*Noé destruye su casa* (III).—21. *Episodio de la Historia de Jacob* (III).—22. *Otro episodio de la Historia de Jacob* (III).
23. BATTISTA D'AGNOLO Ó DEL MORO (1560).—*El silencio dentro de una guirnalda de flores* (I). *Magnifique*.
24. BATTONI (Pompeo) (1708-1787).—*Martirio de Santa Lucía* (I). *Tres beau*.—25. *La Virgen*: sin concluir (II).—26. *Sacra Familia*: de medio cuerpo (II).—27. (Estilo de Battoni).—*Bautismo de la Virgen* (III).—28. *La Virgen y Jesús* (III).—29. *La Virgen y Jesús durmiendo* (III).
30. BECERRA (Gaspar) (1520-1570).—*Cristo y su cruz* (I).
31. BELLINO (Giovanni) (1426-1513).—*La Virgen y San Juan* (I). Muy raro y muy bello.
32. BERTIER (Louis María) (1769).—*Adriadna y dos amorcillos* (II).—33. *Júpiter y Lida* (II).—34. *Una bacante y un sátiro* (II).—35. *Pan y Syringa* (II).—36. *Venus y Marte* (II).—37. *Júpiter* (II).
38. BERGHEM (Nicolás) (1624-1683).—*Paso de un río* (III).
- 39 y 40. BIBIENA (A. Alexandre Galli) (1657-1738).—*Dos planos de arquitectura y fábrica* (II). (Debían ser dibujos escenográficos).
41. BOUCHER (François) (1703-1770).—*Cazador, de pie* (III).—42. *Adriadna abandonada* (II).—43. *Tancredo y Clorinda* (II).

44. BOURGUIGNON (Jacques Courtois, le) (1621-1676).—*Combate de los israelitas* (II).—45. *Otra batalla* (III).—46. *Otra batalla* (III).
47. BOUYON (Félix de) (Moderno).—*Retrato de Carlos IV* (III).—48. *Retrato de María Luisa*, 1806 (III).
49. BRAUWER (Adrien) (1608-1640).—*Cabeza de anciano* (II).—50. *Un bebedor*. (II).—51. *Un hombre delante de una luz* (II).
52. BRAUWER (estilo de)—*Retrato* (III).
53. BREDÆL (Peter van) (16...-1667).—*Paisaje de invierno* (II). 54. *Ceremonia de corte* (II).
55. BREUGHEL DE VELOURS (Jan) (1589-1642).—*Paisaje* (II).—56. *Otro paisaje* (II).—57 á 60. *Alegoría de las cuatro estaciones* (III).—61. BREUGHEL DE VELOURS (estilo de).—*Noé en el arca* (III).—62. *La torre de Babel* (III).
63. BREYDEL (el caballero Charles) (1677-1744).—*Paisaje* (II).—64. *Otro paisaje* (II).—65. *País de montañas* (III).
66. BRILL (Paul) (1556-1626.)—*Cacería de ciervos*. (II).—67 á 77. » *Diez pequeños paisajes* (II).
78. CABARRÚS (Teresa).—(Estaba viva). (*Retrato del Príncipe de la Paz*), al lápiz.—(*Tres jolí*. QUILLIET.)
79. CALCARÓ KALCKAER (Johan Steplen Von) (1499-1546).—*Calvario* (I).
80. CAMPAÑA (Pedro).—*Descendimiento de Cristo* (I).
81. CAMPLOBIN (estilo de) (1660).—*Florero en tabla* (I).—82. *Otro florero en tabla* (I).
83. CANO ALONSO (1601-1667)—*Santa Inés* (de son premier temps) (I).—84. *Cristo en la Cruz* (I). (*Superbe*.)—85. *Cristo atado á la columna* (I).—86. *La Virgen y Jesús: de medio cuerpo* (I).—87. CANO (estilo de Alonso).—*La Virgen y Jesús* (II).—88. *La Virgen y Jesús* (III).—89. CANO (escuela de Alonso).—*Cristo atado á la columna* (III).—90. *Adoración de los Reyes Magos* (I).—91. CANO (copia de Alonso, por el caballero Vanderwers) (1659-1722).—*La Virgen contemplando á Jesús dormido* (I). (Nota de Quilliet: *Charmant, malgré l'eloigemens*.)
92. CARASSE, (moderno, 1807).—*Un hombre joven y una*

mujer anciana (III).—93. *Un hombre y una mujer bebiendo.* (III).—94. *San Jerónimo, á quien ilumina una lámpara encendida* (III).

95. CARAVAGGIO. (Estilo de *Michele Angelo Amerighi*, llamado *il*) (1509-1609).—*Cristo atado á la columna* (III).

96. CARDUCCI (Vicente) (1570-1638).—*San Juan en el Desierto* (I). (Magnifique.)—97. *Martirio de Santa Bárbara, patrona de los artilleros* (I). (Magnifique.)

98. CARRACCI (estilo de ANNIBALE) (1560-1609).—*Lucrecia desnuda* (III).—99. *Desposorios de Santa Calalina* (III).

100. CASTELN (Fr. Vander)?—*Muerte de la Santa Virgen* (II).

101. CAVAMAS (Ana). (Estaba viva).—*La belleza esparciendo flores sobre las artes* (II). (*Très aimable.*)

102. CIGNANI (Carlo) (1628-1719).—*Loth y sus hijas.*—(*Superbe*) (I).

103. CIGOLI (Ludovico Cardi, *il*) (1559-1613).—*San Julián.* (*Superbe*) (I).

104. CIRO-FERRY (1634-1689).—*Santa Teresa ofrece flores á la Virgen* (I). (Magnifique.) (*)

105. COELLO (Claudio) (16...-1693).—*Retrato de hombre.* (I).—106. *Retrato de mujer* (I).

107. CONSTANTIN (J. Ant.)? (1757)—*Cuadro de batallas* (II).—108. *Otro cuadro de batallas* (II).

109. CORREGGIO (Antonio Allegri, *il*) (1494-1534).—*Educación del amor* (I). (Raro, soberbio). (Probablemente sería este célebre cuadro de la casa de Alba, á donde vino de la del Conde-Duque de Olivares).

110. COYPEL (Noel) (1628-1707).—*Asamblea de dioses en el Olimpo* (II).

111. CREPIN (Louis Philippi) (1772-1845).—*Marina* (III).

112. CROOS (J. V). (1663).—*Campaña de Flandes* (II).

(*) Aunque el apellido es Ferry, siempre se le denomina *Ciro-ferrí*.

113. CUYP (Albret) (1605-1667).—*San Juan ante Portam Latinam*: pintado en 1642 (III).
114. DELERIVE? (Estaba vivo).—*Charlatanes* (II).
115. DELGADO Y MENESES. (Estaba vivo).—*Herodias* (II).
116. DICPENBERK. (Estilo de Abraham, van) (1607-1675). *Jesús en casa de Martha* (I). — 117. *Desprecio de las riquezas* (II). (*Assez bon*).—118. *Vertumno y Pomona* (III).
119. DOMINICHINO (Domenico Zampieri, il) (1581-1640).—*San Sebastián* (II).
120. DRÖLLING (Martín) (1752-1817).—*Niño dando de comer á un perro* (II). (*Aimable*).
121. DÜRER (Albrecht) (1471-1528).—*Herodias*. (Quilliet. *Muy raro y precioso*.)—122. (Estilo de Albrecht).—*Un religioso leyendo* (II).
123. DYCK (Antonio Van) (1599-1641).—*Santa Rosa arrodillada* (I). (*uperbe*).—124. *Martirio de San Esteban* (I). (*Superbe*).—125. *Un retrato de hombre* (II).—126. *Otro retrato de hombre* (II).—127. (Estilo de Van-Dyck).—*Retrato* (III).—128. *Retrato de Magallanes* (III). (¿El que se halla en la Academia de San Fernando?)—129. *Otro retrato desconocido* (III).—130. (Escuela de Van-Dyck).—*Cristo atado á la columna* (I). (*Superbe*).—131. *La Virgen; un ángel ofreciendo una palma á Jesus* (I).
132. EGINTON (Francis) (17...-1805).—*Milagro de panes y peces* (III).
- 133 á 136. ENGUÍDANOS (José López) (1760-1812). Cuatro cuadros de *Caza muerta* (III).—137. *Cacería* (III).—138. *Otra cacería* (III).
- 139 á 190. ESCUELA ESPAÑOLA (*) (antiguos y modernos): *Cristo con la cruz á cuestas* (I). — *Los doce apóstoles* (I).—*Entierro de Cristo* (I). — *Cristo en medio de los sayones* (I). —

(*) Aunque en una lista alfabética de nombres, no debieran intercalarse cuadros *anónimos*, incluimos aquí las *Escuelas* para evitar subdivisiones.

Ascensión del Señor (I).—*San Francisco de Asís* (I).—*Alegoría de la Sacra Familia* (I).—*Tobías* (III).—*San Juan y el cordero* (III).—*Nacimiento del Mesías* (III).—*San Juan en el desierto* (III).—*Adoración de los Reyes Magos* (III).—*Un ángel y Santa Ana* (III).—*Sacra Familia* (III).—*Concepción de la Virgen* (III).—*Otra Concepción* (III).—*El bautismo de Jesús* (III).—*Jesús con la cruz á cuestas* (III).—*La cena* (III).—*Cristo crucificado entre los dos ladrones* (III).—*Otra cena* (III).—*Jesús dando las llaves á San Pedro* (III).—*Ascensión del Señor* (III).—*San Juan* (III).—*San Pablo* (III).—*San Marcos, evangelista* (III).—*Otro San Juan* (III).—*Cabeza de San Juan* (III).—*Cabeza de San Pablo* (III).—*San Jerónimo* (III).—*Otro San Jerónimo* (III).—*Otro San Jerónimo* (III).—*La piscina* (III).—*El paralítico* (III).—*Nuestra Señora del Carmen* (III).—*Santo Tomás* (III).—*San Francisco* (III).—*Desposorios de Santa Catalina* (III).—*San Francisco de Paula* (III).—*Otro santo* (III).—*Retrato de un fraile de la Merced* (III).—*Niño mirando al cielo* (III).—*Otro niño* (III).—*Un bebedor riendo* (III).—*Cabeza de anciano* (III).—*Cabeza de joven* (III).—*Retrato antiguo de mujer* (III).—*Otro retrato antiguo de mujer* (III).—*Paisaje con dos carneros merinos* (III).—*Verduras de huerta* (III).—*Un frutero con un melón* (III).

190 á 213. ESCUELA FLAMENCA (antigua y moderna): *Cristo en el sudario* (I). (*Magnifique*).—*Acción de caballería* (II).—*La Adoración de los Reyes Magos* (III).—*Limosna á los pobres* (III).—*San Jerónimo con guirnalda de flores* (III).—*La Anunciación con guirnalda de flores* (III).—*Episodio de la Historia de San Alejo* (III).—*Otro episodio de la historia de San Alejo* (III).—*Arquímedes* (III).—*Un retrato desconocido* (III).—*Sacrificios á Priapo* (III).—*Tentación* (III).—*Amores jugando* (III).—*Carga de Caballería* (III).—*Jardín y flores* (III).—*Paisaje* (III).—*Otro paisaje* (III).—*Frutas sobre una mesa* (III).—*Caza muerta* (III).—*Otro de caza muerta* (III).—*Primavera* (III).—*Estío* (III).—*Otoño* (III).—*Invierno* (III).

218 á 248. ESCUELA ITALIANA (antigua y moderna): *Naci-*

miento del Señor (I). — *Desposorios de Santa Catalina* (I). — *Adoración de los Reyes* (II). — *Caridad romana* (III). — *Sacrificio de Isaac* (II). — *Los tres ángeles en casa de Abraham* (II). — *David y Goliath* (III). — *Sansón y Dalila* (III). — *Sacra Familia* (III). — *Otra Sacra Familia* (III). — *San José y Jesús de la mano* (III). — *Educación de Jesús* (III). — *Jesús y San José* (III). — *La Virgen y Jesús* (III). — *Jesús durmiendo sobre una calavera* (III). — *Jesús en casa de la Samaritana* (III). — *Jesús servido por tres ángeles* (III). — *Jesús en prisión* (III). — *Jesús atado á la columna* (III). — *Muerte de San José* (III). — *La Magdalena* (III). — *Descendimiento de la cruz* (III). — *Una Virgen* (III). — *Martirio de San Esteban* (III). — *San Jerónimo* (III). — *Sisara* (III). — *Lucrecia* (III). — *Apolo en casa de Vulcano* (III). — *San Bartolomé* (III). — *Alegoría de Minerva* (III). — *Mujer herida de una flecha, teniendo á sus pies muerto á su hijo*.

249 á 519. ESCUELAS INDEFINIDAS DE AUTORES DESCONOCIDOS (antiguos y modernos). Retratos históricos: *Retrato de la Reina Doña Isabel de Farnesio* (I). — *Retrato de Ana Bolena* (I). — *Retrato del Príncipe de la Paz en uniforme de Guardia de Corps* (I). — *Retrato de Pestalozzi* (II). — *Retrato de Mad. Pompadour* (II). — *Retrato del Príncipe de la Paz* (III). — *Otro retrato del Príncipe de la Paz* (III). — *Retrato de Washington* (III). — *Grupo de la Familia Real* (III). — *Seis retratos de diversos Archidukes de Austria* (III). — *Retrato del Cardenal D. Pascual de Aragón* (III). — *Retrato de D. Manuel de Rodas* (III). — *Retrato del tercer Marqués del Valle, nieto de Hernán Cortés* (III). (Este cuadro perteneció posteriormente á las galerías del Marqués de Salamanca, el cual lo hizo grabar en acero). — *Retrato de la Reina María Amalia de Sajonia, mujer del Rey Carlos III* (III). — *Grupo del Rey Carlos IV y de la Reina María Luisa* (III). — *Retrato de Carlos IV* (III). — *Retrato de María Luisa* (III). — *Otro retrato de la Reina* (III). — *Retrato de la Infanta Doña María Isabel, Princesa de Nápoles* (III). — *Retrato del Infante D. Luis de Borbón* (III). — *Otro retrato del Infante D. Luis* (III). — *Retrato del Cardenal D. Luis*

de Borbón (III). (Este retrato, que M. Quilliet estimaba de escaso mérito, ha figurado en la *Exposición de las obras de Goya*, atribuido á su pincel.) — *Retratos del Czar Pablo I de Rusia y de la Czarina* (III). — *Retrato del Príncipe de la Paz á caballo* (III). — *Otro retrato del Príncipe de la Paz: de medio cuerpo* (III). — *Retrato de un hijo del Príncipe de la Paz* (III). — *Retrato de la Marquesa de Branciforte*, Doña Ramona de Godoy y Alvarez de Faria, hermana del Príncipe de la Paz (III). — *Dos alegorías sobre el Príncipe de la Paz*, con motivo de la paz de Basilea (III). — *Alegoría del Príncipe de la Paz á caballo*, con motivo de la guerra de Portugal (III). — *Alegoría sobre la dignidad del Almirantazgo*, concedida al Príncipe de la Paz (III). — *Otra alegoría sobre el Príncipe de la Paz*, por la aplicación del sistema de Pestalozzi á las Academias militares (III). — *Combate naval de Trafalgar* (III). — *Retrato del General Ricardos* (III). — *Retrato del Cardenal Gravina*, Nuncio apostólico de Su Santidad (III). — *Retrato del Cardenal Secretario* (III). — *Retrato del Obispo de Salamanca* (III). — *Retrato de otro Obispo* (III). — *Otro retrato de Obispo* (III). — *Retrato de una Reina* (III). — *Retrato moderno de mujer* (¿Doña Josefina Tudó, Condesa de Castilofiel?) (III). — *Dos retratos, uno de hombre y otro de mujer*, de la época de Felipe II (III). — *Retrato antiguo de mujer* (III). — *Retrato moderno de mujer* (III). — *Otro retrato moderno de mujer* (III). — *Retrato de un anciano y de una mujer* (III). — *Cuatro retratos de personas desconocidas* (III). — *Retrato de un Bajá turco con traje encarnado* (III). — *Arbol genealógico del Príncipe de la Paz* (III). — *Historia Sagrada antigua: Caín y Abel* (III). — *Abel muerto por Caín* (III). — *Muerte de Abel* (III). — *Judith* (III). — *Sacrificio de Isaac* (III). — *Asuntos piadosos: La Anunciación*, con guirnaldas de flores (III). — *La Circuncisión del Señor* (III). — *La adoración de los pastores* (III). — *Otra adoración de los pastores* (III). — *La adoración de los Reyes* (III). — *San Juan orando en el desierto* (III). — *Jesús, la Virgen y San José* (gótico) (III). — *La Virgen y Jesús, jugando con los ángeles* (III) —

San José llevando de la mano á Jesús (III).—*Jesús y San Juan* (III).—*Sacra Familia* (III).—*Otra Sacra Familia*: de tamaño natural (III).—*Sacra Familia y San Juan* (III).—*Sacra Familia y San Francisco* (III).—*Huida á Egipto* (III).—*Descanso en el desierto* (III).—*Otro descanso en el desierto* (III).—*Jesús y sus discípulos* (III).—*Las bodas de Caná* (III).—*La Virgen, San Juan y la Magdalena* (III).—*La Magdalena* (III).—*Otra Magdalena* (III).—*La Magdalena orando* (III).—*La Magdalena en el desierto* (III).—*La Magdalena asistida de tres ángeles* (tamaño natural) (III).—*Cristo en la cruz* (III).—*Otro Cristo* (III).—*Otro Cristo* (III).—*Otro, pequeño* (III).—*El Calvario* (III).—*El descendimiento de la Cruz* (III).—*La Ascensión del Señor* (III).—*Santa Cecilia* (III).—*San Esteban* (III).—*San Francisco en éxtasis* (III).—*San Francisco de Paula* (III).—*San Huberto* (III).—*San Jerónimo* (III).—*San Jerónimo en oración* (III).—*San Roque* (III).—*Un sacerdote sentado* (III).—Asuntos mitológicos: *Venus en la concha* (III).—*Venus desnuda durmiendo* (III).—*Combate de las Amazonas con Thermodonte* (III).—Quince cuadros de los *Trabajos de Hércules* y uno de su *apoteosis* (III).—Tres cuadros de las *Partes antiguas del mundo* (III).—Cuatro cuadros alegóricos de las partes del mundo (III).—Historia romana: *El robo de las Sabinas* (III).—*Tarquino viola á Lucrecia* (III).—*Muerte de Séneca* (III).—Cuadros de género; paisajes y marinas: *Un anciano con armiños* (III).—*Seis puntos de vista desde un balcón* (III).—Ocho cuadros de *Panoramas de fiestas populares* (III).—*Una vista de Nápoles* (III).—Cuatro *vistas del Soto de Roma*, en Granada (III).—Tres *vistas de la Albufera*, en Valencia (III).—*Interior de una iglesia* (II).—*Campaña y fábrica* (III).—Seis cuadros de *Marinas* (III).—Dos paisajes de bosque (III).—*Paisaje con animales* (III).—*Paisaje con rebaños* (III).—Cuatro paisajes pequeños, de escuela francesa (III).—Cuatro paisajes pequeños, firmados G. D. W. (III).—Cuatro cuadros de *flores y frutas* (III).—Cuadro de *pájaros* (III).—Tres cuadros de *pesca* (III).—*Pavo real y uvas* (III).—Tres cuadros de *riñas de gallos*

(III).—*Cacería de lobos* (III).—*Cacería de ciervos* (III).—*Atributos de caza* (III). — Veinte cuadros de *caza muerta* (III). — *Anciano en oración* (III).—Dos cuadros de *fiestas de viejos* (III). — *Un anciano* (III).—Cuatro cuadros de *cabezas de viejos* (III). — *Anciano y anciana* (III).—*Dos alegorías del Tiempo* (III).—*Niño rodeado de serpientes* (III). — *Tres niños jugando* (III). — *Busto de un joven* (III).—*La Fortuna conduce al Amor* (III). — *Sueño de una mujer* (III). — *Una mujer y un joven*, con la inscripción: *Ars longa, vita brevis* (III).—*Pastor jugando con el perro* (III). — *Vendedor de legumbres* (III). — *Vendedor de pescados* (III). — Miniaturas: *Alegoría de Hércules* (II). — *Danae* (II).—*Ninfa en el baño* (II). — *Venus* (II).—*Venus y el Amor* (II).—*La educación de Aquiles* (III). — *La Virgen y Jesús* (III). — *Mujer desnuda acostada* (III). — *Mujer en el baño* (III).—*La Magdalena* (III). — *El Amor* (III). — *Matilde y su hija* (III).—*Adela y su hijo* (III).—*Retrato de Carlos IV* (II).—*La Reina María Luisa y el Rey Carlos IV* (III).—*Jorge III de Inglaterra* (III).—*María Antonieta y el Delfín* (III). — *María Antonieta, el Delfín y Madama Isabel en la prisión* (III).—*Retrato de la Duquesa de Alba* (III).—Sobre cristal: *La huida á Egipto* (III).—*El profeta Elías* (III).—*Flores* (III).—*Retrato de Carlos IV* (III).—*Retrato de María Luisa* (III).—*Retrato del Príncipe de la Paz* (III). — Sobre mármol: *La Anunciación* (III).—*La Trinidad* (III).—*Dos cacerías* (III).—*Dos cuadros de mosaico* (III).—*Dos cuadros en bajo relieve* (II).

520. ESCUELA SEVILLANA.—*La Virgen dando la casulla á San Ildefonso* (I).

521. ESCUELA VENECIANA. — *Retrato de un Cardenal, de pie* (I).

522 á 526. ESPINA (Benito) (estaba vivo).—*Cinco cuadros de flores* (II).

527. ESTEVE (D. Jacinto) (1776-1801).—*Josué detiene el sol* (III).—528 y 529. *Dos cuadros de batallas* (III).

530. ESTILO GÓTICO ANTIGUO.—*La Virgen* (III).

531 á 537. EUSEBI LUIS (estaba vivo).—*Dos alegorías de*

hechos del Príncipe de la Paz: miniaturas, que Quilliet califica de *Très aimables* (II).—*La Magdalena* (III).—*Un fauno y una ninfa* (III).—*Un satyro y una bacante* (III).—*Marsias y Apolo* (III).—*Educación de Aquiles* (III).

538 y 539. FAY (Madame) (Estaba viva).—Dos cuadros bordados al realce, uno con un *Paisaje de árboles*, en negro, y otro con una *Marina*, que M. Quilliet califica de *curieux* (II).

540 á 542. FYT (Juan) (1609-1661).—Tres *bodegones*, á los que M. Quilliet pone respectivamente los calificativos de *superbe* al primero, *magnifique* al segundo y *très bien* al tercero (I).

543 á 545. FERRER (Vicente) (1776-1795).—Tres cuadros de *flores, frutas y tapices* (III).

546. FLAMEEL (Bartolomeo) (1614-1675).—*Santa Ana dando lección de lectura á la Virgen* (I).

547. FOSCHY (Ferdinando) (Siglo XVIII).—*Invierno* (I).

548. FRAGONARD (Juan Honorato) (1732-1806).—*Pequeña lectora* (II). Pintado en 1785 —549. FRAGONARD, (Estilo de).—*Sacrificio de Callirohé* (I). Pintado en 1780.

550 á 555. FRANCK.—(Den ouden Frans) (1554-1616).—*San Andrés* (III).—*Santa Cecilia* (III).—*Josué detiene al sol* (III).—*Diana cazadora* (III).—*Descanso de Diana* (III).

566. GAUDENSIS (J. V). (?).—*Caridad romana* (I).

567. GANDOY (Julien) (?).—*Frutas* (III).

568. GANZONI (Giovanna) (estaba viva).—*Bodegón* (II).

569. GAFOLATO (Benvenuto) (1481-1559).—*La Adoración de los pastores* (I).

570. GENOVESE (Pietro) (?).—*La Verónica* (I). Quilliet: *Superbe*.

571 á 575. GERHARD DELLA NOTTE (El Barón Francisco).—(1770-1837):—*Natividad del Señor* (I) *Beaux effets*.—*San Pedro y el Angel* (I) *idem*.—*Jesús y los peregrinos* (I) *id.*.—*Jesús y Nicodemus* (I) *id.*.—*Caridad romana* (I) *id.*

576. GIOTTO, estilo de (muerto en 1336).—*Calvario* (III).

577 á 579. GOLTZ (Enrique) (1558-1617).—*Diana de vuelta de la caza* (II).—*Ceres y sus frutos* (II).—*La Cena del Señor* (II).

E. M.—Agosto 1900.

580. GÓMEZ (Vicente José) (1670-1720).—*Jesús arroja del templo á los mercaderes* (I).

581. GONZÁLEZ (Bartolomé) (1564-1627).—*San Agustín recibe un monge en su orden* (II). Pintado en 1624.

582 á 600. GOYA y LUCIENTES (D. Francisco) (1766-1828).—*Retrato de Carlos IV, de caza* (I).—*Retrato de María Luisa, de mantilla* (I).—*Retrato de Carlos IV, de pie* (I).—*Retrato de María Luisa, de pie* (I).—*Retrato del Príncipe de la Paz* (I).—*Otro retrato del Príncipe de la Paz* (I).—*Retrato de la Princesa de la Paz, Doña María Teresa de Borbón y Villabrilie* (II).—*Gitana vestida (maja)* (III).—*Gitana desnuda* (III).—*Cuatro medallones con retratos* (III).—*Cuatro grandes alegorías* (III).

(Los retratos del Rey Carlos IV y de la Reina María Luisa, reclamados por la Mayordomía mayor de Palacio por Real Orden de 7 de Febrero de 1815 al Administrador de los secuestros del Príncipe de la Paz, D. Angel Sahagún, fueron entregados por éste el 15 del mismo mes á D. José Angel y Alvarez, bibliotecario de Cámara de S. M., y devueltos á la Real Casa, de la que eran propiedad. El Rey Fernando VII no pidió de las galerías del Príncipe de la Paz la devolución de ningún otro cuadro). En cuanto á las *gitanas* son las *majas* que están en la Academia de San Fernando).

161. VAN-GOYEN (Estilo de) (1596-1656).—*Campamento de soldados* (II).

602. GRECO (Domenico Theotocopuli, il) (1550-1625).—*La Virgen y Jesús, con una mujer de rodillas á sus pies* (III).

603 y 604. GREUZE (Jean Baptiste) (1725-1805).—*El deseo*.—*Miniatura* (II).—*Saboyanillo* (II).—*Quilliet: aimable*.

605 y 606. GRYEF (Adrian von) (1670-1715 ?)—*Dos cuadros de caza muerta* (II).

607 y 608. GUERCINO (Giovanni Francesco ó Gianfrancesco Barbieri, il) (1591-1666).—*Jacob bendice á sus hijos* (I).—*La Sibila de Cumas* (I).

609 á 612. GUERCINO (Estilo de).—*San Sebastián: de medio*

cuerpo (III).—*Adriadna y Baco* (III).—*La vuelta del César* (III).—*Herodias* (I).

613 y 615. GUIDO (IL) RENI.—Copia de *La Virgen y Jesús* (II).—GUIDO RENI (Estilo de).—*Sacra Familia* (III).—*La Aurora* (III).

616. HACKERT (Estilo de) (Siglo XVIII).—*Paisaje y vista del mar* (III).

617. HEEM (Jan David de) (1600-1674).—*Guirnalda de flores y frutas* (I).

618. HELST (Vander Luis) (Siglo XVII).—*Fiesta popular en Flandes* (III). Pintado en 1613.

619. HENS (Frans) (?).—*La imagen del Salvador dentro de una guirnalda de flores* (II).

620 y 621. HELLEMONT (M. V.) (1683-1726).—Dos cuadros de *caprichos flamencos* (III).

622. HOLANDA Ó DE LEYDEN (Lucas de) (1494-1533).—*La Virgen: de medio cuerpo* (III).

623 y 624. HOLBEIN (Hans) (1497-1543):—*Hombre con los brazos cruzados* (II).—*Hombre con un libro en la mano* (II).—*Hombre con las manos juntas* (II).

625. HUERTOS (estaba vivo).—*El Salvador, con una inscripción* (III).—626. *La Virgen con una inscripción* (III).

627. INZA (D. Joaquin) (estaba vivo).—*Retrato del Príncipe de la Paz* (III).

628 y 629. JORDAENS (Jacob) (1593-1678).—*La Virgen y Jesús con guirnalda de flores* (I).—*La Virgen y Jesús, sin guirnalda* (I).

630 á 632. JORDAENS (Escuela de).—*El Angel y Tobías* (II).—*La Virgen se embarca para Egipto* (II).—*Ascensión del Sacramento* (III).

633 á 643. JORDAN (Lucas) (1632 á 1705): *Salomón es la gloria* (I).—*Saúl persiguiendo á David* (I).—*Moisés saca agua de la roca* (I).—*Moisés tocando la roca de Oreb* (I).—*Betzabé en casa de David* (I).—*Betzabé en el baño* (I).—*Abigail en presencia de David* (I).—*Visita de Santa Ana á Santa Isabel* (I).—

Muerte de Catón (I).—*Muerte de Séneca* (I).—*Efigie de Carlomagno* (I).—*Homenaje de Curcio* (I).

644 á 646. JORDÁN (Estilo de Lucas): *Alegoría de las Bellas Artes* (III).—*San Ildefonso y la Virgen* (III).—*La hija de Faraón acoge á Moisés* (II).—Quilliet: *Assez bon*.

647. JOSEPIN (Cesari de Arpin, *il*) (1570-1640).—*Adam y Eva arrojados del Paraíso* (II).

648. JUANES (Escuela de Juan de) (1505-1579).—*La cena* (I). ¿Este cuadro es el mismo que figura en el Museo del Prado con el núm. 755?

649. KAUFFMANN (Angélica) (1742-1807).—*Retrato del Papa Pio VII: de medio cuerpo* (III).

650 á 653. KESSEL (Jan Van) (1626-1679).—*Caballero sobre un caballo pío* (I).—*Caballero sobre un caballo blanco* (I).—*Dos guirnaldas de flores* con escudos y medallas en el centro (I). (*Bons malgré leurs défauts*).

654. KESSEL (Imitación de Jan Van).—*Caballero sobre un caballo blanco al galope* (II).

655. KRANATCH Ó CRANNACH (Luc Sunder) (1472-1553).—*Judit y Herodías* (I). (Quilliet: Muy curioso, raro y bien conservado).

656 á 659. LAER (Peter van) (1613-1674).—*Un bebedor*.—*Un anciano*.—*Cazador en descanso*.—*Dos bebedores*.—(II). (Quilliet: *gentils*.)

660 y 661. LARGILLIÈRE (Nicolás) (1656-1746).—*Dos retratos de mujer, época de Luis XIV* (II).

662 y 663. LARGILLIÈRE (Estilo de).—*Dos retratos de mujer* de la segunda mitad del siglo XVII (III).

664. LAVALLÉE-POUSSIN (Esteban † 1805).—*Calvario* (III).

665 á 668. LE BELL (Guillermo) (Estaba vivo).—*Dos cuadros de flores, y flores y frutas*, en porcelana (II).

669. LEMOINE (Francisco) (1688-1737).—*Porcia* (I).

670 y 671. LIND (Peter Van) (1609).—*Triunfos de Cibeles* (II).—*Alegoría de Júpiter* (III).

672. LINGELBACK (Jan) (1625-1687).—*Pastor y rebaño* (I).

673 á 676. LISSE (J.) — *Un boxador con un vaso de cerveza en la mano* (I). — *Un músico con una flauta* (I). — *Astrónomo* (II). — *Un hombre herido en la frente* (II).

677. L. M. D. J. S. P. (1772). — *Perdices muertas* (III).

678 y 679. LORAINÉ (Claude de) (1600-1682). — *Dos marinas* (III).

680. LUTTI (Benito) (1666-1724). — *Abel muerto por Caín* (I).

681. MACIÁ (Carmen) (Estaba viva). — *Venus herida de flechas* (II).

682 y 683. MAELLA (D. Mariano Salvador) (1739-1819). — *Retrato de Don Diego de Godoy, Duque de Almodóvar, hermano del Príncipe de la Paz* (I). — *Sacra Familia* (I).

684. MANFREDI (Bartolommeo) (1580-1617). — *Banquete* (II).

685. MORATTÍ (Estilo de Carlo) (1625-1713). — *La Virgen* (III).

686. MARTÍN (Estaba vivo). — *Bacanal en bajo relieve* (III).

687 á 690. MATWEIEFF (Feodor) (17...-1824). — *Cuatro paisajes* (III).

691. VANDERMEER (Juan) (1628-1691). — *Caza muerta* (III).

692. MENÉNDEZ (Luis) (1716-1780). — *Sacra Familia* (II).

693 á 699. MENGES (Antonio Raphael) (1728-1779): *La Anunciación* (sin concluir) (I). — *La Virgen de los Dolores* (II). — MENGES (Estilo de): *Adoración de los pastores* (III). — *Sacra Familia* (III). — *El día* (III). — *La Virgen y Jesús* (III). — *La Magdalena y la Virgen de los Dolores* (III).

700. MERINO (D. Isidro ?) (Estaba vivo). — *Jesús y San José* (III).

701. MICHEL (Jorge) (1763-1840). — *Una vaca pastando* (II).

702 á 704. MORALES (Luis de, el Divino) (1505-1586): *Cristo muerto* (I). Beau. — *Cristo entre dos sayones* (I). — MORALES (Estilo de). — *Cristo coronado* (II).

705 á 737. MURILLO (Bartolomé Esteban) (1618-1685): *La Concepción* (I). — *La Virgen y Jesús* (I). — *San Agustín* (I). — *Santo Tomás de Villanueva* (I). — *Santo Tomás de Villanueva curando á un tullido* (I). — *San Carlos Borromeo* (I). — *Retrato*

del Marqués de Velasco (I).—*Una Virgen* (II).—*Un hombre joven con capa* (II).—*La Sacra Familia* (II). (Este cuadro parecerse el que en el Museo del Prado se señala con el núm. 854.)—MURILLO (Estilo de): *La Concepción* (III).—*Otra Concepción* (III).—*San Juan Bautista* (III).—*Jesús y San José* (III).—*La Sacra Familia* (III).—*La Virgen y Jesús* (III).—*Otra Sacra Familia*, de tamaño natural (III).—*San Juan en el desierto* (III).—*San Juan de Dios* (III).—*Jesús y San Juan en un huerto* (III).—*El Salvador y otra figura* (III).—*Mujer á una ventana* (III).—*Niño que ríe* (III).—*Santo Domingo de Guzmán* (III).—*Santa Teresa de Jesús* (III).—*San Francisco de Asís* (III).—*San Francisco en éxtasis* (III).—*Dos retratos de hombre*, desconocidos (III).—*El cordero pascual* (III).—*Pastor y ovejas* (III).—*Muerte de San Pascual* (II).

738. MURILLO É IRIARTE (Estilo de) (1620-1685).—*Blanqueadores de fábrica* (II).

739. NAIN (los hermanos Le) (siglo XVII).—*Efecto de luz* (I).

740 y 741. NANI (Jacopo) (estaba vivo).—*Dos bodegones* (III).

742. NASARIO (Tomás) (Filipino) (?).—*Palacio Real de Manila* (Filipinas) (III).

743. NAVARRO (?).—*Cristo atado á la columna* (III).

744. NEGRI (Luis) (estaba vivo).—*Retrato de mujer* (III).

745. NETSCHER (Constantino) (1670-1722).—*Retrato de mujer* (II).

746. OMMEGANCK (Baltasar Pablo) (1755-1826).—*Buey pastando*, bordado en relieve y calificado por Quilliet: *très bien fait* (II).

747 y 748. OMMERGANCK (Estilo de).—*Dos paisajes con animales* (III).

749 y 750. ORRENTE (Pedro) (1560-1644).—*Dos composiciones de la Vida de Jacob* (I). *Magnifiques*, según Quilliet.

751. ORRENTE (Estilo de).—*El Cordero Pascual* (III).

752 á 755. OSTADE (Adrian Van) (1610-1685): *Un charla-*

tán (II).—*Una mujer y un niño* (II).—*Una mujer y un hombre* (II).—*Taberna* (II).—*Cantores* (II).

756. PACHECO (Estilo de Francisco) (1571-1654).—*La razón disipa la ignorancia* (III).

757. PADOVANINO (Alessandro Verotari, *il*) (1590-1650).—*Ninfa reclinada* (I). *Magnifique*.

758. PALMA GIOVANE (Jacobo) (1544-1628).—*San Francisco en éxtasis* (I).

759. PEREDA (Antonio) (1599-1669).—*Descendimiento de la cruz* (I).

760 á 763. PICCHINELLI (Ju.) (16...-16...).—*Josué* (III).—*Degüello de los inocentes* (III).—*Moisés sacando agua de una roca* (III).—*Sansón y los Filisteos* (III).

764 á 766. PICHOT (P.) (estaba vivo).—*Dos paisajes de bosque y otro con un volcán, al guache* (II).

767 y 768. PIOMBO (Sebastián del) (1485-1547).—*La Virgen y Jesús dormido* (I). *Charmant*.—*Cristo llevando la cruz* (I).—¿Es el mismo que en la actualidad lleva el número 395 en el Museo del Prado?

769. PHIL (Hackert) (?).—*Bodegón* (II).

770. POURBUS (Francisco) (1540-1580).—*Retrato de una mujer desconocida* (II).

771 á 773. POURBUS (Estilo de).—*Dos retratos pequeños, y uno de un jurisconsulto* (III).

774 y 775. POUSSIN (Estilo de Nicolás) (1594-1665).—*Dos paisajes* (II). *Quilliet: jolis*.

776. PROCACCINI (Cammillo) (1546-1626).—*La ninfa Eco* (II). *Très aimable*.

777 á 780. RISQUEZ (Pierre) (?).—*Cuatro cuadros de batallas* (III).

781. REMBRANDT VAN RYN (1607-1663).—*Interior de una Cámara Real* (I). (*Magnifique, rare et superbe*: Quilliet).

782. REMBRANDT (Estilo de).—*Dos cabezas de viejos* (III).

783. RIBALTA (Juan de) (1597-1628).—*La Cena*. (*De toute beauté*: Quilliet).

784 á 790. RIBERA (Jusepe de, *il Spagnnoletto*) (1588-1656).—*San Sebastián* (I). ¿Este cuadro es el que en el Museo del Prado lleva en la actualidad el núm. 993?—*Adoración de los pastores* (I). *Superbe*.—*San Jerónimo* (I). *De toute beauté*.—*Otra adoración de los pastores* (I).—*Cabeza de San Tadeo* (II).—*Dos cabezas de ancianos* (II).

790 á 819. RIBERA (Estilo de): *San Pedro* (III).—*Otro San Pedro* (III).—*Otro San Pedro* (III).—*San Pablo* (III).—*Otro San Pablo* (III).—*San Bartolomé* (III).—*San Jerónimo* (III).—*Otro San Jerónimo* (III).—*Otro San Jerónimo* (III).—*San Tadeo* (III).—*San Agustín* (III).—*San Sebastián* (III).—*San Francisco* (III).—*San Francisco de Paula* (III).—*Otro San Francisco de Paula* (III).—*San Francisco el Ermitaño* (III).—*Un santo delante de un Crucifijo* (III).—*Otro santo* (III).—*Otro santo* (III).—*Otro santo* (III).—*Otro santo* (III).—*Cabeza en contemplación* (III).—*Un filósofo* (III).—*Arquímedes* (III).—*Heráclito* (III).—*Un viejo* (III).—*Otro viejo* (III).—*Otros dos viejos* (III).—*Los cinco sentidos* (III).

820. ROBERT (?).—*Pobre pidiendo limosna* (III).

821. RODRÍGUEZ (Antonio) (Estaba vivo).—*Marina* (III).

822 á 824. ROELAS (Estilo del Licenciado Juan de las) (1558-1626): *Santiago* (III).—*La Anunciación* (III).—*La Concepción* (III).

825. ROHANT SAVARIT (1570-1639).—*Paisaje* (II).

826. ROMANO (Giulio Pippi, llamado Giulio) (1499-1546).—*La Sacra Familia* (II).—¿Este cuadro se halla en el Museo del Prado con el núm. 237?

827. ROMERO (Juan Bautista).—*Flores* (III).

828 á 832. ROSA (Salvatore) (1610-1673).—Cuatro cuadros pequeños de *Batallas* (II).

833. ROSA (Estilo de Salvatore).—*Paisajes* (III).

834. ROSA DE TÍVOLI (¿Estaba viva?).—*Pájaros* (III).

835 y 836. RUBENS (Copia de) (1577-1640):—*Pintura alegórica* (I).—*Maleagro y Atalante* (III).

837 á 850. RUBENS (Estilo de): *Niños jugando* (II).—*Saul y*

David (III).—*Natividad del Señor* (III).—*Degüello de los inocentes* (III).—*Misericordia del Señor* (III).—*Triunfo de la religión* (III).—*Triunfo de la verdad* (III).—*Diana y Arteón* (III).—*Diana* (III).—*Páris* (III).—*El robo de las Sabinas* (III).—*Sacrificio* (III).—*Sacerdote de la gentilidad* (III).—*Alegoría religiosa* (III).

851 á 855. RUIZ (Juan Salvador) (1671).—*Cuatro vistas de la toma de Orán* (III).

856 á 59. SÁNCHEZ (Mariano Ramón) (1740-1822).—*Vista de Cartagena* (III).—*Dársena de Cartagena* (III).—*Vista del Ferrol* (III).—*Vista de Sevilla* (III).

860 á 862. SANTA CRUZ (La Marquesa de.) (estaba viva).—Tres *miniaturas* representando: *El Arcángel San Rafael* (II).—*El origen de la pintura* (II).—*Un mendigo* (II).

863. SANTANDER (Siglo XVIII).—*Huida á Egipto* (III).

864 y 865. SANTOS (El Padre) (estaba vivo).—*Jesús y los Doctores*. (Copia de Guido Reni) (II).—*La perla*, de Rafael (Copia) (II).

866 á 869. SANZIO (Raffaele Santi ó) (1483-1520).—*La Virgen, Jesús dormido y San Juan* (I). (Procedente de la testamentaria de la Duquesa de Alba).—*La Sacra Familia* (I). *Très beau*. ¿Este cuadro es el núm. 381 de nuestro Museo del Prado?—*La Virgen del Velo* (I). En tapicería.—*La Virgen, Jesús y San Juan* (Copia) (III).—*La Huida á Egipto* (Copia) (III).

870. SARAVIA (J.) (1608-1669).—*La Virgen y Jesús jugando con los ángeles* (I). *Très beau*.

871. SASSOFERRATO (Giovan Battista Salvi di) (1605-1685).—*La huida á Egipto* (I). *Charmant*.

872. SASSOFERRATO (Estilo de).—*La Virgen del Velo* (II).—769. *La Virgen del Velo* (II).

873 y 874. SCHIDONE (Bartolomeo) (1550-1615).—*La Caridad* (II). Miniatura.—*La Magdalena dormida* (II).

875. SCHIDONE (Estilo de).—*San Sebastián* (III).

876. SCHUD (Camilo) (15...-16...).—*Adoración de los pastores* (III).

877. SEGHERS (Estilo de) (1589-1651).—*Efecto de luz* (III).
878. SUAYERS (Peter) (1592-1667).—*Una Iglesia de Amberes* (I).
- 879 á 882. SNEYDER (Frans) (1579-1657).—*Cuatro tablas de leones, ciervos y otros animales de caza; pájaros y frutas* (I). *Superbes*: Quilliet.
- 883 á 887. SPINOSA (?) (1600-1680).—*El sepulcro de Cristo* (I).—*La Natividad del Señor* (I).—*El Tránsito de la Virgen* (I). *La Virgen y San José* (I).—*Jesus en el Templo* (I).
- 888 y 889. SOLIMENA (Francesco).—*El abate Piccio* (1657-1747).—*Venus y el Amor* (I). *Charmant*.—*Batalla de Arbelus* (I). *Beau*.
890. SOLIMENA (Estilo de).—*El Olimpo* (III).
891. SWEBACK (Jacobo, Francisco, Juan) (1769-1823).—*Combate de caballería* (II).—*Combate de caballería en Egipto* (II). En porcelana: regalo del General Bonaparte. *Delicieux* (Quilliet).—*Cacería* (II).
- 892 y 893. TAPIA (Don Isidoro) (1720).—*Sibila* (II).—*Lucrecia* (II).
894. TECCO (C.) (?).—*Bodegón* (I).
- 895 á 907. TENIERS (David) (1610-1694): *El hijo pródigo* (I). *Superbe*.—*San Pedro* (II). *Superbe*.—*Fiesta de aldea* (II). Magnifique. ¿Acaso el cuadro número 1.718 del Museo del Prado?—*Paisaje con figuras* (II). *Aimable*.—*La gruta de San Antonio* (II). *Aldea y paisanos* (II).—*Caza y pesca* (II).—*Retrato de un hombre con las manos con guantes* (II).—*Otro paisaje con figuras* (III).—*Otra aldea* (III).—*Otra aldea* (III).—*Paisaje, aldea y molino* (III).
- 908 á 920. TEMIRS (Estilo de). *Fiesta flamenca* (III).—*Un alquimista* (III).—*Una cabaña* (III).—*Otro alquimista* (III).—*Las tentaciones de San Antonio* (III).—*Otro de tentaciones de San Antonio* (III).—*Retrato* (III).—*Fiesta popular en Flandes* (III).—*Taberna flamenca* (III).—*Dos filósofos estudiando* (III).—*Baile de aldeanos y soldados* (III).—*Aldeanos jugando* (III).—*Aldeanos* (III).

921 y 922. TIÉPOLO (Giovan Battista) (1693-1770): *Cabeza de anciano* (II). (¿La que está en la Academia?)—*Otras dos cabezas de ancianos* (II).

923 á 925. TIRONI (Alejandro) (?).—*Tres vistas del Vaticano*, al aguazo (II).

926 á 928. TIZIANO VECELIO (1477-1576): *Carlos V arenga á sus soldados* (I). *Magnifique*.—*Retrato de Lutero* (I). *Beau*.—*La cátedra de San Pedro* (firmado) (I). *Beau*.—*Bacanal* (I).—*Jesús en el sepulcro* (I).

929 á 933. TIZIANO (Estilo de): *Danze* (II).—*Baco reclinado* (III).—*La mujer adúltera* (III).—*Bacanal de niños* (III).

934. TOECK M. (?).—*Flora y Céfito* (I).

935. TORRES (Matías) (1631-1711).—*Ascensión del Señor* (II).

936. TUDÓ (Josefina) (Estaba viva).—*Dédalo é Icaro* (II).—*Dibujo en negro. Très gracieux, beaucoup d'intention*: Quilliet.

937. VALENCIA (Marcelino de) (?) (Estaba vivo).—*Las Gracias* (miniatura) (II).

938. VARGAS (Estilo de Luis de) (1502-1568).—*La Virgen y Jesús* (II).

939. VÁZQUEZ (Estilo de Alfonso) (1575-1645).—*San Juan en el desierto* (III).

940. VELASCO (Antonio Palomino de) (1653-1726)).—*Santa Familia y San Juan* (III).

941. VELÁZQUEZ DE SILVA (Diego) (1699-1760).—*Venus desnuda* (I).—*Belle esquisse: (¿esquisse? Es un cuadro concluído y admirable)* Quilliet. (Procedente de la testamentaria de la Duquesa de Alba).

942 á 945. VELÁZQUEZ DE SILVA (Escuela de).—*Retrato de Felipe IV* (II).—*Cabeza de hombre con sombrero* (II).—*Retrato de un personaje desconocido* (III).—*Cazador con un pie sobre un lobo* (III).

946. VELÁZQUEZ (Vicente) (17...-1797).—*Muerte de Marco Antonio* (III).

947. VERNET (Claude Joseph) (1714-1789).—*Marina* (III).

—948. *Tempestad* (III).

949 y 950. VERONÈS (Carlo Cagliari, il) (1572-1596). — *Asunto místico* (I).—*Superbe*.—*Santa Catalina librada del suplicio* (I).

951 á 957. Vos (Paul de) (1590-1678). — Cuatro lienzos de *Cacerías* y dos de *Pajaros* (I).— *Des beautés repandues*: Quilliet.—*Alegoría de la abundancia* (II).

958. WANDERKABEL (Adriano) (1631-1695).—*Marina* (III).

959. WINAUT (Estilo de) (?). — *Sacrificio de Ifigenia* (III).

960. WOUWERMANS (Philipp) (1620-1668). — *Parada de caballería* (II).—961. *Cacería* (II).

962 á 969. ZURBARÁN (Francisco de) (1598-1662): *San Francisco* (I).—*Jerónimo Pérez* (I).—*Fernando Santoyo (Pico de oro)* (I). *Francisco Zumel* (I) — *Padre Machado* (I).—*Otro fraile de la Merced* (I).—*La Corona de Espinas* (III).—*La Conquista de Sevilla* (I).—Parece más antiguo: Quilliet.

970 á 972. ZURBARÁN (Estilo de): *San Bruno* (III).—*Jesús, San Juan y el Cordero* (III).—*Cristo crucificado* (III). (Tamaño natural).

El Catálogo de Quilliet indudablemente adolece de los defectos comunes á los que califican las colecciones pictóricas y adjudican las obras que no son muy conocidas á los pintores que les parecen. Tiene además otros muchos defectos; pero aun así resulta un documento interesante, por la importancia que tenía la colección que inventarió.

M. Quilliet, en la carta con que acompañó el *inventario* de esta hermosa colección al Príncipe de la Paz, le decía que su galería habría de conceptuarse la primera del mundo, si sobre la copiosa representación que en ella tenían los primeros maestros de las escuelas de Italia, España, Flandes y Alemania, lograba reunir algunos cuadros eminentes de las de Francia, Inglaterra, Venecia, Génova y Lombardía, en las que se

observaban lagunas profundas. Quilliet creía que al Príncipe de la Paz no le sería difícil obtener estas obras.

De cualquier modo, es de observar que el mayor número de las que poseía en 1.º de Enero de 1808 no fue reclamado por Fernando VII en 1815, lo que arguye, en contra de lo que hasta aquí se había creído, que la base de su colección no había sido constituída por las extracciones rapaces que pudo hacer en su casi supremo ascendiente de los palacios, sitios y casas reales. Las extracciones de estos y de otros objetos preciosos, así de las propiedades de la Corona, como de los Monasterios del Real Patronato, y del Escorial y San Jerónimo de Madrid, por quien se hizo fue por el Príncipe Murat y los Gobiernos del Rey José, durante su dominación. Así, como ya se ha indicado, cuando Fernando VII fue restituído al trono, se encontraron concentrados, como en depósito, en el Palacio de Buenavista para escoger de entre ellos los que se pensaba trasladar á París; 590 cuadros de Palacio y sitios reales, 31 del Palacio del Buen Retiro, 93 del Monasterio de San Jerónimo de Madrid, y á este tenor de las demás pertenencias reales. Este depósito, del que fueron devueltas las obras acumuladas á los parajes de su procedencia, nunca se confundió con los de los cuadros que formaban parte del secuestro de los bienes del Príncipe de la Paz, su familia y allegados.

A la Academia de Bellas Artes, á la que se donó por el Rey el Palacio de Buenavista, á fin de que se instalase lujosa y ampliamente en él, se adjudicaron también las colecciones artísticas que había poseído el Príncipe de la Paz. Muy mermaidas, sin embargo, debían hallarse ya cuando esta ilustre corporación procedió á incautarse de ellas, y la demostración palmaria de ello está en que, poseyendo todavía algunos cuadros de esta procedencia están muy lejos de llegar al número de los 972 que quedan enumerados, con las insuficientes descripciones que M. Quilliet hizo de ellos en el *inventario* que hemos extractado y sistematizado para facilitar su estudio.

¿Dónde fué á parar el mayor número de aquellas joyas? No existe documento alguno que nos instruya bien de este particular. La Casa real reclamó algunos, la de Chinchón los que pertenecían á sus vínculos, y los herederos del Príncipe de la Paz también rescataron otros. Pero las obras principales habían desaparecido, y aun se ignora las que consumió el fuego de las hogueras populares en las noches del 19 y 20 de Marzo de 1808, y las que fueron pasto de los saqueos de los franceses en las casas de Doña María de Aragón y otros lugares. De algunas hay noticia que pertenecen en la actualidad á diversos Museos extranjeros, y de este número son los tres cuadros, todas obras maestras del Correggio, Rafael y Velázquez, que Carlos IV, por orden firmada de su mano obligó á vender á los herederos de la Duquesa de Alba, estando *subjudice* sus bienes libres, para que el Príncipe de la Paz los comprara, y que constan en el inventario de Quilliet. Esto prueba la importancia que tiene la publicación de estos apuntes, que en lo sucesivo podrán servir de guía dentro y fuera de España á los que son aficionados al estudio de las artes en nuestra patria para hacer más útiles investigaciones.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

DISCURSOS A LA NACIÓN ALEMANA

SOBRE LOS MEDIOS NECESARIOS PARA CONSERVARNOS HASTA LA
REALIZACIÓN DE NUESTRO FIN.

El sistema propuesto como futura educación nacional de los alemanes, ha sido ya suficientemente descrito. Hemos supuesto la existencia de una raza guiada únicamente por su amor al bien y al derecho, poseedora de una razón que no tiene más fin que ese derecho, y dotada de condiciones corporales y espirituales capaces de emprender todo lo necesario para alcanzar los fines indicados; con lo cual, si llega el día en que la nueva educación forme esa raza así constituida, todo lo que hoy podemos imaginar en nuestros más atrevidos sueños se cumplirá naturalmente. Ese día llegado, nuestras instrucciones serán tanto más inútiles cuanto más habremos de aprender de él mismo.

Pero hasta que esa raza exista de tal modo—aun dado que los hechos excedan á nuestras esperanzas,—tenemos que atravesar un período intermedio muy largo, y es preciso que nos formulemos la siguiente pregunta: ¿Cómo hemos de comportarnos durante ese período de transición? ¿Cómo nosotros, que no podemos hacer más que conservarnos como cuerpo social,—á modo de terreno sobre el que ha de verificarse el mejoramiento de esa raza y como punto de arraigo del que ha de

brotar,—cómo nos hemos de conducir para evitar que esa generación, una vez que se halle plenamente formada, no se encuentre ante un pueblo hostil al orden de cosas determinado en ella como el único justo? Habitados á considerar el presente estado de las cosas como el único natural y posible, ninguno de los hombres actuales sentirá el menor deseo ni la más mínima necesidad de aquel nuevo orden; y como la generación que vamos á formar llevará en sí un mundo nuevo ¿no quedará por ventura desplazada, convirtiéndose, por tanto, la nueva educación en tan inútil como la antigua para el mejoramiento de la vida real?

Hay que contar casi fatalmente con que la mayoría persista en su pasado abandono, en su irreflexión y ligereza. Todo el que se deja llevar, sin hacerse cargo de ello, por la corriente de los hechos que le van moldeando á su manera, se acostumbra muy pronto á toda clase de cosas. Sin duda experimentará tristeza cuando por primera vez su vista contemple un orden de cosas nuevo; pero, á fuerza de presentársele todos los días el mismo espectáculo, acabará por habituarse á él y mirarlo como cosa natural y que debe ser tal como es: con lo cual, la restauración del antiguo orden de cosas le vendrá á ser indiferente y aun ingrato, porque supondrá un cambio en la manera de vivir adquirida, que es ya para él una costumbre. La humanidad se acostumbra á la esclavitud con tal que los intereses materiales queden á salvo, y aun la recibe con alegría; en lo cual estriba su mayor peligro, porque arrebatada así todo verdadero sentimiento del honor, complaciendo al cobarde y al perezoso, librándoles de no pocos cuidados y de toda reflexión sobre sí mismos.

Pongámonos en guardia contra esa dulzura de la esclavitud, que quitaría á nuestra posteridad la esperanza de una futura liberación. Nuestra influencia en el exterior hállese dificultada por trabas apretadísimas: sea esto condición para que nuestro espíritu se eleve tanto más bravamente á la idea de la libertad, á la vida en esa idea, al deseo de esa idea única. De-

jemos que por algún tiempo desaparezca la libertad del mundo sensible, pero démosla un refugio en lo más íntimo de nuestro espíritu, hasta tanto que en nosotros mismos nazca el mundo nuevo y pueda manifestar al exterior aquellas ideas. En virtud de lo que puede y debe, sin duda alguna, subsistir en nuestro dominio, en virtud de nuestro carácter, convirtámonos en modelos, en anuncio y garantía de lo que más tarde se ha de realizar. ¡No permitamos que nuestro espíritu se vea, como nuestro cuerpo, esclavo y cargado de hierros!

Si se me preguntara cuáles son los medios necesarios para alcanzar semejante resultado, los resumiría en esta forma: debemos ahora constituir nuestra nacionalidad alemana. Evitemos la servidumbre de nuestro espíritu: hemos, pues, ante todo, de crearnos un espíritu firme y resuelto; ser serios en todas las cosas y abandonar nuestra satírica ligereza; debemos formarnos principios seguros é inquebrantables, que servirán para nuestros pensamientos y acciones, ligando en una sola pieza acción y pensamiento para que formen un todo unido y coherente; debemos tener por reglas las leyes de la naturaleza y de la verdad, rechazando todo artificio extraño; debemos, para decirlo de una vez, crearnos un carácter.....

Cúmplenos, ante todo, reflexionar seriamente sobre los grandes sucesos actuales, sobre la relación que guardan con nuestra situación y lo que de ellos debemos esperar, y formarnos, en punto á todo ello, una opinión clara y precisa, poseyendo para cada una de las cuestiones que de ahí nacen un *sí* ó un *no* definitivo: tal es el deber de quien pretende ser culto. La vida material (animal) del hombre evoluciona siempre según las mismas leyes en todos los tiempos. Mas, por lo mismo, se dan en esa evolución períodos diferentes, y sólo el hombre que los penetra mediante la reflexión sabe vivirlos en realidad; toda otra vida sería como la de un animal ó una planta. Dejar que pasen los hechos sin fijarse en ellos, y cerrar de propósito ojos y oídos á toda clase de rumores; vanagloriarse de semejante prescindimiento de la reflexión, teniéndolo como

una gran prueba de sabiduría, cosas son propias de una roca inerte combatida por las olas, ó de un árbol roto en mil pedazos por la tempestad sin que se den cuenta de ello, pero no de un sér que piense. Ni aun la costumbre de vivir en las esferas superiores del pensamiento podría librar de la obligación en que todos estamos de comprender nuestra época. A pesar de todo, los espíritus superiores deben penetrar, cada cual á su modo, las cosas de su tiempo; si realmente viven en esas regiones superiores, vivirán también en el presente, pues lo contrario probaría que no han vivido, sino soñado, en ese mundo superior. Apartar la atención de lo que á nuestra vista ocurre, entregarse á razonamientos artificiosos mirando á otras cosas, sería colmar los deseos del enemigo de nuestra independencia. Si llegara á cerciorarse de que jamás reflexionamos, haría de nosotros lo que bien quisiera, utilizándonos como un instrumento inerte; porque la irreflexión se habitúa á todo, mientras que el pensamiento claro y neto, que conserva siempre vigilante la imágen de lo que debe ser, repugna toda sumisión.

Estos discursos os invitan á vosotros, oyentes míos, y á toda la nación alemana á quien este libro va dedicado, á tomar una resolución firme y unánime sobre las siguientes cuestiones: 1) ¿Formamos ó no una nación cuya existencia hállese amenazada en su propia sustantividad? 2) ¿Vale la pena ó no, el conservarla? 3) ¿Existe, donde quiera que sea, algún medio seguro y decisivo para lograr esa conservación, y en qué consiste?

De antiguo estamos habituados, cuando se exprea un pensamiento serio oralmente ó por escrito, á entregarlo desde luego á la charla cotidiana, para entretener el aplastante aburrimiento. Me ha parecido que con mis Discursos no se ha hecho tal; quizá es que no he consultado al órgano de las relaciones sociales en el mundo de las letras, de las revistas y demás periódicos, é ignoro si ha tomado mis palabras en serio ó en broma. Pero, á buen seguro, vosotros reconoceréis que no

he querido bromear con lo dicho, ni poner excitantes al espíritu irónico de nuestra época.

Todavía más arraigada costumbre era en nuestro pueblo considerar las discusiones como una especie de invitación á todo hombre capaz de hablar para que, incontinenti, diera su opinión respecto del punto discutido; hecho lo cual, dábese por suficientemente discutida la cosa y se pasaba á otro asunto. Semejante procedimiento es el que ha prevalecido en todo el comercio literario de los alemanes que, de este modo, ha venido á constituir como un eco de viejas fábulas, sin tener jamás verdadero cuerpo y vida. Como en las sociedades mal organizadas, cada cual recibía de sus vecinos la palabra y la transmitía á los más próximos, sin cuidarse del significado de ella. ¿Qué supone esto, sino falta de carácter y de sentido nacional (*de alemanismo*)? En manera alguna he pensado seguir esta costumbre, dando pasto así á las conversaciones públicas. He expuesto simplemente mi personal punto de vista en estos sincerísimos Discursos y nadie deberá esperar de mí otra cosa. No me interesa conocer la opinión de Fulano ó Zutano sobre esta ó la otra cuestión de las expuestas. Recójase cada cual en sí mismo, reflexione maduramente hasta tanto que su juicio esté en sazón y plenamente motivado, tomándose para ello todo el tiempo que crea preciso; y si por acaso hubiese puesto en olvido las nociones preliminares, perdiendo el grado de cultura necesario para formular un juicio semejante, tómese igualmente tiempo para adquirirlas de nuevo. Aquel que de esta manera haya preparado su juicio claro y recto, no vendrá obligado de ningún modo á darlo á conocer públicamente, porque si está conforme con nosotros, nada tiene que decir, no importándonos examinar otras opiniones que las que sean mejores ó distintas que la nuestra....

Mi proyecto inmediato ha sido tomar, del núcleo de todas las cuestiones contradictorias en que se agitan los espíritus cultos de nuestra época, el mayor número posible de ideas capaces de reunirse en un haz y de producir una mútua inteli-

gencia en el terreno de nuestros intereses sociales; darles tal claridad y hacerlas adoptar tan universalmente, que el resultado quede definitivamente adquirido, á pesar de seguir en litigio otros puntos; unificarlas mediante un carácter común y llegar así á un tipo nacional definido y puro, accesible á todo aquel que quiera formarse una opinión sobre nuestros verdaderos intereses, debiendo considerar como extranjero á todo el que no quiera oír ni entender nada sobre semejante asunto; y así, establecer firmemente esta opinión, conquistar para ella el mayor número posible de votos, es asegurar directamente la conservación de nuestro carácter nacional durante el período incalificable que atravesamos; es, al propio tiempo, proporcionarnos un medio poderoso para llegar á fundar esa educación nacional. Como quiera que cada uno de nosotros en particular, y todos en general, jamás estuvimos de acuerdo y queríamos hoy lo contrario que ayer, y como cada cual pretendía hacer oír su voz en el general tumulto, nuestros gobernantes, que sin duda nos escuchaban algo más de lo que hubiera sido menester, se extraviaban y dudaban tanto como nosotros mismos. Si algún día ha de nacer en nuestra sociedad un orden fijo y definitivo, debemos empezar por establecerlo en nosotros mismos, dando así ejemplo de resolución y firmeza. Ábrase camino una opinión común y fija, prodúzcase una corriente decisiva con carácter general, y tengo por seguro que nuestros gobernantes, tras habernos escuchado, nos ayudarán si mostramos deseo de ser ayudados, y, si no lo hacen así, tendremos el derecho de quejarnos de ellos: cosa que no cabría hiciésemos, de ser lo que queremos que sean.

La primera cuestión consistía en saber si existe un medio seguro y decisivo para nuestra conservación nacional y cuál sea ese medio; respecto de lo cual, ya he dado yo mi respuesta y probado mi opinión, sin pretender imponerla: cosa que para nada hubiese servido, pues quien quiera poner manos á la obra, debe antes persuadirse á sí mismo, en su fuero interno y mediante su propia actividad. Descaba yo tan sólo hacer

surgir la reflexión y los juicios personales. Ahora ya, debo abandonar á cada cual á sus propias fuerzas, debiendo advertiros que no os dejéis ilusionar por pensamientos frívolos y enteramente superficiales, que os apartarían de una reflexión más profunda. No vaya á creerse que nos eximen de todo esfuerzo algunos consuelos inútiles. Así, mucho tiempo antes de los últimos sucesos, repetíase con frecuencia que si habíamos perdido nuestra independencia política conservábamos á lo menos nuestro idioma y nuestra literatura, merced á los cuales seguíamos siendo una nación, con lo que ya podíamos fácilmente consolarnos de todas las demás pérdidas.

Pero ante todo, ¿en qué se funda esa esperanza de conservar nuestro idioma sin nuestra autonomía política? Los que así hablan ¿no prestan acaso á sus palabras ó exortaciones una verdadera influencia milagrosa sobre los niños, su descendencia y los futuros siglos? Sin duda, los hombres ya hechos, acostumbrados á escribir, hablar y leer en nuestro idioma, continuarán haciéndolo del mismo modo, aun bajo la dominación extranjera; pero ¿qué hará la segunda generación y sobre todo la tercera? ¿Merced á qué género de contrapeso inutilizaremos en esas generaciones futuras el deseo de agradar, incluso por medio de la lengua y de la escritura, al pueblo que se muestra propicio á compartir con ellas todas sus riquezas? ¿Nunca hemos oído hablar de un idioma que es el primero del mundo, aunque todavía estén por producirse sus primeras obras maestras, y no vemos, acaso, aparecer ya ante nuestras miradas y con pretexto de agradar, escritos redactados en ese idioma? Para apoyar esta doctrina, adúcese el ejemplo de otras dos lenguas, una antigua, otra moderna, que continúan viviendo aunque los pueblos que las hablaban perdieron su independencia política. No quiero discutir las razones de esa supervivencia; pero es evidente que esas dos lenguas llevaban en sí lo que la nuestra no tiene, y por eso fueron aceptadas por el vencedor, cosa que no ocurrirá con la nuestra. Si esos consoladores á quien nos referimos hubiesen mirado con

un poco más de detención á su alrededor, hubiesen hallado un ejemplo oportuno, á nuestro juicio: el del idioma vándalo (*wendische*), el cual existe todavía, á pesar de larga serie de siglos transcurridos desde la caída política de ese pueblo, y vive en miserables viviendas cavadas en la tierra; y su pueblo puede todavía, gracias á ello, quejarse de sus opresores sin ser comprendido.

Pero supongamos que nuestra lengua permanece viva y conserva su literatura: ¿qué cosa puede dar la literatura de un pueblo que carece de independencia política? ¿Qué ha de querer y qué ha de poder querer el escritor? Nada más que penetrar en la vida común y pública para moldearla y formarla á su imagen, pues de otro modo sus palabras no serán otra cosa que un murmullo destinado á cosquillar los oídos de sus oyentes. Pretenderá sacar de la fuente original de la vida del espíritu, ideas para los que obran por sí mismos, es decir, para los que gobiernan, y para esto tendrá que escribir y pensar en el idioma de los que gobiernan y con el cual es gobernado él mismo, ó sea, en el idioma de un Estado soberano. ¿Y á qué tienden nuestros esfuerzos en la esfera de las ciencias accesorias? El fin inmediato de ellas es transmitir de siglo en siglo esas ciencias y conservarlas, pero para formar en el momento preciso la vida común y el orden general de las cosas humanas. He aquí su fin último en un porvenir más ó menos lejano: toda obra científica debe servir al Estado y, fuera de esto, piérdense su dignidad y su independencia..... Pero todo hombre que persiga ese fin, habrá de escribir en el idioma del pueblo que sea soberano.

Es sin duda cierto, que allá donde existe una lengua autónoma existe también una nación autónoma, que tiene derecho á vigilar y dirigir por sí misma sus propios asuntos; é inversamente, cabe decir que un pueblo que ha cesado de regirse á sí propio, debe abandonar su lengua y confundirse con el vencedor, á fin de llegar á la unidad, á la paz interior y al olvido de las condiciones pasadas. Todo autócrata, por poco razo-

nable que sea, deberá apresurar semejante fusión; y tengamos la seguridad de que, particularmente entre nosotros, ha sido perseguida ardientemente. Hasta que se realice, habrá traducciones en lengua bárbara, libros de texto autorizados para uso de gentes poco cultas, con el fin de aprender el idioma del pueblo dominador; con lo que, por de contado, los tales se separan de toda influencia activa sobre los asuntos públicos y se condenan durante toda su vida á una obediencia servil. En punto á los que se han encerrado en un completo mutismo en lo que se refiere á la verdadera marcha de los acontecimientos, podrán ejercitarse en una política de fantasía, ó bien traducir cosas anticuadas: en el primer caso, usarán la lengua antigua; en el segundo, la nueva. Tan sólo en la literatura podríamos todavía por algún tiempo conservar nuestro idioma, y esto constituiría por lo menos un consuelo para quien no posee otra cosa, pero no bastaría para retener á los que todavía son capaces de mirar la verdad cara á cara y de elevarse luego á la decisión y á la acción: á lo menos, yo sabré impedirlo hasta donde pueda.

Nos ha sido prometida la supervivencia de una literatura alemana en las futuras generaciones. Para juzgar más de cerca de las esperanzas que podemos concebir á este propósito, será muy útil ver si por ventura poseemos hoy una literatura alemana, en el sentido propio de la palabra. El privilegio más noble y la función más sagrada del verdadero escritor, consisten en congregar á su nación y discutir con ella los asuntos más importantes; y, particularmente, tal fue en Alemania la misión exclusiva del escritor, debido á que el país hallábase dividido en multitud de Estados pequeños, que sólo formaban un todo homogéneo merced á su lengua y á su escritura. En nuestra época es esta misión tanto más urgente y necesaria, cuanto que la constitución imperial, último lazo exterior de los alemanes, ha sido destruída. Si por azar ocurriese—hipótesis contra la cual debemos desde ahora ponernos en guardia—que algunos ciudadanos se asustasen de tal modo que llegaran á prohibir

esto por miedo de declarar la existencia de su nación, ello sólo probaría que no poseemos ya literatura nacional, y sabríamos á qué atenernos respecto de la del porvenir.

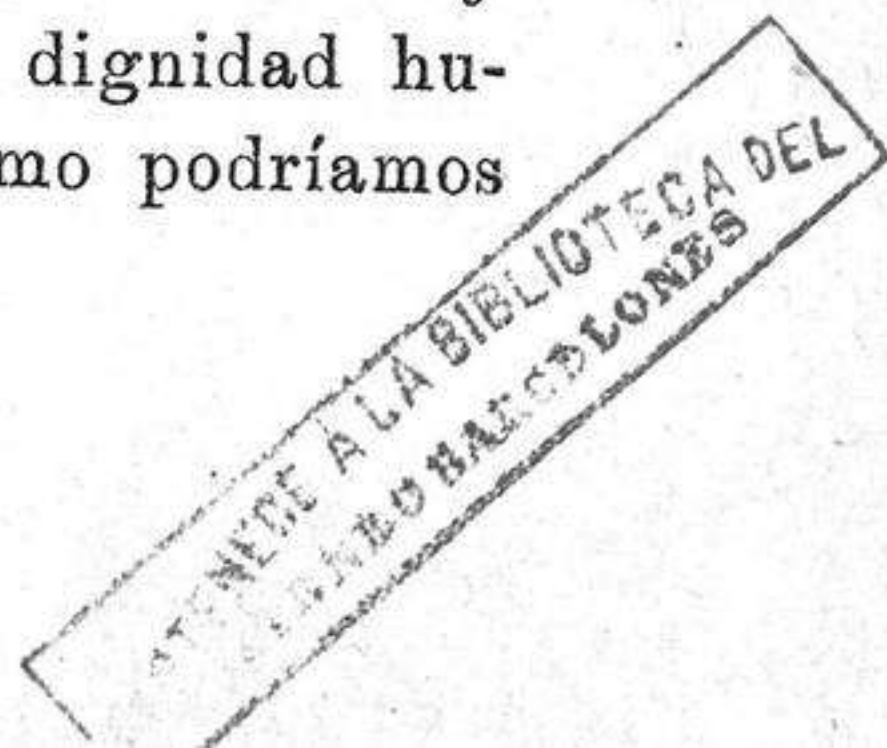
¿Cuál podría ser el motivo de este temor? ¿Que tales ó cuales personas se sintiesen lastimadas por semejantes declaraciones? Mal escogido estaría el momento para tanta prudencia. Los que no pueden impedir los ultrajes y la servidumbre de la patria, ni las lisonjas insolentes y de mal gusto dirigidas al extranjero, no pueden mostrarse tan severos para con una palabra patriótica que desentona en medio de las otras. Posible es que no todos oigan con el mismo placer esta palabra; pero no nos es dado escoger el momento, porque la necesidad nos arrastra y debemos decir lo que ella nos obliga á que digamos. Luchamos por la vida: ¿y pretenderán que midamos todos nuestros movimientos, por el temor de echar algún grano de polvo sobre cualquier uniforme oficial? Caemos al fondo del abismo: ¿y no nos será dado gritar ¡socorro! para no crisar los nervios fácilmente irritables de un vecino?

¿Quiénes son, pues, esos, capaces de no escuchar con gusto, y de qué emana su descontento? Sin duda es la falta de claridad y lucidez lo que les atemoriza. Pero no hay fantasma que no desaparezca cuando se le mira cara á cara. Apresurémonos, pues, á mirar fijamente ese fantasma, con la serenidad y el carácter indomable que hemos mostrado hasta ahora.

O quien recibió á su cargo la dirección de los asuntos políticos muestra tener carácter, ó bien demuestra no tenerlo: no hay en esto término medio. En el primer caso, ¿en qué reposa la grandeza de su carácter sino en la independencia y originalidad de su persona, que no es un producto artificial de su siglo sino una creación del mundo suprasensible, eterno y primitivo, y sobre una imagen nueva y personal de la general marcha del mundo, unida á la firme voluntad y al poder de realizarla? Pero es evidentemente imposible que un carácter semejante no honre en los demás pueblos é individuos lo que constituye su propia grandeza: la independencia, la firmeza,

la individualidad de su Yo. El sentimiento de su grandeza, y la confianza que en ésta tiene, le harán avergonzarse de reinar sobre desdichados esclavos, y ser un gigante entre pigmeos; rechazará con disgusto la idea de que necesite rebajar á los hombres para dominarlos mejor; el espectáculo de esa corrupción le producirá pena, y sufrirá por no poder estimar á los hombres. Por el contrario, todo lo que puede levantar, ennoblecer y colocar á una luz más digna de ella esa raza fraternal, regocijará su espíritu superior y constituirá su más dulce placer. ¿Por ventura un carácter así recibiría pena en saber que las revoluciones de nuestro tiempo servirán para sacar de su sopor á una nación antigua y respetable, cuna del mayor número de los pueblos de la Europa moderna y maestra de ellos, ó se sublevaría ante la idea de que esa nación busca y hallará un remedio seguro contra su corrupción, oponiéndose á que ella, y con ella otros pueblos, procuren salir del abismo en que están? No se trata aquí de provocar revueltas sediciosas; trátase más bien de impedir que se produzcan y de presentarlas como un procedimiento de perdición; trátase de construir una base firme é inquebrantable, capaz de fundar en un pueblo cualquiera la más elevada moralidad y que ha de persistir de igual modo por los siglos de los siglos, transmitiéndose de nación á nación; trátase, en fin, de preparar una transformación completa del género humano, que de terrenal y material, se convertirá en puro y noble. ¿Acaso un proyecto como este puede molestar á un espíritu puro, noble y grande, ó á los que por él se rigen?

¿Qué pretenden, pues, los que alimentan ese temor y profetizan tantos males? ¿Creen acaso que nos gobierna un carácter enemigo de los hombres, pequeño y bajo, capaz de ofenderse por el menor movimiento de voluntad fuerte é independiente, capaz de sentirse herido por las palabras «moralidad, religión, ennoblecimiento del carácter», ó de buscar y asegurar su salvación en el rebajamiento de la dignidad humana, en sus errores y en sus vicios? ¿Ni cómo podríamos



aceptar tal creencia, que añadiría á los otros males que sufrimos la vergüenza de ser gobernados por un hombre semejante?

Pero supongamos el peor de los casos posibles, á saber: que esas gentes tienen razón y somos nosotros los que nos equivocamos: ¿pero acaso habrán de producirse el rebajamiento y la degradación de la especie humana, á pesar de todo, sólo por el placer de quien en ello pone su propio interés, y por el miedo de los demás, y estará prohibido á quien se siente inspirado por su corazón el advertir á los demás de tal peligro? Supongamos todavía que las gentes aludidas no tengan completa razón pero que sea preciso decidirse á dársela, á los ojos de los contemporáneos y de la posteridad: ¿qué temible castigo puede amenazar á ese maligno profeta de la desgracia? ¿Saben acaso de algo que sea peor que la muerte? Pero es que la muerte nos espera á todos, sin excepción, y hombres superiores la han afrontado en las primeras edades de la humanidad por intereses bastante menores; porque ¿qué interés hay superior á los intereses actuales? ¿Y quién tendrá el derecho de ir contra una empresa comenzada en medio de tantos peligros?

Si tales gentes existiesen entre los alemanes, y yo espero que no existan, irían por sí mismas y sin reserva alguna á ofrecer su cabeza, su cuello, al opresor; pero estoy seguro que serían rechazadas; y quedarían cubiertas de ignominia precisamente cuando creían dirigir hábiles lisonjas políticas, porque no conocen en qué consiste la verdadera grandeza de un carácter y la miden por el rasero de su pequeñez, no sabiendo hacer de la literatura más que un instrumento de adulación palaciega. Por el contrario, nuestra confianza muestra mucho mejor que pudieran hacerlo todas las palabras, cuánto estimamos la grandeza del carácter que posee el poder. En toda la extensión del territorio alemán, en todos los sitios á donde pueda llegar nuestra voz libremente y sin trabas, gritaremos á los alemanes: «Nadie pretende vuestra servidumbre, vuestra

esclavitud, vuestro envilecimiento, sino más bien vuestra independencia, vuestra verdadera libertad, vuestra emancipación y ennoblecimiento; y nadie trata de impedir que de esos asuntos se hable ante vosotros y os sean señalados los medios para resolver vuestra situación.» Si esta voz llega á hacerse oír, si logra éxito, quedará como un recuerdo de esa grandeza y de nuestra confianza en ella, recuerdo que los siglos no serán bastantes á extinguir y que se perpetuará así de generación en generación. ¿Quién sería, en efecto, capaz de oponerse á la construcción de monumento semejante?

En vez de tratar de consolarnos de la pérdida de nuestra independencia política; por medio de la futura prosperidad de nuestra literatura, en vez de apartarnos así de buscar los procedimientos para restablecerla, queremos saber si esos tutores literarios han dejado á los alemanes que leen ó escriben una literatura en el sentido propio de la palabra; les preguntaremos si admiten ó no la existencia de ella en los países alemanes, y su verdadera opinión sobre este punto no tardará en manifestarse claramente.

Después de todo, nuestro cuidado principal para el fin de conservarnos hasta que llegue el mejoramiento completo y original de nuestra raza, consiste en darnos á nosotros mismos un carácter tal que adquiramos nociones claras sobre nuestra situación y los medios de mejorarla. Ya hemos mostrado el ningún valor de los consuelos deducidos de la supervivencia de nuestro idioma y de nuestra literatura. Pero todavía hay otros medios engañosos, especie de mirajes lejanos que impiden la realización de nuestro fin. Vamos á intentar exponerlos, y á ello vamos á dedicar el siguiente discurso.

JUAN T. FICHTE.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO: El intercambio comercial entre España y las Repúblicas hispanoamericanas.—El Congreso Iberoamericano, el tribunal permanente de arbitraje y el elenco de las cuestiones pendientes entre los pueblos iberoamericanos para proponer sus soluciones concordadas.—La unión por la comunidad del habla y de la literatura.—Tentativas de la Argentina para la creación de un idioma nacional.—Su impugnación por Guatemala.—Varias noticias.

Desde que con la visita que nos hicieron los marinos argentinos de la *Sarmiento* se ha hablado tanto, así en España como en aquella República, y más entre los españoles establecidos en Buenos Aires, que en Madrid, en Barcelona y en Bilbao, de la necesidad de estrechar entre los dos países las relaciones comerciales, no han dejado de hacerse algunas tentativas para reducir á un hecho práctico este común deseo. Nuestro Ministerio de Estado ha dado algunas órdenes é instrucciones sobre este asunto á nuestro diligente Ministro de España en la Argentina, y el Sr. Arellano y Arrózpide ha hecho algunas gestiones acerca del Gobierno del General Roca; pero todo lo que hasta aquí se ha proyectado ha sido completamente ineficaz, trabajo enteramente perdido, pues nuestro Ministerio de Estado no quiere salir, en ningún género de relaciones internacionales, de las onerosas rutinas que en sus negociados son tradicionales y que tantos daños han causado, siguen causando y causarán, mientras el molde de estas rutinas no se rompa de un golpe, á todos los intereses más trascendentales

de España, lo mismo en la esfera política que bajo el punto de vista de nuestro progreso comercial y en todos los demás intereses nacionales de que en aquel departamento se tiene la alta dirección y tutela. Este defecto no es atribuible solamente á éste ó á aquel Ministro que por las oficinas del piso bajo de Palacio han pasado, y mucho menos al señor Marqués de Aguilar de Campóo, que en la actualidad desempeña aquella cartera. Este defecto, ya secular, procede desde que del Ministerio de Estado se arrancaron las oficinas de Fomento que antiguamente en él se establecieron, y el personal activo y competente que por algún tiempo las organizó. El negociado de comercio del Ministerio de Estado no está constituido sobre la base de una oficina de estadística universal y de legislación comercial, universal también, comparada, y faltando las bases científicas de su verdadera misión, no puede dejar de dar de sí sino los tristes resultados que traen en funesta ruina todo lo que debieran ser por nuestra parte permanentes y continuos progresos en las fuentes de nuestra dilatación comercial.

Desde 1877 en esas oficinas se padece la ciega obsesión de los vinos, y á los vinos se han sacrificado todos los demás elementos vigorosos de nuestra producción natural y fabril, sin que en esas oficinas se hayan estudiado, como se debía, los motivos que han existido en todos los mercados consumidores de este caldo para que la competencia extranjera, y sobre todo la de Italia, nos haya ido desalojando paulatina, pero tenazmente, de todos los puntos de consumo que teníamos conquistados, principalmente en América, y reduciendo nuestra exportación á los términos á que ha quedado reducida, siempre en quiebra, en vez de dilatar sin descanso los beneficios de su tráfico, como Italia, en competencia asidua con nosotros, los dilata. El Sr. Arellano y Arrózpide, cuando se ha acercado recientemente y por orden del Ministerio de Estado al Gobierno de la Argentina á demandar del favor y del influjo lo que en el terreno de las competencias mercantiles no se obtiene sino de las condiciones propias de quien promueve el trá-

fico, se ha hallado con la contestación del Ministro argentino, Sr. Berduc, que en nuestro Ministerio de Estado debe ser bien reflexionada:—«El comercio de los vinos españoles en los puertos argentinos no sufre la menor desigualdad desfavorable ni de derechos ni de escala alcohólica respecto á los demás países que también nos importan sus caldos. Es indudablemente cierto que en nuestro mercado, de día en día, van perdiendo todo el terreno que de día en día van ganando los de Italia. Pero esta situación no la crean ni nuestras tarifas ni nuestras escalas, y á España importa tanto como á nosotros estudiar la base esencial de este problema, al parecer bastante complejo y en realidad bastante sencillo. No hay que olvidar que por muy íntimos que sean los vínculos de amistad y simpatía que unan á los dos pueblos, la base de todo arreglo, para que sea equitativo, es preciso que descansa sobre concesiones recíprocas. Lo que se pretende por España sin otorgar nada equivalente y positivo, es contrario á los intereses generales de nuestro país, y tropezaríamos con serias dificultades si hubiéramos de acceder á estas pretensiones. Si España está dispuesta á estudiar con nosotros las causas que obstruyen esa aproximación é intensidad de relaciones comerciales de que gozan otros países, podríamos llegar á una perfecta inteligencia, é indudablemente esa nación, á la que miramos con el interés de madre, dejaría de ocupar el lugar ínfimo que ocupa en la escala de nuestras relaciones comerciales. Este lugar es hoy el duodécimo. Las gestiones de España se encierran en la obsesión de los vinos, cuando en el inventario de su comercio de exportación posee otros muchos artículos, así de su agricultura como de su progreso fabril, que en la Argentina podrían ofrecerle un vasto campo de actividad á sus transacciones y á su navegación de largo curso. Pero no pueden impetrarse de nuestros Gobiernos franquicias sin recompensas, y cuando las tarifas españolas son casi prohibitivas para muchos productos nuestros que á España podrían ir, no sólo para su consumo y transformaciones por medio de la industria, sino hasta como pun-

tos de depósito para otros consumidores del viejo continente, ¿se pueden pretender en sus exportaciones por parte de nosotros tarifas más favorables que las que España nos otorga? Lo que es inconcebible es que España, conociendo las buenas disposiciones que aquí tenemos en su favor, no haya planteado ya con sus hijas del Nuevo Mundo, y sobre todo con la Argentina, una extensa red de tratados comerciales. Una bien entendida red de tratados comerciales entre España y sus hijas del Nuevo Mundo, por el que se llegara á la mayor suma posible de franquicias recíprocas aduaneras, equivaldría casi á una verdadera *Zollverein*, y una *Zollverein* comercial entre América y España, sería un verdadero pacto de unión y alianza moral y político, como en todo este continente se apetece con toda vehemencia.»

Una de las pretensiones de los argentinos con España es introducirnos, entre otros productos, el del *tasajo*, cuyo consumo apenas se aclimatará entre las clases pobres y las colectividades que viven en grandes asociaciones, como el ejército, la beneficencia, las colonias mineras, etc., ofrecería mayores ventajas que el *bacalao* de Suecia. Suecia, dicen los argentinos, nada consume de España: los pocos vinos generosos que llegan á su mercado de las regiones andaluzas, Jerez y Málaga, los reciben con marcas inglesas y los demandan á los depósitos de Inglaterra. Los vinos de mesa, aunque procedan de España, no los reciben los mercados septentrionales de Europa, sino después de manipulados en Francia, con etiquetas francesas y como procedentes de sus provincias vinícolas. La pasa, la almendra y otros frutos, se les importa por la vía de los mercados ingleses, y así en los puertos comerciales de Almoik, Felkenburg, Gefle, Gotenborg, Helukis, Hudikswall. Lulea, Stokolmo y Trosal, mientras constantemente se ven las banderas rusa, noruega, alemana, inglesa, y del mediterráneo la francesa, la italiana, la austriaca y hasta la helénica y la turca; la que jamás ó casi nunca cubre una nave mercante de los que á ellas aportan es la española. La cuestión es

que España consume anualmente de 35 á 40 millones de pesetas en *bacalao y pez palo* que recibe de Suecia, Finlandia, Dinamarca, Noruega, Holanda, etc., y que á Suecia exporta poco más de un millón de mercancías á cambio de los diez millones que aquel país nos importa; que Finlandia no nos consume un solo céntimo de productos españoles á cambio de los 4 á 5 millones de pesetas que por sus bacalaos nos lleva; que Noruega también nos importa productos por 20 millones de pesetas, de los que una buena parte se lleva *el bacalao*, mientras no nos consume ni millón y medio de nuestros productos; y que mientras estos países gozan de libres derechos para la introducción de esta carnaza, *el tasajo* argentino está privado de este beneficio, cuando tanto interés tiene para nuevas naves la seguridad de la carga de retorno, único medio de que las transacciones recíprocas entren en una perfecta normalidad y armonía de intereses, á fin de que desaparezca ese inmenso y ruinoso desnivel de los cambios, que cada día dificulta y limita más el tráfico, y que de continuar en la progresión que llega terminará por anular completamente nuestro comercio en América.

Desde 1898 la subida de los cambios entre las plazas mercantiles de la América que fue española ha llevado una progresión ascendente tan continua y acelerada, que no ha podido menos de ejercer una influencia ruinososa en una gran parte de nuestras empresas mercantiles. Con Cuba, Puerto Rico, Filipinas, Méjico y Venezuela, los cambios, en la actualidad, fluctúan del 30 al 90 por 100; con Guatemala y los demás Estados de Centro América se elevan al 350 por 100, y al 1,300 con Colombia. ¿Puede haber tráfico internacional entre aquellos países y el nuestro? Únicamente en el ramo de suscripciones á nuestros periódicos ilustrados y Revistas del año 1898 al 1899 hubo una baja considerable por valor de 84.141 pesetas y 9 céntimos. En Méjico, la alteración del equilibrio de nuestro comercio fue agravado por la guerra con los Estados Unidos, y se observa una tendencia poderosa á restablecer su antiguo

imperio. La estadística de los últimos meses dió una cifra de 38.273 pesos oro por las exportaciones que en Méjico se hicieron para España á cambio de 467.864 que importaron las mercancías recibidas de la Península, y en el Ecuador las exportaciones del cacao de Guayaquil para nuestras plazas de Barcelona, San Sebastián, la Coruña, Bilbao, y Santander, exceden ya, en lo que va de año, en un 25 por 100 á las del primer semestre de 1899. Con todo, no es á estos lentos y casi insignificantes progresos á lo que debe aspirar nuestro comercio con toda la América de nuestra sangre. Holanda es el gran depósito de frutos de toda la agricultura americana en Europa, y España debe aspirar á compartir, á lo menos con Holanda, el tránsito de estos productos, para que de aquí se desparra-men por los dos continentes con quienes estamos en comunicación más propincua.

Un buen consejo de amistad se ha dado en Buenos Aires á nuestro diligente Ministro el Sr. Arellano y Arrózpide acerca de esa red de tratados comerciales que España está en el deber de negociar con sus hijas de América, á fin de establecer un verdadero *Zollverein*, que complete los propósitos que se han de perseguir en el próximo Congreso Iberoamericano de Madrid, proyectando diversos planes que nos estrechen en el seno de las relaciones activas que sostiene el interés común de la recíproca utilidad. Que ese proyecto de red de tratados no escape á la atención preferente, así de los organizadores del Congreso futuro, como al departamento comercial de nuestro Ministerio de Estado.

*
* *

No es posible recordar la proximidad de la celebración del Congreso Iberoamericano de Madrid, sin asociar al programa de esta verdadera junta de raza algunas ideas no contenidas en él, y que responden seguramente á las esperanzas que en toda la América de nuestra sangre ha despertado la iniciativa

E. M.—Agosto 1900.

10

de la *Unión Iberoamericana* que se domicilia en nuestra corte. En la revista anterior de LA ESPAÑA MODERNA, reprodujimos y comentamos algunos de los juicios que se forman sobre el próximo Congreso en los periódicos del hemisferio occidental, que llegan hasta nosotros. El Boletín de la Asociación, que lleva aquel nombre, en su último número, inserta otro artículo que desde París le ha remitido el conocido publicista César Zumeta, de cuyo folleto acerca de la necesidad de la unión hispanoamericana contra la invasión y la absorción anglosajona, ya dimos conocimiento oportunamente en estas páginas. El artículo de Zumeta, que nuestro *Imparcial* ha elogiado, no es sino un nuevo eco de las ideas arraigadas en su espíritu, y de que tantos ilustres americanos están profundamente imbuídos. «Madrid vencido,—dice el escritor hispanoamericano, que con Ricardo Becerra protestó más varonilmente contra la inicua guerra de despojo que por indignas celadas prepararon contra España los Estados Unidos,—va á ser la metrópoli de América amenazada. Y es necesario que allí, en nuestra gloriosa capital histórica, los descendientes de España que tenemos un mundo del otro lado del Atlántico, arbitremos los medios de resguardarlo del enemigo común, fortaleciendo por la unión, la libertad y el trabajo, lo que hemos debilitado por la discordia, por la intolerancia y por la indolencia de este siglo décimonono, tan funesto al nombre y al poder latino.» Mas si estas cosas se han de hacer de manera que tengan desde el primer instante la eficacia práctica á que se aspira, preciso es que desde el primer instante de la reunión del Congreso se hieran también de frente los problemas previos que hay que resolver, para llegar al suspirado término de la unión y de la alianza por que todos suspiramos.

Si para dirimir las cuestiones de todo género que puedan suscitarse entre los pueblos de la Unión iberoamericana, el Congreso propone como primer punto de su programa la creación de tribunales permanentes de arbitraje, bueno y aun óptimo sería, que para llegar no sólo á la dogmatización concor-

de este principio, admitido como regla uniforme de derecho entre todos los pueblos concurrentes al Congreso, sino á la resolución de los casos prácticos pendientes, desde luego los organizadores del Congreso, en inteligencia con las comisiones que los representan en los diversos Estados ibéricos de América, procedieran ya á hacer el elenco previo de esas cuestiones que se hallan en la actualidad sobre la arena del debate, que muchas de ellas amenazan con tomar tal aspecto que las avecina á las inminencias de la guerra, y que de todas maneras se discuten con tal calor y tan cerradas tendencias á los exclusivismos impenitentes, que son á la vez que un peligro de demasiada inmediata probabilidad, un obstáculo casi insuperable para hacer desde luego fructíferos los acuerdos que sobre este tema se tomen en el Congreso de Madrid. Excluyendo las cuestiones que se hallan entregadas á arbitrajes varios, cuyos tribunales están en función, prescindiendo de los litigios de fronteras que suscitan un gran número de estos desacuerdos, ¿no tenemos á Colombia, presa de una larga y desoladora revolución interior en armas, quejosa á la vez de Nicaragua, de Venezuela y del Ecuador, de cuyas costas han salido expediciones y auxilios para los insurgentes de Uribe ó en cuyas fronteras han encontrado calor y refugio, siendo estas quejas anuncio de que puedan convertirse en actos de una viva y común hostilidad de Gobierno á Gobierno, de Estado á Estado, y de pueblo á pueblo? ¿No tenemos á Bolivia irritada con el Brasil á causa de la protección que atribuye dar el Gobierno de Río Janeiro á los rebeldes de Acre, que se han proclamado en República independiente? ¿No tenemos al Perú, buscando contra Chile las alianzas de la Argentina, de Bolivia, del Paraguay, del Brasil, en el largo litigio de sus provincias cautivas de Tacna y Arica, y no teniendo gran confianza en arrastrar estos aliados contra el pequeño coloso naval del extremo austral del Pacífico, negociar la alianza con los Estados Unidos del Norte para llevarle á intervenir, como ardientemente desea, en las cuestiones internacionales del

Continente meridional? Aunque en las Cámaras chilenas la reciente interpelación de Walker Martínez sobre supuesta invasión de tropas argentinas en territorios de Chile no hayan logrado levantar en la opinión del país la polvareda que el elocuente é ilustrado orador y diplomático se prometió, ¿no se deja sentir en el fondo de ciertas tendencias particulares en aquella República del Pacífico invencibles repugnancias hacia la inteligencia con la Argentina, emulación de engrandecimientos y de influencia, enojo deliberado que dispone á una enemistad, que si en los problemas de la delimitación de la frontera andina, sometida al arbitraje de la Reina Victoria de Inglaterra, y en la Puna de la Atacama que resolvió el arbitraje de Mr. Buchanam, y en la firmeza de la amistad entre el Presidente Errázuriz y el Presidente Roca, hasta ahora han impedido estalle la guerra para la que las dos Repúblicas se habían preparado poderosamente, una sustitución en la alta magistratura presidencial, como la que ahora ha estado á punto de imponer constitucionalmente la enfermedad, por fortuna vencida, del Presidente Errázuriz, el término de su mandato legal que se acerca, ó cualquier inesperado accidente de la política, puede conducir de nuevo á las dolorosas perspectivas que ofrecía no hace mucho tiempo? ¿Qué eficacia tendrían los acuerdos que en el Congreso iberoamericano de Madrid se tomasen acerca de la creación de tribunales permanentes de arbitraje para todos los casos y todas las cuestiones que existen planteadas ó de nuevo surjan entre los Estados y los pueblos iberoamericanos, si á la vez que se promulga el canon de estas acertadas deliberaciones, no se dan por resueltos pacífica y victoriosamente todos los problemas pendientes, cuyo elenco es preciso tener prevenido previamente? Los iberoamericanos, al anuncio del Congreso americano de Madrid, lo primero que nos han pedido es que de él salgan soluciones prácticas, y la cuestión que hoy plantea LA ESPAÑA MODERNA es la que debe ocupar la primera categoría en el orden de las soluciones prácticas que deben emanar del Congreso de Madrid.

En todas las cuestiones, ya de índole interior y motivadas por esas anárquicas y continuas perturbaciones en que un gran número todavía de nuestras jóvenes hijas emancipadas del Centro y del Sur se devoran á sí mismas, se debilitan y empobrecen, pierden su prestigio de pueblos hábiles para gobernarse á sí mismos, y derrochan las fuerzas extraordinarias de que las dotó la Naturaleza, para conducir las al regazo de su prosperidad, ya de índole exterior y que, ó las ponen en peligros periódicos de destrozarse en guerras fratricidas, ó evitan aquellos movimientos de concentración que tantas veces han llamado á unirse y robustecerse así las pequeñas fracciones político-geográficas del Centro, como las inquietas y dislaceradas porciones de la gran Colombia meridional, LA ESPAÑA MODERNA, desde que el ilustre CASTELAR retiró su pluma, poco después cortada por la muerte, para dejar espacio á esta labor que emprendimos tenaz y resueltamente, á fin de predicar la unión entre todas las entidades nacionales independientes de nuestra sangre en los Dos Mundos, no ha dejado de acusar la mano oculta é interesada que anda en el fondo de todos los conflictos y que los mueve. Es preciso ser ciegos para no verla, para no adivinar sus objetivos, y para no ver en perspectiva los peligros á que conduce. ¿Quién destruyó en el centro el pacto de Amapala? ¿Quién introduce en Colombia las revoluciones separatistas? ¿Quién destruye en la Argentina con un hipócrita golpe de favor las ventajas prometidas de las entrevistas de Punta-Arenas? ¿Quién pone en manos del Coronel Pando la tea de la discordia en Bolivia, contra Fernández Alonso, para llevar á cabo entre tanto la expedición osada del *Willmington* y ponerse á la espalda de la desmembración de Acre? ¿Quién calienta la vena de un patriotismo incauto en el Perú para atizar de nuevo sus iras contra Chile? ¿Quién dificulta y aplaza de mes en mes la retribución de la visita del Brasil á la Argentina? ¿Quién estimula los actos veladamente hostiles del Ecuador contra Colombia? ¡Siempre la mano oculta que por una parte trata de

deslumbrar la infantil credulidad de las jóvenes Repúblicas de nuestra sangre con lo extraordinario de su poder, con lo fabuloso de su prosperidad y con lo asombroso de sus proyectos y empresas sobre el papel, y por otra pide á Méjico la venta de la isla del Cármen para un sindicato de California; á Nicaragua la cesión de los territorios linderos de ese canal fantástico de que siempre se habla, y en que nunca se obra; al Ecuador la de las islas Galápagos; á Chile un depósito de carbón en el Estrecho de Magallanes; á Colombia el arriendo de los territorios del Caquetá; al Perú el de los territorios del Napo y Curara; al Gobierno de Quito, además del archipiélago de Colón, los territorios situados á orillas del río Coca, y que en la audaz exploración del *Willmington* por el Amazonas, dejó pactos suscritos de que son cómplices el titulado Presidente de la nonnata República del Acre, Gálvez, y su inmediato sucesor Braga, que lo ha depuesto de aquel cargo usurpado, mediante los cuales se declaran meros administradores de otro sindicato americano, que tras la explotación de las gomas, pretende introducirse soberano en territorios que hoy son políticamente de Bolivia, y que constituyen la cuña yankee más peligrosa entre los términos de tres Repúblicas tan importantes como la soberana Bolivia, el Perú y el Brasil. ¿Qué invasiones, qué sindicatos, qué arrendamientos, qué ventas y qué cesiones de tantos territorios de la América del Centro y del Sur son éstas al insaciable acaparador del Norte? Entre tanto, y mientras estas cuestiones se plantean, unas desde las negociaciones diplomáticas, otras desde la hipócrita proposición de empresas lucrativas, todos los pueblos á los que pertenecen los dominios en que es preciso introducirse por uno ú otro camino á toda costa, y á toda costa tomar posiciones estratégicas, viven en continuas discordias interiores, ó en continuas quejas y discusiones exteriores, creando cada vez mayores abismos de disensión é impotencia, y gastando todas las fuerzas que, reconcentradas, serían de una proyección segura y admirable, así en la esfera de la prosperidad como en la de

la defensa, en desangrarse y enflaquecerse, en devorarse y aniquilarse, para que el golpe que en su día se les aseste sea más seguro en sus resultados.

Si hay que caminar á la unión, es necesario persuadirse de esta situación de las cosas, y ya que inmediatamente no se pueda cortar á cercén la mano maquiavélica de este trágico Guignol, si la unión ha de realizarse, y si el principio esencial que la consagre, vigile y sostenga ha de ser promulgado en la sanción del tribunal permanente de arbitraje que se propone en el programa del próximo Congreso iberoamericano, importa mucho que con el acto solemne de su promulgación se den por victoriosamente transigidos y zanjados todos los problemas pendientes que mantienen en odiosa discusión y en perpetua amenaza pueblos hermanos tan queridos como el Ecuador y Colombia, Bolivia y el Brasil, la Argentina y Chile, el Perú vencido y su vecino vencedor.

Hay que hacer y hay que llevar al Congreso iberoamericano de Madrid el elenco de todas estas cuestiones, para que proponga un medio de que se resuelvan, y la paz y la unión renazcan de un abrazo estrecho y universal de todos los pueblos de nuestra sangre.

*
* *

Es indudable que si en el Congreso iberoamericano de Madrid no se toman estas saludables iniciativas, ellas constituirán el primer objeto del Congreso panamericano, para el que la Secretaría de Estado de los de la Unión del Norte ha invitado para Méjico á la representación de los Gobiernos hispanoamericanos. La sorda labor para disputar á España el lauro de la resolución de nuestra *Unión iberoamericana* es tan exquisita, que por todas partes se ve asomar á la intriga que la mantiene la punta de la oreja. Conocidas las intenciones por Chile en lo que respecta á sus problemas en el Perú, á quien se ha hecho se ponga bajo la protección de la Casa Blanca de Was-

hington, los periódicos neoyorkinos han censurado á aquella República, de la que se duda que concurra ni se haga representar en el Congreso de Méjico. Pero mientras que los periódicos que afean á Chile que abrigue la justa desconfianza de que los Estados se presten á inclinar el peso de su influjo en favor del Perú, y protestan de que las intenciones del Gobierno de Mac-Kinley y de su ministro John Hay «son más puras y blancas que las nevadas crestas del Aconcagua para todos los intereses de los pueblos sudamericanos», en la Universidad de Yale, el orador Cockran, en un acto solemne, ante los graduandos del último curso literario, desmintiendo las muchas manifestaciones de la prensa neoyorkina y levantando todo el telón que cubre las intenciones generales del pueblo yankee y de los Gobiernos de sus Estados, pronunció un discurso de índole patriótica, en el que sembraba en el espíritu de la juventud universitaria ideas como las siguientes: «El derecho de los Estados Unidos—decía—á adquirir territorios, está reconocido. No sólo es posible la próxima anexión del Canadá, sino que es probable. Ni es imposible la anexión de Méjico, ni imposible la de todo Sudamérica. Ahora, aunque parezca empresa tan fantástica como pareciera tres años hace la adquisición de las islas Filipinas, adquiriremos una buena parte de la China. Después de esta conquista..... la América entera entrará bajo el régimen de una sola soberanía, y su inmenso poder pesará antes de veinticinco años en todas las partes del mundo.»

Como ya no hay España á quien lanzar de aquel hemisferio, y la balanza política del mundo parece aún sostenerse en manos de Alemania, porque á Inglaterra en los Estados Unidos, si no se la da enteramente por vencida, ha tiempo que se la relega á un papel de segundo orden, Alemania, aparentemente, es el blanco contra el que se dirigen los tiros de todas las suspicacias, como si en la posición influyente que ha ido tomando con sus colonias industriales establecidas en el Centro y en el Mediodía de la América que fue española, los Estados

Unidos sintieran levantarse el obstáculo supremo que pueda hacer abortar sus esperanzas absorbentes y conquistadoras. Mientras en China los buques y los soldados de Alemania y de los Estados Unidos fraternizan para una acción común, los periódicos de todo Norteamérica maltratan sin tregua ni descanso á Alemania, é incitan á los Poderes públicos de la gran República á que provoquen con ella una guerra. «Necesitamos tener—dicen—una fuerza naval que supere la de todos los Estados de la tierra; pero la que ya tenemos es bastante para sostener un reto con Alemania.» ¿Por qué esta inquina con Alemania? El senador Lodge la ha acusado de pretender adquirir las Antillas Danesas, y ha dicho: «Debemos considerar como enemigo nuestro á cualquier país que quiera tomar posesión de estas islas, ni siquiera establecer en ellas estaciones navales, ni aun simples depósitos de carbón.» El senador Tellman la ha acusado de estrechar al Gobierno de Venezuela á cederle en el mar Caribe la isla Margarita; y debiendo ser en el porvenir el mar Caribe el palenque de las luchas navales que han de sobrevenir, su posición entre las bocas del Orinoco y en el camino de los buques que se dirijan al canal que atraviese el istmo, sea el de Nicaragua, sea el de Panamá ó sea el antiguamente proyectado del Darien, en el que ha vuelto á pensarse recientemente, no puede consentirse que punto tan esencialmente estratégico caiga en poder de otra gran potencia que en América nada posee, y que de adquirir aquella posición, en el caso de una guerra general ó de los dos continentes, encontraría base para sostener contra los Estados Unidos la alianza que podría formar Inglaterra, dueña de la Guayana, Trinidad, Barbadas y Jamaica; Francia, que tiene su Guadalupe y su Martinica; Dinamarca, con su San Thomas y su Santa Cruz, etc. Por eso el senador Tellman opina que hay que apresurar la guerra de los Estados Unidos con Alemania, «ahora que la Marina norteamericana es superior á la germánica».

Los avances de los alemanes en Centroamérica, y principalmente en Guatemala, no excitan menos los celos y las sus-

ceptibilidades de los Estados Unidos contra el Imperio de Guillermo II. Las plantaciones alemanas en Guatemala cubren un área de 2.725 kilómetros cuadrados, ó sea el 21,4 por 100 del área de la República, incluyendo en ella el departamento aún inexplorado de Peten. En estas plantaciones están ocupadas las partes mejores y más fértiles de Guatemala, los distritos que producen su rico café y su abundante azúcar, es decir, del lado del Pacífico, las montañas volcánicas que corren paralelas á la costa desde el Salvador hasta Méjico, y sobre la vertiente Atlántica las tierras altas del interior del país, con una elevación de 100 á 1.500 metros sobre el nivel del mar. Sólo de árboles de café cultivan los alemanes 3.700.000, cuyo producto anual de 29 *centners* equivale al 15 por 100 de la producción total de este grano en aquella República. Los alemanes son dueños del mayor número de las acciones de las vías férreas, y suyas son todas las líneas de vapores que hacen su comercio exterior, y hasta las de sus comunicaciones fluviales. Este mismo acaparamiento tienen hecho las colonias alemanas en los Estados de Santa Catalina y de Paraná, en el Brasil y en otras Repúblicas del Sur, y la prensa neoyorkina y los senadores más metidos en los monopolios mercantiles y en los negocios exclusivos, de que son nervio su influencia en la política de este país, truenan á diario contra las expansiones coloniales germánicas en las Repúblicas iberoamericanas, no encontrando otro medio de atajar sus progresos que provocando una guerra entre los Estados Unidos y Alemania, cuyos resultados primeros serían imponer la total expulsión de los alemanes de todos los territorios americanos que colonizan y enriquecen, á pretexto de que algún día puedan aspirar á hacerse dueños soberanos de tan vastas comarcas.

Mas si tantas exageraciones sólo sirven para que ni á los periodistas, ni á los senadores, ni á los hombres de Estado de la gran República conquistadora y absorbente se les caiga ni un minuto de los labios la tan asendereada *doctrina de Monroe*, fuera de estos meros fuegos de artificio, se trabaja sin

descanso y con fines más positivos, por ver de arrancar á la América de nuestra sangre los símbolos y las prendas de su unidad de origen, que son las supremas garantías de su unidad de intereses. Ya España no habita en América como nación colonizadora y soberana; pero sus 18 hijas emancipadas, aún llevan el sello inmortal de su origen en su fe, en su sangre y en su lengua, y contra estas bases fundamentales de su constitución común étnica, es sobre la que ahora se dirigen los tiros más certeros y encaminados á transformarlas y proscribirlas. En la Argentina, donde una escuela entera de jóvenes Góngoras han concebido un atentado, que será pasajero y transitorio, contra nuestra rítmica y contra todas las formas de nuestra poesía, se ha revelado recientemente otra escuela, que hace su propaganda por medio de libros de sugestiva erudición, y que tiende á fundar un *idioma nacional*. ¡Un idioma nacional! ¿Qué quiere decir esto? Contra los Góngoras de la nueva escuela de la Argentina, que ha logrado contaminar y formar ramificaciones en otros Estados, se levantó con su sabio magisterio, aunque eludiendo la polémica, el lamentable y recientemente perdido ingenio de Eduardo de la Barra, que procuró desde Chile restablecer las reglas de la armonía y del buen gusto. Contra la tentativa de *la lengua nacional* de la Argentina, también se ha levantado otro ilustre escritor de Guatemala.—¿Puede existir—exclama—*problema de la lengua* en las naciones que de España hemos recibido un origen común? ¿A dónde vamos? Hoy que necesitamos tantos vínculos de unión, ¿habríamos de renunciar á *la unión por el idioma*? Esto es una verdadera degradación ó una verdadera locura. Si la lengua es la nación, si la lengua es la encarnación del espíritu de las naciones, conservemos este tesoro que nos erige á todos los iberoamericanos, aunque individualizados por nuestras divisiones geográficas y políticas, más que en una sola, grande y poderosa nación, en una sola, grande y poderosa familia. Cuando desaparecen los idiomas, también desaparecen las naciones que los hablan, y el gran secreto del supremo poder

que alcanzan los Estados Unidos, estriba en haber conservado todas las partes que constituyen aquella federación inmensa su primer vínculo étnico: su idioma *inglés*.

»Pero además, ¿qué hacen los mismos yankees, para asimilarse lo que conquistan ó se anexionan? Lo primero proscribir los idiomas que hablan, y después obligarles á hablar *el inglés*. Ayer se ha anexionado á Cuba y Puerto Rico y arrebatado á España las Filipinas. En todas las relaciones oficiales ya está proscrito el castellano, y la lengua *inglesa* es ya la obligatoria en las escuelas. ¿Con qué idioma la Argentina piensa sustituir *la lengua española*? ¿Intentará un habla artificial, como la ridículamente universal del Sr. Sotos Ochando? Aunque así fuera, ¿la reservaría para sí propia? ¿Se disgregaría por este simple acto de la fraternidad común á todos los pueblos hispanoamericanos? ¿O nos querría imponer á los demás el habla ridícula que engendrarse? Esas innovaciones no son innovaciones, sino locuras de mentes ociosas y extraviadas. Si no tuviéramos la fortuna los pueblos independientes americanos de origen español, de tener en nuestra propia defensa este símbolo de unidad y de unión, sería necesario crearlo. Todo lo que tienda á unirnos, será lo benemérito; lo demás equivale á inducirnos á los demás y á abrazarse el mismo innovador al suicidio. Lejano vemos el sueño de la unión iberoamericana; pero confesémoslo alto: esta es la más sublime aspiración de todas las jóvenes nacionalidades de América que hemos salido cultas, cristianas y libres del amado regazo maternal de España».

*
* *

Dos nombres de artistas españoles están en estos momentos siendo objeto de la admiración y de las demostraciones de afecto de la América de nuestra sangre: Benlliure y Sorolla. El premio de honor discernido por el Jurado de la Exposición Universal de París en favor de Sorolla, ha hecho recordar á los periódicos argentinos que en el Museo de Bellas Artes de Buenos Aires se ostenta su hermosa acuarela *Un lobo de mar*,

y que en las colecciones particulares que hay en la Argentina, D. Carlos Ortiz Basualdo posee sus dos lienzos titulados *Los guitarristas* y *La reja*; el Dr. Semprún, *El cigarrillo*, al óleo, y *Mucha alegría*, acuarela; el Sr. Pellerano, su cuadro *La siesta del grumete*; el Sr. Mayor, las acuarelas *La cuerda nueva* y *El santón*, y el cuadro *Playa de Valencia*; el Sr. Romero, su *Familia segoviana*; el Sr. Piñero, los cuadros *Vuelta de la pesca* y *Un alcarreño*, y la acuarela titulada *La plegaria*; el Sr. Soto otra acuarela, *Tipo marroquí*, y el Dr. Bosch, *¡Cuidado, no le despiertes!* Tienen también otras obras de Sorolla, los Sres. Peña y Acebal, y D. José Artal, representante del laureado pintor en aquella capital.

Benlliure, como es sabido, recibió el encargo del Intendente municipal de Buenos Aires, Sr. Bullrich, de ejecutar el jarrón artístico que aquella municipalidad ha de ofrecer á la Reina Regente de España. La contestación de Benlliure la publica toda la prensa argentina, y está concebida en estos términos:

«Al Sr. Bullrich, Intendente municipal de la ciudad de Buenos Aires.—Honorable señor: El honroso encargo que de ese Concejo he recibido, me obliga imperiosamente á manifestarle mi profundo agradecimiento y el propósito firme de poner todo mi empeño para que la obra resulte digna de la elevada significación moral que tiene, y digna también de esa espléndida metrópoli sudamericana. ¡Ojalá halle en el arte toda la inspiración necesaria para cumplir mi cometido á satisfacción de ese honorable Concejo!

»Por lo pronto, puedo afirmaros que no olvidaré nunca el honor que se me dispensa encargándome de interpretar el sentimiento hermosísimo de filial afecto, en venturoso día despertado en esa nación joven, rica, generosa, brillante hoy, de más brillante porvenir aún, hacia esta patria grande por sus tradiciones gloriosas y más grande todavía por la esplendorosa cohorte de nacionalidades desprendidas de su viejo tronco, que hablan el mismo sonoro idioma, tienen igualmente grande el corazón y sienten los mismos generosos impulsos.

»Lejos estamos los que constituimos hoy la nación española, como están nuestros hermanos de América, de aquellos tiempos en que la guerra civil nos arrojaba los unos contra los otros; libres ya, cada uno en su suelo, los de la actual generación sólo hemos de alimentar en nuestros pechos sentimientos fraternales; ¡que el amor salve las distancias, como las salva la ciencia enviando al través del Atlántico nuestros pensamientos en pocos minutos, y el inmenso Océano que tenebroso y enigmático en la edad antigua, sea en la próxima el Mediterráneo de la civilización hispanoamericana, por la grandeza de nuestra raza y para el bien de todos los hombres!

»Grande honor se me ha dispensado; guardaré por él en mi pecho profunda gratitud.

»Y para corresponder de algún modo á la deferencia de ese honorable Concejo, me permito ofrecerle, y le ruego, acepte el modelo en yeso del jarrón alegórico, que es el verdadero original de la obra, y que pondré á su disposición una vez quede ésta concluída, lo que espero sea en breve plazo.

»Dignaos, señor Intendente, aceptar la expresión sincera de mi agradecimiento y personal afecto.—*Mariano Benlliure*.—Madrid 15 de Mayo de 1900.»

En reciprocidad de este obsequio, la colonia española de la República Argentina ha acordado regalar á la municipalidad de Buenos Aires, para que la coloque en el sitio público de aquella ciudad que mejor le parezea, una estatua de JUAN DE GARAY, el cual hace 320 años echó los cimientos de aquella capital sobre las ruínas de la que antes había levantado don Pedro de Mendoza. La ciudad que en 1580 fundó el español Juan de Garay, á la márgen derecha del Plata, contiene más de 800.000 habitantes, y sólo la aventajan en población, en los dos mundos, Londres, Nueva York, París, Berlín, Viena, San Petersburgo, Chicago, Filadelfia y Moscú. La estatua será también obra de Benlliure.

Iob.

CRÓNICA LITERARIA

GENTIL CABALLERO (costumbres modernas), novela, por D. José M. Matheu.—La clase media en la novela española contemporánea.—*Realidades y novelas* (cuentos), por D. Emilio Rancés.

Gentil caballero se titula la última novela de D. José M. Matheu, un buen escritor, que aunque no es de los que hacen mucho ruido en los periódicos, escribe, sin embargo, libros muy agradables. El último, es decir, *Gentil caballero*, es uno de los más interesantes volúmenes debidos á la pluma del Sr. Matheu. Pero no comparto el parecer de Cavia, que en una breve revista de libros publicada en *El Imparcial*, y llena de agudos rasgos de observación y de frases felices, señala en esta obra un cambio en la *manera* de su autor.

«El pacífico, suave y delicado pintor á la holandesa de nuestros «interiores» burgueses—dice Cavia—se ha renovado y modernizado muy *gentilmente* y muy *cavalièrement*. Corta y pincha á ratos, como un Marcel Prevost ó un Paul Hervieu.»

No obstante esta opinión autorizada, creo que el Sr. Matheu sigue siendo pintor de interiores burgueses, si se toma en un sentido más amplio que el pictórico la palabra interior, ó en términos más vulgares, pintor de las costumbres de la clase media, como la mayor parte de nuestros novelistas. Con

permiso de los modernistas, creo que no desmerece por eso la novela del Sr. Matheu, y que no son Prevost ni Hervieu os modelos más adecuados para nuestros escritores de novelas.

Es innegable el mérito de estos autores franceses, y muy natural que sus obras se busquen y se lean con agrado. Pero están inspiradas en otro ambiente social. Matheu, pintando «interiores» de la clase media, está más en armonía con la tradición y el carácter de la novela española, que si *hiciera* psicología, no digamos afrancesada, pero á la manera de los novelistas franceses. Nuestra novela tiene carácter y fisonomía propios, y debe procurar conservarlos, pues lo original es siempre superior á lo prestado. No quiere decir esto que debamos considerar que nuestras cosas, por ser nuestras, aventajan á las ajenas en absoluto, como pretende cierta especie de patriotismo pueril y chavacano, que considera obligatoria esa creencia y hace de ella artículo de fe. Pero sí debemos pensar que aun en aquellas cosas en que los extraños nos ganan, al pretender imitarles, hemos de mirar, no sólo lo hermoso y útil del modelo, sino la posibilidad de la adaptación y sus límites.

He dicho antes que el Sr. Matheu, como la mayor parte de nuestros novelistas, es novelista de costumbres, y especificando más, de costumbres de la clase media. Es un rasgo característico de nuestra novela contemporánea, tocante á su asunto, el lugar preferente que en ella ocupa esa clase social tan numerosa y digna de estudio. Nuestra novela urbana, la que describe la vida de las ciudades, trata, por regla general, de la clase media. Las novelas de costumbres aristocráticas son una excepción, y lo son también las de costumbres populares. Sólo en las novelas de la vida rural ó campesina es ya frecuente que los principales personajes sean tipos del pueblo, como sucede, por ejemplo, en las obras de Pereda, en algunas de Blasco Ibáñez, etc.

El fenómeno que acabo de apuntar, resulta naturalísimo á poco que se medite el caso. Por tres razones, cada una de las

cuales es explicación suficiente, se comprende que nuestros novelistas busquen con preferencia en la clase media los tipos y los asuntos de sus obras. La primera es que los mismos novelistas, como la mayor parte de nuestros escritores, pertenecen á esa clase, y es ella por lo mismo la que conocen mejor y la que más les interesa; la segunda es que la inmensa mayoría del público ilustrado que lee novelas, la forma también la clase media; el pueblo apenas lee más que periódicos, cuando sabe y quiere leer, y los aristócratas leen poco, por lo general, y prefieren la lectura de libros extranjeros, aunque no falten entre aquellos algunos literatos meritísimos y algunos inteligentes aficionados á la literatura nacional; pero aquí se habla en tesis general y salvando las inevitables excepciones que toda regla ofrece.

Por último, la tercera y principal razón es que la clase media ha sido y es la más importante en nuestra sociedad de este siglo. Casi todas las naciones modernas son en mayor ó menor grado mesocráticas; en casi todas, la clase media viene desempeñando el principal papel, mas acaso en ninguna ha sido tan acentuado este predominio como en España, lo que quizás se debe por una parte á la falta de cultura del elemento popular, y por otra á la decadencia de nuestra aristocracia, que desde la desamortización puede decirse que vive de recuerdos, y se sostiene con el prestigio que le da á veces la riqueza y el que le presta siempre la vanidad de las otras clases. El hecho es que casi todo lo bueno y lo malo que hemos realizado en este siglo, es obra de la clase media: de ella han salido casi todos nuestros políticos, nuestros literatos, y nuestras notabilidades de otros géneros, si se exceptúan las de la tauromaquia, aquí tan populares. De suerte que los novelistas, al dar el primer lugar á esta clase, no han hecho más que atenerse á la realidad y copiar del natural.

Es innegable, además, que la clase media es la que puede ofrecer al escritor de costumbres mayor variedad de asuntos. Ninguna clase es homogénea, todas se componen de varias

E. M.—Agosto 1900.

capas ó estratos, de una gran diversidad de situaciones y casos individuales. La clase es una abstracción, un *universal*. Pero entre todas, la más compleja es la clase media, que forma un verdadero conglomerado de clases bastante diferentes entre sí, si se comparan las capas inferiores fronterizas con el pueblo, á las superiores rayanas con la aristocracia. Y es al mismo tiempo una clase móvil, dinámica, que sirve de disolvente á las otras y de mediador entre ellas. A la clase media sube por la fuerza natural de las cosas, el obrero enriquecido ó ilustrado; á ella bajan los nobles tronados, los *declassés* de la aristocracia.

Este predominio de la clase media en nuestra novela, ha influído, á mi parecer, en el carácter de ésta, contribuyendo á determinar sus conflictos, su psicología y su moral. Conflictos, psicología y moral, por lo común *burgueses*, como suele decirse ahora, de espíritus equilibrados y que no han roto con el sentido común, aunque no tengan alas, acaso, para volar á altas regiones. Y en esto encuentro yo una de las dificultades que existen para que nuestros escritores emulen á los franceses en sus refinadas psicologías. Nos falta lo que hay allí: una sociedad cosmopolita de ilustres aburridos, de viciosos cansados ya de todo, y de *snobs* sedientos de inventar algo que los distinga de la multitud humana; una sociedad llena de extravagancias, de raros caprichos, de delicadezas sibaríticas, modelo muy á propósito para inspirar esa aguda, punzante y casi *dolorosa* pintura que suelen hacer algunos buenos novelistas franceses, de sentimientos extraños, de refinamientos de una psiquis ociosa, que quiere ignorar todos los grandes, ásperos y duros problemas de la vida, y crearse ella otros problemas, otros dolores, y alguna vez otros goces, aunque en esto sea menor, naturalmente, el alcance de su inventiva.

Los personajes que nos presenta el señor Matheu en su última novela, *Gentil caballero*, pertenecen á la clase media. El ambiente en que la acción se desarrolla, es un ambiente *burgués*. Aquellos personajes corresponden ciertamente á una

capa social distinta de los de *Carmela rediviva*, para citar otra obra del mismo autor. Están en otro *estrato* ó en otro *piso* de la clase media. Y lo más interesante de la obra, más que las figuras de los primeros actores de la novela, más que la acción, es la descripción ó representación de las costumbres de esa capa superior de la clase media que aspira á codearse con la aristocracia, y se hace *cursi* por querer ser distinguida, y vive en el Argel del quiero y no puedo.

El asunto de la novela consiste en las aventuras de una señorita algo casquivana—Delfina—que se escapa con el novio desdeñando un partido de conveniencia. El afortunado novio resulta luego un marido detestable, y Delfina acaba por enamorarse de aquel otro pretendiente que desdeñó—el *Gentil caballero* que da título á la obra, y que es, por cierto, una figura bastante incolora y de las más insignificantes de la novela. La acción, en realidad, no es muy dramática, pero su desarrollo interesa. Las mejores páginas de *Gentil caballero* son aquellas en que sale á escena la familia de Delfina, en la cual familia ocupa lugar preeminente el solterón epicúreo D. Santiago, cuya herencia y cuyas liberalidades son la esperanza de la familia, que mira con terror las aficiones de aquél á proteger casadas guapas, con maridos complacientes.

Comprendo que el asunto de las obras de literatura a mena suele influir poco en el mérito de las mismas, que depende casi por completo de la ejecución, aunque siempre le será más fácil al escritor lucirse eligiendo asuntos elevados, poéticos ó entretenidos, según las exigencias de cada género, que si acomete la empresa de dar valor, con los primores del arte, á asuntos chavacanos é insignificantes. Pero aun siendo en este sentido cosa relativamente secundaria el asunto, con todo, creo que no está demás dar alguna noticia de él al tratar de libros de esta clase, para que el lector pueda elegir los que más se acomoden á sus aficiones y gustos. La crítica, en lo que tiene de magistral ó docente, sólo puede ser útil y agradable á un corto número de personas. Para merecer ó para al-

canzar la atención del público en general, necesita cumplir uno de estos dos fines no incompatibles: ó divertirle con donaires ó servirle de guía para saber qué libros debe leer, es decir, en qué libros hallará la satisfacción de sus gustos, de su curiosidad ó de sus necesidades intelectuales. Por eso he hecho las breves indicaciones anteriores acerca del argumento de la novela del Sr. Matheu, libro que, como dije al principio, resulta interesante y de grata lectura.

*
* *

El joven escritor D. Emilio Rancés hace sus primeras armas en la literatura con un volumen titulado *Realidades y novelas*, que es una colección de cuentos. El autor de este volumen es hijo de uno de los mejores y más ingeniosos periodistas españoles, y parece haber heredado de su simpático padre la facilidad para escribir, y la soltura y gracia de la frase. Pocos principiantes muestran en sus primeros escritos cualidades literarias tan estimables como las que se descubren en el libro de D. Emilio Rancés.

El señor Picón *presenta* al público el novel escritor en una carta-prólogo muy bien escrita, como de tal pluma, en que, á vueltas de decir que no va á hacer un prólogo, ni á emitir juicio sobre los cuentos coleccionados en el libro, llega burla burlando al verso catorceno del soneto á Violante, es decir, que hace el prólogo y emite el juicio:

«Poco trabajo me costaría hablar de tus cuentos... si no fueran tuyos—dice el afamado novelista.—Primero con ayuda de media docena de libros bien escogidos demostraría que proceden en línea recta de los mejores que se han escrito en lengua castellana, y luego diría al público: «Fíjate en el alto sentido moral, en el amor al bien y la justicia que han inspirado estas narraciones, en la novedad de algunos de sus asuntos y el agudo ingenio que revelan, en la sagacidad y perspicacia con que, á pesar de los pocos años del observador, está

vista la vida moderna; en la facilidad con que pasa del cuento á la antigua, candoroso, sencillo, de aquellos que se refieren en las aldeas al amor de la lumbre, al cuento de costumbres madrileñas, aristocráticas y plebeyas, inspirado por las gentes y las cosas que nos rodean; y, sobre todo, sea cual fuere la índole de lo narrado, repara—añadiría—con qué sobriedad están pintadas las situaciones y expresados los afectos del ánimo, y cómo, sin rebuscamiento, naturalmente, han venido las palabras á servir de intérpretes á ideas siempre honradas y propósitos siempre honrados y nobles.» Todo esto y mucho mas podría decir sin que nadie me desmintiera.

»Y procurando luego que no se me acusase de callar defectos y errores en que por inexperiencia incurres, diría también que algunos argumentos, aunque bien concebidos, están imperfectamente desarrollados; porque después de escogido y sentido el asunto con buen gusto y delicadeza, te han faltado madurez de juicio, calma y picardía para planearlo, y hasta paciencia para escribirlo, dándole la extensión que merecía.»

A mi modo de ver, es muy exacto lo que en estos párrafos dice el Sr. Picón sobre los méritos y los defectos del libro de Emilio Rancés. Abundo en las opiniones del autor de *Dulce y Sabrosa*, y creo que puedan fundarse buenas esperanzas en un escritor que tan bien empieza.

Sobre todo, me agrada en estos cuentos lo bien concebidos que están los asuntos, la claridad y sencillez de la composición de cada uno, la naturalidad con que narra y describe el cuentista, y el desembarazo con que camina derechamente á la moraleja del cuento, sin perderse en prolijas digresiones. El armazón de los cuentos, su estructura interior, es elegante y airoso, aunque, como es natural, tratándose de un escritor novel, falte esa *picardía* del escritor experimentado á que alude Picón, y que es uno de los elementos de la maestría profesional, que no suele ser cualidad nativa, sino adquirida, ó perfeccionada al menos por la experiencia.

Una de las más importantes operaciones mentales que su-

pone toda obra de arte, y por tanto, las literarias, es esta de componer bien, que equivale á *ver* con precisión y claridad los asuntos y á coordinar acertadamente los medios de expresión. El artista que posee esta facultad lleva ya mucho adelantado para la perfección de sus obras. Si en el caso actual, ó sea en el libro de Rancés, la retórica no ha bordado más flores y adornos sobre el bien tejido cañamazo de sus cuentos, no hay que censurar demasiado al autor por esta causa, pues ello vendrá con el tiempo y la experiencia.

Otro mérito que hallo en los cuentos de D. Emilio Rancés, y que no suele ser muy común en los escritos de los principiantes, es la discreción. Esta palabra es de las que requieren aclaraciones, pues el abuso del bombo, ó sea la prodigalidad en las alabanzas, ha depreciado tanto el valor de los calificativos laudatorios, que ya el llamar á uno discreto parece el *mínimum* del elogio. Y sin embargo, la discreción en literatura, como en la vida práctica, es cualidad rara y preciosa, si no de las más brillantes, de las más útiles y necesarias y de las que mejor califican un entendimiento. A los escritores novicios suele faltarles el sentido de la proporción y de la medida; á veces pierden la noción de lo ridículo y dan á sus obras, ó el tono de un sentimentalismo cursi, ó los grotescos brochazos de una caricatura. Todo por falta de esa virtud de la discreción, al parecer tenida en poco, como si todos viniésemos al mundo adornados con ella ó pudiésemos adquirirla sin trabajo.

Por último, se advierte también en *Realidades y novelas* una variedad de asuntos y de formas de exposición que habla muy en favor de la fecundidad del ingenio del autor. Merece, pues, plácemes por todos conceptos el joven literato, que tan felices disposiciones acredita en su primer libro.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO: FILOSOFÍA: El problema moral de la psicología colectiva.= FEMINISMO: La mujer y las diversiones modernas.= PEDAGOGÍA: La enseñanza en Alemania.= ENCICLOPEDIA: España.= BIOGRAFÍA: Siluetas parisienses: Los Rosny.—Pedro Lotí.—Luciano Descaves.= HISTORIA CONTEMPORÁNEA: La China actual.—Los «bojeadores» y las sociedades secretas en China.—Dos caracteres chinos.—La emperatriz Tze-Chi y Kang-Yu-Wei.—La insuficiencia diplomática y la guerra en China.= IMPRESIONES Y NOTAS: El maestro de historia de «L'Aiglon.»—Archivos fonográficos.—Respuestas infantiles.—Recuerdos de escuela de Edmundo de Amicis.

FILOSOFIA

EL PROBLEMA MORAL DE LA PSICOLOGÍA COLECTIVA.—Tal es el título de la última lección dada en el Instituto de altos estudios de la Universidad nueva de Bruselas, por Scipión Sighele, reproducida por *L'Humanité Nouvelle*, de París.

Los cuadros, las estatuas, los poemas, ciertos descubrimientos—dice—pueden y deben individualizarse en un nombre, Rafael ó Van Dyck, Fidias ó Miguel Angel, Dante ó Shakspeare, Kepler ó Newton: pero hay creaciones complejas que son obra colectiva, siempre fluctuante como las aguas de un río, pero como éste eterna y formada por millares de ignorados arroyuelos, cuyo conjunto produce un efecto colosal.

La lengua es obra de la colectividad. El desarrollo de^l pensamiento está estrechamente ligado con el desarrollo de la

lengua, y la multitud es quien lo realiza por medio de un trabajo obscuro, colectivo y anónimo, y lo que se dice del lenguaje hablado, lazo de los hombres en el presente, puede repetirse del trabajo escrito, lazo de los hombres en el porvenir. El tránsito gradual de la pictografía á la escritura fonética y alfabética, es resultado de un trabajo colectivo que nadie hubiera podido ejecutar por sí sólo, porque excede del genio y de la vida de un solo hombre.

¿Y qué diremos de las leyendas artísticas, de esos ciclos heróicos que todos los pueblos poseen en su cuna? Todos ellos son formaciones intelectivas creadas, transmitidas, y mantenidas por la multitud. La colectividad precede en sus previsiones y descubrimientos al individuo. Los refranes son la experiencia sabiamente acumulada por la multitud, por el señor *Todo el mundo*, y el antiguo dicho *nihil sub sole novi* es exactísimo aplicado á la genialidad individual respecto á la colectiva: antes que Darwin, el pueblo de la Italia meridional expresaba en una frase pornográfica la lucha por la existencia y por la mujer; antes que los grafólogos, se llamaban los tipos de escritura *caracteres*, reconociendo así sus lazos con las facultades morales del individuo; antes que Lister, se curaban en Calabria las heridas con la trementina de la corteza de los pinos; antes que los fisiólogos hubiesen estudiado el efecto criminógeno del alcohol, un *fabliau* lo revelaba al pueblo; antes que Lombroso hubiera enunciado su teoría de la simbiosis del crimen, otro *fabliau* había tenido su intuición.

El genio es el revelador de las verdades que dormitan en el pensamiento inconsciente de todos; el genio es el que encuentra la fórmula y da la demostración de lo que el alma colectiva ha bosquejado ó entrevisto en su obscuro y anónimo trabajo. «Los grandes hombres—como dice Luis Bourdeau—no hacen más que cumplir esa función social; se agitan, pero es la multitud quien los conduce; creen dirigir al pueblo, y no hacen más que seguir el impulso que el pueblo les da.»

La suma de las ideas de una multitud es, en un momento

dato, siempre inferior á las ideas genialmente individuales; la inteligencia no puede propagarse en las multitudes como el sentimiento, ni puede, por consiguiente, crecer ni mejorar por el contacto inmediato y actual con otras inteligencias. Al lado, sin embargo, de esta inferioridad mental, los beneficios de la colectividad son innegables, sin que haya contradicción en estas afirmaciones, pues una cosa es considerar la vida social bajo el punto de vista de la estática y otra desde el de la dinámica. El genio es el presente hijo del pasado, del trabajo colectivo de toda la humanidad. La colectividad, inferior al individuo en el momento estático en que éste desarrolla sus ideas ó energías volitivas, es necesaria y útil al individuo, no sólo en el pasado para formarle, sino en el porvenir, para corregir y mejorar sus pensamientos y sus actos.

Este influjo bienhechor de la multitud en el mundo, ha sido hasta aquí poco apreciado, prefiriéndose explicar la evolución social por la aparición de un genio, antes que investigar sus causas en el desarrollo del alma colectiva. Hoy las cosas han cambiado, y el más peligroso legado que el siglo XIX deja al XX, es precisamente el que se resume en el papel que la multitud ha de representar en el porvenir. ¿Es verdaderamente digna la multitud del cetro que se le va á dar? ¿Merece ese nuevo Briareo recibir el bastón de mando que va á caer de las manos de los déspotas?

Ciertamente que el pueblo merece ser el amo; pero todo amo lleva consigo el peligro de no estar á la altura de sus derechos y de sus funciones, porque el poder es un vino ardoroso que puede embriagar y conducir á la degeneración. Hay que evitar esa embriaguez, y para ello no hay más medio que educar al pueblo, cosa fácil de decir, pero muy difícil de realizar. En algunos países, los latinos sobre todo, los amigos de toda aristocracia y de todo despotismo se complacen en afirmar que el pueblo no está todavía á la altura de sus derechos, y que es incapaz de aprovecharse de ellos. La raza latina con su impetuosidad, su falta de reflexión, su amor á todo lo que

es apariencia y ostentación, no es la más apta, en efecto, para producir multitudes que sepan oponer al magnífico arranque del entusiasmo, el severo trabajo del cerebro. La educación y la instrucción podían, sin embargo, modificar esta influencia de la raza.

La educación en los países latinos es todavía víctima de la tradición; el joven de hoy debe aprender, poco más ó menos, lo que se aprendía hace cien años; por este prejuicio, la educación se resume en la instrucción, y en una instrucción puramente lírica y de forma. En lugar de las cosas necesarias á la vida, se enseña la historia antigua; en lugar de preparar al niño á la lucha por la existencia, se le prepara para el ejercicio de las funciones públicas; en lugar de desarrollar la iniciativa individual, se trata de apagar, nivelándolo todo, el menor resplandor de originalidad.

El Estado tiene así que resignarse á crear dos categorías de individuos: los que habiendo sitiado un cargo lo han obtenido, y los que, habiéndolo sitiado también, se han quedado fuera de la fortaleza burocrática: los primeros forman una multitud esclava del Gobierno, y los segundos una multitud hostil; y la llamada opinión pública no es más que la resultante patológica de estas dos corrientes inmorales, que llevan en su juicio, no ideas ni sentimientos, sino los egoismos de la multitud que ha comido bien y no quiere que perturben su digestión, ó las represalias de otra multitud que tiene demasiada hambre.

Si tenemos el valor de cambiar nuestro sistema de educación, formaremos un pueblo y un alma colectiva digna del poder á que está llamado. Moltke decía que las victorias de los alemanes eran debidas, más que al talento de los generales, al obscuro trabajo de los maestros de escuela, y esta afirmación era exactísima. Las multitudes de los pueblos del Norte han demostrado que tienen una alma colectiva mejor desarrollada y consciente. El destino de la humanidad parece una larga y peligrosa ascensión hacia una cima altísima y lejana

velada por las nubes, la nivelación moral é intelectual, y el bienestar de todos. En general, se cree que no podrá llegarse á esa cima, y sólo algunos tienen fe. ¿Quién se equivoca? No es fácil decirlo. Pero lo positivo es que si la cima no ha sido todavía alcanzada, si quizá no se puede alcanzar nunca, todos, sin embargo, tratando de llegar á ella, se han hecho mejores. Tal es—dice Sighele—mi conclusión; conclusión optimista y moral, porque se debe siempre tener esperanza, y se debe siempre, sobre todo, trabajar por la realización del progreso humano.

FEMINISMO

LA MUJER Y LAS DIVERSIONES MODERNAS.—La *Revue des Revues* de París, ha abierto una información entre las reinas del talento y de la vida mundana, los poetas, sabios, novelistas y moralistas, para averiguar sus opiniones sobre los puntos siguientes:

1.º ¿Deja la mujer de ser mujer al entregarse á los ejercicios físicos conocidos con el nombre de *sport*?

2.º ¿Son estos recreos saludables para la mujer moderna, ó pueden estimarse como nocivos?

Las respuestas son muy variadas, y en general menos instructivas y amenas de lo que podía esperarse de muchas de las firmas recogidas, predominando la opinión contraria á los *sports*, y la que aspira á que la mujer se consagre sobre todo al cuidado de su hogar. Algunas de estas respuestas merecen, sin embargo, ser consignadas.

«Admito para la mujer—dice Carmen Silva, la reina de Rumania—todos los *sports* de nuestros días, si sigue siendo graciosa y conmovedora como Sakuntala; si socorre á los desgraciados como Santa Genoveva; si hace música como Santa Cecilia; si alimenta tantos hijos como Blanca de Castilla; si hila como la reina Berta; si teje como Penélope; si borda

como las antiguas princesas rumanas: si pinta libros de horas como Ana de Bretaña; si cuida á los heridos como Florencia Nightingale; si hace versos como Margarita de Navarra y la emperatriz Isabel de Austria.»

«La mujer—dice Enrique Berenger—tiene derecho al ejercicio normal de sus músculos y de sus nervios, á la aireación de su carne, á la higiene de sus tejidos, á la alegría de todo su organismo físico.» «Algunos objetan que los nuevos *sports* alteran la elegancia de la mujer. ¡Puro misticismo! ¡Rutina tonta! ¿En qué son menos elegantes, menos reveladores de la belleza y de la gracia femenina un traje sastre de piqué blanco ó una amazona de paño que las crinolinas del segundo Imperio ó los ahuecadores de la tercera República?... Pero, objeta un moralista pedante, la joven ciclista arriesga el descubrir las pantorrillas, aun llevando falda. Ese mismo moralista, sin embargo, soportará con gusto que su mujer y sus hijas descubran sus espaldas y su pecho en el salón recalentado de una reunión mundana, donde cien jóvenes se oprimen en torno suyo. Entre uno y otro *descubierto*, yo, padre ó marido, no vacilo, y prefiero las pantorrillas en el aire puro de una carretera, al pecho desnudo en el aire turbio de un salón.»

«En todo tiempo—dice Feliciano Champsaur—ha habido dos clases de mujeres, las sedentarias y las movedizas, entre las cuales se reclutan las *sportivas*. No veo que las fogosas cazadoras del antiguo régimen fuesen menos dadas á las diversiones que las mujeres modernas. La caza con alcón, con perros y á tiros eran placeres favoritos de las damas nobles. La bicicleta no ha hecho más que democratizar el *sport* para la mujer. La coquetería de la sangre fría y de la bravura ha existido siempre. ¿Y las antiguas jóvenes griegas, luchando completamente desnudas en el ágora?»

«Sin querer reducir á la mujer—dice la señora de Alfonso Daudet—á hilar lana, temo lo que la saca del hogar y hace de la casa moderna un corredor por donde se pasa para cambiar de ropa, ó una estación para las comidas, en lugar de la casa

activamente cuidada y adornada, como la entendían nuestras abuelas y nuestras madres.»

«La mujer—dice el Dr. Hericourt—no está en su puesto en los ejercicios físicos; y para pensar así tengo razones de orden fisiológico, de orden estético y de orden social.» «La sociedad perfecta sería aquella en que la mujer no trabajase, teniendo bastante que hacer en su hogar, en medio de sus hijos.» «En todo caso los *sports* constituyen un *trabajo de lujo* que la necesidad no impone á la mujer. Su deber es, pues, abstenerse de ellos para conservar á la comunidad su valor social de mujer madre.» «No olvide la joven que no tiene nada que ganar y sí mucho que perder en juegos que pueden comprometer su futuro papel de esposa; y esté la mujer bien convencida de que su invencible y duradera fuerza está en su encanto de esposa y madre, y no en otra parte.»

«La mujer—dice Max Nordau—sigue siendo mujer, psíquicamente, haga lo que quiera. En los recreos, hasta los más varoniles, tiene la mujer otras ambiciones y otras satisfacciones que el hombre. La cuestión del traje la preocupa siempre. Quiere agradar con sus proezas. Es otra forma de coquetería, pero siempre coquetería. Con frecuencia he pensado que Diana, si hubiera llevado un bonito traje de caza, hubiera sido feliz al verse admirada por Acteon; si lo hizo matar, es porque la miró antes que la costurera la hubiese arreglado. La aventura de Penthesilea me parece que prueba cuan mujer sigue siendo una amazona belicosa... hasta perecer de amor.»

«Insistís—dice la famosa Clemencia Royer—en tener mi opinión sobre las *sportswomen*, y tengo el sentimiento de decir que detesto esa palabra, porque soy muy *nacionalista*, en cuanto á la lengua. Prefiero igualmente el ligero volante, brincando sobre la raqueta y que da á las jóvenes tan graciosos movimientos, al absurdo *croquet*, que hace inclinar todas las frentes hacia el polvo, como encuentro la antigua pelota francesa muy superior al brutal *foot-ball*.»

«Nuestra misión en esta tierra—dice Lucía Tassart—es re-

presentar el encanto, la bondad, la dulzura. Mi franqueza me obliga á decir que algunas mujeres no buscan en la bicicleta sino una sensación nueva, una embriaguez, un vértigo, y frecuentemente también se apoderan de este medio para escapar de toda vigilancia, tomar contacto y hacer brotar la chispa... Nosotras no somos ya mujeres, ni podemos todavía ser hombres; tengamos cuidado, no vayamos á ser neutros.»

«La práctica de los recreos físicos—dice Jorge Vanor—equivale en la mujer á la ovariectomía de la gracia; la moda y el *chic* consienten el traje de amazona para la equitación, pero reprueban los pantalones de la ciclista y las gafas de la automovilista. La mujer tiene otros medios—no digo otros *sports*—que la aerostación y el alpinismo para acercarnos al cielo.»

PEDAGOGIA

LA ENSEÑANZA EN ALEMANIA.—Desde hace algún tiempo—dice en *L'Humanité Nouvelle* Antonino de Gerando—muchos franceses estudian los modos de enseñanza de Alemania, enviados por el Gobierno francés ó por iniciativa privada, y es muy de temer que en Francia, como en gran parte de Europa, se prenden de esa pedagogía alemana que declaran los alemanes admirable. La alaban, sin duda; pero nosotros, los húngaros, por ejemplo, que tanto tenemos que sufrir con ella, sabemos bien á qué atenernos. Alemania es hoy Prusia, y Prusia es el militarismo, es decir, la doctrina del egoísmo feroz, la razón del más fuerte, el triunfo de la materia.

El gran defecto de esta pedagogía alemana de 1900 es no desarrollar en el hombre más que la memoria; todo lo demás, corazón, alma, pensamiento, sentido crítico, sentido artístico, imaginación, queda ahogado por esa desgraciada memoria, que se atiborra de hechos, fechas, cifras y fórmulas hasta hacer del hombre la más complicada é inerte de las máquinas.

Tomemos por ejemplo la enseñanza del latín: el alumno

comienza el latín en la primera clase del gimnasio á los diez años, y le dan para ello la Gramática latina de Federico Schultz, que es un tomo en 4.º de 340 páginas, con 317 reglas y otras tantas excepciones escritas en estilo pesado y obscuro, habiendo reglas que hay que releer hasta cuatro veces para comprender su sentido. El pobre alumno queda aplastado del primer golpe; pero con el miedo á las malas notas, y sobre todo á ese famoso 5 que implica su despedida, aprende de memoria innumerable cantidad de reglas y excepciones de un modo puramente mecánico. Después le hacen leer algunos textos desfigurados de autores clásicos para aplicar las reglas y excepciones aprendidas, y el alumno no tiene ni tendrá nunca ninguna idea, ni vista de conjunto, ni horizontes más amplios, ni percepción del sentido íntimo de las cosas.

Y así son todos los libros de clase, escritos en estilo nebuloso, atascados de términos científicos y conteniendo absolutamente todo menos lo esencial: el alma, el fondo íntimo de las cosas, la vida misma. Cuanto más ininteligibles son, por más profundos y científicos se les tiene. Y cuando el alumno sabe de memoria suficiente número de reglas, cree haberse sorbido toda la ciencia y no concibe siquiera que haya nada más allá.

Todo este sistema es excelente para hacer máquinas que puedan llevarse ante los cañones, pero no para crear hombres que puedan y sepan sentir, amar, pensar, imaginar, entusiasmarse y querer, y que sean dignos de trabajar por el progreso y la felicidad del género humano. La pedagogía alemana puede ser muy erudita, pero no crea buenos maestros; carece de alma, y de toda su erudición no queda más que un armatoste para la memoria, que no sirve para nada en la vida, que se arroja al salir de la escuela y que no deja más huellas que la fatiga y los gérmenes que ha matado y marchitado en el alma viva.

Para instruir, para ensanchar realmente el horizonte del espíritu, para despertar las fibras íntimas del corazón y de la

inteligencia, hay que ser *artista*, en la acepción más alta de la palabra; hay que saber vibrar uno mismo para hacer vibrar el alma de los demás, abriéndola á la enseñanza. Sin eso, por mucha erudición que en la memoria se vierta, jamás penetra en el alma, aparte de que no es erudición, sino vida, lo que necesita el alumno.

Todo ese flujo de erudición es tan pedante, tan seco, tan árido, de tal modo desesperante, que explica perfectamente por qué tantos alumnos se suicidan en Alemania antes de los veinte años. El sér humano tiene corazón, alma, inteligencia, sentido de lo bello, necesidad de ideal; y en lugar de atender á todo esto, se desequilibra la armonía de ese sér, convirtiéndolo en pura máquina. Cada espíritu tiene su propia vida, y es un crimen querer forzar todos los espíritus á seguir mecánicamente el mismo camino, ahogando la inteligencia en una inundación de hechos y de fórmulas que no puede digerir.

El buen profesor debe ayudar á cada alumno en su trabajo de desarrollo interior, trabajando con él de modo que el alumno se sienta sostenido y dirigido por una voluntad ilustrada y amante. Pero, lejos de eso, los adeptos de Herbart y de Karman proclaman que el profesor no debe atender más que á su clase; los alumnos son números, y sólo existe la clase; el colmo de la gloria para un profesor es no conocer, después de todo un año de enseñanza, ni un solo alumno por su nombre.

La mayor vergüenza de la pedagogía alemana, á pesar de la indigesta erudición de sus libros, es el no haber abolido al finar el siglo XIX las ignominiosas penas corporales. Se ha querido en estos días reducir, solamente *reducir*, el número de golpes distribuidos en las escuelas, y los maestros han protestado en seguida unánimes: «¡No es posible la enseñanza sin látigo!» ¿No es esto más elocuente que todo cuanto pudiera decirse?

«Deje, pues, Francia decir á sus vecinos—concluye De Gerando,—y hasta á sus propios profesores universitarios, que una Gramática escrita por un alemán es mil veces superior á

todas las Gramáticas francesas; pero no crea semejante cosa ni se deje arrastrar por el oleaje de la moda reinante. Deje decir todo lo que quieran, y siga siendo lo que es y lo que ha sido, y continúe formando profesores que enseñen con su corazón, con su alma, con su entusiasmo, con su fe en el progreso de la humanidad, con ese sentido artístico que hace de Francia, no en teoría, sino prácticamente, una verdadera educadora.»

ENCICLOPEDIA

ESPAÑA.—Así se titula el magnífico libro ricamente ilustrado, que, constituyendo tres de sus números ordinarios, dedica á nuestro país la *Nouvelle Revue Internationale*, tan admirablemente dirigida por la Princesa Rattazzi.

Es un estudio tan ameno y variado, tan completo y tan bien presentado sobre nuestro país, y hecho por plumas en general tan autorizadas y con tanto tino escogidas, que no cabe más que aplaudir tan laudable iniciativa y agradecer á la infatigable y excelsa escritora que haya lanzado al torrente de la publicidad internacional un libro de información tan exacta y de factura tan artística como el suyo.

Tras un entusiasta y hermosísimo prefacio sobre *La Patria española*, de la señora Rattazzi, viene estudiada la política y la literatura, la corte y la sociedad, el Ejército y la Marina, la justicia y las colonias, el arte, la etnografía y la regeneración, todo en artículos tan breves como sustanciosos, en los que no se sabe qué espigar, pues lo que no seduce por la forma resulta impagable por el fondo.

Los artículos de política los firman Navarro Reverter, que pasa revista general á la situación del país en 1900; Canalejas, que estudia la organización de los partidos; Pí y Margall, que expone la historia del federalismo; Azcárate, que desarrolla el tema del regionalismo; Valera, que examina la si-

tuación de España en sus relaciones con Europa; García Ladevese, que estudia el partido republicano; Valbuena, el carlismo; Moya, los hombres de Estado contemporáneos, y Figuerola-Ferretti (Manuel) la organización política y administrativa del país.

No son menos interesantes, aunque quizá pequen de incompletos y un tanto desiguales, los artículos consagrados á la literatura, estudiando unos autores el movimiento literario en general; otros, como Ferrari, Núñez de Arce y Manuel del Palacio, la poesía; Picón, la novela; Dicenta, el teatro, y Gómez Carrillo, la prensa.

Curiosísimos, y seguramente muy saboreados por las damas, son los artículos dedicados á «La Corte y la Sociedad», firmados por Emilia Pardo Bazán, que los consagra á la dinastía española y á las mujeres de la aristocracia; Monte-Cristo, que nos presenta *la corte*; Abascal, que pasa sabrosísima revista á la sociedad de Madrid; Figuerola-Ferretti (Luis), que examina la vida en la corte, y el Duque de Rivas, que transcribe una delicada representación de Navidad en el Palacio Real, cuyos actores fueron el joven Rey y su hermana la Infanta María Teresa.

Los artículos consagrados al Ejército y á la Marina los suscriben el General López Domínguez, Jenaro Alas, Novo y Colson y Eugenio Sellés, los tres primeros desde el punto de vista técnico; el trabajo de Sellés es una hermosa página dedicada á la espada española, fragmento de un drama inédito, que acaba con un rasgo sarcástico.

El Marqués del Vadillo, el reputado jurisconsulto Ruiz Jiménez, Alonso Colmenares y Manuel Figuerola examinan lo relativo á la Justicia, estudiando respectivamente la codificación en España, la justicia española, el movimiento del derecho internacional en España y la organización judicial.

Sólo un artículo, y quizá es demasiado, por aquello de que «en casa del ahorcado no debe mentarse la soga», aparece dedicado á las colonias, firmándolo D. Rafael de Labra.

Los artículos sobre el arte son tres: el primero «Las bellas artes», lo suscribe Cánovas; el segundo, «La música», lleva la firma ilustre de Bretón, y el tercero, «El arte monumental en España», la del arquitecto Lampérez.

Llenos de color y vida, aunque un poco recargado el primero de adornos y no siempre del todo exacto en los pormenores, son los artículos de etnografía, firmando Salvador Rueda, en el «España pintoresca: trajes y costumbres»; Emilia Pardo Bazán, «Los bailes flamencos»; Pérez Nieva «Fiestas populares»; Patrocínio de Biedma, Consuelo de Miranda, Ortega Morejón y Rafael de la Viesca, «Andalucía», los cuatro; Concepción de Flaquer, «La mujer», y Antonio Blázquez, «El país español».

El problema de la regeneración, que cierra el volumen, se presenta estudiado por Beraza, «La situación económica»; Reparaz, «El programa de la regeneración»; Salvany, «El porvenir de España»; Picón, «La patria y la juventud», y el Barón Stock, «España en la Exposición».

Como muchos trabajos, no menos interesantes, no han podido tener cabida en el volumen reseñado, la Princesa Rattazzi no ha vacilado en dedicar á los mismos un suplemento que contiene lo relativo á la «Instrucción pública», por Aniceto Sela; los «Trabajos públicos», por Eugenio Rivera; «El Don Juan español», por Blanca de los Ríos; «Las mujeres de España», por Luis Figuerola; «El alma de América», por Sellés; «El movimiento literario», por Emilia Pardo Bazán; «El grito de alarma», por González Serrano; «La política del deber», por Pareja de Alarcón; «El balance de la guerra de Cuba», por Ibáñez Marín; «José María de Pereda», por Pérez Galdós; «Sobre la regeneración», por Reparaz; «La literatura española en el Extranjero», por Altamira; «La evolución del arte», por Cánovas; «El preciosismo español», por Palacio Valdés, y «Retratos de escritores», por Melchor de Palau.

BIOGRAFIA

SILUETAS PARISIENSES: LOS ROSNY. — Los hermanos Rosny escriben novelas y más novelas, y para esta ruda misión que no acaba nunca — dice Zadig, en la *Revue Bleue* — se han asociado los dos; para conquistar un nombre han renunciado al que tenían; uno se llama J. y otro H. ¿Qué es J.? ¿Qué es H.? ¿Cuál es J. y cuál es H.? ¡Mayúsculas misteriosas, individualidades impenetrables! Son dos, dos en uno. Son los Rosny, son J-H. Rosny. Hay el que se ve y el que no se ve, y son semidesconocidos casi célebres.

Existen, sin embargo, los dos, como existe su obra, no siendo inexacto decir que los Rosny no saben escribir en francés, y su incorrección es espontánea ó hacen esfuerzos prodigiosos para ser incorrectos. No conocen más giros que los que no se emplean ya, ó los que han de emplearse quizá más tarde; si sus barbarismos son anticuados, sus neologismos son siempre bárbaros. Términos científicos, epítetos sorprendentes, metáforas inesperadas, construcciones imprevistas, perífrasis inverosímiles, masas informes, amontonamientos, tropeles, sus libros son como las canteras de un contratista de demoliciones.

Les gusta demasiado la ciencia y eso es lo que nos mata. Tienen una teoría literaria, habiendo emprendido el buscar en «las adquisiciones de la ciencia y de la filosofía elementos de belleza más complejos y más en relación con los desenvolvimientos de una alta civilización», y profesan la doctrina de que «los grandes descubrimientos de nuestro fin de siglo son susceptibles en el más alto grado de ser transmutados en materiales literarios»; lo dicen, y transmutan todo lo que pueden. Y no notan que la ciencia no está más en su puesto en la literatura que la literatura en la ciencia.

Y las «adquisiciones de la ciencia» proporcionan á los

Rosny los asuntos de sus obras. Saben toda la evolución de las razas y de las ideas desde el principio del mundo y un poco antes, hasta las edades contemporáneas y un poco más. Y estudian todos los seres, desde los hombres de las cavernas hasta los literatos, y desde las mujeres extraordinariamente salvajes, hasta las que no lo son bastante. Puede decirse que para perdonarles sus defectos, sería preciso que tuvieran genio. Pero no estamos en tiempos de genios literarios, y lo único exacto que sobre esto se sabe es que nadie tiene genio, salvo quizá algunos jóvenes de diez y ocho años, que á los veinte dejan de tenerlo.

Hay, sin embargo, que decirlo: los defectos mismos de los Rosny son grandiosos. Tienen esplendor y brillo, esplendor turbio, brillo nebuloso; pero, ¡qué magnífica irradiación á través de sus libros, por intermitencias! ¿Dónde encontrar páginas más bellas que el relato de la muerte de Lamarque en *Imperiosa bondad*? ¿Y qué decir de *La Tentadora*, ese cuento minúsculo que lo mismo puede ser una obra maestra que una obra ordinaria, siendo en todo caso un bosquejo ligero y encantador? Exaltemos á esos escritores indisciplinados: tienen bastante fuerza para que les sea lícito carecer de gusto.

*
* *

PEDRO LOTÍ. —Los libros de Lotí—dice Zadig—son suficiente compensación de todas las impresiones de viaje con que los autores nos agobian. La vida de Pedro Lotí es un viaje perpetuo y sus libros son guías poéticas á través de los mares y los mundos.

La fisonomía de Lotí es singular entre las de los escritores contemporáneos. Por de pronto es un especialista de la descripción; ha elegido este género literario, y desde el día que lo escogió, fue el maestro del género. Hubiera podido limitar su labor á dos ó tres obras, pues sus primeros libros fueron

obras maestras; pero cumpliendo su misión, sus libros se acumulan, todos semejantes y todos hermosos.

Y viaja, porque es su oficio, y porque este oficio conviene á sus inclinaciones. Y es original, precisamente porque pinta cuadros del universo entero, formando la más rara y completa colección de proyecciones luminosas de todos los países. Recorriendo en sus libros todas las regiones terrestres, descubre, con la Naturaleza, lo que está más cerca de ella, la mujer; y así como nos muestra la Naturaleza en su esplendor normal, así nos presenta á la mujer en su ocupación más natural, el amor. Y sus libros, que son una colección de paisajes, son también una recopilación de historias de amor, amor comprendido por Lotí de un modo muy nuevo, por ser el más antiguo. En nuestra época, castigada por las plagas del adulterio y la psicología, los amores son extraordinariamente complicados, más todavía en las novelas que en la realidad; pero en Lotí el amor es sencillísimo, reduciéndose al amor físico, á la sensualidad, por la que los hombres y las mujeres salvajes se parecen á los civilizados. Y en verdad que para suscitar siempre los mismos amores no era indispensable viajar tanto.

Pero Lotí viaja tanto para aislarse mejor; quiere estar siempre solo consigo mismo, y lo consigue porque suprime todos los demás hombres. Lotí contempla los mares, las tierras y los cielos, y se contempla á sí mismo. Y se pinta con gravedad ingenua é imponente. Habla de sí mismo, y no cansa á nadie, ni aun á él. Y hasta su recepción académica fue un acontecimiento dos veces memorable, porque fue Lotí quien habló, y porque Lotí habló de Lotí; él, que se ve solo bajo la bóveda infinita de los cielos, no podía distinguir á nadie más que á sí mismo bajo la cúpula de la Academia.

*
* *

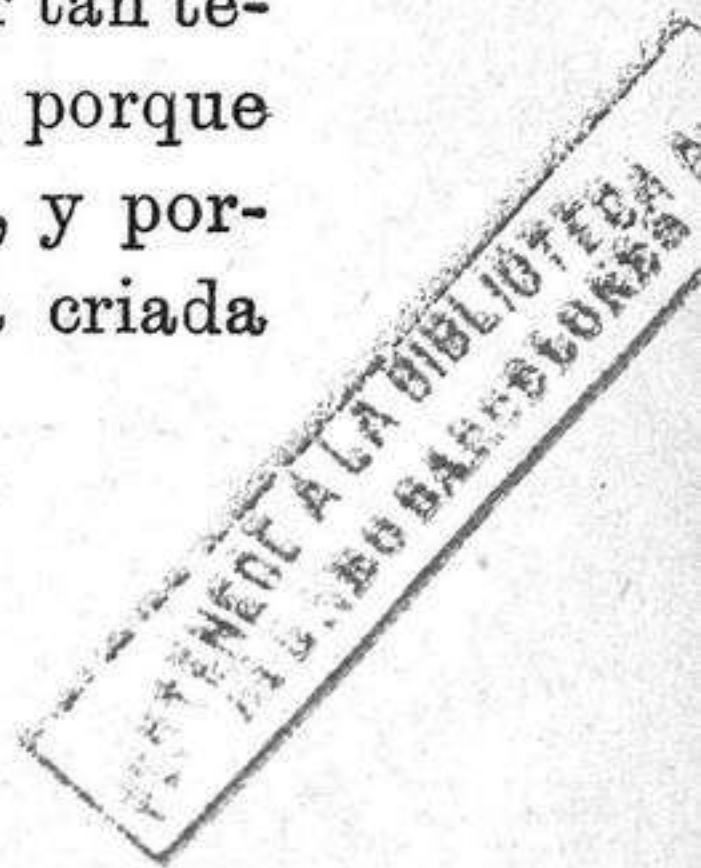
LUCIANO DESCAVES.—Luciano Descaves nació en 1860, empezó á escribir en 1887, y desapareció—dice Zadig—al año

siguiente. Su nombre ha sido usurpado por un literato cuya personalidad es desconocida, aunque no falta quien piensa que el Luciano Descaves de ahora es el mismo que escribió *Sous-Off*, y que todo lo que ha aparecido después con su nombre estaba contenido en germen en aquella obra cuyo mérito es muy discutible, y que si dió de un golpe notoriedad y fama á su autor, no fue sino porque hubo un Ministro que la denunció, dando á Descaves el glorioso privilegio de ser perseguido.

La persecución, sin embargo, para producir todo su efecto, impone ciertas obligaciones. Descaves, que había atacado las caducas instituciones burguesas y las decrepitas instituciones militares, debía ser toda su vida un rebelde, un segundo Julio Vallés, aunque con uno hay de sobra. Pero aquellos furros primitivos se han fundido después en lacrimosa sensibilidad, y Descaves se ha convertido en el más grueso de los escritores sensibles, una especie de Severina con pantalones, de todo punto insoportable.

Y, sin embargo, Luciano Descaves fue al principio enemigo personal de todos los burgueses, y es el autor de *¡Caponés!* El mismo es un burguesillo de las letras: no teniendo nada de escritor, ni profundidad de filosofía, ni observación, ni imaginación, ni finura de espíritu, ni elegancia de alma, ni estilo, hace sencillamente su oficio, y sobresale en ser buen camarada, tan atento á conservar sus amigos como un funcionario á complacer á sus jefes de oficina.

Es además miembro de la Academia de los Goncourt. No tenía título ninguno para serlo; pero lloró más que nadie la muerte de Goncourt, y mientras los demás académicos ya se habían consolado y se callaban, él seguía llorando, llevando flores á su tumba y escribiendo artículos tiernos, respetuosos y admirativos cada aniversario. ¿Cómo no recompensar tan tenaz admiración? Hicieron bien en elegir á Descaves, porque la literatura se interesaba poco en semejante elección, y porque, después de todo, no era cosa de elegir á la vieja criada Pelagia.



HISTORIA CONTEMPORANEA

LA CHINA ACTUAL.—El imperio de China abarca un territorio equivalente—dice en la *Nuova Antologia* Attilio Pratesi—á 38 veces el de Italia, con una población de 360 á 400 millones de habitantes. Su clima, desde Siberia al Trópico, es variadísimo, como su suelo, bien cultivado en general y surcado por grandes ríos y numerosos canales. Contiene muchísimas minas de todo género y yacimientos de hulla más extensos y ricos que los de Inglaterra y Norte América juntos. Los chinos son sobrios y viven de la agricultura, siendo sus producciones principales té, seda, algodón, caña de azúcar, arroz, cereales, legumbres, barnices, frutas, opio, tabaco y bambú.

Este inmenso territorio, con su incontable población de diversas razas, está regido por un Emperador que reside en Pekín, y que se sirve para gobernarlo de virreyes, gobernadores y mandarines, teniendo para defenderse una milicia mandada por oficiales relativamente escasos, y en general poco instruídos, y compuesta en su mayor parte de soldados sin armas ni monturas, y con la que á veces se forman ejércitos de más de 100.000 hombres para sofocar las rebeliones que á cada paso estallan en uno ú otro punto del Imperio.

La población vive en su mayor parte en casas modestísimas, especie de cabañas de un solo cuerpo con paredes de barro, siendo raros los edificios de dos pisos. Los templos, precedidos de atrios, flanqueados por dos monstruos y sostenidos por columnas de madera, son numerosos, siendo el budhismo la religión más difundida y las máximas de Confucio las más generalmente seguidas, aunque el chino suele ser poco dado á las prácticas religiosas, limitadas á breves oraciones ó actos de adoración.

El pueblo se alimenta de vegetales y huevos, que cuestan de 12 á 18 céntimos la docena; donde hay ríos ó canales co-

men peces, secando ó ahumando el sobrante para llevarlos á otras comarcas. Su bebida habitual es la infusión de té, sin azúcar, no conociendo más bebida fermentada que una especie de aguardiente de mijo, muy malo. Fuman tabaco y opio, y sus pipas son tan pequeñas como largas, pasándose la mayor parte del tiempo en cargarlas, encenderlas y limpiarlas. No se admite la poligamia, pero se tolera el concubinato, y las concubinas viven pacíficamente en compañía de la mujer legítima, gozando sus hijos de los mismos derechos que los legítimos.

No hay verdadero sistema monetario, haciéndose los cambios por *sapekes*, llamados por los ingleses *cash*, moneda de bronce del tamaño de las nuestras de 5 céntimos, con un agujero cuadrado en el centro para poderla enhebrar; generalmente se juntan mil en dos filas de cinco grupos con cien monedas cada uno, que se llevan á la espalda; el peso normal de cada una es el de 5 gramos; pero los particulares las funden y hacen el gran negocio transformándolas en otras mucho más pequeñas que valen lo mismo; así, cada grupo de cien monedas enhebradas presenta un aspecto fusiforme, estando en medio las mayores y á los extremos las más pequeñas; el valor de tales monedas es el de 900 por duro, ó sea tres décimas de céntimo cada una; pero este valor varía de un lugar ó de un mes á otro, pudiendo subir á 0,004 ó bajar á 0,0025. Como tan escaso valor es una gran dificultad para cualquier operación comercial, se usa el *tael* de plata, moneda nominal de 37,8 gramos de peso; se hacen lingotes en forma de barquilla ó chinela de 25 ó 50 taels, que luego se recortan hasta obtener el peso correspondiente al precio, sistema pésimo que origina disputas y camorras, y con el que hacen su negocio los cambiantes. Sólo en algunos lugares se usan billetes de Banco de 1.000 sapekes. El oro no se usa como moneda, y todas las minas de oro y plata son propiedad exclusiva del Emperador. La acuñación de los sapekes representa para el Gobierno una pérdida considerable, pues el kilo de bronce cuesta una pese-

ta, y 200 sapekes, que pesan un kilo, sólo valen 60 céntimos. El Gobierno intentó acuñar para evitar esta pérdida nuevas monedas, á las que dió el valor de 20 sapekes; pero el pueblo sólo las aceptó por 2 sapekes, y así circulan todavía.

Los oficios públicos forman casi el monopolio de la clase letrada de la población; pero como cuesta mucho dinero conseguirlos y están muy mal pagados, todo funcionario se dedica á explotar su cargo á costa de sus subordinados y de la población. Los servicios públicos apenas existen ó están abandonadísimos, y por eso el pueblo no quiere al Gobierno, aunque lo aguanta todo por apatía, salvo cuando se harta y se levanta en motín ó en formidable insurrección.

En cuanto á sus relaciones internacionales, el *Sinim* de Isaías, el *Thin* del periplo de Ariano, la *Sérica* de Ptolomeo y de Plinio, la *China* de Marco Polo, es país que se ha complacido siempre en el aislamiento, viviendo separado por su gran muralla del resto del mundo hasta el presente siglo. En 1841, el tratado de Nanking, á consecuencia de la guerra del opio, abrió al comercio inglés los cinco puertos de Canton, Amoy, Funchan, Ningpo y Shanghai, y le valió la cesión de la isla de Hong-Kong; en 1844; el tratado de Wampoa, entre Francia y China, abrió el imperio á todos los extranjeros; en 1858, en Tientsin, se reconoció á las potencias el derecho á que sus representantes residieran en Pekín, ratificándose este pacto en 1860, y siendo admitidos en 1872 por primera vez los Embajadores extranjeros en las fiestas palatinas con motivo del matrimonio del Emperador; en 1878-79, el tratado de Livadia otorgó á Rusia una porción del distrito de Kuldía y la concesión de un camino de Hankan á Siberia; Francia, por su parte, tras las guerras del Annam y del Tonkín, obtuvo no pocas ventajas comerciales y territoriales, y en estos últimos años se ensancharon, tras la guerra con el Japón, los dominios europeos en China, con las concesiones de Puerto-Arturo á Rusia, de Wei-hai-Wei á Inglaterra y de Kiao-Cheu á Alemania, haciéndose importantes concesiones de obras públicas, algunas ya

terminadas, y otras en construcción. Tal es, en suma, la situación actual; muchos puertos abiertos á los extranjeros: las tres estaciones navales de Puerto-Arturo (rusa), Wei-hai-Wei (inglesa) y Kiao-Cheu (alemana), y el derecho de viajar con pasaporte, pero no de residir ni poseer, en el interior.



LOS «BOJEADORES» Y LAS SOCIEDADES SECRETAS EN CHINA.—
La *Revue Bleue*, de París; la *Nuova Antologia*, de Roma; la *Review of Reviews*, de Londres, y otras muchas revistas, dedican al estudio de las sociedades secretas de China sendos artículos, cuya substancia procuraremos resumir del modo más claro y preciso para conocimiento de nuestros lectores.

En China, como en todo país regido despóticamente, hormiguean las sociedades secretas; ricos y pobres, casi todos están afiliados en alguna, especialmente desde el siglo XVI en que, derrocada la dinastía nacional de los Ming por la Manchú, los partidarios de la causa vencida sintieron la necesidad de defenderse. La más antigua de estas sociedades es la Hung, que opuso gran resistencia á cumplir la orden de dejarse la trenza, y que no pudiendo eludirla, la envolvió en una especie de cofia que la oculta; su papel político se descubre en algunas de sus máximas, como las que dicen «arriba los Ming, abajo los Manchús»; «obedece al cielo, marcha por camino derecho y repón en el trono á los Ming».

Sectas derivadas de la Hung son las cuatro más importantes que hasta estos últimos años han florecido en China: la Triada, los Ko-lao, los «Quemadores de incienso» y los Vegetarianos. La sociedad que en Cha-tung había tomado el nombre de *Ta-tao*, que significa «gran cuchillo», es la que provocó, con el asesinato de los dos alemanes de la misión italiana, la ocupación alemana de Kiao-chen. Los *ta-taos*, ganosos de represalias, se aliaron con los de la sociedad *Ko-lao*, y tomaron el nombre de *Chung-ho-chuan*, es decir «puño de la fiel

armonía» ó «liga de los puños», de donde los ingleses han sacado el nombre de *boxers* ó bojeadores, con que los llaman.

El fin de esta secta es acabar en China con la dominación extranjera y con todo lo que significa civilización europea, ferrocarriles y misiones. Lejos de ser antidinástica, pretende ser el sostén de la dinastía actual, y especialmente del partido conservador y de la Emperatriz antireformista; su fuerza estriba en esto, y el peligro principal con que han de luchar las tropas europeas consiste en que esa sociedad se extienda por todo el Imperio, y representa las aspiraciones nacionales, teniendo su principal apoyo en el propio palacio imperial de Pekin, como antes lo tuvieron los reformistas, gracias á Kang-Yu-Wei. Pero esto merece capítulo aparte.

*
* *

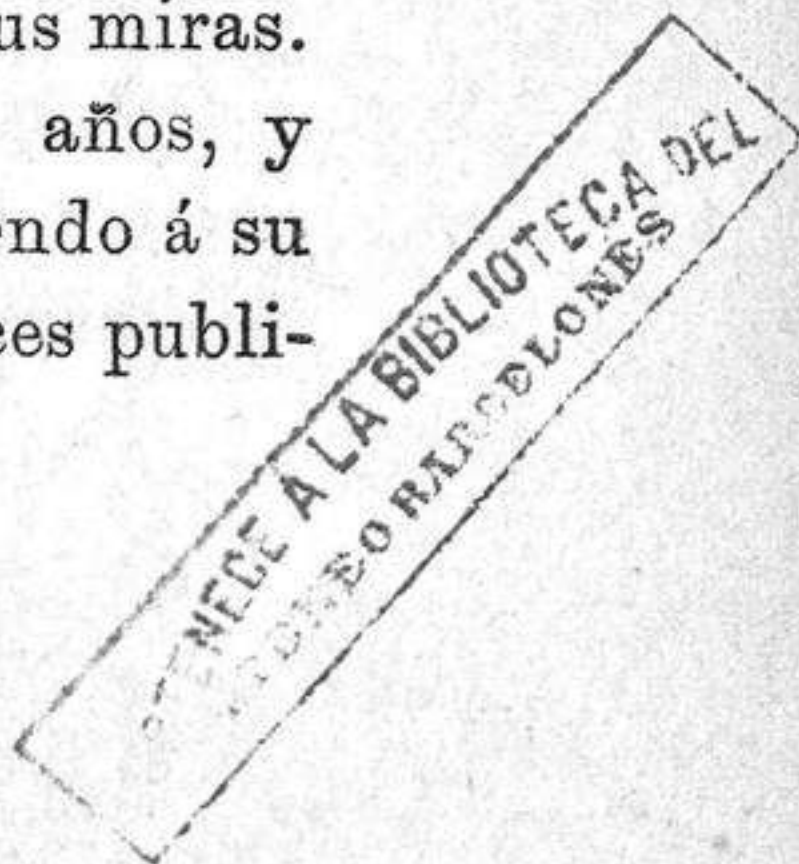
DOS CARACTERES CHINOS: LA EMPERATRIZ TZE-CHI Y KANG-YU-WEI.—Kang-Yu-Wei, nacido en Canton en 1859, obtuvo en 1895 el grado de *Chin-Chih*, que le daba una posición oficial, siendo nombrado Secretario del negociado de Obras públicas. Por entonces estalló la guerra con el Japón, y conocidos los términos del Tratado de Shimonosaki, Kang-Yu-Wei y uno de sus amigos, Liang-Chi-Tsao, dirigieron al Emperador una protesta contra su ratificación, firmando el documento los estudiantes del Kuang. Los censores, sin embargo, asustados del tono de la protesta, no se atrevieron á transmitirla al Emperador; pero pocos días después, el 2 de Mayo, 1.300 graduados de provincias, firmaron otro nuevo informe de Kang-Yu-Wei, y entonces los censores no se atrevieron á detener el documento. Kang fue admitido en la corte y se hizo jefe del partido reformista, con el apoyo de Weng-Tung-Ho, tutor del Emperador, fundando un periódico y organizando clubs.

En Diciembre de 1895, dos miembros importantísimos del club se atrevieron á pedir al Emperador nada menos que el destierro de la Emperatriz viuda Tze-Chi. Con tal motivo

hubo escenas violentas en palacio, triunfando por el momento la Emperatriz, que hizo destituir á los dos atrevidos funcionarios, pero que tuvo á su vez que desprenderse de Li-Hung-Chang enviándolo de Embajador á Rusia. Aquel paso determinó la formación de los dos partidos: el reformista, dirigido por Kang-Yu-Wei y Weng Tung-Ho, tutor de Kuang-Su, y al que se inclinaba este Emperador, y el conservador, á cuyo frente estaba la Emperatriz tía, con todo el mandarinato chino. Era la lucha de dos firmes voluntades y de dos verdaderos caracteres, siendo difícil predecir el resultado.

La Emperatriz, de sesenta y seis años, es una mujer ambiciosa, hábil y valiente; viuda desde 1861 con un hijo de varios meses, formó parte de un Consejo de regencia en el que entraban también la primera mujer del difunto, Tze-Am, y los dos tíos del Emperador, los Príncipes Kuang y Chun, presidiéndolo el Príncipe I; éste, con los Ministros, maquinó matar á las dos Emperatrices y á los dos tíos del Emperador para quedarse dueño del poder; pero enteradas las Princesas, denunciaron el complot, y el Príncipe Kung se presentó en palacio con una orden escrita del Emperador (¡de nueve meses de edad!) relevando á los Ministros y á I de sus funciones, y nombrando Regentes á las dos viudas y á Kung; por buenas composturas, dos de los Ministros obtuvieron el favor de matarse con una cuerda de seda, y otro fue decapitado.

Aquí comienza el papel político de Tze-Chi; la otra viuda, que era la esposa legal del difunto Emperador, tenía un carácter modesto y dejaba hacer á su compañera. Esta es la que ha dirigido realmente desde entonces todos los asuntos de China, pretendiendo emular á Semíramis y á Catalina II. Desde su elevación al rango de primera regente desaparecieron de uno ú otro modo, ejecutados, desterrados ó por enfermedad, todos los personajes de distinción que podían oponerse á sus miras. En 1874 casó á su hijo, que tenía entonces catorce años, y éste, creyéndose soberano, publicó un edicto deponiendo á su tío el príncipe Kung; pero en seguida las emperatrices publi-



caron otro reponiéndole, y al poco tiempo se anunció que el Emperador estaba enfermo, y el 12 de Enero de 1875 murió. Su viuda, que quedaba encinta, podía ser un obstáculo para las miras de Tze-Chi, si daba á luz, pues entonces le correspondía de derecho la regencia; como su joven esposo, no tardó en enfermar y fallecer.

Entonces fue proclamado Kuang-Su, el Emperador actual, hijo del príncipe Chun, de tres años de edad, continuando durante su minoridad su tía Tze-Chi ejerciendo el poder supremo hasta 1889, en que le entregó oficialmente las riendas del Gobierno. Su intervención, sin embargo, continuaba siendo casi tan directa como antes, y la prueba de ello es que, habiendo regresado de Europa el marqués Tseng en 1890 con propósitos reformistas, que logró llegara á compartir el propio Chun, padre del Emperador, no tardó en enfermar y morir, siguiéndole á poco el mismo príncipe Chun, muerto súbitamente en Enero de 1891. Con esta mujer tenía que habérselas Kang-Yu-Wei.

El Emperador Kuang-Su, joven enfermizo, melancólico, corto de estatura, vástago raquítico de una raza agotada, se hallaba colocado entre su deseo de atender á sus convicciones de reformista y su temor de disgustar á su tía la Emperatriz Tze-Chi. Apremiado por Kang-Yu-Wei, que le presentaba el ejemplo de Pedro el Grande, aleccionado por la reciente guerra con el Japón y espoleado por los golpes de las potencias, apoderadas hoy de Puerto-Artur, al otro día de Wei-Hai-Wei y al otro de Kiao-Cheu, el Emperador comprendió la absoluta necesidad de reformar la educación, instituciones y costumbres del país, para ponerle en condiciones de luchar con sus enemigos, y se lanzó resueltamente por el camino de las innovaciones.

En Junio de 1898 lanzó su primer edicto, sincero y levantado, que llenó de estupor al Imperio por la franqueza con que se denunciaban los males del país; el 31 de Agosto ordenó la supresión de multitud de cargos, llevando á las filas del man-

darinato y del funcionarismo el espanto y el terror; el 11 de Septiembre creó escuelas para el cultivo de la seda y el té, y fundó la Facultad de Medicina bajo la dirección de prácticos europeos; el 12 del mismo mes dispuso que los altos funcionarios cumplieran la regla de presentarse por lo menos cada tres años en Pekin para que el Emperador los examine y se asegure de sus aptitudes; el 13 publicó un edicto importantísimo autorizando á los taotés y gobernadores para dirigir al Emperador Memorias sobre reformas ó abusos, y á cualquier súbdito del Imperio para exponer por vía jerárquica sus opiniones y deseos; otro edicto decretaba la libertad de la prensa para ilustrar á los que están en el poder y desgarrar el velo que oculta en la obscuridad el mal gobierno de los funcionarios.

Esta oleada de reformas se paró de pronto: la Emperatriz se cansó, y apoyada por todo el mandarinato, se resolvió á cortar por lo sano, dando el golpe de Estado de 21 de Septiembre de 1898. ¿Qué pasó en el palacio? ¿Convenció la tía al sobrino de que se lanzaba por un camino peligroso, que no podría ni sabría contenerse en la pendiente y que le convenía entregar el poder á manos tan expertas como las suyas? ¿Empleó la violencia secuestrándole? Nadie lo sabe. Lo cierto es que la reacción fue terrible: seis de los confidentes íntimos de Kuang-Su fueron decapitados, y la cabeza de Kang-Yu-Wei, que pudo escapar, fue puesta á precio; los manchús sustituyeron á los chinos en los altos cargos, Kuang-Su fue destituido, y en Enero de 1900 la implacable Tze-Chi ha designado como Emperador al príncipe Pu-Ching, niño de once años, cuyo padre, el príncipe Tuan, era el jefe de la sociedad secreta de los bojeadores. Como decía el ilustrado Marqués japonés Ito, vísperas del golpe de Estado, «el Emperador estaba bien inspirado, pero iba demasiado aprisa», aunque probablemente yendo despacio le hubiera sucedido lo mismo.

*
* *

LA INSUFICIENCIA DIPLOMÁTICA Y LA GUERRA EN CHINA.— «La leyenda de la sabiduría y habilidad de la diplomacia—dice César Lombroso en la *Nuova Antologia*—ha nacido de que los diplomáticos, escogidos generalmente entre los más nobles y ricos, suelen hacer gran gasto de silencio y gestos sugestivos, aunque se ocupen de cosas insignificantes, como cuando Maquiavelo y Guicciardini, reducidos por los Médicis á la inacción, se entretenían en mandarse estrepitosos correos para hacer creer que estaban tratando graves asuntos de Estado, cuando sólo se trataba de buscar un buen fraile predicador. Hoy no se ocupan en buscar frailes, pero sí en recreos y fiestas, cuerpos de baile y negocios recíprocos, y nada, ó muy poco, salvo raras excepciones, del estudio de las condiciones comerciales, sociales y políticas del país en que están acreditados. Lo primero que importa para su elección es que sean condes ó barones de añeja estirpe, y luego que sean ricos y puedan ostentar su riqueza en su inútil representación. Lo demás es de poca monta.

Así se explican los grandes daños ocasionados por guerras ó sublevaciones de todo punto desproporcionadas con las fuerzas del país adversario á que se han expuesto los pueblos más ilustrados por falta de buenos informes diplomáticos, sin hablar de Italia, que se encontró encima con 100.000 enemigos aguerridos sin casi sospecharlo. Alemania é Inglaterra muestran, en la reciente insurrección china, su completa ignorancia de las condiciones y recursos de un país, que con su enorme población, su grande y antiquísima civilización, su tenaz amor á la familia y á la patria, su exención de los grandes daños que en nuestros países se derivan del industrialismo, el militarismo y las supersticiones clericales, constituye para Europa un peligro inmenso, no sólo por la reacción belicosa, sino porque, aun vencido, el bajo precio de sus productos ha de ocasionar terrible competencia á la producción europea el día en que sepa aprovecharse de sus medios.

Todo eso importa poco á los diplomáticos, que habían eri-

gido una buena pista de *turf*. ¡Para algo se es diplomático! Lo primero de que había que cuidarse era del *sport*, sin pensar en el volcán que ardía bajo sus pies, sin fijarse en el acuerdo que se establecía entre el pueblo, el Gobierno, el Ejército y las sociedades secretas..... ¿Qué más? Ni siquiera se fijaron en el perfeccionamiento del armamento y de la táctica, ni supieron que se habían introducido en China más de 600.000 fusiles, comprados con el dinero facilitado por Europa.

«Nosotros, pobres escritorillos—dice Lombroso—sin títulos, ni nobleza, ni grandes peculios, denunciemos el peligro amarillo y la inutilidad de la conquista de un pueblo tan aglomerado y tan superior en muchas cosas al nuestro; pero, ¿quién desde lo alto de su carroza puede fijarse en las palabras de un pobre peatón, que en vez de cubrirse el pecho de cruces se sumerge en el estudio de los libros y de los mapas?» Y lo mismo que de China, puede decirse de Filipinas y del Sur de Africa, donde los Estados Unidos é Inglaterra tropiezan, asombrados, ante todo género de dificultades desconocidas.

Cuando se oye gritar á ciertas gentes que «el antimilitarismo ha hecho bancarrota, porque todo demuestra que debemos centuplicar los armamentos actuales», debe contestarse que quien ha dado en quiebra es la diplomacia, que en vez de refrenar los ímpetus peligrosamente rapaces de los propios países, los lanza con los ojos vendados en direcciones equivocadas, donde sólo pueden recogerse desastres. Sean enhorabuena ricos y nobles los diplomáticos; pero sean también, y sobre todo, personas conocedoras del país y de la lengua de la nación á que van destinados, y conságrense, ante todo, al estudio y á la información sincera y competente de sus condiciones y elementos.

IMPRESIONES Y NOTAS

EL MAESTRO DE HISTORIA DE «L'AIGLON.»—Eduardo Rostand introduce entre los personajes de su último famoso drama al barón Obenaus, maestro de historia del duque de Reichstadt, no tratándole mejor que á María Luisa y á Metternich. Esta conducta del dramaturgo es, con razón, severamente criticada en la *Revue Bleue* por Eduardo Wertheimer, pues si respecto á Metternich y á María Luisa las opiniones están bastante divididas, y cabe que un autor, novelista ó dramaturgo, los presente del modo que más convenga al efecto que intenta producir, no así respecto al barón Obenaus, á quien ni documento alguno ni leyenda de ninguna clase autoriza á presentar como una especie de espía asalariado del Príncipe, sumiso esclavo de la Cancillería imperial.

Una de las escenas de más efecto de *El hijo del águila* es aquella en que se presenta al maestro dando lección de historia al Príncipe.—«Estamos en 1805» dice Obenaus.—«¿Qué pasó aquel año?» pregunta el Duque.—«Nada».—¿Nada? ¿Y qué hacía el Emperador?»—¿Qué Emperador? pregunta Obenaus como sorprendido.—Y entonces el Duque de Reichstadt, exaltado, lanza al rostro de su maestro las más brillantes páginas de la historia del gran Napoleón, su padre, concluyendo con sarcástica irritación:

«¡Hago pocos progresos en historia!»

Pues bien; todo esto es pura fábula creada por la fantasía de Rostand para lograr un efecto escénico. Obenaus, presentado como cómplice voluntario de una labor criminal, fue un hombre de honor y de probidad, que hubiera considerado indigno decir una sola palabra contra su conciencia á un Príncipe á quien amaba y estimaba. Así resulta del trabajo de

Wertheimer, y especialmente de la Memoria dirigida el 18 de Enero de 1831 por Obenaus al Emperador Francisco.

*
* *

ARCHIVOS FONOGRAFICOS.—Es cosa resuelta en París—según la *Revue Scientifique*—la creación de un Museo y de varios archivos fonográficos. La iniciativa de esta reforma corresponde á la Sociedad de Antropología de París, que ha confiado á los señores Azoulay y Vinson la realización de su programa, que ha de inaugurar en el siglo XX la era de la conservación de los sonidos y de los ruidos.

La lingüística, la medicina, la industria mecánica y la enseñanza sacarán gran partido de esta innovación, no estando lejos el momento en que cada familia tendrá un fonógrafo de lenguas vivas en lugar de una institutriz inglesa ó alemana para el aprendizaje de las lenguas. La innovación ha de tener su eco en las costumbres parlamentarias, y en lugar de los taquígrafos, ó á su lado por lo menos, figurará una serie de cilindros registradores para recoger los discursos de cuantos oradores se sucedan en la tribuna; de ese modo será facilísimo averiguar lo que en ciertos momentos de tumulto parlamentario se ha dicho, y cada cual podrá exigir y dar las explicaciones que tenga por conveniente. En las sesiones de los Tribunales de justicia será también el fonógrafo un poderoso recurso, y no serán los menos curiosos los archivos fonográficos de este ramo.

*
* *

RESPUESTAS INFANTILES.—Catalina Dodd ha publicado en la *National Review* los resultados de una curiosa información llevada á cabo en varias escuelas de Inglaterra. Entre las preguntas formuladas á los niños, había esta: «¿Qué preferiríais ser, hombre ó mujer? ¿Por qué?» La edad de los niños y ni-

ñas consultados era la de once ó trece años. De 300 niñas, sólo 30 contestaron que preferían ser hombres, y sólo dos niños dijeron que querían ser mujeres. Para explicar sus preferencias, mostrando las razones que tenían para preferir su condición á otra, las niñas decían: «La mujer tiene más buen sentido que el hombre»; «las mujeres son más valientes que los hombres y hacen las cosas más aprisa; y además, los hombres se emborrachan»; «las mujeres trabajan, mientras los hombres charlan.» Los niños, por su parte, alegaban para declararse satisfechos de su sexo, que «á las mujeres les cuesta mucho trabajo ganar dinero» y que «no pueden ser viajantes de comercio, ni soldados, ni exploradores, que son las únicas profesiones agradables.» Uno de los dos que prefería ser mujer, se fundaba en que «la mujer se casa, y coge el dinero que gana su marido y lo gasta como quiere; tiene una criada que hace su trabajo, y ella hace rabiar á su marido cuando vuelve tarde á casa.»

Otra de las preguntas era: «¿Qué hombre ó mujer querrías ser de los que has oído hablar? ¿Por qué?» A esto han contestado casi todos que querían ser Redvers-Buller, Wellington ó Shakspeare. «En tiempo de paz—contesta uno—quisiera ser Rey, y en tiempo de guerra, viajante de comercio»; «yo—dice otro—prefiero ser yo; en primer lugar, porque no puedo ser otro, y después, porque yo he de hacer grandes cosas cuando sea mayor.» Las niñas quieren casi todas ser la Reina Victoria, «porque es muy buena y tiene mucho dinero.»

*
* *

RECUERDOS DE ESCUELA DE EDMUNDO DE AMICIS.—De los *Recuerdos de infancia* que este genial escritor viene publicando en la *Nuova Antología*, entresacamos el siguiente párrafo:

«En tercer año de Gramática, me tocó un profesor terrible. Era un hombre de cara larga, afeitada y lívida, de inquisidor, en la que relucían dos ojos claros y fríos. No nos permitía vol-

ver los ojos á la derecha ni á la izquierda, ni estirar las piernas. Enseñaba como si estuviera oficiando en alguna ceremonia fúnebre, y tenía la manía de los cuadernos bien escritos: cuaderno para las frases italianas, para las latinas, para las dos gramáticas, para las sentencias morales, para la mitología... para todo; era una verdadera administración. No se irritaba nunca, siendo siempre dueño de sí mismo; pero, ¡qué feroz era el lenguaje que empleaba con la mayor sangre fría! A la menor falta de gramática, ya estaba diciendo: «¡Ah! vil malhechor!—¡Está usted deshonorando á su familia!—¡Es usted un traidor á la patria!—¡Acabará usted por ir á presidio!—¡Eso es ignominioso!....» A los dos meses de este régimen, no éramos todos más que esclavos temblorosos, verdaderos mártires del nuevo método, embrutecidos por los verbos irregulares. ¡Qué bien simbolizaba el estado de todos el crucifijo que estaba colgado de la pared sobre el púlpito del maestro!... En mi memoria se ha grabado el recuerdo de tres personajes extraordinarios. Uno de ellos era un tal Gatti, el único de todos que no temía al maestro Ezzelino, por lo cual le mirábamos admirados como un héroe; representaba, frente á la tiranía, el espíritu de insurrección de toda la clase. Y no nos vengaba replicando ó contestando insolencias, sino afectando constantemente el más frío desdén y la más firme voluntad de no trabajar, sin que nada, ni reconvenciones ni amenazas, lograran modificar semejante actitud. El profesor le hacía arrojarse sobre el borde de la escalera de la plataforma, y aquel héroe permanecía de rodillas mañanas enteras, con el busto erguido y alta la frente, en la postura del ángel rebelde á la gramática, mientras á nuestros ojos aparecía tan grande como una estatua de Miguel Angel.»

FERNANDO ARAUJO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Técnica antropológica y Antropología física, por Luis de Hoyos Sáinz.—
Un tomo en 8.º, 600 páginas con grabados.—Segunda edición: 1899.—
Romo y Füssel, Madrid.

Publicar en cuatro años dos ediciones de un libro exclusivamente científico y de laboratorio, es un triunfo que debe satisfacer al joven catedrático que firma la *Técnica* y fortificar el ánimo de los que trabajan por nuestra cultura científica. Si la primera edición mereció informes tan absolutamente favorables de las Reales Academias de Ciencias y de Medicina, tan parcas y hasta severas con exceso en tales asuntos, y dió á su autor la alternativa de verdadero antropólogo en las más renombradas Corporaciones de Europa y América, ésta le ha de conquistar seguramente el carácter de maestro por el libro en la antropología nacional, que con él comparten por la cátedra Antón, y por el laboratorio Olóriz, pues así resulta por ser el único libro que sirve de *texto no impuesto* en nuestras Universidades y Escuelas Normales, y lo que vale más aún, en las cátedras de Antropología de América del Sud.

Consta el libro de cuatro partes y unos preliminares, consagrada la primera de aquéllas al enunciado general del asunto y disposición de los elementos indispensables de estudio é investigación; la segunda, ó *Craneología*, á la consideración y análisis del cráneo bajo los múltiples conceptos antropológico,

craneográfico, craneométrico y de los índices y proporciones; la tercera, más en particular á la *Antropometría*, cuanto á esta rama, aunque naciente y frondosa, del humano saber se refiere; y la cuarta al cálculo de las observaciones y aplicación de los resultados obtenidos, ó que por virtud de los procedimientos anteriormente expuestos pueden obtenerse.

Apreciada con imparcialidad, debe confesarse que á su propio é intrínseco mérito une la obra del señor Hoyos el valor extrínseco de la oportunidad. Como que es el primer libro que sobre la rama importantísima de las Ciencias Naturales á que se refiere se publicó en nuestra patria: libro de laboratorio que nos excusa del estudio de otros análogos extranjeros, no tan bien acomodados á nuestras necesidades y capacidad intelectual; y libro del género didáctico redactado con excelente método expositivo, y en estilo, por su sobriedad, claridad y sencillez por todo extremo recomendable; cualidades que especialmente resaltan en algunos capítulos, como en los que tratan de las deformidades y anomalías del cráneo y descripción de las operaciones métricas, y en otros pasajes no menos interesantes.

Aunque en términos generales sea recomendable el libro del señor Hoyos por el acierto con que en sus páginas se enuncian y discuten las materias á que se refiere, mención especial merecen por la limpieza del estilo y abundancia de datos en ellas comprendidos, las partes del mismo consagradas al estudio de la Craneología y la Antropometría, y á la exposición de los resultados y aplicaciones del cálculo. En este último punto, sobre todo, resiste el trabajo de nuestro autor la comparación con lo mejor en su género hasta la fecha publicado en el extranjero; puesto que siempre con claridad y concisión loables enseña cuanto es preciso saber para calcular los índices, para formar las hojas de observación y los registros, y para conocer los métodos de los medios, de los grupos y de las series: en suma, cuanto se necesita para aplicar discretamente las operaciones del cálculo á los datos de observación y

apreciar con buen discernimiento y utilidad los resultados finales obtenidos.

LÚCAS R. NÚÑEZ.

Introduzione alla economia matematica, dei professori F. Virgilio e C. Garibaldi.—Ulrico Hoepli, editore; Milano, 1899. — Un volumen (de la serie de *Manuali Hoepli*) de 210 páginas, con 19 grabados, 1,50 liras.

¿Están los fenómenos sociales sujetos á la causalidad natural, lo mismo que los fenómenos físicos, de tal suerte que puedan averiguarse y formularse leyes invariables que rijan su producción, como la de los fenómenos físicos?

El asunto es muy discutido entre los escritores. Sin embargo, hay un orden de fenómenos sociales donde la discrepancia parece ser menor: los fenómenos económicos. Aquí se tiene menos repugnancia que en otras materias sociales á admitir que puedan aplicarse principios y leyes análogos á los que rigen en biología, y además se habla desde hace mucho de la existencia de leyes naturales económicas, tan universales, absolutas é inmutables como las leyes de la naturaleza propiamente dicha. Por eso es posible, en sentir de muchos, la reducci6n de tales leyes económicas á leyes matemáticas, á fórmulas matemáticas. De este modo ha nacido la economía matemática.

Los profesores Virgilio y Garibaldi han compendiado en un *Manual* de la serie Hoepli cuanto necesita conocer el estudiante para ponerse en disposici6n de entregarse al examen matemático de los problemas económicos.

Al efecto, previa una introducci6n, en que se contienen indicaciones histórico-críticas tocantes á la aplicaci6n de las matemáticas á la ciencia económica, introducci6n donde se habla de los escritores que más se han distinguido en este particular y de lo que cada uno ha contribuido al desarrollo de la disciplina en cuesti6n, el cuerpo de la obra abarca un

conjunto de nociones de álgebra, de trigonometría y geometría analítica, de cálculo diferencial é integral, lo suficiente extensas para que, una vez conocidas, no le coja á uno de nuevas ningún problema con que pueda tropezarse en los tratados de la referida economía matemática, ni en las matemáticas en general.

La división de la obra (dejando aparte la introducción) es esta: LIBRO PRIMERO. ÁLGEBRA ELEMENTAL; comprende seis capítulos: I, *Cálculo algebraico*. II, *Ecuaciones de primer grado*. III, *Ecuaciones de segundo grado con una incógnita*. IV, *Logaritmos*. V, *Cálculo combinatorio*. VI, *Probabilidades*. LIBRO SEGUNDO. ELEMENTOS DE TRIGONOMETRÍA Y DE GEOMETRÍA ANALÍTICA; dos capítulos: I, *Distancias y ángulos*. II, *Elementos de geometría analítica*. LIBRO TERCERO. ELEMENTOS DE LA TEORÍA DE LAS FUNCIONES DE VARIABLES REALES; dos partes y nueve capítulos: PARTE PRIMERA. CÁLCULO DIFERENCIAL: capítulo I, *De las funciones, de los límites y de las derivadas*. II, *Reglas de derivación*. III, *Diferencial*. IV, *Funciones de varias variables*. V, *Teoremas sobre las derivadas*. VI, *Funciones homogéneas*. VII, *Máximas y mínimas*. PARTE SEGUNDA. CÁLCULO INTEGRAL: capítulo VIII, *Integrales indefinidas*. IX, *Integrales definidas*.

La exposición de materia tan árida es muy clara y á la par muy sobria.

P. DORADO.

OBRAS NUEVAS

Academia de la Historia.—Cortes de los antiguos reinos de Aragón y de Valencia y principado de Cataluña. *Tomo III*. En fol., 446 págs.: 15 pesetas.

Alvarez Arranz (J.) y García Fanjul (T.)—Margarita; ensayo dramático en un acto. En 4.º, 20 páginas: 1 peseta.

Anuario de la minería. *Año VII, 1900*. En 4.º, VII 528 págs.: 10 pesetas.

Arenal (C.)—Obras completas. *Tomo XIX*. En 8.º, 553 págs.: 4,50 pesetas.

Blasco (E.)—El joven Telémaco; pasaje mitológico-lírico-burlesco: refundición en un acto de la zarzuela en dos. En 4.º, 48 págs.: 1 peseta.

Brizuela de C. (L.)—El rapazuelo, monólogo cómico dramático. En 12.º, 20 págs.: 1 peseta.

Bueno (M.)—Almas y paisajes. En 8.º, 222 págs.: 2,50 pesetas.

Carmona (F.)—Curso de fabricación de tabacos. *Tomo I*. En 4.º, XII-463 págs., con grabados: 12 pesetas.

Carrafa (A. G.) y Tejerina Gamarra (E.)—Tristes y alegres (Cantares). En 12.º, 77 págs.: 50 céntimos.

Casal (G.)—Memorias de historia natural y médica de Asturias. En 4.º, XXVIII-340 págs.: 6 pesetas.

Catálogo de las Banderas y Estandartes que existen á cargo del Cuerpo de Inválidos. En 8.º, 90 páginas.

No se ha puesto á la venta.

Cerralbo (M. de).—Doña María Enríquez de Toledo, mujer del Gran Duque de Alba. En 4.º, 13 páginas y el retrato: 1 peseta.

Deusdedit.—Cohetes (poesías). En 8.º x-150 págs.: 2 pesetas.

Fernández (A.)—El hortelano moderno. En 4.º, VIII-164 págs.: 3 pesetas.

Flores García (F.) y Abati (J.)—Los amarillos; zarzuela cómica en un acto. En 4.º, 37 págs.: 1 peseta.

El Teatro.

García é Izcara (D.)—Tratado teórico y práctico del arte de herrar. *Parte 1.ª*. En 4.º, 232 págs.: 5 pesetas.

- Gómez de Arteche y Moro (J.)**—Guerra de la independencia; historia militar de España de 1808 á 1814. *Tomo XI*. En 4.º, 551 páginas: 8,50 pesetas.
- Gómez Imaz (M.)**—Festejos y comilonas de antaño. Fiestas de Cañas de la Real Maestranza de Sevilla en 1786. En 8.º, 40 páginas.
Tirada de 60 ejemplares, no se pone á la venta.
- Gotor de Burbáguena (P.)**—Nuestras costumbres. En 8.º, 400 páginas.: 8 pesetas.
- Heredia (R.) y Jaén (R.)**—Album del Monasterio-residencia de Piedra. En 4.º apaisado, XII fotograbados y 48 hojas de Autógrafos. Tela: 8 pesetas.
- Ibáñez Marín y Barado.**—Cartilla militar patriótica. (Educación nacional de la juventud). En 12.º, 118 págs.: 50 céntimos.
- Jarque (F.)**—Ruiz Montoya en Indias (1608-1652). En 8.º, 4 tomos, 336, 341, 356 y 331 págs.: 12 pesetas.
- Labarta Pose (E.)**—El Carnaval de 1900 en Pontevedra. En 4.º, xxv-58 págs., con grabados: 2 pesetas.
- Larbalétrier (A.)**—Los abonos. En 8.º, 176 págs., con grabados: 1,50 pesetas.
- López Rodríguez (W.)**—El policía doméstico. En 8.º, 235 págs.: 1,75 pesetas.
- Luis XI.**—Los cien cuentos nuevos del rey Luis Onceno. Primera versión castellana. *Serie primera*. En 8.º, 340 págs.: 3 pesetas.
- Llana (F. G.) y Francos Rodríguez (J.)**—El intruso; drama en dos actos y un epílogo, en prosa. En 4.º, 64 págs.: 2 pesetas.
- Martín-Granizo (I.)**—Cantos y cuentos. En 8.º, xv-66 págs.: 1 peseta.
- Monsalud (M. de.)**—Discurso leído ante la Real Academia de la Historia. En 4.º mayor, 85 págs.
- Montoro (A. de.)**—Cancionero de Antón de Montoro. (El Roperero de Córdoba), poeta del siglo XV. En 8.º, 355 págs.
- Morales (G.)**—Amor y amor; novela: En 8.º mayor, vii-406 págs.: 4 pesetas.
- Moré y Gil (Sres.)**—Teoría musical en preguntas y respuestas. En 4.º mayor, 35 págs.: 50 céntimos.
- Martínez Rosich (P.)**—Viña americana; algunas nociones teórico-prácticas para su plantación é ingerto. En 12.º, 121 págs.: 1 peseta.
- Martínez Rücker (C.)**—La herencia de Wagner. En 8.º, vii-20 págs.: 50 céntimos.
- Mendizábal y Martín (L.)**—La fórmula de la justicia; discurso. En 4.º mayor, 64 págs.: 1 peseta.
- Oliver (F.)**—La juerga; drama de costumbres andaluzas en tres actos. En 4.º, 62 págs.: 2 pesetas.
- Ortega Munilla (J.)**—Tremielga (cuento). En 1.º, 95 págs.: 75 céntimos.
- Peña y Nicolau (P. de A.)**—El mosaico; colección de escritos literarios en verso y prosa. *Tomo III*. En 8.º mayor, 239 págs.: 2 ptas.
- Peirona (A.)**—La paternidad ilegítima en su aspecto jurídico. En 8.º mayor, 127 págs.: 2 pesetas.
- Picón (J. O.)**—Discurso leído ante la Real Academia Española. En 4.º mayor, 64 págs.: 1 peseta.
- Pozo (V. L. del.)**—Sor María; poema. En 12.º, 71 págs.: 1 peseta.
- Ramo (F. E.)**—Breve resumen ó

- guía explicativa del Museo Arqueológico Nacional. En 12.º, 99 págs.: 60 céntimos.
- Rizo Penalva (I.)—Manchas de origen; novela. En 8.º, 284 págs.: 2 pesetas.
- Roca (M.)—Lesiones inflamatorias del raquis. En 4.º, vi-310 págs.: 10 pesetas.
- Rodríguez García (G.)—La niña y la mariposa; poema. En 12.º, 16 págs.: 1 peseta.
- Rodríguez Pedre (J.) y Doctor (E.)—Caridad; cuentos y poesías. En 8.º, 126 págs.: 2 pesetas.
- Rojas (F. de P.)—Instrucción ó cartilla para el abonado á la luz eléctrica. En 8.º, 32 págs.: 1 peseta.
- Royo y Villanova (A.)—La descentralización y el regionalismo; apuntes de actualidad. En 12.º, xix-121 págs.: 1,50 pesetas.
- Royo Villanova (R.)—Diagnóstico de las enfermedades del corazón. En 4.º, vii-433 págs., con grabados: 6 pesetas.
- Sabau (P.)—«Hoy como ayer....» paso de comedia. En 4.º, 22 páginas: 1 peseta.
- Salvá (A.)—El día del Señor en Burgos. En 8.º, 114 págs.: 1 peseta.
- Sánchez de Toca (J.)—Las reformas en Marina. En 12.º, 219 páginas: 1,50 pesetas.
- Torres Naharro (B.)—Propaladia.—*Tomo II*. En 8.º, clliii-418 páginas. Tela: 15 pesetas.
- Libros de Antaño, tomo X.
- Urrecha (F.)—El teatro; apuntes de un traspunte. En 8.º, 222 páginas: 2 pesetas.
- Vicente (C. de), Mendoza (A.), Pino (J. del) y Pulido (A.)—Memorias sobre la epidemia de Oporto.—*Edición oficial*. En 4.º mayor 18-10-13: 150 págs.
- No se ha puesto á la venta.

INDICE

	Págs.
<i>El Matricida</i> (novela), por Ola Hanson.....	5
<i>Genoveva Montaña</i> , novela (continuación), por Cañel.....	13
<i>Poetas americanos: Soneto</i> , por Manuel A. Hurtado (chileno). — <i>Homenaje</i> , por José Augusto de Izcue (peruano).....	42
<i>China y Europa</i> , por Francisco Peniche de Lugo.....	44
<i>La literatura moderna en Francia</i> , por Emilia Pardo Bazán.....	51
<i>La reforma en la primera enseñanza</i> , por Adolfo Posada.....	73
<i>Las colecciones de cuadros del Príncipe de la Paz</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....	95
<i>Discursos á la Nación alemana</i> , por Juan T. Fichte.....	127
<i>Revista Hispanoamericana</i> , por Iob.....	140
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	159
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	167
<i>Notas bibliográficas</i> , por Lucas R. Núñez y P. Dorado.....	198
<i>Obras nuevas</i>	202

OBRAS PUBLICADAS

por la ESPAÑA MODERNA, que se hallan de venta en su Administración, Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid, y que recomendamos especialmente á nuestros favorecedores.

Aguanno.—La Génesis y la evolución del derecho civil, 15 pesetas.

Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

Grave.—La Sociedad futura, 8 pesetas.

Gross.—Manual del juez, 12 pesetas.

Kells-Ingram.—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.

Kochs.—Higiene general, 3 pesetas.

Kruger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho Romano, 7 pesetas.

Lombroso, Ferri, Garofalo y Fioretti.—La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Martens.—Derecho internacional, público y privado (3 tomos), 22 pesetas.

Max-Muller.—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.

Mommsen.—Derecho público Romano, 12 pesetas.

Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

Sohm.—Historia é instituciones de Derecho privado Romano, 14 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Sumner-Maine.—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las Instituciones primitivas, 7 pesetas.

Westermarck.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

Obras de Economía Política publicadas por LA ESPAÑA MODERNA

Buylla, Neumann, Kleinwachter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.

Leroy Beaulieu.—Compendio de Economía política, 8 pesetas.

Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

EN PREPARACION

Antoine.—Curso de Economía social.

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA E HISTORIA

- Aguanno.**—La Génesis y la Evolución del Derecho Civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación Civil, (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.
- Alcoforado.**—Cartas amatorias, 3 pesetas.
- Amiel.**—Diario íntimo, 9 pesetas.
- Araujo Sánchez.**—Goya, 3 pesetas.
- Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pts.—El visitador del preso, 3.—El Delito Colectivo, 1'50.
- Asser.**—Derecho internacional privado, 6 pts.
- Boissier.**—Cicerón y sus amigos: estudio de la sociedad romana en tiempo de César, 8 pts.
- Buisson.**—La Educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.
- Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 pts.
- Buylla, Neumann, Kleinwächter, Narse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía, 12 pesetas.
- Carlyle.**—La Revolución francesa, 8 pts.
- Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
- Castro.**—El Libro de los Galicismos, 3 ps.
- Collins.**—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.
- Darwin.**—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.
- Dorado Montero.**—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pts.—El Reformatorio de Elmira. (Estudio de Derecho penal), 3 pts.
- Dowden.**—Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.
- Engels.**—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.
- Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pts.—La Ciencia social contemporánea, 8 pts.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pts.
- Framarino.**—Lógica de las pruebas, 2 tomos, 15 pesetas.
- Gabba.**—Derecho civil moderno, 2 ts., 15 pts.
- Garnet.**—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.
- Garofalo.**—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito, 4 pesetas.—La superstición socialista, 5 pts.
- Giddings.**—Principios de Sociología, 10 pts.
- Giuriati.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.
- Gladstone.**—Los grandes nombres, 5 pts.
- Goethe.**—Memorias, 5 pesetas.
- Goncourt.**—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 pts.—Las Favoritas de Luis XV, 6 pts.
- González.**—Derecho usual, 5 pesetas.
- Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.
- Goschen.**—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.
- Grave.**—La Sociedad futura, 8 pesetas.
- Gross.**—Manual del Juez, 12 pesetas.
- Gumplowicz.**—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 pesetas.
- Guyau.**—La Educación y la herencia, 8 pts.
- Hamilton.**—Lógica parlamentaria, 2 pts.
- Haussonville.**—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
- Heine.**—Alemania, 6 pesetas.
- Hunter.**—Sumario de Derecho romano, 4 pts.
- Huxley.**—La Educación y las Ciencias Naturales, 6 pts.
- Ihering.**—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
- Janet.**—La Familia, 5 pesetas.
- Kells Ingram.**—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.
- Kidd.**—La Evolución social, 7 pesetas.
- Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg.**—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.
- Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.
- Krüger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho Romano, 7 pesetas.
- Lange.**—Luis Vives, 2'50 pesetas.
- Laveleye.**—Economía política, 7 pesetas.
- Lemcke.**—Estética, 8 pesetas.
- Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán), 3 pts.
- Leroy-Beaulieu.**—Economía política, 8 pesetas.
- Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.**—La Escuela Criminalológica Positivista, 7 pesetas.
- Lubbock.**—El empleo de la vida, 3 pesetas.
- Macaulay.**—La educación, 7 pts.—Vida, Memorias y Cartas, dos tomos, 14 pts.
- Manduca.**—El Procedimiento Penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
- Martens.**—Derecho Internacional, 3 tomos, 22 pesetas.
- Max-Müller.**—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.
- Meneval y Chantelauc.**—María Estuardo, 6 pesetas.
- Meyer.**—La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. Introducción y exposición de la Organización administrativa en España, por Adolfo Posada, 5 pesetas.
- Miraglia.**—Filosofía del Derecho, dos tomos, 15 pesetas.
- Mommsen.**—Derecho público romano, 12 ps.
- Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.
- Nansen.**—Hacia el Polo, 6 pesetas.
- Neumann.**—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
- Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra, 7 pts.
- Posada.**—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.
- Renán.**—Estudios de Historia Religiosa, 6 pesetas.—Vida de los Santos, 6 pesetas.
- Ricci.**—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 pesetas.
- Rogers.**—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
- Savigny.**—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del derecho, 3 pesetas.
- Schopenhauer.**—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.
- Sighele.**—El Delito de dos, 4 pesetas.—La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La Teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.
- Spencer.**—La Justicia, 7 pts.—La Moral, 7 pts.—La Beneficencia, 6 pts.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 pts.—Instituciones sociales, 7 pts.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 pts.—El Organismo social, 7 pts.—El Progreso, 7 pts.—Exceso de legislación, 7 pts.—De las Leyes en general, 8 pts.—Ética de las prisiones, 10 pts.—Los datos de la Sociología, dos tomos, 12 pts.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 pts.
- Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
- Stead.**—El Gobierno de Nueva York, 3 pts.
- Sudermann.**—El Deseo, 3.50 pts.
- Sumner-Maine.**—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.
- Supino.**—Derecho Mercantil, 12 pesetas.
- Taine.**—Historia de la literatura inglesa: Los contemporáneos, 7 pesetas.—Los orígenes, 7 pesetas.—El renacimiento, 7 pesetas.
- Tarde.**—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El Duelo y el delito político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pts.
- Uriel.**—Historia de Chile, 8 pesetas.
- Varios autores.**—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez, Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió Tarde, Torres Campos y Vida).—*La Nueva Ciencia jurídica*, dos tomos, 15 pesetas. Contiene grabados.
- Idem.**—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamente, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgás, Posada, Rico, Richard, Sella, Uña y Sarthou, etc.)—*El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 pesetas.
- Idem.**—Novelas y Caprichos, 3 pesetas.
- Vivante.**—Derecho Mercantil, 10 pesetas.
- Westermarck.**—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.
- Wohl.**—La Literatura castellana y portuguesa, con notas de M. y Pelayo, dos volúmenes, 15 pesetas.

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO XII

Esta Revista, escrita por los más eminentes publicistas nacionales y extranjeros, ve la luz todos los meses en tomos de más de 200 páginas.

CONDICIONES DE SUSCRICION

En España, seis meses, **diez y siete pesetas**; un año, **treinta pesetas**.—Fuera de España, un año, **cuarenta francos**. El importe puede enviarse en letras sobre Madrid, París ó Londres.—Todas las suscripciones deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después, se les entregarán los números publicados.—Se suscribe en la Cuesta de Santo Domingo, 16, principal Madrid.

Director: J. LAZARO

COLECCION DE LIBROS ESCOGIDOS Á TRES PESETAS TOMO

1. Tolstoy, La Sonata de Kreutzer.
2. Barbey d'Aurevilly, El Cabecilla.
3. Tolstoy, Marido y mujer.
4. Wagner, Recuerdos de mi vida.
5. Tolstoy, Dos generaciones.
6. Goncourt, Querida.
7. Tolstoy, El Ahorcado.
8. Turgeneff, Humo.
9. Zola, Las Veladas de Médan.
10. Tolstoy, El Principe Nekhli.
11. Goncourt, Renais Maupepin.
12. Barbey, El dandismo.
- 13 y 14. Daudet, Jack.
15. Tolstoy, En el Cáucaso.
16. Turgueneff, Nido de hidalgos.
17. Zola, Estudios literarios.
18. Cherbuliez, Miss Rovel.
19. Renán, Mi infancia y mi juventud.
20. Tolstoy, La Muerte.
21. Goncourt, Germinia, Lacerieux.
22. Daudet, La Evangelista.
23. Zola, La Novela experimental.
24. Flaubert, Un corazón sencillo.
25. Turgueneff, El Judío.
26. Cherbuliez, La Tema de Juan Tozudo.
27. Stuart Mill, Mis memorias.
- 28 y 29. Macaulay, Estudios jurídicos.
30. Zola, Mis odios.
31. Dostoyuski, La casa de los muertos.
32. Zola, Nuevos estudios literarios.
33. Dostoyuski, La Novela del presidio.
34. Tolstoy, El Sitio de Sebastopol.
35. Zola, Estudios críticos.
- 36 y 37. Campe, Historia de América.
38. Daudet, El Sitio de París.
39. Asensio, Pinzón.
40. Cherbuliez, Amores frágiles.
41. Heine, Memorias.
42. Ferri, Antropología criminal.
43. Ibsen, Casa de muñeca.
44. Goncourt, La Elisa.
45. Lombroso, Antropología y osiquiatría.
46. Daudet, Novelas del lunes.
47. Turgueneff, El Rey Lear de la Estepa.
48. Tolstoy, Los Cosacos.
49. Sainte-Beuve, Tres mujeres.
- 50 y 51. Zola, El Naturalismo en el teatro.
52. Tolstoy, Iván el Imbécil.
53. Ibsen, Los Aparecidos.
54. Balzac, Eugenia Grandet.
55. Ramillete de cuentos.
- 56 y 57. Renán, Memorias íntimas.
58. Caro, El Pesimismo en el siglo XIX.
59. Daudet, Cartas de mi molino.
60. Turgueneff, Un Desesperado.
61. Goncourt, La Faustín.
62. Balzac, Papá Goriot.
63. Tolstoy, El Canto del cisne.
64. Coppée, Un idilio.
65. Caro, El Suicidio y la civilización.
66. Taine, Filosofía del arte.
- 67 y 68. Zola, Los Novelistas naturalistas.
69. Campoamor, Ternezas y flores.—Ayes del alma.—Fábulas.
70. Sofía Gay, Salones célebres.
71. Tolstoy, El Camino de la vida.
72. Lombroso, El Hipnotismo.
73. Ferri, Nuevos estudios de antropología.
74. Taine, La Pintura en los Países Bajos.
75. Tolstoy, Placeres viciosos.
76. Balzac, Ursula Mirouet.
77. Tolstoy, El Dinero y el trabajo.
78. Schopenhauer, Estudios escogidos.
79. Campoamor, Doloras y humoradas.
80. Turgueneff, Primer amor.
81. Tolstoy, El Trabajo.
82. Tesoro de Cuentos.
83. Lombroso, Aplicaciones judiciales y médicas.
84. Sardou, La Perla negra.
85. Tolstoy, Mi confesión.
- 86 y 87. Zola, El Doctor Pascual.
88. Kropotkin, La Conquista del pan.
89. Turgueneff, Aguas primaverales.
90. Tolstoy, Los Hambrientos.
91. Cherbuliez, Paula Meré.
92. Ferrán, Obras completas.
93. Cherbuliez, Meta Holdenis.
94. Tolstoy, ¿Qué hacer?
95. Idem, Lo que debe hacerse.
96. Taine, El Arte en Grecia.
97. Turgueneff, Demetrio Rudin.
98. Gautier, Las Bombas prusianas.
99. Lubbock, La Vida dichosa.
100. Daudet, Tartarín en los Alpes.
101. Taine, El Ideal en el arte.
102. Caro, Costumbres literarias.
103. Taine, Nápoles.
- 104 y 105. Idem, Roma.
106. Idem, Florencia.
107. Idem, Venecia.
108. Idem, Milán.
109. Tarde, Estudios penales sociales.
110. Barbey d'Aurevilly, Venganza de una mujer.
111. Balzac, César Birotteau.
112. Idem, La Quiebra de César Birotteau.
113. Tolstoy, Mi infancia.
114. Arnold, La crítica en la actualidad.
115. Tolstoy, Fisiología de la guerra.
116. Varios autores, Cuentos escogidos.
117. Tolstoy, La Escuela de Yasnaia Poliana.
118. P. Merimée, Colomba.
119. Ibsen, La Dama del mar y Un enemigo del pueblo.
120. Barbe y, Las Diabólicas.
121. Gautier, Nerval y Baudelaire.
122. Sainte-Beuve, Retratos de Mujeres.
123. Turgueneff, El Reloj.
124. Barbey d'Aurevilly, Una historia sin nombre.
125. Daudet, Cuentos y fantasías.
126. Tolstoy, Mi juventud.
127. Caro, Littré y el Positivismismo.
128. Zola, Los Hombros de la marquesa.
129. Goncourt, La Señora Gervaisais.
130. Baudelaire, Los Paraísos artificiales.
131. D'Aurevilly, La Hechizada.
132. Gautier, Madama de Girardin y Balzac.
133. Mis perlas, por Merimée.
134. Tchong-Ki-Tong, La China contemporánea.
135. Lombroso, Ultimos progresos de la Antropología.
136. Stendhal, El Amor.
137. Turgueneff, Padres é hijos.
138. Stendhal, Curiosidades amatorias.
139. Turgueneff, La Guillotina.
140. Caro, El Derecho y la fuerza.